GIROLAMO DAL-GAL

PIO X
EL PAPA SANTO

Biografía oficial de la Postulación para la canonización del Santo

Reformatado by:

https://alexandriacatolica.blogspot.com.br

EDICIONES PALABRA
Madrid

© Provincia Padovana. F. M. Conv.
Editrice Grafiche Messaggero
di S. Antonio. Padova. Italia. 1954

© De esta edición, Ediciones Palabra, S.A.
Alcalá, 55. 28014-Madrid - 1985

La versión original de este libro
apareció con el título:
IL PAPA SANTO PIO X

Traducción:
Manuel Morera

Con licencia eclesiástica
Printed in Spain
I.S.B.N.: 84-7118-421-4
Depósito Legal: M-18.536-1985

OFFIRGRAF, S.A. San Sebastián de los Reyes (Madrid)

El Papa Pío XII elevó a la dignidad de los altares a otro Papa: Pío X. Era el 29 de mayo de 1954, Año Mariano.

Entre las muchas biografías del Papa Santo, la de Girolamo Dal-Gal, O.F.M. posee una característica que la singulariza: goza de una especial autoridad, ya que es la «biografía oficial», preparada por la misma Postulación General de la Causa de Beatificación de Pío X.

El autor es sin duda la persona que mejor conoce la vida del Santo, y ha sabido utilizar y fundir admirablemente el abundante material de que ha dispuesto. Con todo ello, nos ofrece la exposición de los grandes problemas de la época y que San Pío X tuvo que afrontar con ejemplar firmeza y con caridad exquisita.

Y ante el lector surge viva, fascinante y actual la personalidad de Pío X, con su rica humanidad y con el esplendor sobrenatural, que fueron el clima dentro del cual actuó siempre y vivió constantemente.

FUENTES PRINCIPALES

1. ACTA PII X, P.M. (1903-1908), v. I-V, Roma 1905-1914.
2. ACTA SANCTAE SEDIS (1865-1908).
3. ACTA APOSTOLICAE SEDIS (1909-1914), V. L-VI, Roma 1909-1914.
4. CARTAS PASTORALES DEL OBISPADO DE MANTUA (1885-1894) Y DEL PATRIARCADO DE VENECIA (1894-1903).
5. CARTAS PRIVADAS AUTOGRAFAS DEL SANTO.
6. PROCESO ORDINARIO Y APOSTÓLICO PARA LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN:
   —Roma: Ord. (1923-1931). Ap. (1943-1946)
   —Venecia: Ord. (1924-1930). Ap. (1944-1946)
   —Mantua: Ord. (1924-1927). Ap. (1945-1946)
   —Treviso: Ord. (1923-1926). Ap. (1944-1946)
7. ACTAS PARA LA INTRODUCCIÓN Y DESARROLLO DE LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN:
   a) Roma: *Sobre la introducción de la causa* (1942).
   b) Roma: *Sobre las virtudes* (1949).
   c) Roma: *Nuevamente sobre las virtudes* (1950).
   d) Roma: *Sobre los milagros* (1949-1951).
   e) Roma: *Sección histórica: sobre los milagros* (1953).
8. MONS. G. BRESSAN, *Memorie* (manuscritos): Archivo de la postulación: Mons. Giovanni Bressam fue Secretario particular del Santo durante 29 años consecutivos, desde el episcopado de Mantua hasta el final del pontificado (1885-1914).
9. MONS. G. PESCINI: *Memorie* (manuscritos): Archivo de la postulación. También Mons. Giusseppe Pescini, fue Familiar del Santo desde Venecia hasta el final del pontificado (1903-1914).
10. MONS. A. MARCHESAN, *Papa Pío X*. Roma 1910.
    Biografía amplia, documentada y segura, escrita con

«informaciones tomadas de personas dignas de fe», sometidas al examen del propio Santo, quien corrigió las pruebas de imprenta a ruegos del autor.

Esta biografía sirvió de base al autor para su deposición canónica en el Proceso Ordinario de Treviso[1].

11. MONS. L. FERRARI, *Pío X: Dalle mie memorie.* Vicenza, 1922.

El autor conoció al Santo desde los primeros tiempos de la canonjía en Treviso.

Estas Memorias reflejan, a través de hechos y episodios, la prudencia, la bondad y la firmeza del Santo en las diferentes etapas de su vida, desde Canciller del obispado hasta Sumo Pontífice. Confirman la declaración jurada del sacerdote L. Ferrari en el Proceso Ordinario de Treviso[2].

12. MONS. G. MILANESE: *Cenni Biografici di Pío X.* Treviso, 1903.

Fue colega del Santo en el Cabildo de Treviso. En estos breves trazos biográficos, Mons. Giovanni Milanese escribe cuanto vio y oyó de labios del Santo.

13. MONS. E. BACCHION: *Pío X* (Giuseppe Sarto, Arciprete di Salzano: (1867-1875). Padua, 1925.

Noticias, entresacadas pacientemente del Archivo parroquial y comunal de Salzano, ilustran el período del Arciprestazgo del Santo en esta parroquia.

Estas noticias se reproducen en las declaraciones de Mons. E. Bacchion, Arcipreste también de Salzano, en el Proceso Ordinario de Treviso[3].

14. CARD. R. MERRY DEL VAL: *Pío X: Impressioni e Ricordi.* Padua, 1949.

En estas páginas, y dentro de los límites de simples recuerdos personales, el Emmo. Card. Merry del Val, Secretario de Estado de Pío X, atestigua dar cuenta de hechos que él mismo puede refrendar[4].

Amplias referencias a estas Impresiones y Recuerdos se hacen en la deposición canónica del Emmo. Autor en el Proceso Ordinario Romano[5].

[1] MONS. A. MARCHESAN, *Proc. Ord. Trev.*, pp. 1176-1274.
[2] *Proc. Ord. Trev.*, pp. 1491-1467.
[3] *Proc. Ord. Trev.*, pp. 305-310 y 504-556.
[4] Cfr. *Introducción*, p. 12.
[5] *Proc. Ord. Rom.*, ff. 859-941.

CRONOLOGIA DE LA VIDA DEL SANTO
(2 de junio de 1835-20 de agosto de 1914)

1835	2 junio:	Nace en Riese.
"	3 junio:	Bautismo.
1845	1 septiembre:	Confirmación.
1847	6 abril:	Primera comunión.
1850	19 septiembre:	Viste el hábito talar.
"	noviembre:	Ingresa en el Seminario de Padua.
1851	20 septiembre:	Tonsura.
1856	noviembre:	Las dos primeras Ordenes Menores.
1857	6 junio:	Las dos segundas Ordenes Menores.
"	19 septiembre:	Subdiácono.
1858	27 febrero:	Diácono.
"	18 septiembre:	Ordenación sacerdotal.
"	29 noviembre:	Capellán de Tombolo.
1867	14 julio:	Párroco de Salzano.
1875	28 noviembre:	Canónigo de Treviso.
1879	27 noviembre:	Vicario capitular.
1884	16 noviembre:	Obispo de Mantua.
1893	12 junio:	Cardenal.
"	15 junio:	Patriarca de Venecia.
1903	4 agosto:	Sumo Pontífice.
"	9 agosto:	Coronación.
1908	18 septiembre:	Jubileo sacerdotal.
1909	16 noviembre:	Jubileo episcopal.
1914	20 agosto:	Muere en olor de santidad.

ONCE AÑOS DE PONTIFICADO
(1903-1914)

1903	4 octubre:	Encíclica-programa «*E supremi apostolatus cathedra*».
"	22 noviembre:	Motu Proprio «*Tra le sollecitudini*». Reforma de la música sacra.
"	18 diciembre:	Motu Proprio «*Fin dalla prima*». Reorganización de la Acción Popular Cristiana.
1904	20 enero:	Constitución «*Commissum Nobis*». Condenación del *Veto* en Cónclave.
"	2 febrero:	Encíclica «*Ad diem illum*» en el cincuentenario de la definición del dogma de la Inmaculada.
"	11 febrero:	Carta «*Quum arcano*». Visita pastoral a la ciudad de Roma.
"	7 marzo:	Decreto «*Constat apud omnes*». Visita pastoral a las diócesis de Italia.
"	12 marzo:	Encíclica «*Iucunda Sane*». XIII Centenario de San Gregorio Magno.
"	19 marzo:	Motu Proprio «*Arduum sane munus*». Codificación del Derecho Canónico.
1905	1 marzo:	Carta al Card. D. Svampa, arzobispo de Bolonia, «*La Lettera circolare*». Reprueba la Democracia Cristiana Autónoma.

1905	15 abril:	Encíclica «*Acerbo nimis*». Enseñanza del Catecismo.
"	14 mayo:	Carta «*Acre nefariumque bellum*». Contra las leyes de persecución de la Iglesia en la República del Ecuador.
"	11 junio:	Encíclica «*Il fermo proposito*». Reorganización de la Acción Católica en Italia.
"	20 diciembre;	Decreto «*Sacra Tridentina Synodus*». Comunión frecuente y cotidiana.
1906	16 enero:	Reforma de los Seminarios de Italia.
"	11 febrero:	Encíclica «*Vehementer*». Condenación de la separación de la Iglesia del Estado en Francia.
"	28 julio:	Encíclica «*Pieni l'animo*» sobre la educación del clero joven.
"	10 agosto:	Encíclica «*Gravissimo officii munere*». Condenación de las inicuas Leyes del Culto propuestas por el Gobierno masónico francés.
"	7 diciembre:	Decreto «*Post editum*». Comunión de los enfermos que no estén en ayunas.
1907	6 enero:	Encíclica «*Une fois encore*». Condena la persecución contra la Iglesia en Francia.
"	3 julio:	Decreto «*Lamentabili sane exitu*». Condenación de sesenta y cinco proposiciones modernistas.
"	8 septiembre:	Encíclica «*Pascendi dominici gregis*». Condenación del modernismo.
1908	29 junio:	Constitución apostólica «*Sapienti Consilio*». Reforma de la Curia Romana.
"	8 julio:	Carta «*Quidquid consilii*» sobre la unión de las iglesias orientales.

1908	4 agosto:	Exhortación al clero de todo el mundo, «*Haerent animo*», en su jubileo sacerdotal.
"	29 septiembre:	Constitución apostólica «*Promulgandi pontificias*». Fundación del periódico «*Acta Apostolicae Sedis*».
1909	21 abril:	Encíclica «*Communium rerum*», en el VIII Centenario de San Anselmo de Aosta.
"	7 mayo:	Encíclica «*Vinea electa*». Fundación del Instituto Bíblico.
1910	26 mayo:	Encíclica «*Editae Saepe*», en el III Centenario De San Carlos Borromeo.
"	8 agosto:	Decreto «*Quam singulari Christus amore*» sobe la comunión de los niños.
"	15 agosto:	Inauguración de la Escuela Social Católica de Bérgamo.
"	25 agosto:	Carta «*Notre charge*». Condena las teorías sociales del «*Sillon*» de Marc Sangnier.
"	26 diciembre:	Carta apostólica a los obispos de Oriente sobre la unión de las Iglesias.
1911	24 mayo:	Encíclica «*Jandudum in Lusitania*». Condenación de las leyes de per-
1911	24 mayo:	Encíclica «*Jandudum in Lusitania*». Condenación de las leyes de persecución de la Iglesia en Portugal.
"	1 noviembre:	Constitución apostólica «*Divino afflatu*» sobre la reforma del Breviario Romano.
1912	1 enero:	Constitución apostólica «*Etsi Nos*». Reforma del Vicariato de Roma.
"	24 septiembre:	Encíclica «*Singulari quadam*» sobre los Sindicatos Obreros de Alemania.

1913	8 marzo:	Carta apostólica «*Universis Christi-fidelibus*». Jubileo del XVI Centenario Constantiniano.
1914	2 agosto:	Exhortación «*Dum Europa*» a todos los católicos del mundo para implorar el fin de la guerra europea.

«Un hombre, un Pontífice, un Santo de tal envergadura como Pío X, difícilmente podrá encontrar un historiador que sepa abarcar el conjunto de su figura y, al mismo tiempo, sus múltiples aspectos. Pero incluso la simple y escueta enumeración de sus obras y de sus virtudes es suficiente para despertar la más viva admiración»[1].

[1] Pío XII, *L'Osservatore Romano*, 4-5 junio 1951.

I. LOS PRIMEROS AÑOS (1835-1858)

«Se asemejó al Maestro Divino por la pobreza y la humildad del medio en que nació».

CARD. G. O'CONNELL,
Arz. de Boston 10 octubre 1935.

Hogar humilde

«Sarto Giuseppe, nacido el día 2 de Junio de 1835 —bautizado el 3 del mismo mes por mí, Pellizzari, Capellán— sus padres Sarto Giovanni Battista y Sanson Margarita —casados en Riese el 13 de febrero de 1833»[1].

He aquí el primer documento que especifica el nacimiento, el bautismo y el nombre del futuro Pío X: un nombre bonito que —aunque sin escudo heráldico— debía elevarse hasta las luces de la gloria, sellado con las líneas vigorosas de la santidad.

Humilde era la aldea de la vieja Marca Trevisana que lo recibía a la vida de esta tierra, pobre era su cuna, sencilla y casi desnuda era su casuca.

Juan Bautista Sarto y Margarita Sanson eran unos esposos cristianos de antiguo cuño; dos corazones limpios que sentían la responsabilidad de sus deberes aceptando en silencio el quehacer de Dios, día a día, sin envidiar nada a nadie.

Eran pobres. Poseían una vieja casuca, un mísero pedazo de tierra y los brazos, para santificar con el trabajo las privaciones y los sufrimientos de su honesta pobreza. Pero

tenían una fe viva y profunda que transmitían religiosamente, como una riqueza que no se podía hipotecar, a sus hijos a medida que iban llegando a llenar de alegría el hogar familiar[2].

El niño de genio vivo, pero bueno

En este ambiente de fe serena creció el pequeño José Sarto sano, desenvuelto, lleno de vida.

Empezó pronto los estudios elementales, desde los primeros días llamó la atención del maestro, por la intensa pasión que sentía por el estudio, sostenida por un ingenio precoz, no corriente, y por una firme voluntad positiva.

«Era el mejor de la escuela» —recordaba uno de sus colegas de entonces[3]— «y era tan estupendo —testimoniaba otro de sus compañeros— que cuando el maestro tenía que ausentarse de la escuela, no veía mejor solución que encargar al pequeño Sarto que lo sustituyera»[4].

Pero poseía un caracter fácil a los impulsos[5]. Su madre vigilaba sobre su exhuberante vivacidad, y vigilaba también, quizá con un tanto de rudeza, el mismo maestro de la escuela[6]; pero principalmente era él mismo quien se vigilaba, con el esfuerzo continuo para dominarse, porque era bueno[7].

Tenía un genio vivo, pero en el corazón guardaba el sentido de las cosas de Dios[8], y en su alma ardía un amor singular por el Santuario de la Señora de las Cendriolas: era una iglesia blanca, en las lindes del pueblo, en medio del silencio de los campos; allá se acercaba con frecuencia, junto con otros muchachos de su misma edad, a los cuales incitaba para que rezasen con él ante la amada imagen de la Virgen Santísima: con el recuerdo de su pequeño Riese, durante toda la vida llevó en el corazón esta imagen de la Virgen[9].

«Piadoso, obediente y estudioso, era el ejemplo de toda la Parroquia»; esto afirmaba unánimemente la buena gente de Riese[10].

Su Párroco, Don Fito Fusarini, que veía su interés por aprender a ayudar a Misa y que asistía haciendo de monaguillo a otras funciones litúrgicas de la Parroquia, viendo

que no faltaba ni una vez a la explicación de la Doctrina Cristiana, en cuyo estudio se distinguía como el primero de todos[11], le tenía más afecto que a los demás niños del pueblo[12], y aún lo quería más porque había quedado impresionado un día por su inteligencia extraordinariamente despierta, cosa que ya habían observado el maestro y sus compañeros de clase[13].

Una vez, durante la explicación de la Doctrina Cristiana, para atraerse la atención de los niños, dijo:

—Regalaré una manzana a quien me diga dónde está Dios.

José Sarto se levantó como un resorte y, con su sabia vivacidad, respondió inmediatamente:

—Y yo le regalaré dos, si sabe decirme dónde Dios no está.

Ante esta respuesta tan rápida, Don Fusarini quedó sin habla, y cada vez que mencionaba al hijo del alguacil charlando con sus parroquianos, concluía con una satisfacción íntima y manifestando los más lisonjeros presagios:

—No saben ustedes lo que vale el pequeño Sarto: tiene una inteligencia que es una maravilla[14].

La vocación sacerdotal

Un día, el hijo del pobre alguacil confió tímidamente a su madre su pensamiento, y un sentimiento que venía madurando en secreto dentro de su corazón:

—Mamá, quiero ser sacerdote[15].

¿Sacerdote? ¿Cómo llegar hasta acercarse al altar, si todos los recursos de Juan Bautista Sarto se reducían a 75 céntimos al día, que era lo que percibía como alguacil del Ayuntamiento, y si la buena Margarita Sanson, para sacar adelante la familia que iba aumentando, se había visto obligada a ejercer su antiguo oficio de costurera, sin poder descansar durante el día y velando hasta entrada la noche?[16].

¡Imposible!... aun cuando el alguacil hubiera vendido su pobre casuca y los terruños que constituían toda su riqueza.

Pero el Párroco, Don Fito Fusarini, que conocía al niño

mejor que su padre, venció toda vacilación y, sin pérdida de tiempo, lo preparó en el estudio de los primeros elementos de la lengua latina[17].

Al cabo de dos años, José Sarto estaba preparado para ingresar en la escuela de la ciudad vecina de Castelfranco, en la que había sido admitido después de pasar un brillante examen del día 22 de agosto de 1846 en la Escuela Elemental Superior de Treviso[18].

En la Escuela de Castelfranco

En estos momentos empieza verdaderamente el preludio de la vida para el jovenzuelo Sarto; un preludio hecho de duros sacrificios y de insuperable constancia a lo largo de cuatro años, desde el otoño de 1846 al verano de 1850.

Para trasladarse a la escuela de Castelfranco, salía de casa muy de mañana y recorría 14 kilómetros ida y vuelta de camino a campo abierto; camino penoso durante los días fríos de invierno, fatigoso y extenuante en los calores abrasadores del verano; se hacía cargo de las estrecheces de su familia y, con frecuencia, caminaba con los zapatos echados a la espalda, para no desgastarlos demasiado deprisa[19].

Vestía modestamente y de la cartera de los cuadernos se veía asomar un pan o una tajada de polenta, que comía entre clase y clase en casa de una familia amiga de los Sarto[20].

Era pobre, pero las mejores puntuaciones en la escuela eran las suyas, y los profesores admiraban sus magníficas dotes de talento y de corazón; no se cansaban de ponerlo como ejemplo a todos sus compañeros[21]; por su delicada bondad y por su conducta edificante «era la delicia de los sacerdotes de Riese»[22], que lo veían acercarse cada ocho días al altar para recibir el «Pan de vida», con la misma piedad con que se había acercado por primera vez el 6 de abril de 1847, tercera fiesta de Pascua[23].

Momentos de emoción

Al acabar el cuarto curso de la escuela, José Sarto se presentaba a los exámenes finales en Treviso; entre 43 exa-

minados externos obtuvo la clasificación de *eminente* en todas las asignaturas[24].

¿Pero qué hacer para seguir los estudios, si su padre carecía de medios? ¿Debería morir sin remedio aquel germen de vocación sacerdotal que había confiado a su madre?

La mirada de Dios velaba sobre el muchacho predestinado a la tiara de los Sucesores de Pedro.

* * *

En virtud de un antiguo legado, los Patriarcas de Venecia tenían derecho a destinar algunas plazas gratuitas en el Seminario de Padua, para jóvenes pobres aspirantes al sacerdocio de la diócesis de Treviso[25].

Por aquel entonces era Patriarca de Venecia el Emmo. Cardenal Jacopo Monico, hijo de un modesto herrero de Riese.

El párroco, Don Fito Fusarini no se anduvo por las ramas y se dirigió a él con una carta conmovedora, exponiéndole el lastimoso caso del joven Sarto.

Después de un mes de emoción y de angustia, el 28 de agosto de 1850, llegó la respuesta: el futuro Pío X podía entrar en el Seminario Mayor de Padua[26].

El niño pobre, pero piadoso y aplicado, pudo respirar aliviado[27] y fue mayor su alegría cuando, poco después, el 19 de septiembre, Don Fito le vestía la sotana[28] que la pobre Margarita Sanson había comprado llevando al Monte de Piedad de Castelfranco un viejo colchón[29].

En el Seminario de Padua

El 13 de noviembre de 1850, José Sarto ingresaba en el Seminario Mayor de Padua, tranquilo refugio de estudios exigentes y gloria del B. Gregorio Barbarigo (1663-1697)[30].

Su inteligencia, abierta a todo el vigor del pensamiento, su serena jovialidad y sus modales le conquistaron pronto la estima de sus compañeros y un vivo afecto por parte de sus Superiores[31].

Todos le querían:

«Me encuentro a gusto con todos mis compañeros y con mis Superiores», escribía un mes más tarde al Capellán de Riese Don Pietro Jacuzzi[32].

Se encontraba a gusto porque su vocación había encontrado su clima.

Prueba indudable de ello fue el espléndido resultado de sus estudios, al concluir el primer semestre escolástico: entre 56 alumnos obtuvo la calificación de «primero con toda eminencia»[33]; a final de curso mereció esta envidiable alabanza: «En disciplina, primero que nadie.— Inteligencia superior.— Memoria suma.— De grandes esperanzas»[34].

El primer luto

En el segundo año de su vida en el Seminario hubo de llorar lágrimas amargas.

El alguacil de Riese, a finales de abril de 1852 se metió en la cama y, después de algnos días de enfermedad, murió.

Esta muerte hizo sangrar el corazón del joven seminarista, porque para su madre significaba una vida oscura de esfuerzos, sufrimientos y angustias, que se renovarían cada mañana y cada noche[35].

Pero no se turbó; aceptó de manos de Dios esta amarga desventura, se reafirmó decididamente en su vocación sacerdotal[36] y siguió estudiando con toda la energía de su gran inteligencia. Acabó ese curso con la nota de «eminentemente distinguido»[37].

Las vacaciones

En los tres meses de vacaciones que entonces los alumnos de los seminarios pasaban en casa, nuestro José volvía a contemplar con emoción gozosa la casa paterna. Durante esos meses se deleitaba yendo a la iglesia y a la parroquia, sus ocupaciones eran el estudio y la oración, su pasión era la música sacra[38].

Alguna tarde iba a casa de su hermana Teresa y su cuña-

do Juan Bautista Parolín; otras veces, con el Párroco y el capellán frecuentaba la villa de la condesa Marina Loredan-Gradenigo, que había sido dama de la corte de Napoleón I[39].

Pero después se le oprimía el corazón: Cuando terminaban las vacaciones, un pensamiento le turbaba y angustiaba: su pobreza.

Y, entonces, antes de volver al seminario, humilde y abatido, no sin ruborizarse, llamaba a la puerta de la buena gente de Riese para reunir el poco dinero que necesitaba para sus pequeños gastos[40].

Hacia el sacerdocio

En primer puesto entre 39 alumnos, José Sarto terminaba sus estudios clásicos en agosto de 1854 con la nota ya sabida: «Eminente sobre todos en todas las disciplinas»[41]; en el mes de noviembre siguiente empezaba el estudio de la Teología[42].

También en los estudios teológicos el joven seminarista de Riese reveló una mente lúcida y profunda, un ansia siempre nueva por conocer las cosas divinas y un progreso cada vez más claro en la virtud y en la piedad[43].

El sentir unánime de los Superiores da buen testimonio de todo ello: respondiendo al Obispo de Treviso, que había pedido un informe reservado del seminarista Sarto, con la más viva complacencia escribían con fecha 28 de julio de 1855:

«El seminarista Sarto es un verdadero ángel y es, sin comparación, el primero de su clase»[44].

* * *

Pero ya se acercaban horas solemnes y acontecimientos imborrables.

Como primera etapa en un inmenso camino, el hijo de Juan Bautista Sarto y de Margarita Sanson había recibido en Treviso las Ordenes Menores[45].

El 19 de septiembre de 1857 fue promovido al Subdiaco-

nado y el 27 de febrero de 1859 le fue conferido el Diaconado[46].

Ahora ya podía mirar tranquilamente hacia adelante y disponerse a subir al altar de Dios con corazón puro y manos inocentes.

En agosto de 1858, acabado con los máximos honores el cuarto curso de Teología, salía para siempre del Seminario Mayor de Padua esperando emocionadamente su ordenación sacerdotal.

Lo acompañaban las más firmes esperanzas y la admiración de sus Superiores, de sus condiscípulos y de sus compañeros.

El entonces Rector del Seminario escribía, el 24 de agosto de 1858, al Rector del Seminario de Treviso en los siguientes términos:

«Sarto, en los ocho años que pasó en este Seminario, no dejó nada que desear, antes bien, dio continuas muestras de gravedad, de excelente piedad y de incomparable conducta, de suerte que diré en una palabra: ¡Quiera el Señor conceder y multiplicar jóvenes de esta pasta!»[47].

Un galardón y un honor para el Seminario Mayor de Padua.

* * *

El 18 de septiembre de 1858, su Obispo, Mons. Antonio Farina, lo ordenaba sacerdote de Cristo para el tiempo y para la eternidad, en la Catedral de Castelfranco Véneto[48].

Rebosante de fe admirable y de alegría vivísima, estaba presente la buena de Margarita Sanson, con sus hijas Teresa, Rosa y María[49], las cuales «estaban tan contentas de tener un sacerdote en la familia —afirmaba una de ellas—, que les parecía haberse convertido en grandes señoras»[50].

Madre e hijas, humildes mujeres del pueblo, no sentían ninguna ambición terrena.

El joven sacerdote de Riese sólo veía ante sí una meta: la gloria de Dios y la salvación de las almas. Con esto soñaba.

Pero ignoraba sus altos destinos.

II. EL CAPELLAN DE TOMBOLO (1858-1867)

«El sacerdote, elevado por encima de los demás hombres, debe mantenerse igualmente elevado por encima de todos los intereses humanos».
PIO X, a los Obispos de Italia
11 junio 1905

En Tómbolo

Tómbolo es una pequeña aldea de sobrios y laboriosos agricultores, de negociantes de ganado y de mercaderes agudos, una población honesta con familias numerosas: una raza sana y vigorosa.

Este es el primer campo de acción que, en noviembre de 1858, el Obispo de Treviso entregaba a Don José Sarto[1].

El Párroco era Don Antonio Costantini, un sacerdote integérrimo, lleno de inteligencia y de sentido práctico de la vida[2], quien, nada más ver al joven Capellán que le llegaba de Riese —un curita de rostro delgado y mirada voluntariosa— le pareció ver en él como un gran regalo que le hacía su Obispo[3]; las gentes de Tómbolo se sintieron impresionadas por la pobreza de sus ropas[4].

Nada más pasar unos días, los dos sacerdotes sintonizaron espiritualmente; se comprendían, se amaban con respeto y veneración.

Tenían los mismos sentimientos, las mismas aspiraciones, los mismos puntos de mira, los mismos propósitos[5].

* * *

Don José se puso a trabajar inmediatamente, con un programa neto y preciso: la salvación de las almas a toda costa.

Se levantaba muy de mañana y muchas veces, para no molestar al sacristán, él mismo tocaba las campanas del Ave María y abría la puerta de la iglesia[6]. Celebraba la Santa Misa con un recogimiento que impresionaba[7]; se sentaba en el confesonario, si había penitentes y, una vez rezado el Breviario, se retiraba a su habitación para escribir sermones, exposiciones del Catecismo, explicaciones del Evangelio, homilías[8].

Antes de predicar en público, leía sus sermones al Párroco, que le hacía todas las observaciones que le parecían oportunas.

Don José escuchaba y, con humilde docilidad, seguía las sugerencias de Don Costantini, el cual estaba deseando que su Capellán se convirtiera en un buen orador sagrado[9].

De esta manera, poco a poco y con el estímulo de su Párroco, el joven Capellán de Tómbolo comenzó a predicar incluso en los alrededores y, en breve tiempo, conquistó una fama tan notable de orador sagrado, que pueblos pequeños y grandes de la Diócesis se disputaban por tenerlo a predicar en sus iglesias[10].

* * *

Predicaba el Evangelio; predicaba con toda la fuerza de su temperamento; predicaba con un ardor incontenible, que convencía, que despertaba la admiración, que llegaba a los corazones, que conmovía las almas.

Tenía una voz bonita, un gesto digno, una elocuencia fácil y espontánea, y sus pensamientos eran claros y ordenados.

«Predicaba muy bien y daba gusto escucharlo»[11], aseguraban todas las gentes de Tómbolo.

Don Costantini estaba tan profundamente satisfecho con todo esto, que un día, bromeando, le dijo:

—Así me gusta, querido Don Beppi. Pero no me parece bien que el Capellán aventaje al Párroco[12].

En contacto con el pueblo

Habiendo subido desde el pueblo que vive una existencia fatigosa, Don Sarto era el sacerdote del pueblo en el sentido más completo de la palabra.

Estaba siempre en movimiento por el bien del pueblo y por la salvación de las almas.

«Era el movimiento perpetuo», —decía la sobrina del Párroco[13].

Durante el día acudía presuroso y solícito allí donde el deber le reclamaba; en el tiempo que le dejaban libre las ocupaciones de su ministerio, estudiaba con preferencia la Sagrada Escritura, los Santos Padres, la *Suma* de Santo Tomás y el Derecho Canónico[14]; por la tarde enseñaba el canto coral, y tenía una escuela en toda regla para quienes no sabían leer y escribir; dormía sólo cuatro horas[15].

Dormía poco porque estudiaba y rezaba mucho, porque amaba mucho las almas. Listo y agudo por naturaleza y por educación, para conocer mejor los deseos y las aspiraciones de las almas, se dejaba caer de cuando en cuando, con confidente amabilidad, en los corrillos de hombres mayores y jóvenes, interesándose por sus charlas y por sus ideas, y, riendo y bromeando gratamente con ellos, estudiaba sus caracteres, sus maneras de ser, sus tendencias, para después corregir y rectificar siempre que fuera necesario[16].

* * *

Su jornada era llena e intensa. Pero todavía fue más intensa cuando, hacia 1863, Don Antonio Costantini se vio reducido a un estado de salud tan deplorable que tuvo que permanecer inactivo durante una buena parte del año.

Entonces, Don José sintió caer sobre sus hombros todo el peso de la Parroquia.

Cada mañana, con delicada solicitud, ayudaba a vestirse a su Párroco, le acompañaba a la iglesia, le ayudaba con cariño en la Santa Misa y le volvía a llevar a la casa rectoral[17]. Después, especialmente los domingos, confesaba sin límite de horas; explicaba el Evangelio al pueblo, el Catecismo a los niños, la Doctrina Cristiana a los adultos[18].

El era quien visitaba a los enfermos, quien asistía entrañablemente conmovido a los moribundos, de día y de noche, no medía los sacrificios, sin pensar en el agotamiento, sin preocuparse por la inclemencia del tiempo, ni por los caminos intransitables, ni por las distancias[19].

El era quien pensaba en consolar miserias, en animar al cumplimiento del deber, en mantener la paz en las familias, en estimular y despertar sin descanso al bien[20].

Gastaba todas sus energías en preparar a los niños para la Primera Comunión[21], promovía la frecuencia de los Sacramentos[22], enseñaba el canto sacro[23], daba lecciones de gramática a los muchachos que mostraban inclinación al sacerdocio[24]; no pocas veces sustituía al maestro de la escuela elemental[25] y al mismo tiempo empleaba una buena parte de la jornada en atender a su Párroco, levantándole el ánimo con amables atenciones y prestándole las más afectuosas atenciones con tan exquisita caridad como no es posible imaginar[26].

Las gentes de Tómbolo estaban admiradas, y se preguntaban cómo podía resistir su Capellán, sin caer enfermo, un trabajo tan continuo bajo un esfuerzo tan pesado. No ignoraban que Don Sarto era hombre de fibra dura, pero no sabían que en el corazón llevaba las energías de Cristo, de las que hacía acopio en la oración sosegada ante el Santísimo Sacramento, a los pies de Santa María, donde podían verlo todas las tardes con una expresión de paz en el rostro[27].

Caridad operativa

Cualquier pequeño lucro que Don José Sarto podía obtener de sus predicaciones iba a parar derecho a manos de los pobres.

En este punto, Don Costantini no estaba de acuerdo con su Capellán, y, como Párroco, se creía en el deber de recomendarle, con tono de paterna reprensión, que pensase un poco en su madre, que vivía en la humilde casuca de Riese con las hijas. Pero Don José tenía siempre la misma respuesta; la respuesta de su fe inconfundible y de su firme esperanza:

—Estos pobrecitos tienen más necesidad que ella; el Señor también proveerá para ella. La Providencia no falta nunca[28].

* * *

Un día —aseguraba la sobrina del Párroco—, recibió, por un panegírico en un pueblecito vecino, un napoleón de oro (20 liras), pero cuando estuvo de vuelta en casa, ya no llevaba ni un céntimo[29].

Otro día fue a Cittadella para pronunciar la oración fúnebre de una insigne benefactora de Tómbolo, cuando volvió a casa, alegre y regocijado le dijo a Don Costantini:

—Me han dado una génova (80 liras): una verdadera riqueza.

—Ahora te comprarás alguna cosa —añadió el Párroco.

—La he dado casi entera —replicó el Capellán, que nunca llevaba un céntimo en el bolsillo, porque vivía abandonado a la Providencia y «todo lo esperaba de Dios»[30].

* * *

Don Sarto tenía un manteo tan viejo —decía una buea mujer de Tómbolo— que los Capellanes de las Parroquias vecinas decían que había estado en la guerra.

Una vez, habiendo sido llamado a Castelfranco para predicar, Don Costantini le sugirió que aprovechase la ocasión para comprarse uno nuevo.

Al instante, Don José escuchó el consejo de su Párroco. Pero cuando, después de la prédica, se encontró con uno que le pidió ayuda para pagar el alquiler de su casa, su corazón no resistió conmovido y, sin decir palabra, le dio la «fiorella» entera (36 liras vénetas), que acababa de recibir, y regresó a Tómbolo con su mísero manteo[31].

* * *

Su caridad, abierta a todas las necesidades más imperiosas de la vida, no conocía límites, no tenía medida.

Daba todo lo que tenía. No se preocupaba de sí mismo,

olvidaba sus propias estrecheces, que no eran pocas; se privaba de lo necesario, se desprendía de todo, hasta se quitaba el pan de la boca, quedando no pocas veces reducido a la necesidad de pedir él por caridad un poco de harina y un poco de queso para comer él y sus hermanas[32]. De cuando en cuando, no encontraba más solución que llevar al Monte de Piedad de Castelfranco o de Cittadella su modestísimo reloj de plata[33], sin que nunca se turbase la serenidad de su rostro ni su paz[34].

* * *

La Capellanía de Tómbolo era bien pobre y las rentas del Capellán muy escasas, pero en las manos de Don Sarto lo eran todavía más, y lo poco que tenía no era suyo, sino de los más necesitados, a quienes solía decir: «Mientras yo tenga, comeremos juntos»[35].

Un día, un pobre le pidió 10 liras para trasladarse a Verona en busca de trabajo.

—Con mucho gusto, si las tuviese —respondió Don José, con un vivo acento de compasión— pero no tengo dinero.

—¿Tiene maíz? —repuso aquel pobre.

—Maíz, sí —replicó el Capellán.

—Entonces...

—Entonces —concluyó nuestro Santo— ve a casa y toma un saco.

Aquel hombre no se lo hizo repetir; fue a la casa y volvió con el saco.

Don Sarto lo condujo al granero y, ante un montón de grano de poco más de una fanega, dijo:

—Mitad para ti y mitad para mí. ¿De acuerdo?

El pobre sintió que se le hacía un nudo en la garganta, de puro emocionado, pensando en el corazón que tenía su Capellán, que por los pobres cada día brillaba más de sacrificios, de pobreza y de amor[36].

Una broma profética

Los Capellanes de los alrededores, admirados por la prodigiosa actividad y por el profundo espíritu sacerdotal

de Don Sarto, le llamaban el «Capellán de los Capellanes», y con frecuencia le gastaban bromas con este nombre.

Don José, de carácter franco y jovial, bromeaba y reía gustosamente con ellos. Pero un día en el que estos Capellanes habían exagerado un poco la nota, metiendo el puño de la mano derecha en la concavidad de la izquierda, les dijo:

—Capellanes, más tarde o más temprano vendréis a parar aquí.

—¡Qué soberbia!... Además nosotros seremos pronto Párrocos —exclamó el Capellán de Galliera, Don Carlos Carminati, que era el más jovial de todos.

—Pero es que aquí también vendrán los Párrocos —replicó el «Capellán de los Capellanes».

—¡Seguro! Hasta a los Obispos les veremos a tus pies —añadieron los demás.

—Sí, también los Obispos bajo el «Capellán de los Capellanes» —concluyó Don Sarto medio en broma medio en serio.

Y todos se echaron a reír[37].

Cuando, casi 40 años después, el humilde Capellán de Tómbolo subió al Trono más augusto de la tierra, aquella broma adquirió luces de vaticinio.

La predicción de Don Costantini

Pero el futuro iba a responder, obediente, a la predicción de Don Costantini acerca de su Capellán, cuando escribía a un Párroco vecino, amigo suyo muy querido.

«Don Sarto es un excelente Capellán. Oyeme bien: pronto le veremos de Párroco de una de las más importantes Parroquias de la Diócesis... Luego lo veremos calzado de rojo... luego... luego quién sabe»[38].

* * *

Poco tiempo después, el «Capellán de los Capellanes» era llamado a la Curia de Treviso, para una de las más importantes parroquias de la Diócesis; el 21 de mayo de 1867

era nombrado Párroco de Salzano, en la ubérrima llanura que se tiende hacia la Laguna de Venecia[39].

A Don Sarto no le gustaba la idea de separarse de sus gentes de Tómbolo, porque no sentía aspiraciones de gloria ni de honores humanos, porque no ambicionaba ser promocionado ni un mayor lucro; estaba contento con aquella serena y tranquila pobreza en la que había nacido y en la que vivía[40]. Pero la voluntad del Obispo estaba clara y eran demasiado insistentes los consejos de su Párroco, que lo invitaba a aceptar el peso de esa gran Parroquia; su humildad no podía oponer más resistencia[41].

Inclinó la cabeza ante la obediencia, como ante la misma voz de Dios, y se dispuso a partir hacia su nuevo campo de acción; mientras tanto, la mano de Dios iba ordenando misteriosamente los acontecimientos hacia una meta excelsa.

Las gentes de Tómbolo recibieron la noticia de la promoción de su Capellán a Párroco de Salzano con el llanto en los ojos, porque estaban convencidos de que perdían «una perla de sacerdote» —así decían[42]—, y todavía más: un santo[43]. Pero aunque lloraban, sentían el consuelo de saber que su Capellán no los olvidaría jamás.

A distancia de tiempo y de acontecimientos, cuando el «Capellán de los Capellanes» se sentó en la Cátedra de San Marcos, todavía llevaba en el corazón el recuerdo de sus queridas gentes de Tómbolo y, en enero de 1895, escribirá con gozo a su Párroco Don Juan Ziliotto:

«Decid a mis queridos tombolanos que no los olvidaré nunca, porque recordándoles recuerdo los años más hermosos de mi vida»[44].

III. EL PARROCO DE SALZANO (1867-1875)

«Su recuerdo y su nombre evocan en las gentes de nuestros pueblos como la visión de un Santo que ha edificado la iglesia trevisana».

G.A. LONGHIN
Obispo de Treviso
2 Junio 1923

Al trabajo

En Salzano, el futuro Pío X fue el mismo que había sido en Tómbolo: un trabajador de buen temple.

Afable y complaciente, quiso ver inmediatamente a todos sus feligreses, conocerlos a todos con el corazón. Iba a dondequiera que le llamaban y, con sagacidad y prudencia, también iba allí donde no era llamado, para decir a pobres y a ricos, a dichosos y atribulados, palabras de esperanza, de estímulo y de bondad[1].

Después, empezó a predicar la fe en toda su sublimidad y en toda su fuerza. Predicaba la palabra de Dios, explicaba el Evangelio con orden y claridad; era incansable en el confesonario, se apresuraba a visitar y consolar a los enfermos, a asistir a los moribundos en cualquier hora del día y de la noche[2].

* * *

Pero su verdadero campo y centro de su actividad era el Catecismo.

Persuadido de que un pueblo que no conoce el Catecismo es un pueblo muerto, como muere sin agua la semilla en el campo, insistía en el Catecismo.

«Os ruego y os exhorto que vengáis al Catecismo —repetía insistentemente a su pueblo—; antes que faltar al Catecismo, faltad a las Vísperas»[3].

Esta era su continua preocupación, porque sabía que si su pueblo conocía el Catecismo, no perdería nunca la orientación divina que es la fe y la moral cristiana.

Por eso, solía repetir que la mayor parte del mal proviene de la falta de conocer a Dios y sus verdades; no paraba un momento de invitar a sus feligreses con insistentes recomendaciones para que asistieran al Catecismo, que él explicaba con mucha viveza y con particular pasión[4].

Y para que las verdades de la fe se grabaran mejor en la mente, tuvo la feliz idea de adoptar el sistema de dialogar el Catecismo muy hábilmente con un joven sacerdote de un pueblo vecino: era una novedad que atraía los domingos a mucha gente a Salzano, incluso de las Parroquias de los alrededores[5].

Hubo algún Párroco que, al ver su propia iglesia casi desierta, se quejó al Obispo de este nuevo método de explicar el Catecismo. Pero el Obispo, que seguía con vivo interés y con mayor complacencia el celo inigualable del Párroco de Salzano, respondió, sonriendo: «Haga usted lo mismo»[6].

Fervor en las obras

El Obispo respondía así, porque no ignoraba que Don Sarto era un Párroco que, por la salvación de las almas y por el bien de sus feligreses, no se detenía ante las privaciones, no calculaba los sacrificios, no se preocupaba del cansancio, no ahorraba sudores[7].

Pero, mejor que el Obispo, lo sabía el pueblo de Salzano, que en poco tiempo pudo contemplar cosas que antes nunca había visto: la iglesia más bella y decorosa; más majestuoso y más devoto el rito de las funciones sagradas, acompañado por una bien organizada escolanía; promovidas por todos los medios la vida cristiana y las buenas costumbres; la

consideración debida a la enseñanza religiosa en las escuelas municipales; más firme la concordia de los ánimos y la paz en las familias; los derechos de los trabajadores defendidos y más prósperos y florencientes los mismos intereses económicos, que ahora contaban con el apoyo de una Caja Rural que el laborioso Arcipreste, con claridad de visión, quiso fundar para tener más cercca de sí y más adherido a la fe a aquel pueblo de agricultores, a quienes estaba educando en la previsión y en el ahorro[8].

La gran Parroquia había cambiado de fisonomía y había adquirido el aspecto de una Parroquia modelo, con un pueblo honesto, laborioso, asiduo a la iglesia, obediente y disciplinado a la voz de su Párroco[9].

La memoria de los ancianos no recordaba que Salzano hubiera tenido nunca un Párroco tan activo y tan incansable como Don Sarto[10]; un Párroco que, en el aspecto alegre de su cara y en la dulzura de sus ojos, llevaba como impreso su gran corazón de Pastor de almas y de Padre de su pueblo[11].

Por eso, no era de maravillar que los salzaneses tuvieran hacia él un respeto y una veneración como de santo sacerdote de Dios, que vivía su misma vida, sus mismas alegrías y sus mismas penas[12], y reconocieron unánimemente que el Obispo había hablado verdad cuando, al presentarles como Párroco al Capellán de Tómbolo, había dicho que «hacía mucho» por la Parroquía[13], que ahora se había convertido en la primera de las Parroquias de la Diócesis, no sólo por el orden que en ella reinaba, sino principalmente por el consolador despertar de una vida verdaderamente cristiana, que Don Sarto había fundamentado en un profundo espíritu de fe y de piedad, dando un vigoroso impulso a la adoración pública del Santísimo Sacramento[14] y a la Primera Comunión de los niños incluso antes de cumplir la edad que en aquel tiempo se acostumbraba[15].

Este particular fue consignado, para perpetua memoria, en la declaración dejada por Mons. Zintelli cuando acabó su visita pastoral a Salzano:

«Optimo el espíritu religioso de la Parroquia; pueblo unido cordialmente con su Párroco; consoladora la frecuencia de Sacramentos; un gran número de comuniones y

muy bien instruidos en la Docrina Cristiana, los niños; en perfecto orden todo lo que se refiere al culto divino»[16].

Todo corazón para su pueblo

El pueblo de Salzano estaba orgulloso de su Párroco y todos, incluso los israelitas que poseían en Salzano tierras extensas, le tenían gran afecto[17], porque todos veían en él un «sacerdote santo»[18] y también porque sabían que a él podría faltarle lo necesario, pero no a quien estaba en la pobreza y en la miseria.

Ante una necesidad, el Párroco de Salzano no vacilaba, se privaba de todo[19], porque comprendía lo que era sacar adelante una vida llena de dificultades y tener el plato vacío.

Las frecuentes quejas de sus hermanas, que veían desaparecer tan pronto ropa blanca como vestidos, tan pronto trigo como harina de maíz, no eran tenidas en cuenta; si querían conservar las pocas cosas que tenían en la casa, habían de esconderlas para que el futuro Pío X no se hiciese con ellas[20].

Para Don José Sarto sólo había una cosa: su gran fe en la Providencia.

—La Providencia no falta nunca —era su estribillo y su voz de mando[21]. Por eso, nunca tuvo la tentación de acumular dinero y nunca pensaba en el día de mañana; incluso disfrutando de un pingüe Beneficio nunca ahorró ni un céntimo[22].

¡Una de las más bellas glorias de un sacerdote de Cristo!

* * *

Los pobres eran su constante preocupación. Lo demás no tenía importancia. ¿Qué había de importarle, si, cuando no sabía cómo ayudar a una familia caída en la desventura, no descansaba hasta prestar fianza, aún sabiendo que a su vencimiento tendría que pagar de su bolsillo?[23].

¿Cómo había de importarle, si, para salir de determinadas situaciones angustiosas, creadas por su inagotable ca-

ridad, debía prescindir de su anillo parroquial y enviarlo en secreto al Monte de Piedad de Venecia?[24].

¿Qué había de importarle, si, para socorrer la pobreza y salvar la indigencia de sus feligreses, se veía obligado a olvidarse de sí mismo hasta tal punto que descuidaba sus gastos personales más imprescindibles?[25].

Cuando sus hermanas se lamentaban de que no tenían calcetines, respondía rápidamente:

—Remendad los viejos[26].

Un día, su hermana María le hizo observar que necesitaba una sotana.

—No tengo dinero —fue su respuesta[27].

No tenía calcetines, no tenía dinero, porque —como decía el pueblo— para los pobres tenía un agujero en la mano[28]. No tenía sotana, porque lo daba todo[29], porque se privaba de todo, hasta de sus camisas y de sus zapatos[30].

Los salzaneses afirmaban que su Párroco tenía siempre el granero vacío, porque el grano del Beneficio parroquial no era suyo, sino de los pobres[31].

¿Y para él?

Para él «un puñadito de alubias escuálidas y medio tísicas»[32]. Para él la admirable palabra de siempre: El Señor proveerá[33].

Una olla que vuela

Don Sarto era insuperable haciendo caridad.

Una mañana, hacia el mediodía, la buena de Rosa, una de sus hermanas, entró en la cocina. Cuál no fue su sorpresa cuando vio que había desaparecido la olla que dejó puesta en el fuego con un trozo de carne para la comida.

—Pobre de mí, ¿qué voy a hacer ahora? —exclamó con voz lastimosa.

Don José la oyó y, para tranquilizarla, sonriendo le dijo:

—Hace unos momentos ha venido un pobre hombre que tiene la mujer enferma y cuatro niños hambrientos. No tenía nada que darle, pero he apartado la olla del fuego y se la he dado. No te preocupes, para nosotros el Señor porveerá.

—¿Pero qué comeremos ahora nosotros? —replicó su hermana.

—Polenta y queso —respondió él que habitualmente se contentaba con un huevo y un simple potaje de judías[34].

Las hermanas siempre tenían que callarse, porque si se atrevían a decir una palabra, recibían de labios de su Don José la invariable respuesta: «¿Tenéis miedo a moriros de hambre?»[35].

El cólera de 1873

Estamos en 1873, el año terrible del cólera, que marca el vértice de la caridad y del heroísmo del Párroco de Salzano.

Para Don Sarto fue aquél un período de sacrificios inenarrables y de inimaginables fatigas.

El morbo se agudizaba y sembraba lutos y penas.

Don José, dispuesto a dar la vida por sus feligreses, no vaciló: desafiando a la muerte saltó inmediatamente al campo de la desolación y del dolor.

¿Había que confesar a algún apestado? Era él quien acudía de día y de noche, en cualquier momento y a cualquier hora, sin consentir, movido por la caridad, que ninguno de sus dos Capellanes se expusiesen a contagiarse de la enfermedad[36].

¿Había que enterrar a un muerto? Era él quien intervenía en la triste ceremonia para bendecir una vez más los cadáveres de sus feligreses.

¿Que faltaba lo necesario en alguna de aquellas casucas perdida en la desolada llanura? El proveía, ayudaba, consolaba.

¿Que en alguna familia pobre no había nadie que supiera asistir a los contagiados? Era él quien sugería los remedios de emergencia, aconsejaba, infundía valor, no dudando en hacer de médico y enfermero.

¿Faltaban brazos para transportar los muertos al cementerio, para que tuviesen la honra de ser enterrados? El se prestaba con prontitud a la obra de misericordia.

Una tarde, había ido a una casa alejada para un entierro. No había allí más que tres hombres; faltaba el cuarto.

Don Sarto vio y calló. Roció con agua bendita el féretro, entonó el «De profundis» y, con roquete y estola, se puso a ayudar a aquellos tres hombres a llevar al difunto[37].

* * *

Las emociones que padeció viendo la desgracia de tantas pobres familias, el trabajo agotador, la absoluta falta de reposo nocturno, los ayunos extenuantes y los excesos innumerables y sin respiro, impuestos por la urgencia de los socorros, el luto y la desolación de su pueblo tan duramente probado, quebrantaron su fibra robusta, pero estimularon más todavía la fuerza y la delicadeza de su sentimiento. Se había quedado hecho un esqueleto[38].

Los amigos, sus hermanas y el mismo Obispo le recomendaban un poco de descanso, un poco de tranquilidad, pero el fuerte operario de Dios respondía: «No tengáis miedo, el Señor ayuda»[39], y, sin hacer caso, continuó con mayor e infatigable energía en su duro y fecundo trabajo.

* * *

Un día de 1875, el Obispo le hizo llamar a la Curia para decirle que lo quería en Treviso, como Canónigo de la Catedral.

El humilde Párroco intentó todos los caminos para zafarse de un honor tan inesperado, pero el Obispo no admitió razones ni escuchó ruegos[40].

Así, poco después, obedeciendo el mandato de su Obispo, el 16 de septiembre de 1875, con el ánimo invadido por la amargura de apartarse de sus salzaneses, abandonaba en silencio la gran Parroquia[41]; pero se llevaba el recuerdo de un pueblo al que amaba intensamente[42].

IV. EL CANÓNIGO DE TREVISO (1875-1884)

«El sacerdote debe atender a la salvación de las almas con toda solicitud y con todos los medios, pero especialmente con la caridad y con el consejo».
PIO X, *al Clero católico*
4 agosto 1908

En Treviso

El 28 de noviembre de 1875, primer Domingo de Adviento, Mons. Sarto se presentó por primera vez entre los canónigos de Treviso.

Su Obispo lo había llamado a Treviso para confiarle dos delicadísimos encargos que exigían equilibrio, sagacidad y prudencia: la dirección espiritual del Seminario y la Cancillería episcopal.

Mons. Sarto estaba entonces en la plenitud del vigor de sus 40 años. Llevaba consigo no elucubraciones de libros, sino la ciencia de los hechos; conocía a fondo hombres y cosas; tenía una voluntad firme, un golpe de vista seguro y un profundo espíritu sacerdotal unido a un recio temple de trabajador infatigable e indómito.

Director espiritual del Seminario

—¡Algo más que un párroco rural! ¿Habéis visto qué discurso?

Esta fue la exclamación de los seminaristas de Treviso, cuando hubieron escuchado el primer discurso del nuevo Director Espiritual, que en el exordio se había autodefinido como un pobre Párroco de aldea. Se dieron cuenta inmediatamente de que era un sacerdote de valor no corriente, un educador que conocía a fondo la pedagogía de la energía y de la dulzura[1].

Sus conferencias eran claras, ordenadas, pero, más que nada, prácticas, «llenas de sentimientos y de eficacia»[2]; su palabra —expresada en un bello italiano— era fácil, espontánea, persuasiva y, de cuando en cuando, salpicada con alguna ingeniosidad oportuna y apropiada, que servía para mantener despierta la atención y para mejor grabar en las mentes las verdades que explicaba[3].

Los jóvenes le escuchaban gustosos y seguían con docilidad sus enseñanzas, porque se daban cuenta de que en él había doctrina sólida y ciencia segura, porque en su mirada estaba toda su alma y en su voz había vibraciones que dejaban resonancias inolvidables[4].

* * *

Hablaba siempre con la dulzura que tenía en el corazón, pero si era preciso también sabía hablar con la firmeza y severidad que había en su carácter ardiente, lleno de vigor y de vida, con el sello de un profundo amor por la Iglesia[5].

Y al mismo tiempo era todo corazón con ellos. Podían recurrir a él a cualquier hora y en cualquier momento. A nadie rechazaba. Los escuchaba con atención cuando le exponían sus dudas, con calma y sin prisas, como si en medio de su ingente trabajo no tuviese otras cosas que hacer. Luego, con pocas palabras, breves y concisas, cortaba en seco escrúpulos, angustias y perplejidades, señalaba el camino seguro y devolvía a los corazones el valor, la frescura y la paz[6]. «Se tenía la impresión —decía un seminarista de entonces— de que en él hablaba el Señor, porque su palabra respondía siempre a nuestras necesidades y disipaba todos los temores»[7].

«En su gesto y en su palabra —decía otro seminarista—

había como una fuerza que inspiraba confidencia y confianza»[8].

* * *

Era un trabajo enorme y continuo de incesantes sacrificios y vigilante abnegación el que desarrollaba para formar en la santidad a más de 200 jóvenes[9]; al mismo tiempo, se creía en el deber —con esas finuras conmovedoras de su caridad— de ayudar a los seminaristas que, proveniendo de familias muy pobres, tenían necesidad de libros o de ropas o incluso de dinero, que él sabía encontrar en préstamo cuando no lo tenía[10].

Y todo esto, mientras tenía que enseñar el Catecismo a los pequeños del Colegio Episcopal, dar lecciones de Religión a los alumnos de las clases superiores; asistir al Coro de la Catedral; predicar en ciudades de la Diócesis y de fuera[11]; y todavía sabía sacar tiempo para dedicarse a la música sacra, que era como una pasión de su alma sacerdotal[12].

Trabajador infatigable en el terreno del espíritu, no perdía ni un segundo de tiempo, no conocía ocio, no conocía reposo[13].

Habiendo recibido desde la niñez un buen temple en el sacrificio y en las necesidades de la pobreza, «nada le pesaba —afirmaba el Vice-rector del Seminario— porque la virtud en él parecía cosa natural»[14].

Canciller episcopal

Pero era en su despacho de Canciller episcopal, en el que ordinariamente pasaba seis horas continuas de intenso trabajo, donde Mons. Sarto sentía toda la gravedad del propio deber y toda la plenitud de la propia responsabilidad[15].

Aquí, con ingeniosa habilidad y con aguda prudencia, sabía encontrar los caminos que mejor llevaban a su meta, demostrando una intuición tan rápida y una habilidad tan sorprendente que todos quedaban admirados y atónitos[16], pero más que nadie, el Obispo Mons. Federico Zinelli —un

Obispo de inteligencia no corriente y de extraordinaria perspicacia—, que repetía con frecuencia que «no había conocido un Canciller tan asiduo, tan fiel al horario, tan hábil y acertado al tratar con toda clase de personas y resolver los casos más complicados»[17].

* * *

Pero nadie podía contar los días de sudores, las noches de insomnio, las duras y prolongadas fatigas del Canciller episcopal, que en Tómbolo y en Salzano amaba rodearse de niños pobres y humildes, que muchas veces no tenían ni zapatos, para enseñarles el Catecismo o educarlos en la música sacra o el canto gregoriano[18].

El Prof. don Francisco Zanotto, que era vecino de habitación, le oía habitualmente moverse sentado a su mesa de trabajo, rodeado de papeles y libros, cuando ya hacía largo tiempo que todo el mundo dormía, y le gritaba:

—Vaya a descansar, Monseñor... Deje las tareas de la Curia para mañana, pues quien trabaja demasiado, trabaja menos.

—Tienes razón, don Francisco —respondía Mons. Sarto con amable picardía— vete a la cama y descansa.

Y continuaba trabajando; con el alba ya estaba otra vez en pie con una jovialidad que repartía a su alrededor buen humor, gracia y encanto[19].

Un profesor del Seminario, Mons. Lorenzo Brevedan, comentó acerca de él:

—Hace 50 años que estoy en el Seminario; he conocido muchos Superiores y profesores, pero a ninguno que haya cumplido con su deber como Mons. Sarto[20].

* * *

Pero no eran sólo cosas de la Curia las que pasaban por sus manos. Ante su mirada también pasaban con frecuencia angustias, sufrimientos, miserias y casos lastimosos de pobres y atribulados por las contrariedades de la vida.

Y en estas ocasiones levantaba su frente serena, sus ojos se iluminaban llenos de piedad y, abandonando su digna re-

serva, escuchaba a todos, para todos tenía consejo, una palabra de ánimo, de fe y de fortaleza cristiana; a todos abría su gran corazón —el mismo corazón de Tómbolo y de Salzano— con una generosidad tan compasiva, que todo el mundo en Treviso decía que el Beneficio canónico de Mons. Sarto «no era suyo, sino de los pobres»[21].

¿Quién podía no quererle?

No era de admirar si el nombre de Mons. Sarto estaba en labios de todo el mundo como un símbolo de la caridad cristiana; un anciano del pueblo, haciéndose eco del sentir común, afirmó que «no había conocido nunca a un sacerdote tan bueno, tan afable y tan compasivo como él»[22].

No exageraba un Párroco venerable cuando decía: «Ciertamente, hay buenos sacerdotes, pero ninguno como Sarto»[23].

Tampoco erraba un Canónigo que, hablando de Mons. Sarto con otros colegas, afirmaba: «Entre nosotros —recordadlo— tenemos un Santo»[24].

Y no se engañaba un prestigioso profesor del Seminario de Padua, cuando comentaba a un discípulo suyo de la Diócesis de Treviso: «No he conocido nunca una persona más buena, más digna, más caritativa y más santa que Mons. Sarto»[25].

Vicario capitular

Pero el trabajo iba creciendo, y aumentó todavía más cuando, el 24 de noviembre de 1875, murió el Obispo Mons. Zinelli y los Canónigos de la catedral eligieron por unanimidad a Mons. Sarto para el importante cargo de Vicario capitular.

El trabajador incansable, a quien causaban espanto los honores y las dignidades, porque sus perspectivas siempre eran los juicios divinos[26], quiso sustraerse de un cargo que no deseaba; pero los Canónigos no cedieron[27].

De esta forma, el futuro Papa se encontró al frente de la Diócesis, con 210 Parroquias y 350.000 almas[28].

Con una nobilísima carta tomó inmediatamente contacto con el clero, y su primera acción enérgica fue reclamar

imperiosamente del Economato Regio urgentes medidas para mejorar las mezquinas rentas de la Curia, que había quedado reducida al extremo de todos los recursos[29].

Celoso de la buena fama de la Diócesis, cortó con mano firme algunos abusos que, desde hacía mucho tiempo, se habían introducido en la indumentaria y en las insignias de los Canónigos[30].

Dirigió su pensamiento y sus actuaciones hacia todos los sacerdotes de la Diócesis, incitándoles con persuasiva elocuencia a trabajar sin descanso por la salvación de las almas, unidos entre sí y con la caridad y el amor de Cristo[31].

Levantó con gran energía la situación económica del Seminario, cuando estaba abocado a la ruina y, con la fe de los Santos y el valor de los fuertes, le aseguró un futuro viable[32].

Dio un vigoroso impulso a la prensa católica; reclamó a las Parroquias el óbolo para el Papa, que había sido despojado de sus territorios, y para las misiones entre los infieles; no olvidó las angustias de los pobres, los sufrimientos de los desheredados de la fortuna, los dolores ocultos de los atribulados[33] y no desaprovechó ocasión de promover imponentes manifestaciones religiosas para el triunfo de la fe, de la Iglesia y del Vicario de Cristo[34].

Fue inolvidable el día 29 de abril de 1880; en unión de la más conspicua representación del clero del Véneto, se puso a la cabeza de todos los sacerdotes de la Diócesis en una solemne peregrinación a la Virgen del Monte Berico, en Vicenza, en donde pronunció un sermón tan claro y profundo, que se reveló como un gran conocedor de la *Suma* del Doctor de Aquino, causando asombro y admiración en aquella reunión de Obispos, Prelados y Monseñores[35].

* * *

El clero estaba totalmente satisfecho del gobierno de su Vicario Capitular, porque todos sabían que no lo movía la ambición, ni el cálculo humano, sino sinceramente la gloria de Dios, el decoro de la Diócesis, la santidad de sus sacerdotes, la salvación de las almas[36].

Justo, recto, imparcial con plena conciencia del deber[37],

era un Vicario Capitular que no se limitaba a dar órdenes o dictar disposiciones, sino que iba a la cabeza de todos con una vida hecha de sacrificios, de privaciones y de trabajo, «sin perder nunca la firmeza en las decisiones, y la prontitud en el actuar, que eran propias de su manera de ser, pero conservando la sencillez y la naturalidad, que eran como la expresión de su sereno equilibrio al dar a cada cosa la importancia que merecía»[38].

Obispo

Mons. Sarto fue Vicario capitular desde el 27 de noviembre de 1879 hasta el 26 de junio de 1880.

Siete meses de gobierno fueron suficientes para demostrar que poseía la doctrina, la firmeza y el corazón para regir cualquier Diócesis: eran dotes que le habían sido reconocidas repetidas veces por dos preclaros Obispos que lo tuvieron como Canciller infatigable: Mons. José Gallegari y Mons. José Apollonio.

El primero de ellos, que había encontrado en él «un consejero, un confidente y un amigo carísimo»[39], gustaba de llamarlo su «brazo derecho» y llamándole así lo había presentado a León XIII[40]; el segundo, cada vez que se refería a su Canciller, acababa diciendo, con satisfacción: «con Mons. Sarto estamos en buenas manos»[41]; el Obispo Mons. Zinelli lo había promovido a la primera dignidad del Capítulo canonical, queriendo con ello premiar «los méritos destacados de piedad y de doctrina» de su Canciller, y ante toda la Diócesis lo llamaba «verdadero apoyo y ayuda de la Iglesia de Treviso»[42].

Ninguno de cuantos conocían a Mons. Sarto podían creerse que viviría durante mucho tiempo en Treviso, encerrado entre las paredes de un Seminario o de una Cancillería episcopal; todos tenían el convencimiento de que estaba destinado a grandes cosas[43].

* * *

Una mañana de septiembre de 1884, mientras Mons. Sarto se encontraba clavado en su mesa de trabajo, el Obispo lo llamó y lo invitó a entrar en su capilla privada.

—Querido Monseñor, arrodillémonos y recemos juntos —le dijo el Obispo— porque hay algo que nos interesa a ambos.

Mons. Sarto, con no poca sorpresa y emoción, se arrodilló.

Después de unos breves momentos de oración, el Obispo se levantó y, con un gesto que expresaba al mismo tiempo alegría y dolor, le entregó un billete pontificio.

Era el nombramiento de Mons. Sarto como Obispo de Mantua.

Aquel nombramiento no sorprendió a nadie, porque todos lo preveían y todos lo esperaban[44].

* * *

El hijo del pobre alguacil de Riese, que había hecho frente a tantas dificultades y superado tantos obstáculos que parecían insalvables, escondió la cara entre sus manos y se puso a llorar.

—Acepte... Es la voluntad de Dios —añadió el Obispo abrazándolo.

—¡También esto me tenía que pasar! —respondió Mons. Sarto.

Cuando se quedó solo, escribió a Roma, protestando con humilde sencillez, que la alta dignidad a la que era llamado no le correspondía.

Pero en Roma se sabía quién era el Canciller de la Curia episcopal de Treviso, y le respondieron que obedeciera.

No era posible seguir vacilando[45].

Dos meses más tarde, el 16 de noviembre de 1884, Mons. Sarto recibía en Roma, de manos del Emmo. Cardenal Lucido María Parocchi —Vicario de Su Santidad—, la plenitud del sacerdocio[46].

Ese día, la sagrada liturgia recordaba la parábola de la levadura, que una mujer mezcla con la harina y hace fermentar toda la masa[47].

Evangelio profético.

V. EL OBISPO DE MANTUA
(1885-1894)

«Su alma grande y noble vive y vivirá en la mente y en el corazón de todo el clero del mundo, como un ejemplo vivo de Pastor de almas».

Mons. G. de GUIGAN
Arz. de Toronto
10 febrero 1935

En la ciudad de los Gonzaga

Cuando el 18 de abril de 1885 Mons. Sarto bendecía por primera vez en la catedral de Mantua a un pueblo inmenso que lo aclamaba[1], ese día marcaba la resurrección y la vida de toda una Diócesis.

Ya un mes antes, escribiendo al Alcalde de la ciudad, había expuesto así su propio pensamiento:

«Tengo la satisfacción de asegurar a V.I., que el nuevo Obispo, pobre de todo, pero rico de corazón, no tiene más meta que la salvación de las lamas»[2].

Y, anunciándose al clero y al pueblo de Mantua, había delineado más claramente todavía su misión de Obispo:

«Por las almas, no me ahorraré cuidados, vigilias, fatigas. Mi esperanza está en Cristo, mi fuerza está en él. Sé bien que por la salvación de las almas tendré que soportar sacrificios, sufrir ofensas, hacer frente a tempestades y luchar contra el mal; pero mi pueblo me encontrará siempre firme en mi puesto y siempre lleno de caridad»[3].

Con dos intensos amores había llegado a la ciudad de los Gonzaga: el amor a «su» iglesia, de la cual se sentía Pastor y el amor a «su» pueblo, del cual se sentía Padre.

No había ambicionado una carga, para la que se sentía sin fuerzas; pero no temía el peso que la mano de Dios había puesto sobre sus espaldas.

El Seminario

Con su agilidad de mente característica, Mons. Sarto se hizo cargo en el acto de cuál era la situación de su Diócesis.

Como Capellán y Párroco, conocía las necesidades del pueblo; como Canciller y Vicario episcopal, conocía también a fondo las necesidades del clero.

Así, sus primeros pensamientos y los primeros latidos de su corazón fueron para el Seminario y para su clero. Este era escaso en número y tenía que trabajar fatigosamente un terreno áspero e ingrato, pues estaba envenenado por las ideas laicisizantes de la Masonería, que se había alzado con su influencia en la vida civil y hostigaba con fiereza el desarrollo de la vida religiosa en el pueblo[4].

«Necesito profesores en el Seminario, necesito sacerdotes en la ciudad y en la Diócesis; es una verdadera desesperación».

Así se lamentaba el 2 de junio de 1885[5], y poco después volvía a lamentarse:

«El único fruto que este año me ofrece mi Seminario es la ordenación de un sacerdote y de un diácono. ¡Qué miseria y cómo se me aprieta el corazón, cuando me hacen falta por lo menos 40!»[6].

Mons. Sarto no vaciló, ni lloró lágrimas inútiles. Con mirada segura y pulso firme, se puso al duro trabajo de la restauración que debía llevar en poco tiempo a la Diócesis de Mantua hasta la altura de las mejores Diócesis de Lombardía.

Y comenzó por el Seminario, columna vertebral de toda Diócesis.

El Seminario de Mantua no respondía a las necesidades urgentes de la Diócesis, porque, después de haber estado cerrado durante casi un decenio a causa de las conmociones políticas, carecía de medios.

Mons. Sarto dirigió inmediatamente un conmovedor lla-

mamiento a los mantuanos, para que acudieran en ayuda del Seminario, del que dependía el futuro de la Diócesis.

«Es aquí —escribía el 5 de julio de 1885— donde descansan mis afanes. Es aquí donde se concentran mis afectos y aquí es donde encuentran tregua o aumentan mis angustias. Esta es la obra más digna que pueda salir de las manos de un Obispo»[7].

Clero y pueblo, ricos y pobres, poderosos y humildes trabajadores respondieron con entusiasmo a la voz apasionada de su Obispo, y un año más tarde el Seminario de Mantua era uno de los más florencientes de Itaila, por el número de alumnos, por el orden y por la disciplina, por la modernidad de los estudios y por la sólida piedad sacerdotal[8].

* * *

Pero si el Seminario era como la pupila de sus ojos y el corazón del corazón de Mons. Sarto[9], no lo eran menos sus seminaristas.

Para ellos no regateaba solicitud, no se ahorraba fatigas, ni sudores, ni tiempo, ni dinero. Los visitaba casi a diario, se interesaba por sus necesidades, observaba su manera de ser y su carácter, los seguía en sus estudios, en su espíritu de piedad y en la formación sacerdotal de sus sentimientos[10].

No buscaba en ellos la cantidad, sino el espíritu de Jesucristo. Por eso, cuando comprendía que en alguno faltaban los requisitos necesarios, era inexorable: le señalaba la puerta. Lo sacrificaba con dolor, pero lo sacrificaba con determinación, pues sabía por experiencia que los sacerdotes contrahechos con un espíritu de cálculos humanos y de intereses terrenos eran un castigo de Dios[11].

Pero incluso entonces manifestaba su caridad, porque, si eran pobres aquellos a quienes debía hacer salir del Seminario, no los dejaba abandonados a su suerte, sino que les proporcionaba una ocupación conveniente y un trabajo honesto[12].

Los mantuanos no habían visto nunca un Obispo como él, que amara a sus seminaristas con tanto cariño, con tanta caridad y al mismo tiempo con tanta firmeza[13].

La visita pastoral

Una vez puesta a salvo la existencia del Seminario, y bien encaminada la formación espiritual y cultural de los alumnos[14], dio comienzo a la visita pastoral en toda la Diócesis; no quiso pompas ni honores, sino buscando únicamente la salvación de las almas.

«Recuerde cada Párroco —escribía el 18 de agosto de 1885— que sólo saldré de su casa rectoral verdaderamente satisfecho, si me ofrece su mesa de cada día y si comparte conmigo, sin brindarme ninguna otra cosa, el pan de su cotidiano sustento. Visitando las Parroquias —añadía— por la mañana temprano, disfrutaré encontrando a los fieles rezando en la iglesia. Este será el más bello recibimiento que pueda hacérseme y la demostración más alta de afecto será encontrar confianza, corazones abiertos, rostros serenos y respeto hacia quien lleva la bendición del Señor»[15].

Y el apostólico Obispo pasó de Parroquia en Parroquia como un sereno evangelizador de la paz y del bien; humilde y sencillo, lleno de misericordia y de caridad, sin brusquedades, sin miedo y sin choques, incluso cuando tenía que sacudir con su autoridad a los adormilados y lentos.

Pasó entre los buenos y entre los tristes, entre los humildes y los afligidos, en hospitales, en orfanatos, en las cárceles, animando magníficamente siempre y en todas partes con energía cristiana; asiduo al confesonario, infatigable en la explicación del Evangelio, sin cansarse nunca de enseñar el Catecismo y la Doctrina cristiana[16].

Sólo conocía dos palabras: sacrificio y caridad. Sacrificio de sí mismo, pleno y completo; caridad amplia, paciente, generosa[17].

Algunas veces regó con lágrimas amargas, hasta resentirse en la salud, la semilla que arrojaba a manos llenas en los surcos de las almas; pero más de una vez su corazón se esponjó en el abrazo de un pueblo conquistado para Dios con la fuerza de su amor insuperable por la salvación de las almas[18].

Catecismo y Doctrina cristiana

Mons. Sarto estaba persuadido de que la ignorancia de las verdades fundamentales de la fe y de la moral cristiana es el camino más corto para el desorden, para la disolución de las costumbres y para la incredulidad. Por eso, el tema que con más frecuencia brotaba de sus labios y lo que con mayor insistencia recomendaba era la enseñanza del Catecismo y la explicación de la Doctrina cristiana[19].

Con su carta del 12 de octubre de 1885 ya había hablado claro a sus Párrocos, indicándoles cómo y cuándo debían enseñar el Catecismo y explicar la Doctrina Cristiana.

«En todas las Parroquias —había ordenado con términos rigurosos— se deberá instituir la Escuela para la Doctrina cristiana; todos los domingos y días de fiesta se enseñará el Catecismo en todas las iglesias; el Párroco deberá explicar la Doctrina cristiana a los niños, e inmediatamente después, desde el púlpito o desde la cátedra expondrá el Catecismo al pueblo. En Cuaresma y en Adviento, deberá haber una clase especial y diaria a los niños, para prepararles a la Confesión y a la Comunión. Los padres, los tutores o los padrinos —recuérdenlo los Párrocos— que impiden habitualmente a sus hijos o a sus tutelados que frecuentan la enseñanza de la Doctrina cristiana no pueden ser absueltos»[20].

* * *

Lo acuciaba un entusiasmo santo.

El 25 de mayo de 1889, al iniciar la segunda visita pastoral, se dirigía otra vez a los Párrocos:

«Me consolará sobre todo que se lleve por buen camino la Doctrina cristiana. De este tema os hablé nada más entrar en la Diócesis. Esto recomendé vivamente en todas las Parroquias cuando la primera visita pastoral, y esto será lo primero en que volveré a insistir, antes que en ninguna otra cosa, también en la segunda visita»[21].

* * *

Nada le alegraba tanto, durante las visitas pastorales, como verse rodeado, a la hora que fuese y por muy cansado que se sintiera, de una multitud de adultos, de jóvenes y de niños, para explicarles el Catecismo y hacerles preguntas de Doctrina cristiana.

Ningún sacrificio le era más grato que el de acercarse por la mañana temprano, recorriendo kilómetros, hasta alguna Parroquia desprovista de Párroco o cuyo Párroco estuviese impedido, para hacerse cargo de la Catequesis dominical[22].

Para cerciorarse de que los Párrocos explicaban habitualmente la Doctrina cristiana y ver qué método empleaban, solía hacer visitas sorpresa, apareciendo en ésta o en aquella Parroquia, y pedía al Párroco que explicase el Catecismo en su presencia, para juzgar de su capacidad y preparación[23].

Si en alguna falta no admitía excusa ni pretexto, era la de descuidar el cumplimiento del sagrado deber de instruir a los fieles en las verdades de la fe[24]; ésta era una de las mayores preocupaciones de su ministerio episcopal, y en ella se ve un avance de las enseñanzas sobre el Catecismo del futuro Pío X.

La música en las iglesias de la Diócesis

Cuando nuestro Santo entró en la ciudad de los Gonzaga, en las iglesias de la ciudad y de la Diócesis estaba en uso una música de estilo teatral, que era una profanación del templo santo de Dios.

Mons. Sarto, cultivador experto desde joven de la música sacra[25], en la que veía una de las más altas expresiones de la espiritualidad de la Iglesia, no podía tolerar este desorden y, sin dudarlo, puso remedio inmediatamente, comenzando por su Catedral, en la que era maestro de capilla un músico de gran talento, pero opuesto a toda idea de reforma.

Movido por el celo del decoro del templo de Dios, Mons. Sarto supo, con su ingenio, encontrar pronto el camino para conseguir sus propósitos y eliminar los obstáculos.

El 15 de octubre de 1887, escribía así al Capítulo Catedral:

«Es para mí un deber poner en conocimiento de este Ilmo. Capítulo que, en consecuencia de lo manifestado por el maestro Lucio Campiani, de que no puede sostener las Capillas musicales de la Catedral con la retribución que habitualmente pasa el Obispo, he decidido escribir al citado Maestro rogándole que despida definitivamente a los cantores. Aseguro que se proveerá de la mejor manera al decoro de las funciones sagradas, tanto en las Misas como en las Vísperas»[26].

Y solucionó el problema echando mano de la Escolanía del Seminario, que ya estaban educados por él en la sublime belleza del canto y de la música sagrada[27].

Con esta enérgica medida podía decirse que la reforma de la música sagrada en Mantua era un hecho. Estimulada y mantenida por los esfuerzos y los sacrificios del Obispo, desde la Catedral se propagó en poco tiempo a las Parroquias de toda la Diócesis, invitando al pueblo a acompañar con su voz los augustos ritos de la Iglesia, con un sentimiento más profundo de fe y de oración[28].

* * *

Para Mons. Sarto la música sacra había sido siempre como una necesidad de su alma de rendir a Dios el honor debido con el arte del canto y de los sonidos. Por eso nunca había cesado de pedir y promover con inmutable energía y con inalterable ardor una completa restauración del canto y de la música sacra, pues una de las cosas que más ardientemente deseaba era oír al pueblo cristiano cantar sus oraciones. De ello dan fe algunas cartas escritas en los últimos tiempos de su Episcopado en Mantua.

Desde Pavía, a donde había ido para asistir a la Conferencia del Episcopado Lombardo, escribía el 12 de octubre de 1892 al Maestro Tebaldini, que en dicha ocasión había dirigido una bella selección de música sacra:

«Todos los Exmos. Obispos aquí reunidos aplaudieron el celo del que está usted animado para promover, conforme al espíritu de la Iglesia y a las recientes prescripciones

de la Santa Sede, el estudio y la ejecución de la música sacra, una de las partes principales de la Sagrada Liturgia, que tanto influye para despertar y mantener la verdadera devoción en los fieles»[29].

En octubre de 1893 se celebraba en el Colegio Episcopal de Thiene, en la diócesis de Padua, un Congreso de Música Sacra. Le fue imposible intervenir y, no pudiendo estar ausente con el espíritu, escribió al Presidente del Congreso expresando así su pensamiento:

«Se trata de recomendar el canto gregoriano y especialmente la manera de cantarlo y hacerlo popular. ¡Ah! si se consiguiese que todos los fieles igual que cantan las *Letanías Lauretanas* y el *Tantum ergo*, cantasen también las partes fijas de la Misa: el *Kyrie*, el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus*, el *Agnus Dei*. Esta sería para mí la más hermosa de las conquistas de la música sagrada, porque los fieles al tomar parte así verdaderamente en la Sagrada Liturgia, conservarían la piedad y la devoción».

Y elevándose más en este pensamiento e imaginando que oía al pueblo cantar con devoción en su iglesia las alabanzas a Dios, continuaba poéticamente:

«A veces, me imagino mil voces cantando en una iglesia rural la Misa *de Angelis* o los Salmos de las Vísperas y me siento como arrebatado; me mueven a la piedad y a la devoción los cantos del pueblo en el *Tantum ergo*, en el *Te Deum* y en las Letanías; prefiero esto a las músicas polifónicas mal dirigidas»[30].

El 11 de julio de 1894, poco antes de dirigir sus pasos a la Laguna de S. Marcos, contestando al joven Maestro Lorenzo Perosi, que le había informado desde Francia acerca de las clásicas ejecuciones musicales en la famosa Abadía de Solesmes, le escribía exponiendo sus sentimientos:

«Me alegro en el alma de que hayas llegado sano y salvo al final de la primera etapa de tu viaje. Con el simple anuncio de las Vísperas que has oído cantar a esos venerables monjes, has aumentado en mí el deseo de que también en Italia el Señor sea alabado de esa manera. Será cosa larga, mas espero no morir antes de verla realizada»[31].

¿Quién, entre los mantuanos, habría dicho entonces que el Papa de esta tan deseada realización sería Mons. Sarto?

Una Pastoral famosa

Todos los testigos de Mantua están de acuerdo en afirmar que Mons. Sarto no descuidó ninguna ocasión para reafirmar a su pueblo en la piedad, para animarlo a manifestar con valentía su fe y para estimularlo en una fidelidad a la iglesia cada vez mayor, igual que a una más incondicionada obediencia al Papa[32].

Cuando hablaba o escribía acerca de la Iglesia y del Papa, parecía que su recia elocuencia se alimentara en la grandeza de una inspiración y de una apología triunfal.

Los romanos que lo oyeron hablar del Papa bajo las bóvedas de la Iglesia de San Lorenzo de Panisperma, en febrero de 1893, con ocasión del jubileo episcopal de León XIII, quedaron tan impesionados por la fuerza de su elocuencia, que no dudaron en presagiarle como no lejanos los honores de púrpura en el Senado de la Iglesia[33].

Nunca era tan insistente Mons. Sarto como cuando se refería a la más sincera obediencia y la más completa devoción al Papa y a la Iglesia, porque con el instinto de su fe veía bien claramente el peligro de los nuevos errores que ya se insinuaban y sobre los que volvía una y otra vez con calor, denunciando abiertamente una herejía que estaba por entonces elaborándose y que ya comenzaba a enturbiar las mentes.

«No son pocos —escribía en su famosa Pastoral de 7 de febrero de 1887— los que, aunque conocen apenas superficialmente la ciencia de la Religión y la practican todavía menos, pretenden erigirse en maestros y van declarando que la Iglesia *debe adaptarse a las exigencias de los tiempos;* que es realmente imposible mantener la primitiva integridad de sus leyes; que, en adelante, los hombres más prudentes serán los más condescendientes, es decir, los que sepan sacrificar algo de lo antiguo para salvar el resto. En este *moderno cristianismo,* dando de lado a la antigua locura de la Cruz, los dogmas de la fe *deben adaptarse a las exigencias de la nueva filosofía;* el derecho público de las edades cristianas debe presentarse tímidamente ante los grandes principios de la era moderna y, al menos, confesar la legitimidad de su derrota. La moral evangélica, demasiado exigen-

te, *debe prestarse a complacer y a adaptaciones*, y la disciplina deberá retirar todas sus prescripciones, molestas a la naturaleza, para dar paso ella misma al feliz progreso de la ley de la libertad».

* * *

Estas advertencias del Obispo de Mantua, con objeto de afianzar en la fe a sus mantuanos y prevenirlos contra el peligro de desviarse del camino señalado por la doctrina inmutable de la Iglesia, se remontan —nótese bien— al 7 de febrero de 1887.

Las herejías —como todo gran acontecimiento histórico— no nacen ni se desarrollan en un día. Tienen siempre sus raíces en un movimiento lejano y en rebrotes subterráneos y latentes, que se manifiestan poco a poco, como un veneno poderoso que poco a poco muerde las carnes y descompone la vida.

Por entonces todavía no se hablaba de Modernismo. La astuta herejía, que debía trastornar tantas mentes y llevarlas al naufragio de la fe, no había tomado todavía este nombre oscuro; pero el Obispo de los mantuanos ya se sabía su doctrina y sus intenciones. Se hablaba de una nueva filosofía, de la cual debía surgir un cristianismo moderno, que había de sustituir al antiguo Cristianismo fiel a la infalible palabra de Dios y al Magisterio de la Iglesia de Cristo.

Si bien Mons. Sarto no fue el primer Obispo de Italia que dio la voz de alarma contra este *moderno cristianismo*, fue él sin duda, uno de los primeros en señalar con sorprendente precisión sus caracteres y en denunciar con valentía su insidia. Se adelantó al providencial movimiento contra la fatal herejía modernista que él mismo, con el nombre de Pío X, iba a conducir a un apogeo de triunfo con una formidable condena, que mostró la concatenación lógica y el desarrollo de los errores denunciados en la Carta Pastoral de 7 de febrero de 1887: errores de la moderna filosofía, de la cual se alimentaría toda la incredulidad moderna, aceptada y propagada, con insuperable astucia y herética perfidia, por el nefasto sistema del modernismo, abarcando el conjunto de todos los errores y de todas las herejías antiguas[34].

En su Pastoral, Mons. Sarto no daba nombre a esta *nueva filosofía*, ni especulaba sobre ella, porque sabía que hablaba a inteligencias no preparadas para las arduas especulaciones del pensamiento, pero él ya conocía a fondo las bases sobre las que se apoyaba esta nueva filosofía y se daba cuenta de sus desastrosas consecuencias en el campo de la fe, de la disciplina, del derecho y de la moral.

No tenía ninguna intención de señalarse como el iniciador —ni siquiera en los límites de una Diócesis— del movimiento antimodernista en la Iglesia; le bastaba con que su clero y su pueblo fuesen prevenidos contra el grave peligro que despuntaba, y fuesen confirmados en la fe con la más estrecha e inconcusa obediencia a la Iglesia y al Papa[35]. Pero quien escriba la historia del Modernismo, al señalar el momento de las primeras manifestaciones de esta herejía, no podrá olvidar la Carta Pastoral escrita el 7 de febrero de 1887 por el Obispo de Mantua, el futuro Pío X.

El Sínodo

Una vez conocido su clero y su pueblo y hecho cargo de las más urgentes necesidades de las 153 Parroquias de la Diócesis, el 16 de febrero de 1887 anunció el Sínodo diocesano «para redactar —según decía—, con lenta y madura consideración, un compedio de estatutos diocesanos y establecer las normas oportunas para los nuevos tiempos, para los nuevos males, para las nuevas exigencias, que los Sínodos anteriores no habrían podido ni imaginar»[36].

Sabía que desde el último Sínodo habían transcurrido casi dos siglos, y que los tiempos habían cambiado profundamente. Pero también había comprendido que, si bien el mundo había hecho tan largo camino, la palabra de Dios permanecía inmutable, sin retroceso, eterna.

Así, pues, luego de emplear días y noches en revisar actos y disposiciones de sus predecesores, costumbres, usos y abusos locales[37], del 10 al 12 de septiembre de 1888, junto con sus sacerdotes, habló, discutió y decidió acerca de las más vitales cuestiones con respecto a la liturgia, a la fe y a la moral cristiana[38].

* * *

Una vez terminado el Sínodo, que por las importantes decisiones que en él se tornaron, fue como la *Carta Magna* de la restauración de la Diócesis de Mantua, Mons. Sarto tuvo un largo respiro y dio profundas gracias al Señor.

«He trabajado a lo largo de casi un año —escribía el 28 de septiembre de 1888 a un Canónigo de Treviso—, he empleado todas las delicadezas posibles, no he mirado sacrificios, incluso de dinero, para congregar en torno a mí a mis sacerdotes. Pero he de hacer honor a la verdad: en esta ocasión, el clero, con su concurrencia, con su actitud y su docilidad, me ha dado la más grande de las satisfacciones. También el pueblo ha tomado parte, más de lo que yo me esperaba, en las fiestas públicas. De todo sean dadas gracias al Señor, *cui soli honor et gloria*»[39].

La Diócesis de Mantua bajo el impulso de su Obispo caminaba hacia días mejores.

Acción católico-social

La promesa solemne que Mons. Sarto había hecho a los mantuanos de trabajar por la salvación de las almas, supo mantenerla con honor y fidelidad de Obispo[40].

«No hemos venido al sacerdocio para llevar una vida cómoda —escribía el 25 de mayo de 1889, al comenzar su segunda visita pastoral—, sino para trabajar, y para trabajar mucho, porque sacerdote y fatiga son dos términos equivalentes; porque es una gloria morir de fatiga y bajo la fatiga.

»En cuanto a mí —añadía—, si por enfermedad no pudiese cumplir con mi deber, ruego a Dios que quiera llevarme con Él»[41].

Por eso, siempre dispuesto a hacerse cargo de las múltiples necesidades y de las multiformes exigencias de la vida, el Obispo de los mantuanos fue un hombre entregado a un incesante trabajo para arrancar de las insidias de la incredulidad y de la impiedad a las almas que el Señor le había confiado.

* * *

Para conservar el orden religioso-social cristiano, fue instituida, en 1867, la Sociedad de la Juventud Católica Italiana[42], y en 1875, la famosa Obra de Congresos y Comisiones Católicas de Italia, con el programa concreto de amar y coordinar en un único centro de acción todas las actividades de los católicos, no sólo para una firme defensa de los sagrados derechos de la Sede Apostólica, sino también para promover y tutelar los intereses morales y sociales de los italianos, congregando en torno al Vicario de Cristo y al Episcopado una gran masa de laicos que participaran en los trabajos del apostolado cristiano[43].

En Mantua, donde la tormenta anticlerical era más encarnizada, era preciso hacer resurgir la Acción Católica, mantenerla y vivificarla no tanto bajo el aspecto religioso como bajo el aspecto económico y social, de acuerdo con las exigencias de los tiempos y las necesidades del pueblo.

A esta empresa no fácil se entregó el Obispo de los mantuanos, que como fervoroso animador de toda sana actividad dirigida al mejoramiento moral y económico de los trabajadores, seguía con iluminada solicitud los problemas que por entonces tanto apasionaban a los estudiosos de las ciencias económico-sociales[44].

Todavía recuerdan los mantuanos cuánto trabajó su Obispo para instaurar más decididamente la actividad de los católicos mantuanos bajo la bandera, no de cualquier partido de orden, sino del «partido de Dios» con una vida cristiana; cuánto le preocupaba la suerte de las clases trabajadoras, cuyos derechos defendía valientemente y cuyas discordias solucionaba; cuántas energías y cuánta firmeza de voluntad desplegó para animar y dar impulso a sacerdotes y laicos con el fin de que trabajaran en un movimiento económico-social estrictamente católico, dirigido por él mismo no hacia la exaltación de egoísmos privados, sino hacia la defensa de los intereses supremos de la Iglesia, así como hacia las justas reivindicaciones de las clases humildes[45].

Enérgicos requerimientos a los católicos italianos

Pero la Acción Católica, centrada entonces en la Obra de

Congresos Católicos de Italia, estaba removida interiormente —caso humano no nuevo— por divergencias de puntos de vista y por diferencias de pensamiento que amenazaban seriamente los resultados fecundos del trabajo ya hecho, paralizaba el trabajo actual y comprometía las esperanzas futuras.

Advirtiendo el grande peligro que se cernía sobre las actividades de los católicos y la necesidad urgente de eliminar toda diferencia, la Presidencia de la Obra de Congresos y Comisiones Católica de Italia, en otoño de 1880, se decidió a convocar las sesiones de Lodi, las cuales iban a poner de manifiesto que los católicos, si se mantenían unidos, serían una fuerza y una potencia. Era urgente eliminar toda causa y todo pretexto de división, toda divergencia de opinión, todo personalismo y todo interés egoísta.

El encargo de llamar a los católicos a la concordia de las mentes y a la armonía de las voluntades en el Congreso de Lodi, recayó sobre el Obispo de Mantua, como Obispo que, mejor que ningún otro, estaba en vanguardia del movimiento católico-social.

En la tercera Asamblea general, saludado por vivísimos aplausos, se levantó Mons. Sarto y, con aquella su libertad de palabra que se inspiraba siempre en pensamientos y en programas de orden sobrenatural, expresó:

«Nunca como en estos tiempos el Pontífice augusto ha manifestado su voluntad, sus deseos. Escuchad, pues, su palabra.

»Alimentar siempre, en nuestros corazones y en todas las obras, la caridad; esa caridad que no disminuye en los acontecimientos adversos y que no se venga de los enemigos; esa caridad que es el carácter distintivo de los seguidores de Cristo, pero que es firme, cuando de principios se trata, contra los sembradores de discordia.

»Sacrificio de opiniones, quizá sostenidas y defendidas por personas respetables, pero que no pueden tener todas las luces necesarias para dirigir correctamente la acción, ni conocer sus últimas consecuencias. Recordad que en esta obra —obra pública y de acción práctica— no podemos invocar el aforismo *in dubiis libertas*, porque la duda ha de

ser aclarada por, que es la única que puede mostrarnos el camino a seguir.

»Los católicos —continuaba— deben ejercer el apostolado; pero la regla suprema de este apostolado es la regla establecida por Jesucristo, que definió así su divina misión: *Por su amor me santifico, para que también ellos sean santificados en la verdad*[46]. El mal existe, pero antes de combatirlo en los demás, tenemos de destruirlo en nosotros mismos, mostrarnos en todas las cosas modelos de vida cristiana, a fin de que quien esté en contra se ruborice, no enocntrando nada malo que decir de nosotros»[47].

Y después de una fuerte y elocuente perorata, echando una mirada a los acontecimientos y a las circunstancias de los tiempos, concluía:

«Ignoro cuáles son los designios divinos sobre Italia: espero en las infinitas misericordias del cielo, pero todas estas desgracias nos caen encima a causa de la inercia, de la desunión de los católicos, y me atrevo a decir que, a pesar de tantos medios como todavía tenemos en las manos, no conseguimos unirnos compactos para llevar a cabo el bien; es justo que el mundo nos persiga»[48].

Aquel discurso que, sin reticencias, había recordado duras verdades, conmovió a los oyentes hasta el entusiasmo[49] y era como un aviso para el futuro. La misma advertencia que Mons. Sarto repetía, con mayor calor y no menos claridad, al año siguiente en el Congreso Católico de Vicenza, insistiendo en la unión de los católicos italianos, en las razones que la exigían y en los deberes que imponía, como si en Lodi no hubiera dicho bastante.

Invitados así los católicos a la urgente necesidad que tenían de unirse para su acción social en compacta solidez, terminaba con estas fuertes palabras:

«Esta unión nos viene impuesta por la Iglesia. Si las desgracias de la patria y la amenaza de su ruina inspira sentimientos generosos, en las crisis terribles en que la Iglesia lanza el grito de sus dolores ¿serán los católicos tan insensatos que exacerben estos dolores con sus diferencias y sus discordias? ¿Querríamos imitar a los necios de Sólima que, mientras morían a millares y las legiones romanas levantaban sus águilas vencedoras sobre las atalayas de la ciudad,

peleaban entre sí en sangrientas facciones, haciendo irreparable su propia ruina?

»Unámonos todos con vínculos de amor mutuo, tendamos la diestra amiga y trabajemos en armonía por el bien de la Iglesia, sabiendo perdonar con espíritu de concordia y de paz, para no dar al mundo el triste espectáculo de disensiones que no deberíamos haber conocido nunca, obligando así a nuestros adversarios a repetir de nosotros lo que los paganos decían de los primeros cristianos: *Mirad cómo se aman*[50].

¡Ojalá hubiese sido acogida, escuchada y seguida la voz premonitoria del Obispo de los mantuanos!

El Obispo apostólico

Después de haber dicho todo lo que nuestro Santo luchó por una radical restauración de la enseñanza del Catecismo —fundamento de la vida cristiana—, parecería casi inútil insistir acerca de su actividad encaminada al renacimiento de la fe en la Diócesis de Mantua.

Pero no se puede dejar de recordar, aunque sea con dos palabras, su incansable desasosiego para despertar el culto y el amor a la Sma. Eucaristía, celebrando con sus sacerdotes frecuentes funciones eucarísticas, despabilando las languidecientes Cofradías del Smo. Sacramento, ordenando que el Viático fuese llevado públicamente a los moribundos, no como a escondidas sino acompañado por una muchedumbre de pueblo, inculcando con calor a sus Párrocos que fuesen propagadores incansables de la Comunión *frecuente* y, a poder ser, *diaria*, insistiendo, sobre todo, sobre la *Comunión a los niños aun de tierna edad*[51]; esta era su idea, la idea que llevaba en el corazón como un voto sagrado, augural preludio de los entrañables «decretos eucarísticos», que él mismo, con el nombre de Pío X, promulgaría, como sello divino de un Pontificado animador de las más puras y más queridas tradiciones de la Iglesia[52].

No es posible silenciar su continua solicitud por alimentar en su pueblo el sentimiento de la fe y de la piedad, promoviendo frecuentes peregrinaciones al cercano Santura-

rio de Santa María de las Gracias[53], así como con la celebración solemne de acontecimientos religiosos, entre los que podemos recordar los Centenarios de San Anselmo de Lucca, Patrono de Mantua, en 1886, y de San Luis Gonzaga, en Castiglione delle Stiviere, en 1891; quiso que estas celebraciones fuesen imponentes y grandiosas por su esplendor y por sus ceremonias sagradas, pero todavía más por el extraordinario concurso del pueblo a los Sacramentos de la Penitencia y de la Sma. Eucaristía[54].

Y hay que decir que no había, ni en la ciudad ni en la Diócesis, una fiesta o una conmemoración extraordinaria en la que él no estuviese presente para infundir en el alma de sus hijos su pensamiento, sus deseos, sus sentimientos, su corazón incluso[55]; esta actividad episcopal suya sobresalía alta y fecunda en otras ciudades y otras Diócesis, admirados de su elocuencia, digna de un antiguo Padre de la Iglesia y en la que se veía la inspiración de un apóstol de las almas[56].

* * *

Es imposible no hacer referencia a aquella profunda pasión suya, que le impulsaba a hacer frente a cualquier fatiga, a aguantar cualquier sacrificio y a poner en práctica todos los medios, para que su clero se mantuviese a la altura de la propia dignidad, para que buscase la propia santificación, fuese irreprensible en la pureza de la fe, firme en la integridad de la doctrina, fuerte y valiente para mantener y defender a la una y a la otra, sin olvidar nunca que «incluso la más pequeña alteración de la verdad sería —como él decía— un *horrible delito*»[57].

¿Cómo expresar aquella fuerza de su corazón con la que sabía amar a sus sacerdotes?

Afectuoso y expansivo, los acogía siempre con los brazos abiertos, a cualquier hora y cualquiera que fuese su ocupación en ese momento, aunque fuera grave y urgente[58].

Apreciaba los esfuerzos de los laboriosos; animaba con la palabra de la esperanza cristiana a los que vacilaban o estaban angustiados[59]; no regateaba extender la mano generosa a los que necesitaban ayuda, lamentando que sus posi-

bilidades no dieran para más[60], y si venían de lejos les obligaba a sentarse a su mesa modesta, pero cordial; con los que habían caído en falta y prometían sinceramente enmendarse, era tan comprensivo y generoso en la compasión y el perdón, que cuando se separaban de él, con nuevas fuerzas en el corazón y en la voluntad, no podían menos que exclamar con lágrimas en los ojos:

—¡Qué Obispo! No se puede hablar con él sin sentirse conmovido[61].

* * *

Y bien podían hablar así, porque las decisiones improvisadas y los procedimientos clamorosos no tenían lugar en el gobierno del Obispo de los mantuanos[62].

Prefería la persuasión a la severidad; el acento bondadoso —que llegaba hasta lo hondo—, a las órdenes; los silenciosos estímulos del corazón, a las sacudidas violentas.

A veces, bastaba con una mirada, una sonrisa, un simple gesto de aquella jovialidad suya tan característica, que admiraba y encantaba[63].

Sabía contemporizar prudentemente, y esperar; las medidas extremas eran para casos extremos, después de haber agotado todos los medios posibes de la caridad, que en él era suma[64].

Los Sacerdotes de Mantua podían estar tranquilos con un Obispo como Mons. Sarto, porque sabían que era justo e imparcial; que sus decisiones eran siempre precedidas de madura reflexión y de ponderado estudio; que no sabía de *personalismos*, no se dejaba influenciar, no se sometía a cálculos humanos[65]; no ignoraba que en la turbia atmósfera de rabioso anticlericalismo y de radical descreimiento sectario en la que vivían, podían contar con que en él encontraban un acérrimo defensor de sus derechos y un reivindicador inexorable de su honor, dispuesto a dar por ellos incluso la vida.

¡Cuántas veces, sólo una sombra de sospecha contra su clero le hizo decir: «Por el honor de mis sacerdotes me dejaría matar, antes que ceder»![66].

* * *

Pero donde el ímpetu de la caridad del Obispo de los mantuanos tenía manifestaciones conmovedoras era con las pesonas de su pueblo que vivían olvidadas de su destino eterno.

Se sentía urgido a buscar, a ayudar, a salvar a estos pobres hombres.

—¡Pobrecitos! —repetía con frecuencia—. Son dignos de la máxima compasión, y es preciso ayudarles para reconducirlos al camino de la salvación[67].

Nadie podría decir el número de almas desviadas por el error o vencidas por las pasiones que, al tomar contacto con su corazón, volvieron a encontrar la fe y la esperanza, se reconciliaron con la vida, aceptaron la lucha y se sosegaron con resignación cristiana.

Un Profesor del Real Liceo de Mantua estaba por morir, y ya era de dominio público que intentaba morir como había vivido: alejado de la Iglesia y de los Sacramentos.

El Obispo no encontraba sosiego y, sin perder tiempo, hizo que le preguntaran si estaba dispuesto a recibir al amigo Sarto.

El Profesor, ante un acto de tan exquisita cortesía, se conmovió y, con igual cortesía, le hizo contestar que esperaba al amigo Sarto.

Era ya noche avanzada; Mons. Sarto se levantó de la mesa de trabajo, salió del Obispado y acudió inmediatamene al lecho del moribundo. Fueron momentos misteriosos, como la misericordia de Dios, los que transcurrieron al lado del agonizante.

A la mañana siguiente toda la ciudad sabía que el Profesor se había confesado con el Obispo, que había recibido el Viático y la Extrema Unción y que había muerto en el consuelo de la fe de Cristo[68].

* * *

¿Qué no habría hecho Mons. Sarto para salvar a un alma? No había obstáculo insuperable, ni había dificultad que le hiciera retroceder. No temía a los sacrificios, no le preocupaban las amenazas y ni siquiera le espantaba arriesgar la vida.

Los muchos israelitas que bautizó en el lecho de muerte, desafiando no pocas amenazas[69], son un testimonio del que no se puede dudar; de la compasión que sentía por ellos nos ha quedado un episodio que no podemos silenciar:

Una tarde, había llegado delante del cementerio de los israelitas. Se detuvo y, mirando aquellas tumbas que le hablaban de una fe en la otra vida, se volvió al joven sacerdote que le acompañaba y le dijo:

—¿Serviría de algo un *De Profundis* por estos pobres muertos?

El joven sacerdote, que acababa de volver de estudiar en Roma, intentó responder; pero el Obispo, quitándose el sombrero, lo interrumpió, comenzando a recitar el *De Profundis.*

Cuando acabó la oración, reanudando el camino le dijo:

—Mira, tú te acabas de licenciar en Teología en Roma. Es la ciencia soberana y para nosotros es absolutamente necesaria. Pero créeme, también nuestro Señor tiene su Teología y es una Teología muy particular. Comprenderás ahora por qué he querido que rezásemos por esos pobres[70].

* * *

La salvación de las almas era como la gran aspiración en la vida del Obispo de los mantuanos[71]. Por ellas trabajaba incansable día y noche, con confianza, con energía, poniendo en juego todos los recursos de su mente y de su corazón, sin buscar gloria humana ni compensaciones terrenas —puñado de polvo que el viento dispersa—, sino la gloria de Dios y la salvación de su pueblo[72].

Un domingo de agosto de 1887 experimentó una gran tristeza, cuando, estando de visita pastoral en Castelbelforte, se enteró que a los pocos días iban a partir para América 305 feligreses, en busca del pedazo de pan que la ineptitud de los Gobiernos les negaba.

Preocupado por la suerte de esas almas que se aventuraban en tierras lejanas, con el peligro de perder la fe en la que habían nacido y crecido, en cuanto volvió a Mantua, se apresuró a dirigir a todos los Párrocos de las Diócesis una Carta en la que les rogaba que, movidos a piedad por la sal-

vación de las almas de sus feligreses emigrantes, los persuadieran de que no se dejasen llevar de fáciles entusiasmos, ni se engañaran con las ilusorias promesas de voraces e hipócritas enredadores, «porque toda su vida no bastaría para reparar las consecuencias de un paso funesto.

»Que no os detenga —añadía—, para hacer esta gran obra de caridad, el temor de excitar contra vosotros la ira de hábiles especuladores, de quienes quizá los pobres trabajadores puedan ser víctimas. La verdad engendra odio, pero, si siempre es hermoso rendir a la verdad el homenaje debido, lo es mucho más en asunto de máxima importancia, porque interesa a la salvación de las almas.

»Haced —concluía— todo lo que os sugiera vuestro celo, vuestra prudencia iluminada y el consejo de personas sensatas; contados en el número de quienes deben salvar a Israel, no permanezcamos indolentes ante tantas almas que se exponen al peligro de una total ruina»[73].

* * *

El Obispo de Mantua no ignoraba que el prestigio de la autoridad está en la bondad.

Ser lo más conciliador posible, pero sin sombra de servilismo, era su máxima en las relaciones con la autoridad civil[74].

Sabía distinguir entre las personas y los principios. Con la persona era todo indulgencia y caridad; con los principios, la intransigencia más absoluta[75], porque tenía plena conciencia del deber, que, por encima de toda consideración humana, no sacrifica nunca la libertad de acción y de palabra en perjuicio de la justicia y de la verdad; firmeza lógica, creyente y sincera que, en su momento, informará la política de Pío X.

Puesto ante los derechos de Dios o la libertad de la Iglesia, la santidad del culto, la grandeza de la doctrina católica o la salvación de las almas, Mons. Sarto no admitía discusión, no negociaba compromisos, no atendía protestas. Era inflexible, dispuesto incluso a dar su vida[76].

Nunca abdicó de su dignidad de Obispo, nunca humilló su autoridad pastoral, rebajándose a términos medios ni

componendas, que son la insensatez política de los cobardes[77]. Fue siempre decidido, habló siempre con la fuerza de los trescientos de Nicea y su palabra iba seguida de una acción rápida, inmediata, inamovible, porque —conocía a los mantuanos— «no tenía miedo de hacerse impopular»[78].

Entre los numerosos episodios, basta éste que relatamos, para ver de qué temple era el futuro Pío X:

En Mantua había la costumbre de que, el 14 de marzo —día del rey Humberto—, las autoridades civiles y militares asistieran al *Te Deum* en la Catedral y después a la Sinagoga, para una ceremonia semejante.

Mons. Sarto, que no sabía de actitudes serviles, ni soportaba reticencias ambiguas o posturas equívocas, en 1889, pocos días antes del 14 de marzo, decidió poner fin a esta indecente comedia, haciendo saber al Prefecto de la ciudad que, si las autoridades civiles y militares tenían la intención —como en años anteriores— de pasar, después del canto del *Te Deum*, a la Sinagoga, el Obispo se vería en la dura necesidad de no recibirles en la Catedral; y planteó claramente este dilema: o a la Catedral con el Obispo, o las puertas de la Catedral estarían cerradas.

Desconcertado por este ultimátum del Obispo, el Prefecto pidió instrucciones al Honorable Crispi, de la Presidencia del Consejo de Ministros, y la respuesta del viejo garibaldino, al cual no le gustaban los *Te Deum*, fue ésta: «Ni a la Catedral, ni a la Sinagoga».

No se podía decir que esta respuesta fuese una respuesta muy diplomática.

«De todas formas —concluía Mons. Sarto, comentando el episodio—, Crispi me ayudó a evitar el escándalo en adelante»[79].

El corazón que tuvo

«La caridad hacia los pobres fue la característica de la vida de Mons. Sarto en Mantua» —así afirmaron, unánimes, todos los mantuanos[80].

Los pobres eran «sus más queridos amigos»[81]; los ami-

gos que podían subir las escaleras de Palacio en cualquier momento del día[82], porque bajo sus harapos, con la mirada de su fe grande, él veía al Pobre Divino[83]; y le parecía revivir momentos de felicidad cuando, en la ceremonia litúrgica del Jueves Santo, lavaba sus pies y, arrodillado, los besaba como si fuesen los del Señor mismo[84].

Por los pobres, se olvidaba de sí mismo hasta el punto de que no era raro que se quedase sin un céntimo y hasta sin ropa[85].

«Poco para él y todo para los pobres», y con una generosidad tan inagotable, que no excluía de su caridad a nadie, ni siquiera a los adversarios y enemigos del altar, consiguiendo incluso darles, junto con el pan, también la luz de la fe cristiana que habían olvidado desde hacía mucho tiempo[86].

* * *

Indigentes sin seguridad en el mañana, miserables perdidos en la vida sin un rayo de esperanza, enfermos privados de lo necesario y familias nacidas en la pobreza o caídas en la miseria, encontraron siempre en Mons. Sarto un socorro rápido y generoso[87].

Nadie recurrió a él en vano y nadie se marchó con las manos vacías[88].

Hubo pobres que fueron socorridos con el importe de un anillo pastoral de gran valor, regalo de una buena señora israelita[89]; quien entrara en el Palacio episcopal de Mantua podría ver renovadas las escenas de caridad de San Carlos Borromeo en Milán, y de San Lorenzo Justiniano en Venecia.

Un testigo ocular, relatando una visita que hizo a Mons. Sarto en Mantua, recordaba:

«Llegué a la Plaza de la Catedral, crucé el vestíbulo atestado de gente pobre: ancianos, mujeres pobremente vestidas y niños decrépitos, desfilaban, uno a uno, ante un sacerdote que tenía en las manos una bolsa de la que iba sacando limosnas.

»—Aquí se repite la caridad de San Lorenzo Justiniano— dije dirigiéndome a uno que me pareció el portero.

»—Y tanto, señor mío —respondió—, y esta caridad se repite una y otra vez... Es un ángel este Obispo: todos le tienen gran cariño»[90].

Una vida sencilla y modesta

Por eso, no es maravilla que toda Mantua, sin distinción de partidos o de clases sociales, de ideas o de credo, mirase a su Obispo con un profundo amor y con admiración sincera, y todos tuviesen de él un concepto de un Obispo santo[91].

Los mantuanos, más que amar, idolatraban a Mons. Sarto, porque conocían la vida sencilla y pobre que llevaba por amor a su pueblo: la misma vida que había llevado en Tombolo y en Salzano.

Celebraba la Santa Misa, bajaba a la Catedral y se ponía en su confesonario[92]. Después, volvía a subir a su habitación y trabajaba hasta las dos de la tarde, hora del almuerzo, que era «como el de cualquier sacerdote pobre»[93].

En las tardes libres, acompañado de su Secretario, salía por la ciudad, y su meta eran los hospitales para visitar a los enfermos o el orfelinato o alguna casa donde había niños enfermos o algún moribundo para darle la Extrema Unción[94].

Algunas veces salía de la ciudad por la vecina puerta de San Jorge y se llegaba hasta las orillas del Mincio, donde le gustaba conversar con los pescadores. «Pero eran pocas palabras, porque sus horas y sus minutos estaban siempre contados y llenos de un trabajo urgente y continuo, pues era Secretario de sí mismo y no raramente también su propio Canciller»[95].

Al regreso, con una visita al Santísimo Sacramento en cualquier iglesia, o más corrientemente en la Catedral, cerraba su jornada[96], ponderando en su corazón las palabras que él mismo había dirigido a su clero en los comienzos de su episcopado: «Trabajar es gozar: el alma es una llama que se alimenta con el trabajo»[97].

* * *

En el Palacio episcopal, en el que sus hermanas llevaban la administración de la vida doméstica, no había lujo alguno, solamente el decoro necesario e indispensable[98].

Un sólo Secretario, un solo portero, un solo camarero; ni cocinero, ni carroza, ni caballos[99].

Todo respiraba sencillez, pobreza y humildad alrededor del Obispo de Mantua; incluso cuando estaba de visita pastoral se privaba gustoso de ayuda de cámara y ni siquiera permitía que le cerrasen la ventana de su habitación o le limpiasen los zapatos; solía decir: «Yo lo haré»[100]. A sus hermanas, para poder ser generoso con los pobres, les recomendaba la máxima austeridad, repitiéndoles continuamente: «Recordad que somos pobres»[101].

No tenía horas de audiencia. Con aquella encantadora bondad suya, recibía a todos a cualquier hora y en cualquier momento: ricos y pobres, doctos e ignorantes, grandes y humildes, creyentes y no creyentes, conocidos y desconocidos, escuchando a todos con igual amor y con el mismo corazón; para todos tenía una palabra de aliento, acompañada de la dulzura de la caridad de Cristo[102].

¿Quién podría contar las lagrímas que enjugó, los dolores que consoló, las miserias y las desgracias que en lo íntimo de su habitación encontraron el consuelo estimulante de la palabra que salva y del gesto que redime?

Llevaba razón el Emmo. Card. Parocchi, Vicario de León XIII, cuando decía que el Obispo de su Mantua, Mons. Sarto era el mejor de los Obispos de Lombardía[103].

Cardenal y Patriarca de Venecia

Mons. Sarto creía que iba a consumir su vida entera por su querida Iglesia mantuana. Pero León XIII, que desde hacía mucho tiempo iba siguiendo su incansable y compleja actividad, embellecida por sus preclaras virtudes, lo había destinado a los excelsos honores del Sacro Principado de la Iglesia.

A los primeros rumores de que iba a ser elevado a los honores de la púrpura romana, Mons. Sarto sintió parársele el corazón.

«Temblando, asombrado y humillado» —como escribía él mismo— bajo el peso de una dignidad que siempre había estado lejos de su pensamiento[104], rogó e intentó todos los caminos y todos los razonamientos para sustraerse a un honor del que huía como de una desgracia[105].

«He escrito inmediatamente —así decía en una carta del 9 de mayo de 1893 a Mons. Callegari, Obispo de Padua— aduciendo los motivos que deberían mover al Santo Padre para dispensarme del honor de la púrpura romana, y aquí estoy entre el temor y la esperanza, pero más abatido por el temor que confortado por la esperanza. ¡Que se haga la voluntad del Señor!»[106].

Pero cuando el Emmo. Card. Rampolla, con una carta reservada le hizo saber que, si rehusaba de nuevo, causaría un disgusto al Santo Padre, que tanto lo amaba y en tanto lo estimaba, no le quedó más que inclinar la cabeza y obedecer[107], aunque, con su heroica humildad, no llegaba a comprender cómo el Papa le había creado Cardenal: «Cosa —escribía— que debe parecer increíble a todo el mundo, porque es increíble para mí mismo»[108]. Y, como espantado por las formidables responsabilidades que llevan consigo los honores y las dignidades, recibió la Púrpura con lágrimas en los ojos.

* * *

En el Consistorio Secreto del 12 de junio de 1893, León XIII lo creaba Cardenal, y tres días después lo promovía al Patriarcado de Venecia[109].

En las intenciones del Papa, la púrpura había precedido al nombramiento de Patriarca, para que todo el mundo supiese que los honores del Sacro Principado de la Iglesia se le habían conferido al Obispo de Mantua más por sus méritos insignes que por el mayor lustre y decoro de la nobilísima Sede de San Marcos[110].

Pero nuestro Santo lloraba, como oprimido por una inexpresable angustia.

«No le digo nada —escribía por aquellos días al Obispo de Padua— de los afanes y de las inquietudes de estos días; bástele saber que en el Consistorio público, y más todavía

en el secreto, creí morir. Aguanté todo lo que pude, pero hacia el final del juramento estallé: se me nubló la vista, se me cortó la palabra, y tuve que avergonzarme de mí mismo ante el Santo Padre y los Cardenales, porque no podía detener las lágrimas, que aún ahora me brotan a mares»[111].

Lloraba, pero de todos los rincones de la Diócesis de Treviso, de Mantua y de Venecia subía hasta su púrpura una ola de incontenible entusiasmo, que era un himno de gloria y un canto de amor[112], preludio de una más gloriosa meta y de más excelso destino[113].

Una predicción misteriosa

Pero tenían que pasar quince meses antes de que pudiese entrar en la ciudad de San Marcos.

El Gobierno italiano, oponiendo un supuesto derecho regio de nombramiento para el Patriarcado de Venecia, con manifiesta hostilidad contra la Iglesia, y con no menos miopía política, no concedía el *exequatur* al Emmo. Sarto, tanto menos cuanto que lo había negado a todos los Obispos elegidos entonces[114].

La cuestión jurídica era muy fácil de resolver, pero en aquel momento, más que los intereses de la Nación, al Gobierno lo que le importaba era dañar a la Iglesia en sus sagrados derechos y en su insuprimible libertad.

Mientras tanto, los católicos venecianos se agitaban promoviendo manifestaciones públicas y lanzando vibrantes protestas contra el Gobierno y contra la secta masónica de la ciudad, que avivaba el fuego porque temía al nuevo Patriarca, que ya como Obispo tenía fama «de mano de hierro con guante de terciopelo»[115].

Finalmente, el Ministro Crispi, sintiendo que el suelo empezaba a faltarle bajo los pies, para salir del paso con el menor daño posible a causa de un asunto que, por parte del Gobierno se resumía en una incalificable prepotencia o en una clara injusticia, el 5 de septiembre de 1894 se decidió a presentar a la firma del Rey el decreto que concedía el *exequatur* al Patriarca de Venecia[116].

Esto era como un feliz auspicio, que se elevaba como

una luz sobrenatural, a causa de un hecho maravilloso ocurrido la noche antes.

El Arcipreste de San Pedro de Castello —la primera antiquísima Catedral de Venecia, donde se custodian los restos mortales de San Lorenzo Justiniano— fue alarmado de improviso por los toques de la campana grande.

Saltó del lecho, abrió violentamente la ventana y gritó:

—¿Quién toca?

No hubo respuesta: sólo el silencio que envolvía a la Laguna calma y tranquila.

Por la mañana, interrogó al sacristán y contó el hecho a sus Capellanes. Todos habían oído los misteriosos toques de la campana grande, pero ninguno supo decir ni explicar cómo había ocurrido.

¿Aviso del cielo?

Una hora más tarde salían los periódicos con la noticia del *exequatur* concedido al Emmo. Sarto para la Sede Patriarcal de Venecia[117].

VI. EL PATRIARCA DE VENECIA (1894-1903)

«La misión que debo llevar a cabo es ésta: instaurar todas las cosas en Cristo».
Card. SARTO, a los venecianos
5 septiembre 1984

De Mantua a Venecia

En la tarde del día 24 de noviembre de 1894, el futuro Pío X, largamente esperado y misteriosamente anunciado, entraba en la ensoñadora ciudad de los Dogos saludado por el latir de millares de corazones[1].

Sólo las autoridades locales, vendidas a la masonería, estaban ausentes. El Palacio del Municipio tenía las puertas y las ventanas cerradas[2].

Al día siguiente celebró un solemne Pontifical bajo la Cúpula de oro y, volcando su alma en el alma de los venecianos, pronunció su primera homilía, que resonó como un canto de fe y un himno de amor.

«Desde este momento —comenzó— os amo a todos y a todos os llevo en el corazón. Párrocos, clero, magistrados, nobles, hacendados, hijos del pueblo y pobres, sois mi familia, mi corazón y mi amor.

»El trabajo es alegría, la fatiga es gloria y, si para salvar un alma tuviese que acercarme a quien abomina en mí al Obispo de la Iglesia, lo haré, dispuesto para cualquier sacrificio y a dar incluso la sangre y la vida»[3].

* * *

Ahora ya sabían los venecianos cuál era el temple de su Patriarca; y conocían también su programa y sus propósitos.

Ya un mes antes, el Emmo. Sarto, al anunciarse a la ciudad ducal de San Marcos, con una lúcida y segura visión de los males que atormentaban a la sociedad, se preguntaba:

—¿Cuál es el pecado de los tiempos modernos?

—¡La negación de Dios! —respondía con amargura en el corazón.

«Dios —proseguía— ha sido arrojado de la política con las teorías de la separación del Estado y de la Iglesia; de la ciencia y del arte, con la duda elevada a sistema y con el fango del *verismo*. Es arrojado de las leyes con una moral informada por los dictados de la carne y de la sangre; de las escuelas, con la abolición del Catecismo; de la familia que se querría que estuviese desconsagrada desde sus orígenes y privada de la gracia del Sacramento. Es arrojado de las casuchas de los pobres, que desprecian recurrir a Él, que es el único que puede hacer tolerable su dura condición. Es arrojado de los palacios de los ricos, los cuales ya no temen las advertencias de ese Juez Supremo que pedirá estrechísima cuenta del uso de sus bienes. Es ignorado con desprecio por los poderosos, que no inclinan su frente orgullosa y creen bastarse a sí mismos»[4].

—¿Cuál es el remedio? —añadía.

«Es preciso combatir —continuaba— el delito capital de la edad moderna, que querría sustituir sacrílegamente a Dios por el hombre; poner más a las claras todos los problemas que el Evangelio y la Iglesia han resuelto luminosa y triunfalmente: educación, familia, propiedad, derechos y deberes; restablecer el equilibrio cristiano entre las diversas condiciones de la sociedad. Esta es la misión que yo debo cumplir entre vosotros, para que cada cosa sea puesta bajo el imperio de Dios, de Jesucristo y de su Vicario en la tierra: el Papa»[5].

Una línea simple, pero sobrenatural: la misma línea inalterable de su laborioso episcopado en Mantua.

Catecismo y predicación sagrada

En la ciudad de la Lagunas, a causa del mucho tiempo que había estado sin Pastor[6], una cierta soñolencia había

minado la antigua vitalidad, y había muchas cosas que no iban bien, según afirman testigos fidedignos[7].

Se sentía la necesidad de una mano firme que agitase las aguas y de una voluntad que se impusiese[8].

El Card. Sarto, con su insuperable agudeza, fue directamente a las causas: había ya comprendido que, si en Mantua tuvo que reformar, en la ciudad de San Marcos tenía que renovar.

Con aquel ardor suyo, que parecía el ímpetu de un río que salta los diques y se desborda, porque no buscaba más que la gloria de Dios y la salvación de las almas[9], no esperó para ponerse al trabajo y, convocando a todos los sacerdotes del Patriarcado, con su habitual firmeza, pero sin ruido y sin atropello, sacudió a los tibios, empujó a la acción a los lentos y estimuló a los de buena voluntad, para que perseveraran en el camino del sacrificio y de la santidad sacerdotal[10].

Y quiso acercarse al pueblo, poniendo inmediatamente su atención vigilante en la enseñanza de la Doctrina cristiana, porque sabía por larga experiencia los incalculables daños que hace a las almas la ignorancia de los principios fundamentales de la fe cristiana.

No faltaban las Escuelas de la Doctrina cristiana, pero no tenían orientación clara, y la instrucción del Catecismo a los adultos no tenía programa definido.

En cambio había mucha predicación —quizá demasiada—, pero era una predicación que, cediendo al vicio de la época, tenía mucho de académica: hablaba a las mentes, no iba al corazón.

Por eso, el 17 de enero de 1895 —cuando todavía no habían transcurrido dos meses de su llegada a Venecia— el Patriarca dirgió una importante Carta Pastoral a su clero, hablando de este tema; en ella recordaba que la crisis del desorden moral, en que el mundo se debatía, era debida a la ignorancia de las verdades de la fe.

«No resuena lamento más fundado ni más universal en nuestros días —así escribía— que el que deplora la ignorancia de las cosas que hay que saber para la salvación eterna. Sangra el corazón al ver a tantísimos que viven despreocupados en lo que se refiere a la Religión. De esta igno-

rancia de las verdades religiosas provienen todos los males que deploramos, a los cuales siguen el desprecio de la Religión abandonada —porque no se conoce bien— y la pérdida de la fe.

»Se predica demasiado y se instruye demasiado poco. Deben abandonarse esos discursos floridos, que se quedan en las alturas aéreas del púlpito, más cerca de los tubos del órgano que del corazón de los fieles; predíquese al pueblo lisa y llanamente las verdades de la fe, los preceptos de la Iglesia, las enseñanzas del Evangelio, las virtudes y los vicios; ocurre a veces que las mismas personas, cultivadas en las ciencias profanas, ignoran en absoluto o conocen mal las verdades de la fe y saben menos del Catecismo que los niños más torpes. Piénsese en el bien de las almas, más que en la impresión que se quiera causar. El pueblo tiene sed de la verdad, hay que darle lo que necesita para salvar sus almas; así, instruido en su propio lenguaje, emocionado y conmovido, llorará sus faltas y se acercará a los Sacramentos divinos».

Después de apuntadas las cualidades que deben resplandecer en quien anuncia la palabra de Dios, amonestaba:

«Huya el predicador de esa elocuencia tribunicia, no apostólica, profana, no sagrada, que desprovee a la palabra de Dios de toda impronta sagrada y de toda eficacia sobrehumana, y de la que ningún provecho se sigue para los fieles, quienes, aunque llenen la iglesia, se quedan con el alma vacía; aplauden, pero no lloran y salen del templo como habían entrado; San Agustín diría: "se maravillaban, pero no se convertían"[11].

Y, sin esperar más, dio una nueva y más orgánica estructura a las Escuelas de Catequesis de las Parroquias; mandó a los Párrocos que dieran una más asidua y bien organizada explicación del Catecismo; promovió con todas las fuerzas la formación de óptimos catequistas, y con todos los medios posibles estimuló y sostuvo la enseñanza de la Doctrina cristiana, no sólo en los Patronatos parroquiales, sino también en las escuelas municipales de la ciudad[12]; para demostrar la gran importancia que daba al Catecismo, los domingos —como solía hacer en Mantua— aparecía de

improviso ya en esta ya en aquella iglesia para observar si se explicaba la Doctrina cristiana y cómo se llevaba a cabo esta enseñanza[13].

* * *

Para que sus sacerdotes tuviesen un método de predicación que seguir, con el sello de la sublime sencillez de la parábola del Maestro, él mismo les daba ejemplo.

Quien escuchó sus palabras desde el púlpito, puede dar testimonio de cómo era su predicación: sencilla, clara, persuasiva, rica de doctrina y llena de fuerza, porque se alimentaba de las fuentes puras de los Libros Sagrados y de los Padres de la Iglesia[14].

Era un predicación que desde hacía tiempo no había oído la ciudad de Dogos.

«Predicaba muy bien» —decía un docto Canónigo de San Marcos[15]; «Bastante bien» —añadía otro[16]; «Al oírlo predicar —afirmaba un Maestro de Cámara— me daba la impresión de oír hablar a un santo»[17].

No es, pues, maravilla que su elocuencia llegase al corazón como dotada de fuerza irresistible, y, en circunstancias solemnes, alcanzaba los esplendores de las homilías del Crisóstomo[18]; sus preferencias eran las prédicas morales y aquellos sacerdotes que, en la predicación, se movían por el amor a la salvación de las almas: a los predicadores del tiempo de Adviento y más aún a los de Cuaresma —en especial si se trataba de predicadores de campanillas— les recomendaba vivamente que insistieran, de manera accesible a todos, en la vida cristiana, y que le tuvieran informado acerca de su predicación; y les amonestaba severamente si al pueblo que pedía el pan de la palabra de Dios sólo le habían dado gestos académicos, música de palabras y tintineo de címbalos[19].

En los predicadores exigía «espíritu de piedad, ardor de caridad, ciencia y seria preparación»[20].

El púlpito no podía ser un escenario, ni la iglesia un teatro. En su Patriarcado se debía predicar el Evangelio —nada más que el Evangelio— hecho vida de cada día, desbrozado de toda superestructura de retórica, para evitar

que la voz del predicador no fuese el *aes sonans* o el *cymbalum tinniens* denunciados por el Apóstol de las Gentes[21].

Los Párrocos de Venecia no tardaron en adaptarse a la mente y a los deseos de su Patriarca, y predicaron el Evangelio y enseñaron el Catecismo a los niños y explicaron la Doctrina cristiana a los adultos con la sencillez de la antigua catequesis, y con un celo tan edificante que tuvo por consecuencia un reflorecer inmediato de la fe y de las costumbres verdaderamente cristianas[22].

Seminario y clero

Pero el Cardenal Sarto tenía una aspiración nobilísima, que era que la respiración de su vida: ver cómo crecía a su alrededor, como una corona de gloria, un clero docto, piadoso y trabajador.

Un importante pensamiento lo acaparó: el Seminario patriarcal, que, aunque indudablemente estaba en mejores condiciones que el Seminario que se encontró en Mantua, carecía de una dirección firme y de una buena organización disciplinar y académica[23].

Por eso, sin miedo a chocar con métodos antiguos e incluso con temperamentos fáciles a la crítica y a contemporizar inoportunamente, suprimió la residencia laica aneja al Seminario, para que los seminaristas no estuviesen mezclados con estudiantes externos; dictó un reglamento disciplinar nuevo, inspirado en las normas del Concilio de Trento[24]; renovó completamente el claustro de profesores y reformó los estudios de acuerdo con las exigencias de la ciencia y de la cultura[25]; al frente de la formación sacerdotal de los alumnos puso a sacerdotes dignos de su confianza[26]; promovió una escolanía de canto sacro, que iba a ser como el preludio de la reforma de Música sacra, que ya iniciada en Mantua, iba a proseguir en la Diócesis de San Marcos[27].

«El éxito de estas medidas —afirmaba una persona que había sido testigo de la labor sabiamente llevada a cabo por nuestro Santo para dar al Seminario una nueva vida— fue providencial no sólo para la formación moral e intelectual

de los alumnos, sino también para el incremento de las vocaciones sacerdotales, que volvieron a florecer pujantes y prometedoras»[28].

* * *

Hombre de amplitud de miras y de inteligencia segura[29], el Patriarca no dejaba las cosas a medias; daba órdenes, pero después con incansable solicitud vigilaba para ver cómo se ponían en práctica sus órdenes. Por eso, cuando salía del Patriarcado, con frecuencia su meta era el Seminario, para estar entre sus seminaristas, para conocerles cada vez más, para informarse de su manera de ser, de su diligencia en el estudio, de sus progresos en la piedad[30]. Y como quería que un día fuesen sacerdotes dignos de la Iglesia, empapados de espíritu de romanidad, sin el que no hay espíritu ni vida sacerdotal, no descuidaba ni las más pequeñas y minuciosas investigaciones acerca de su vocación, antes de promoverlos a las Ordenes Sagradas. Ponderaba el más pequeño detalle, meditaba largamente, rezaba y, para estar todavía más seguro, preguntaba su opinión a cada uno de los profesores[31].

* * *

Convencido de que la salvación de las almas está íntimamente ligada a la acción de los sacerdotes, una vez organizada la vida del Seminario, dirigió su atención a sus sacerdotes; le preocupaba continuamente la idea de su santificación personal, no menos que la de la preparación de sus inteligencias.

Quería que cada año interviniesen, junto con él, en un curso de Ejercicios Espirituales; que el último jueves de mes se reuniesen para tener un retiro espiritual, escuchando de sus labios la grandeza de sus deberes[32]; que de cuando en cuando se reuniesen con él para recogerse una hora y adorar al Santísimo Sacramento[33], y asistieran en el propio palacio patriarcal o en el Seminario a cursos de conferencias de teología, de exégesis bíblica, de historia eclesiástica, de arqueología y de ciencias económico-sociales, que él

mismo había organizado, para que, estando al corriente de los progresos de la ciencia moderna, pudiesen rebatir con mayor eficacia los errores que una ciencia descreída andaba propagando astutamente incluso entre las clases más humildes del pueblo[34].

* * *

Igual que en Mantua, el futuro Pío X exigía que todos los sacerdotes del Patriarcado se mostrasen, en las palabras, en el porte, en el ejercicio de su ministerio, como el *genus electum*, el *regale sacerdotium* y la *gens sancta* querida por el primer Vicario de Cristo[35]. Cuando la conciencia le obligaba a hablar, su mirada y su rostro expresaban una voluntad que no admitía réplica en quien tenía el deber de obedecer[36]. Sin embargo, como en Mantua, le gustaba alcanzar su propósito con argumentos persuasivos, «con la sonrisa de su gran bondad»[37], porque «más que juez —como decían sus propios sacerdotes— quería ser padre»[38].

Haría falta conocer todo lo que el Cardenal Sarto hacía por sus sacerdotes para poder calcular la fuerza, la grandeza y la magnanimidad de su incomparable corazón. Socorría a los pobres hasta despojarse de su propia ropa y hasta el último céntimo; sostenía con palabras que mostraban su gran experiencia y su acertado criterio a los que estaban desanimados por las dificultades que encontraban en el ministerio; defendía con fiereza el honor, el prestigio y el decoro de los que eran calumniados o cubiertos de injurias por odio a la Iglesia o al sacerdocio católico; acudía a asistir a los enfermos, los confortaba y con frecuencia les administraba los últimos Sacramentos[39]; cuando algún extraviado volvía a su camino, su corazón experimentaba una alegría sin igual.

No se olvidará nunca el acento conmovido con el que, abrazando un día a un pobre sacerdote, exclamó: «He trabajado mucho y por fin lo he conseguido. ¡Cuántas oraciones y cuántas lágrimas me has costado!»[40].

Ese era él, el Patriarca que hablaba con la dulzura entrañable de su mirada y con el latir de su corazón, el Obispo que sabía compadecerse de las debilidades humanas, siem-

pre dispuesto a dar a las almas luz, valor y consuelo, el Santo que ejercía sobre todos los que se le acercaban la fascinación de su alma llena de Dios, porque vivía de esa misteriosa paternidad que, a través del tiempo y de los acontecimientos, nunca se había debilitado ni oscurecido[41].

Buen Pastor

Por todo ello, los sacerdotes del Patriarcado lo amaban y secundaban con entusiasmo, pues todos estaban persuadidos de la sobrenaturalidad de sus puntos de vista, y estaban convencidos —ellos mismos lo afirmaban— de que «en sus decisiones, estaba guiado por una luz divina»[42].

Se daban cuenta de que lo amaban y todavía lo amaban más, porque a sus ojos aparecía como ejemplo vivo de trabajo, de abnegación y de sacrificio.

Como si fuera el último de sus sacerdotes, o mejor, el primero de ellos en el afán de cada día, por la mañana temprano se acercaba a esta o aquella iglesia, se metía en el confesonario y, a veces, no salía de él hasta entrada la noche[43]; con piadoso y magnánimo trabajo atendía a la conversión de los apartados de la fe[44]; predicaba cursos de ejercicios espirituales; daba conferencias a hombres y mujeres; instrucciones de Catecismo a niños y jóvenes[45]; entraba con frecuencia en casucas miserables para consolar a impedidos; dar la Confirmación a niños enfermos, dejando por todas partes el sello de su inigualable caridad[46].

* * *

Acudía con solicitud junto al lecho de los moribundos para disponerlos a dar el paso supremo. Y no había riesgos, temores ni consideraciones humanas que pudieran detener su pasión por la salvación de las almas o enfriar el ardor apostólico que lo consumía.

Un masón, que había vuelto a Dios hacía poco, estaba en sus últimos momentos. El pobre llamaba a un sacerdote, protestando contra sus propios familiares que no querían que ningún sacerdote pusiese los pies en la habitación.

El Patriarca, enterado del deseo del pobre moribundo y de la feroz oposición de su familia, fue a la Capilla, tomó al Santísimo Sacramento y se encaminó hacia la casa.

Fue acogido con pretextos y protestas. Pero el Patriarca no escuchaba a nadie, entró resuelto a la habitación del moribundo y le administró el consuelo que proporciona la fe.

Cuando salió del cuarto tenía los ojos encendidos y, repartiendo sonrisas y apretones de manos, volvió al Patriarcado[47].

Del mismo modo, otro día, había querido consolar con su bendición los últimos momentos del famoso comediógrafo Jacinto Gallina, pero los venerables y los hermanos de la Masonería veneciana se lo impidieron.

Su corazón sangró, pero no silenció su enérgica protesta llena de la amargura de no haber podido consolar a un alma que yacía en la más profunda melancolía, cercana a la muerte[48].

* * *

En el Hotel Militar Marítimo, después de un curso de Ejercicios Espirituales dado por el Capellán con ocasión de la Pascua, unas treinta personas se habían negado a acercarse a los Sacramentos.

Lo supo el Patriarca y, después de algunos días, se presentó él mismo en el Hospital, y luego de celebrar Misa, dirigió a todos los enfermos uno de aquellos discursos suyos que se metían en el alma y conmovían los corazones.

Aquellos treinta enfermos no sólo se confesaron con él, sino que recibieron de sus manos la Sagrada Comunión[49].

Una vez más había triunfado sobre las fuerzas del mal el conquistador de las almas.

* * *

No había obstáculo que su inextinguible caridad no pudiese superar, no había miseria ni desolación en ningún sitio que él no supiese vencer.

Los hospitales, el manicomio de San Servolo, los asilos de mendigos y las cárceles, allá donde más tristemente se

asentaban los remordimientos y la desesperación, allá se presentaba y era acogido como un ángel consolador, que llevaba en la mano, como un don divino, el sosiego, la resignación cristiana y la paz a las conciencias[50].

En septiembre de 1900, durante tres días seguidos, sin dar en ningún momento el menor signo de cansancio, en la cárcel de Gindecca oyó la confesión de todos aquellos pobres encarcelados.

El último día, celebró la Santa Misa, distribuyó la Comunión, a algunos les administró la Confirmación, y habló de una manera tan conmovedora que en los ojos de todos hizo brotar las lágrimas que purifican y redimen[51].

La reforma de la música sacra

El Patriarca de los venecianos vivía el espíritu de la Liturgia con el candor entusiasta de su alma llena de gracia divina y de santidad[52].

Bastaba verlo bajo los resplandores de oro de la bóveda de San Marcos, cuando revestido de pontifical subía al altar de Dios.

Impecable en el rito, en el canto, en las ceremonias, incluso las más sencillas, parecía transfigurarse y parecía como ausente de cuanto le rodeaba.

Nadie podía sustraerse al atractivo que emanaba de su recogimiento profundo y de su conmovedora piedad.

En el religioso silencio de esos momentos se sentía que el pueblo estaba unido con su Pastor en la oración[53].

* * *

Al Emmo. Sarto le gustaban enormemente las ceremonias solemnes y las grandiosas manifestaciones de culto, y quería que, para que infundiesen en la conciencia de los fieles, en particular de los sacerdotes, el espíritu de piedad que él pretendía, fuesen acompañadas de una música verdaderamente sagrada, que, según él, debía ser como unas alas abiertas con las que el alma pudiese volar a las alturas donde habita el Señor.

Ya siendo Capellán de Tombolo y Párroco en Salzano, había dado las primeras batallas para restablecer el canto y la música en su suprema finalidad de «oración litúrgica»; en Mantua, tanto por su profundo sentido religioso como por su finísimo gusto estético, consiguió desterrar de las iglesias de la Diócesis las ruidosas ejecuciones musicales que las profanaban con desdoro del culto divino y del espíritu de la Liturgia[54].

En Venecia deseaba vivamente que en las iglesias del Patriarcado la música volviese a ser expresión viva de fe y oración cantada por el pueblo, y esperaba con toda su alma poder situar en su puesto de honor la música sacra.

Con su indiscutible competencia y con el alto prestigio que le venía de su autoridad de Obispo y Patriarca, tomó las riendas de la debatida cuestión de la música sacra y, el 1 de mayo de 1895, dirigió al clero y al pueblo del Patriarcado una Carta famosa, que se convertiría en el primer código de música sacra y debía señalar el inicio de una reforma de la mayor importancia en la vida religiosa del pueblo cristiano: la reforma del canto sagrado y de la música litúrgica.

Después de una breve introducción, en la que el Emmo. Sarto recordaba las grandes solemnidades que acababan de tener lugar para celebrar el octavo centenario de la fundación de la Basílica de San Marcos[55], llamaba inmediatamente la atención sobre la finalidad del espíritu de la Liturgia.

«La música sacra y el canto en la iglesia —decía— deben responder al fin general de la Liturgia, que es honrar a Dios y edificar a los fieles, y al fin particular de la misma, que es excitar a los fieles, por medio de la melodía, a la devoción y disponerles a acoger en sí mismos con mayor disponibilidad los frutos de la gracia, que son propios de los santos misterios solemnemente celebrados.

»De este modo —añadía—, por la estrecha unión que tiene con la Liturgia y con los textos litúrgicos, debe estar en la mayor armonía con las cualidades que son propias de éstos: santidad, bondad del arte, universalidad.

»La Iglesia ha condenado siempre todo lo que hay de superficial, vulgar, trivial, ridículo en la música; todo lo que es meramente profano y teatral, tanto en la composición

misma como en la forma en que debe ser ejecutada. La Iglesia ha hecho valer siempre en su música las normas de un arte verdadero, la civilización le debe mucho por esto, ya que al benéfico influjo de la Iglesia se debe que el arte musical se haya desarrollado a través de los siglos y se haya perfeccionado en sus diversos sistemas.

»Por último —observaba—, la Iglesia ha tenido siempre en cuenta la universalidad de la música, basándose en el principio tradicional de que así como es una la ley del creer, también sea una la forma de la oración, y, en todo lo posible, la ley del canto».

Apoyada en estos principios, la Iglesia creó la doble forma de su canto: el gregoriano, que perduró a lo largo de casi un milenio, y la clásica polifonía romana, que, iniciada por el gran Palestrina, tuvo su máximo esplendor en el siglo XVI.

Pero estas antiguas armonías, que de modo tan perfecto expresaban el sentimiento de la oración, con el tiempo fueron cediendo el puesto a formas eminentemente profanas investidas de novedad.

«Maneras nuevas, teatrales —continuaba la Carta—, cuyo carácter intrínseco es una absoluta superficialidad, de una forma melódica que, si bien es sumamente agradable al oído, es en exceso dulzona, no tiene más finalidad que el placer de los sentidos y se desarrolla sobre la pauta del máximo convencionalismo. Esto sin referirnos a las muchas veces que se tomaron melodías teatrales, adaptándolas de mala manera al texto sagrado; con mayor frecuencia se compusieron melodías nuevas, pero siempre siguiendo el modelo del teatro o con reminiscencias de motivos teatrales, reduciendo así las funciones más augustas de la Religión a representaciones profanas, profanando los misterios de la fe, hasta el punto de merecer el reproche de Cristo: *Vos autem fecistis illam speluncam latronum*»[56].

Y para abrir en las mentes el camino de la persuasión y disponer a sus venecianos a acoger con docilidad la reforma que pretendía, en previsión de cualquier dificultad, el Emmo. Sarto proseguía:

«No son pocos los que dicen que el pueblo no sabe ya paladear las melodías gregorianas, que es inútil cualquier in-

tento por devolverle su esplendor y, queriendo influir en el pueblo, afirman que existe el peligro de que éste deserte de las funciones litúrgicas, si ya no oye los cánticos y las músicas que le gustaban. Pues yo os digo que el sólo placer no ha sido nunca el recto criterio para juzgar acerca de las cosas sagradas, y que el pueblo no debe ser seguido en las cosas no buenas, sino educado e instruido. Diré además que se abusa mucho de esta palabra "pueblo" el cual se muestra con los hechos más serio y devoto de lo que ordinariamente se cree, porque sabe degustar las músicas sagradas y no deja de frecuentar las iglesias en las que estas músicas se interpretan. Una prueba contundente de ello la hemos tenido durante las fiestas centenarias de la Basílica Patriarcal de San Marcos, en donde, durante cuatro días consecutivos, habiéndose interpretado con todo rigor música o canto gregoriano o canto polifónico a lo Palestrina, el pueblo asistió entusiasmado y devoto; y no sólo los insignes Prelados, sino también los distintos Maestros de música profana no dudaron en alabar, manifestando en público su admiración, las armonías sublimes del canto eclesiástico, santo, artístico, capaz de elevarnos de las miserias de esta tierra y hacernos pregustar las bellezas de los cánticos del cielo».

A continuación de estas consideraciones, el Patriarca, firme y decidido a eliminar a toda costa inveterados prejuicios, oposiciones interesadas y deplorables costumbres, en términos de riguroso mandato, bajo pena de sanciones canónicas, ordenaba que de todas las iglesias del Patriarcado fuese desterrada cualquier forma de música profana; que en todas las Parroquias, con el fin de que el pueblo aprendiese a asociarse con profundo sentimiento al espíritu de la Liturgia, participando con su propia voz en las funciones sagradas, fuese instituida una Escolanía de canto gregoriano y que cada Párroco vigilase atentamente que los cantores fuesen hombres de conocida probidad de vida, dignos del oficio que debían ejercer de «cantores de las alabanzas de Dios»[57].

«Venecia —así concluía el futuro Pío X—, que fue durante tanto tiempo cultivadora de lo bello en el arte, debe seguir siendo, como en tiempos de su máximo esplendor, cultivadora de la música sagrada».

Muy poco tiempo después, la sagrada melodía de la Iglesia se había convertido, en todas las iglesias del Patriarcado, en melodías de recogimiento, de oración y de piedad[58].

Una grave denuncia

El 21 de mayo de 1895, el Cardenal Sarto empezaba la visita pastoral de la Diócesis enviando una importante Carta[59].

«¡Qué grande es la necesidad —decía en esa Carta— de hacer que la fe reviva en este tiempo, en el que se pretende someter a examen los misterios de nuestra creencia; se busca demostración donde Cristo pide sumisión del intelecto; se ponen en duda las profecías más confirmadas; se niegan los milagros más manifiestos; se rechazan los Sacramentos; se hace burla de las prácticas de piedad; se desprecia el Magisterio de la Iglesia; se insulta a sus Ministros».

Perfectamente al corriente de los errores que eran entonces tema de discusión —errores que se referían principalmente a la negación de la divinidad del Hombre-Dios, a la inerrancia de las Sagradas Escrituras; a la historicidad de no pocos hechos bíblicos; a la realidad de los milagros de Cristo[60], añadía:

«Iré a vosotros para recordaros que Jesucristo, autor y consumador de la fe, igual que fue ayer es hoy y el mismo será siempre por los siglos de los siglos: *Jesús Christus heri et hodie et in saecula* (*Heb* 13, 8); para confirmar que Dios marcó a la Revelación hecha por Él con el sello de una perpetua inmutabilidad, en virtud del cual el ingenio humano no podrá jamás quitar ni añadir nada a lo que Cristo ha dictado: *Caelum et terra transibunt, verba autem mea non transibunt* (*Lc* 21, 33).

»Iré a vosotros —concluía— para deciros que, igual que una sola es la verdad y una sola es la fe, así también una sola es la Iglesia, depositaria y custodio de esta verdad y de esta fe; y quien no está con ella no recoge, sino que disipa y desparrama».

En esta Carta pastoral no habla de un *cristianismo moderno* luchando por suplantar al antiguo —como ya había

dicho en Mantua[61]—, pero aunque las frases son diferentes, su pensamiento es el mismo, y cuando proclama la inmutabilidad de Cristo, repitiendo la frase lapidaria de San Pablo, se refiere claramene a la evolución del dogma que será uno de los temas del Modernismo, ya en marcha para invadir las más vitales doctrinas de la Iglesia, con la intención de borrar de ella toda traza divina; cuando habla de la negación de las «profecías más confirmadas y de los milagros más manifiestos de Cristo», no cabe duda de que tenía presente la pretendida crítica bíblica que, no mucho tiempo más tarde, culminaría en la impiedad de afirmar que los Libros Sagrados son un cúmulo de fantasías y que Cristo es un mito, creado por la exaltación de un grupo de hombres ignorantes; no imaginaba en esos momentos que le tocaría precisamente a él tener que condenar todo eso con una monumental Encíclica —la *Pascendi dominici gregis*— continuación lógica y necesaria de sus enseñanzas en Mantua y en Venecia[62].

* * *

Durante meses y meses, el Cardenal Patriarca vivió en estrecho contacto con su clero y con su pueblo, yendo de Parroquia en Parroquia, de la Basílica de San Marcos a la bizantina de Torcello, de las espléndidas iglesias de la ciudad a las míseras cabañas de los pescadores perdidas en los últimos rincones de la Laguna, siempre y en todas partes asiduo al confesonario, infatigable en la explicación del Evangelio, sin cansarse nunca de enseñar el Catecismo a los niños y de exponer la Doctrina cristiana a los adultos[63].

Los venecianos estaban asombrados, y, temiendo que el trabajo excesivo pusiese en peligro la salud de su amado Pastor, no dudaron en exponerle en público sus sentimientos y sus deseos, con estas palabras:

«Nos permitimos dirigir a nuestro Patriarca este ruego: que piense un poco también en sí mismo. Está bien que esté curtido en la fatiga y en el trabajo, pero los hijos que aman a su Padre, desean que se prodigue menos, para poder disfrutar su presencia por más tiempo. Puede que éste sea un afecto interesado, pero es afecto»[64].

Elogio sincero a la prodigiosa actividad del Patriarca de los venecianos, que con ardor maravilloso, estaba poniendo en práctica todo lo que había prometido el 25 de noviembre de 1984 en su primer discurso al pueblo de San Marcos, bajo los arcos de oro de la Basílica:

«Trabajaré agradecido a Dios si me permite recoger los frutos de mis esfuerzos; trabajaré contento incluso en el desierto, porque el trabajo es alegría, y el cansancio es gloria»[65].

Una victoria clamorosa

Tan equilibrado y conciliador, como consciente de su propia dignidad, el Patriarca de Venecia no conocía las medias tintas ni las calculadas reticencias, porque en él latía el instinto de la Iglesia actuante, y en él se manifestaba la autoridad y la dignidad sagrada del sucesor de Lorenzo Justiniano[66].

Por eso, jamás silenció la verdad, sino que la expresó franca y solemne, a veces cruda, a su clero y a su pueblo, con el fin de promover la salvación de las almas.

La manifestó sin debilidad a Gobiernos y a Ministros, cada vez que intentaban invadir el terreno de la fe y de la moral cristianas[67]; la manifestó a la masonería, cada vez que intentaba impedirle el ejercicio de su ministerio de sacerdote y de Obispo; a hombres y a partidos que querían atropellar sus derechos o su autonomía de Patriarca; a artistas y a mecenas, cuando en Abril de 1895, sin doblegarse a críticas y a artículos de periódicos, prohibió la asistencia a la I Exposición de Arte, a causa de un cuadro que era un insulto y una vergüenza[68]; y la dijo enérgicamente con hechos al mismo Municipio porque, anticlerical y sectario, traicionaba la fe y las tradiciones nobilísimas del pueblo de San Marcos.

Recuérdese que, el 24 de noviembre de 1894, cuando el Patriarca subía a la cátera de Lorenzo Justiniano, los demócrata-liberales, sometidos a la masonería, al paso del automóvil del Cardenal habían abandonado el Palacio de la ciudad y habían cerrado las ventanas.

El Patriarca calló, pero desde aquel mismo momento se hizo el propósito de liquidar la masonería imperante, para hacerle sitio a Cristo.

A algunos venecianos que habían manifestado su idignación por el gesto vulgar de la secta, les había dicho:

—No temáis; si el palacio del Municipio ha cerrado sus ventanas, se las haremos abrir[69].

Y esperó el momento de las elecciones administrativas de la ciudad, en el mes de julio de 1985.

Era preciso prepararlas, sacudiendo el sopor de los venecianos y estimulando a los católicos a actuar.

El Cardenal Sarto no perdió un instante, y sin largos discursos, animando a los católicos venecianos a la lucha y a la victoria, dijo: «Trabajad, rezad, votad».

Convocó inmediatamente a sus Párrocos y a sus sacerdotes, a sus hombres y a sus jóvenes; tuvo reuniones en su Palacio y promovió conferencias en todos los barrios de la ciudad; organizó Comités y subcomités y, sabiendo que los católicos solos no podían ganar, con indómita energía, con habilidad de tacto y audaz pensamiento, puso las bases para una honrosa alianza entre los más representativos exponentes del partido católico y de la corriente católico-moderada, dignos por todos conceptos de la más absoluta confianza[70]. En tres días y tres noches, con una actividad que parecía prodigiosa, escribió de su puño y letra más de 200 cartas a sacerdotes, a seglares, a asociaciones católicas y a comunidades religiosas, para que la acción fuese acompañada de la oración[71]; así poniendo por encima de todo cálculo humano la profundidad de su fe, lanzó un desafío preciso y decidido a la masonería.

Los venecianos se dieron cuenta de la gravedad de la batalla y, dispuestos a cualquier sacrificio, se pusieron en pie como un solo hombre, decididos a combatir y a vencer por la Religión y por la Patria: el pensamiento de su Patriarca.

El 28 de julio de 1895 —día de las elecciones municipales— los católicos, con los moderados, comprendieron su deber de ciudadanos y, confiados en la palabra de su Cardenal, se lanzaron a la lucha con irresistible ardor, consiguiendo con una aplastante victoria desterrar al viejo y prepotente Ayuntamiento e instalar uno nuevo con un al-

calde buen hijo de la Iglesia y fiel al Papa: el conde Felipe Grimani —ilustre descendiente de los Dogos—, que regiría los destinos de Venecia durante un cuarto de siglo, haciendo revivir un pasado que para muchos pertenecía al mundo de los sueños. La administración de Grimani fue ejemplo de la estabilidad de un sistema sobre el que el corazón y la voluntad de un hombre había impreso su huella[72].

La coalición demagógica anticlerical que, violando la conciencia de la Venecia católica, había abolido el Catolicismo en las escuelas, arrancado el Crucifijo de los asilos y prohibido los puentes votivos que se montaban sobre el Canal de la Giudecca y sobre el Gran Canal para las celebraciones solemnes de las fiestas de la Virgen de la Salud y del Santísimo Sacramento, decretadas de antiguo por el Senado de la Serenísima[73], había por fin caído y el pueblo de la nobilísima ciudad de San Marcos pudo volver a oír en las aulas de sus escuelas la voz augusta de la Religión; volvió a ver en los muros de sus hospitales la imagen del divio Muriente, para consuelo de los dolores de los enfermos y la agonía de los moribundos; disfrutó con la reaparción de sus puentes votivos en las fiestas más queridas de su fe. Una vez más se estrechó junto a su Patriarca como si fuera un Dogo redivivo, con una demostración de veneración y de amor tan espectacular, que no se recordaba que Venecia hubiera visto una expresión tan plena, imponente y triunfal[74].

Esta clamorosa victoria, surgida del acuerdo entre católicos y liberales moderados deseado y promovido por el Patriarca Sarto con una táctica llena de aguda visión, atravesó los límites de la Laguna y tuvo en toda la Nación repercusiones profundas de admiración, de aprobación y de aplauso[75].

Un triunfo eucarístico

El futuro Pío X sentía profundamente el amor a Jesús vivo en el inefable Misterio de la Santísima Eucaristía; los triunfos eucarísticos le alborozaban tanto como le afligían los ultrajes al Santísimo Sacramento.

El 6 de abril de 1895, una mano sacrílega sustrajo el copón de la Iglesia de los Carmelitas Descalzos y esparció las Sagradas Hostias por la vía pública.

No es fácil expresar la conmoción que se produjo en Venecia, en cuanto se supo esta atrocidad; y menos todavía se puede expresar el dolor del Patriarca. Con una carta conmovedora, llamó inmediatamente a su pueblo para reparar el horrible sacrilegio, anunciando un triduo solemne de expiación y de oraciones.

El último día, él mismo llevó el Santísimo Sacramento en solemnísima procesión, y habló a su pueblo con acentos de fe y de humilde sentimiento que conmovieron hasta llorar[76].

Así fue como nació en su corazón, más que en su mente, la idea de organizar un Congreso Eucarístico, que debía ser como un grandioso acto de fe y de amor de sus venecianos a Jesucristo, Rey supremo de las almas y de los corazones.

El Congreso fue anunciado el 1 de noviembre de 1895 con una carta himno de fe y de amor a la realeza divina de Cristo[77]. Fijó la fecha e inmediatamente se puso a pensar en cómo celebrarlo con la grandiosidad que él deseaba.

Un trabajo enorme de preparación, que él mismo estudiaba, ordenaba y disponía hasta en sus más pequeños pormenores[78], sacrificando muchas horas de la noche, interviniendo activamente en las reuniones de las diferentes comisiones organizadoras del Congreso, promoviendo conferencias, predicaciones solemnes al pueblo y adoraciones a la Sagrada Eucaristía de día y de noche[79], a las cuales, sin miramientos de sacrificio ni cansancio, él no faltaba nunca, interviniendo para estar unido con su clero y su pueblo en las oraciones y en la adoración a Jesús Sacramentado[80].

La mañana del 9 de agosto de 1897 —una mañana llena de luz—, en el templo monumental de los Santos Juan y Pablo —el templo más amplio de Venecia— el Emmo. Sarto, rodeado de otros tres Príncipes de la Iglesia, de una soberbia corona de Pastores[81], del clero y del laicado católico de Italia, «sin estrépito de batalla —éstas son sus palabras— y sin ostentación de fuerza ni prepotencia»[82], inauguraba la grandiosa sesión eucarística con un discurso lleno de doctrina y de firmeza, en el que proclamaba que el hombre y la

sociedad deben inclinarse delante de Cristo, dominador supremo del pensamiento y de la historia humana.

Exponiendo el fin que se proponía al celebrar el Congreso, añadía: «Una sola finalidad tiene el Congreso: hacer un acto de reparación a Jesús Sacramentado por el mundo que lo desconoce y lo ultraja, y contribuir a que su doctrina esté en nuestras inteligencias, su moral en las costumbres, su caridad en las instituciones, su justicia en las leyes, su acción en la historia, su culto en la religión, su vida en nuestra vida»[83].

«Venecia —concluía— que, al recordar con noble orgullo las gestas gloriosas de sus Santos y de sus Dogos, recuerda las fiestas grandiosas de su fe, no puede y no quiere negarse a rendir homenaje a Jesús Sacramentado, porque no sólo en la Plaza de San Pedro en Roma, sino en todos los puntos del mundo, en todos los instantes del tiempo, en todas las peripecias de la humanidad, la historia reclama la cumplida victoria de Jesucristo: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat et regni eius non erit finis*»[84].

La nobilísima ciudad reina de los mares atendió a la voz de su Patriarca, y durante cuatro días apareció como transformada en una inmensa hoguera de fe y de piedad[85].

El Emmo. Sarto podía exclamar lleno de alegría, en la clausura del Congreso:

«Era conmovedor ver durante estos días las multitudes innumerables que se acercaban a la mesa eucarística, que asistían a las funciones sagradas y a todas horas del día daban escolta de honor a Jesucristo expuesto en nuestros altares, e incluso de noche llenaban las iglesias para adorar a Jesús Sacramentado».

Fue un espectáculo impresionante y un consuelo para el Patriarca de los venecianos, y también fue un triunfo del amor grande que sentía por la salvación de las almas de su pueblo.

León XIII, que miraba con particular interés al Cardenal Sarto y había seguido atentamente el desarrollo del Congreso Eucarístico, recibió en audiencia por aquellos días a un sacerdote veneciano y no pudo por menos que decirle: «Es un acontecimiento que honra mucho a vuestro Cardenal»[86].

El Cardenal Sarto había añadido a su corona patriarcal una nueva gema y un nuevo timbre de gloria[87].

La comunión de los niños

El Patriarca de los venecianos tenía la preocupación de que su pueblo volviese a la fe viva de los primeros siglos del cristianismo, por medio de la comunión *frecuente*, y a ser posible *diaria*, que no cesaba de promover con todas sus fuerzas[88]; y también le preocupaba que las nuevas generaciones crecieran con limpia sangre cristiana. Para conseguir estos objetivos, no veía más camino que acercar a los niños desde pequeños al gran Misterio de la Eucaristía, antes de que las pasiones pudiesen oscurecer sus mentes y devastar sus corazones.

Por eso, «sin dictar disposiciones oficiales, exhortada con frecuencia a los Párrocos para que examinaran a los niños pequeños acerca de las verdades fundamentales de la fe, y si los encontraban suficientemente conscientes de ellas, quería que los admitiesen sin más a la Comunión, sin preocuparse excesivamente por la edad que tuvieran»[89]. Para que no se acobardasen ante las dificultades que pudieran surgir a causa de la costumbre existente de diferir la Comunión de los niños hasta los diez y doce años de edad, los animaba y los persuadía con el impulso de su corazón y de su ejemplo.

Un día se presentó en el Patriarcado una niña de siete años pidiendo ser admitida a la Comunión.

Lo que esta niña pedía era algo nuevo, y su madre, que la acompañaba, lo sabía.

El Patriarca interrogó a la niña:

—¿Cuántas naturalezas hay en Jesucristo?

—Dos: la naturaleza humana y la naturaleza divina —respondió rápidamente la niña.

El Cardenal llamó en el acto a su Secretario Don Juan Bressan y le dijo:

—Informe usted inmediatamente al Párroco de esta niña que mañana la admita a la Comunión[90].

Movimiento católico

El Patriarca de la Laguna había visitado la Diócesis; expulsado del gobierno de la ciudad al laicismo masónico; despertado la fe con un grandioso Congreso Eucarístico; con un Sínodo, preparado y estudiado por él mismo[91], sacrificando días y noches, había dado al Patriarcado un código de legislación sabiamente coordinado con las leyes de la Iglesia y a tono con las necesidades de las almas y con las exigencias de los tiempos[92].

¿Qué más podía hacer?

El Emmo. Sarto no era hombre que se durmiese sobre los laureles.

Haciéndose muy bien cargo del fuerte apoyo que el laicado podía ser para la Iglesia, en un tiempo en que las fuerzas de las sectas y partidos anticlericales ponían todos los medios para alejar de Dios y de la Iglesia a las conciencias del pueblo, no veía mayor medio para una eficaz y rápida defensa de la fe, que una acción organizada de las fuerzas católicas.

«Una sola palabra —decía con el ardor de un apóstol, el 23 de noviembre de 1985, a los asistentes a la X Asamblea regional véneta de la Obra de los Congresos Católicos[93]—, una sola palabra para recomendaros una sola cosa: acción. No muchos discursos, porque el parloteo hay que dejarlo para los hombres políticos; para nosotros, los hechos. Los miembros de las Comisiones parroquiales deben ser colaboradores del Párroco, ayudándole en todas las obras de celo sacerdotal, en la enseñanza de la Doctrina católica, en la buena dirección de los Patronatos, en llevar la paz a las familias, de manera que el Vicario de Cristo pueda contar realmente con el pueblo para la defensa de sus derechos, sin los cuales no puede existir ningún bien, ni religioso ni moral.

»Y sobre todo —concluía— disciplina, obediencia, abnegación. Trabajar, pero sin miras temporales, ni intereses privados, sin ambiciones personales, mostrando una conducta irreprensible en nuestros deberes para con Dios, para con el prójimo y para con nosotros mismos»[94].

La misma advertencia y la misma exhortación que, sien-

do Obispo de Mantua, había dirigido con tanta pasión a los católicos italianos en el Congreso de Lodi, en 1890 y en el de Vicenza, en 1891[95].

Advertencia y exhortación que no se cansaba de repetir, porque sabía que también en la ciudad de la Laguna había empezado a tomar cuerpo el fermento disgregador que iba a dividir las fuerzas católicas en dos tendencias profundamente en desacuerdo: la Obra de los Congresos Católicos, que se afirmaba fiel a la suprema autoridad de la Iglesia y la de la llamada *Democracia Cristiana* a cuya cabeza estaba un joven e inquieto sacerdote de las Marcas —Rómulo Murri—, el cual, con pretexto de renovar la antigua Obra de los Congresos Católicos de Italia, intentaba dar a la acción de los católicos una nueva orientación político-social[96], en discordancia con el pensamiento de la Sede Apostólica[97].

Había divergencias de puntos de vista, diferencias de pensamiento, aspereza de críticas, antagonismos y rivalidad entre los antiguos miembros de la Obra de los Congresos Católicos y los jóvenes de la nueva corriente democrático-cristiana, para quienes el orden y la disciplina eran un peso[98].

En una reunión celebrada en el Palacio Patriarcal, el 29 de julio de 1900, el Cardenal llamaba a viejos y jóvenes a una mutua comprensión y a la mutua caridad:

«Insisto, no para repetir lo que ya se ha dicho, sino para tratar de descubrir ciertas causas que podrían influir en esta discordia. Tengo veneración por los jóvenes, porque, siendo como soy un predicador del Evangelio, debo seguir en primer lugar lo que en él se dice. A cada paso el Evangelio hace el elogio de los jóvenes; yo miro a los jóvenes con los mismos sentimientos que nuestro Señor Jesucristo y los considero como la parte mejor de mi grey. Pero es necesario que yo diga una cosa a los jóvenes: tienen que recordar que la sabiduría y la prudencia están en boca de los viejos. Por consiguiente, yo hago esta recomendación: si alguna vez, en cualquier circunstancia, movido de generoso ardor, un joven faltase al respeto debido a los ancianos, rectifique. Nadie como un anciano se encuentra a gusto entre los jóvenes, que le recuerdan la primavera de la vida, pero es preci-

so que los jóvenes miren a los ancianos como maestros y como guías»[99].

Esta era su constante amonestación y su continua llamada, que repetiría más solemnemente siendo Papa, para salvar de peligrosas desviaciones a la Acción Católica Italiana, la cual iba a ser una de las más decisivas palancas del apostolado jerárquico en las actividades religiosas y sociales del laicado católico.

La cuestión social

León XIII, con su famosa Encíclica del 15 de mayo de 1891 acerca de la condición de los trabajadores, indicó los medios que la doctrina de la Iglesia, basada en la justicia y en la caridad, enseñaba para resolver el conflicto cada vez más áspero entre las clases trabajadoras y los empresarios.

La Encíclica era un punto de partida, pero también era un punto de llegada de todo un movimiento al que los católicos se habían entregado con diversa fortuna desde hacía algunos años.

La cuestión social, con sus complejos y fuertes problemas no sólo de orden económico, sino sobre todo de orden religioso y moral, preocupaba a muchos[100].

Salido del pueblo, habiendo vivido siempre en contacto con el pueblo y viviendo también ahora en medio del pueblo por razón de su alto ministerio de Obispo, el Emmo. Sarto estaba en condiciones de conocer, mejor que otros, las necesidades, los sufrimientos y las aspiraciones del pueblo que vivía de sus penas, de su trabajo y de sus fatigas.

Por eso, mejor que nadie, estaba en condiciones de poder comprender que para dar una justa solución a la cuestión económico-social, era preciso potenciar en el pueblo el sentido cristiano de la vida, enseñar el Evangelio como fuerza de unión entre las diversas clases sociales, volver a meter a Cristo entre las clases trabajadoras: Cristo que, naciendo pobre y habiéndose hecho trabajador, había conferido a la pobreza una dignidad nueva y un sello divino, igual que con el mandamiento de la justicia y de la caridad, consagrando el concepto que el sentido altísimo de justicia inscrito en el hombre había expresado con el principio «a cada

uno lo suyo», puso en manos de los ricos una fuente divina de inagotable y eterna riqueza[101].

Sólo y únicamente con el Evangelio —«único tratado de paz»— se podrían eliminar odios y rencores, sanar corazones heridos por las penas de la vida y unir en torno a Cristo con el vínculo de la caridad, de la justicia y de la paz a los *«primeros y a los últimos»*, al rico y al pobre, al trabajador y al empresario.

Sólo y únicamente de este modo el trabajador podría aprender a soportar la fatiga de cada día, sin odio y sin desprecio, y el rico podría aprender a adaptar el corazón al mandato de Cristo: *Quod superest, da pauperibus*[102], que es la más bella manifestación de la verdadera igualdad cristiana.

El Cardenal Sarto había reafirmado estos grandes principios de la sociología cristiana en presencia de los más insignes sociólogos italianos y extranjeros, reunidos en Padua en agosto de 1896 para el I Congreso de la Unión Católica de Estudios Sociales; con un enérgico discurso trató de la distribución de la riqueza y de los deberes que corresponden a los ricos[103].

Este discurso ponía de manifiesto con cuánta profundidad el Patriarca de los venecianos veía en las causas y en las complejas consecuencias de la cuestión social, y en los remedios que había que poner para su solución; venía a ser como el programa que se había trazado y explicaba toda su actividad para conseguir la elevación moral y el mejoramiento de las condiciones económicas de sus venecianos.

El generoso impulso que le dio a la resurgida escuela de los famosos Merletti de Burano, de la que cerca de 400 muchachas de aquella pobrísima isla vivían honestamente[104]; sus desvelos por las Cajas Obreras Parroquiales y Rurales; su solicitud por la Sociedad de Socorro Mutuo y por la iniciativa del nuevo Banco de San Marcos fuertemente impulsada por él; su aliento al Secretariado del Pueblo para asistir a los trabajadores y a los pobres emigrantes; su estímulo a una más equitativa retribución del trabajo de los trabajadores humildes[105]; todo esto demuestra hasta qué punto estaba interesado no sólo en el bien religioso de sus venecianos, sino también en el bienestar económico. No descuida-

ba ocasión de estar entre los más pobres trabajadores de su pueblo, para tenerlos alejados de ideas irresponsables, de movimientos socialistas de huelgas, y para que no se dejasen atrapar por la turbia propaganda que, so capa de reivindicaciones sociales, iba esparciendo el veneno de la mentira y el odio[106].

Era el Obispo que, en nombre de la religión, santificaba toda sana actividad para el bien de su pueblo; nunca se cansaba, tomaba siempre la iniciativa, indicaba el camino a seguir y daba impulso al trabajo imprimiéndole un sorprendente ritmo y eficacia, llegando hasta su perfecto acabamiento; siempre expeditivo y optimista ante los obstáculos y las dificultades de tiempo, de lugar y de personas[107].

Era el Patriarca de la concordia y de la paz; temblaba de santa indignación cada vez que veía ciudadanos íntegros víctimas de hostilidad por el hecho de ser cristianos y católicos a las claras; desaprobaba las desavenencias entre grupos, condenando abiertamente a cuantos en la Acción Católica se hacían cómplices de discordias y de divisiones; defendía enérgicamente de fáciles insinuaciones, de sospechas infundadas y calumnias malvadas el honorable nombre de los más valiosos veteranos de la causa católica, a los cuales sabía hacerles superar sus temores y triunfar de sus debilidades[108].

Decir aquí todo lo que el Cardenal Sarto trabajó, continuando así con el mismo ardor la multiforme actividad de su episcopado en Mantua, para llevar a toda reunión de sus jóvenes y de sus hombres la palabra orientadora; qué sacrificios y qué esfuerzos llevó a cabo para infundir en la conciencia del pueblo una más intensa vida cristiana en la fe y en la cultura, en la educación y en la escuela, en la prensa y en la organización económica y social; sería preciso escribir la historia de los católicos venecianos, que veían —y no eran ellos solos— en su Púrpura como un estandarte de valentía, y en el Palacio Patriarcal el centro de irradiación de las más puras y fecundas energías de la fe de Cristo[109].

Padre de los pobres

En la compasión hacia los pobres y los desgraciados, el

Patriarca de Venecia estuvo siempre en la línea del Obispo de Mantua, del Canciller de Treviso, del Párroco de Salzano y del Capellán de Tombolo.

Todos los testimonios están de acuerdo en ensalzar su caridad como realmente «proverbial»[110].

«Para aliviar la miseria de los pobres, que en la ciudad de la Laguna era entonces tan tremenda, daba todo lo que podía y más[111], sin preocuparse de sí mismo, seguro de que la Providencia divina no dejaría que le faltase lo necesario para cumplir con sus obligaciones»[112].

* * *

El Cardenal cobraba cada tres meses la asignación de la Mesa Patriarcal, pero hacia la mitad del trimestre —así lo aseguran testigos fidedignos— ya no tenía ni un céntimo, porque «todo el dinero se le esfumaba en las manos dando limosnas»[113].

Y entonces había momentos en los cuales «para subvenir a los gastos de la casa se veía obligado a pedir prestados unos centenares de liras»[114].

No mentía cuando escribió a un Párroco de Mantua, que recurrió a él pidiendo ayuda económica:

«Me da vergüenza de responder a vuestra llamada con esta miserable oferta, pero tengo que confesarle que no puedo absolutamente hacer más, porque si en Mantua fui siempre pobre, aquí me he convertido de verdad en un mendigo»[115].

* * *

Bien podía escribir así y llamarse «mendigo», porque llevaba su caridad hasta a privarse del último céntimo que le quedaba.

En una ocasión un pariente le pidió una limosna para un pobre. El Patriarca no se hizo repetir el ruego: sacó su monedero, lo abrió y, vaciándolo en las manos de aquel pariente suyo: «Ten —le dijo—, toma todo lo que me queda»[116].

* * *

«Los bocados exquisitos no son para mí», decía un día a un Canónigo de Treviso, a quien había recibido en el Palacio Patriarcal, y añadía: «Piensa que una familia, y de no mala posición, habría padecido hambre hoy si no le hubiese mandado lo necesario. Y en esta pobreza extrema —añadía con visible emoción— están muchos», y con el corazón encogido hablaba de cartas, de súplicas y de peticiones que le llegaban de todas partes[117].

El hombre de Dios —el hombre de fe—, que no pedía nunca para sí mismo, y el hombre de caridad, que nunca pensaba en ahorrar dinero para la vejez ni para enriquecer a los parienes[118], daba siempre, lamentándose de que las 22.000 liras de la Mesa Patriarcal fuesen demasiado pocas para las ambiciones de su desmesurada caridad[119]. Y daba tan generosamente que, cuando ya no tenía nada que dar, no dudaba en desprenderse de sus propias ropas[120] y de privarse de objetos queridos, aumentando de este modo el mérito de la limosna con el sacrificio de memorias y recuerdos entrañables.

—Lo siento muchísimo —decía a un señor caído en la ruina, el cual tenía absoluta necesidad de dinero—, pero no tengo ni un céntimo. Tome este pequeño Crucifijo de marfil que perteneció a Pío IX. Es un objeto de arte de mucho valor: le darán por él una buena suma[121].

Se comprende que el pueblo dijera: «el primero de los pobres de Venecia es nuestro Patriarca»[122], y cómo el propio Sarto podía decir con frecuencia a su querido sobrino Don Juan Bautista Parolin, Párroco de Possagno: «Bautista, cuando yo muera no encontrarás nada»[123].

Sus parientes habrían querido limitar el número, siempre en aumento, de los necesitados que acudían a pedir su ayuda. Pero él había ordenado que a nadie se impidiese llegar hasta él y, más de una vez, tuvo palabras de severa reprensión para su Secretario Mons. Bressan o para su ayuda de cámara Juan, porque habían despedido a algún pobre; y acababa siempre diciendo: «Acordaos de que los pobres deben ser preferidos a todos los demás»[124].

* * *

Pero no le bastaba con esto.

No contento con tener la puerta del Palacio abierta de par en par para los pobres, él mismo salía al encuentro de los más miserables de su pueblo.

Nadie podría contar sus pasos llenos de misericordia y de abandono confiado en Dios, para llevarla a las chabolas y a los tugurios desolados, en donde más desconsolado era el llanto y más atroz el sufrimiento, la sonrisa de su bendición, acompañada de un gesto generoso que le salía de su corazón de Padre[125].

No hubo pobre perdido en la vida, avergonzado de su propia miseria, que no sintiera las vibraciones de su alma, el latido profundo de su caridad.

¡Cuántas inquietantes angustias ante un mañana oscuro encontraron en los pliegues de su Púrpura la calma deseada, el consuelo suspirado![126].

Pero nunca pudo saber nadie los sacrificios y las privaciones que se imponía para enjugar lágrimas que brotaban a causa de una fortuna adversa o a causa de los egoísmos de la vida; o para consolar secretos dolores, para endulzar amarguras de cada día, sin avergonzarse en ocasiones, cuando ya no le quedaba nada, de extender la mano a los potentados y a los ricos patricios, para que se movieran a compasión hacia quienes la vida sumergía en angustias de miseria y estrecheces de indigencia[127].

Sencillez y nobleza

Si admirable era la caridad de nuestro Sarto, no menos admirables eran su modestia y su sencillez: las dos notas que acompañan a una verdadera grandeza.

Ya hemos dicho cómo su nombramiento de Cardenal y Patriarca no habían cambiado nada en las costumbres de su vida; pero su modestia y su sencillez nunca brillaron tanto como después de haber revestido la Púrpura en la Sede de San Lorenzo Justiniano.

Las grandes salas del Palacio Patriarcal, que habían sido escenario del esplendor de los Dogos, se utilizaban sólo para las recepciones solemnes; él vivía en dos modestas ha-

bitaciones que «podían ser las de cualquier Párroco rural»[128].

Un sólo sirviente, un sólo gondolero, sus hermanas calladas y humildes, que salían a hacer la compra diaria vestidas como cualquier otra mujer de la ciudad[129].

Algunas veces, durante las audiencias, él mismo abría —como en Mantua— la puerta de su habitación de trabajo y, a quien se mostraba un tanto turbado al encontrarse ante él, lo sacaba inmediatamente del apuro dirigiéndole, sonriente, una pregunta o frase amable[130].

El alimento diario era sencillo y frugal[131]. «Nunca daba órdenes en cuanto a la mesa y siempre se contentaba con lo que le ponían delante, cualquiera que fuese la manera de estar preparada la comida»[132].

* * *

Enemigo de cualquier manifestación ostentosa, salía vestido de una sencilla sotana negra, como cualquier sacerdote, por las calles de Venecia, o para dar un paseo matutino prescrito por el médico. De ordinario, se dirigía al Lido y, una vez desembarcado se encaminaba al Hospicio Marino —que era su meta preferida—, deteniéndose a conversar con los pescadores que encontraba y, para justificar el darles algún dinero, hacía que el Maestro de Cámara que le acompañaba les comprase algún caballito o alguna estrella de mar[133].

Como en Mantua, disfrutaba hablando con los más humildes de su pueblo; recordaba, casi con orgullosa complacencia, la pobreza de su nacimiento y le gustaba llamarse el «pobre Cardenal rústico»[134]; cuando le daban el título de Eminencia, a veces respondía:

—¡Qué Eminencia!... He nacido en Riese y soy de origen humilde. ¿Qué hay de malo en ello?... Es la verdad[135].

* * *

Pero si bien bajo la Púrpura del Sacro Principado de la Iglesia, que le había sido otorgada no como un honor debido a la Iglesia de San Marcos, sino como un merecido pre-

mio a sus virtudes eminentes y a sus méritos insignes[136], latía el corazón sencillo del humilde hijo del pobre alguacil de Riese, nadie pudo sorprender nunca en él, ni siquiera de lejos, el más pequeño detalle que fuese en merma de la alta dignidad de que la Iglesia lo había investido[137].

Era su santidad la que le confería una dignidad sin igual y una nobleza extraordinaria[138]. Esto lo sabían los venecianos, que —testigos de la vida de su Patriarca— no ignoraban cómo «vivía continuamente en una atmósfera sobrenatural»[139] y le tenían veneración como a un santo[140].

Por eso no debe extrañarnos que todos los que se relacionaban con él por motivos de trabajo quedaran maravillados del acierto y de la amplitud de su pensamiento, de la sobrenaturalidad de las intuiciones de su mente, así como de la precisión de sus juicios, que le daban una dignidad y una autoridad ante la que era imposible no inclinarse[141] y a lo que se añadían todos los recursos que forman un perfecto hombre de gobierno y un completo diplomático; una inteligencia agudísima, un conocimiento perfecto de los hombres y de las cosas y una perspicacia insuperable ante las dificultades[142].

«Mientras le hablábais —escribe el Senador Filippo Crispolti— os miraba fijamente con unos ojos penetrantes que iluminaban su bellísima frente. Os escrutaba a fondo; os respondía con prudente agudeza, demostrando una rápida percepción y una intuición grande, no sólo de los hombres en general, sino de cada uno de los hombres, en quién podía confiar y de quién debía guardarse. Tenía un espíritu práctico y positivo también en política, si de ella se hablaba, y una asombrosa rapidez de decisión[143].

«Nuestro Patriarca»

Es inútil preguntarse si los venecianos amaban a su Patriarca. Sólo se puede decir una cosa: lo idolatraban[144].

«¡Nuestro Patriarca!», exclamaban; y con esto querían decirlo todo[145]. Bastaba con que corriera la voz de que el Patriarca estaba en tal o cual sitio, en esta o en aquella Parroquia, para que el pueblo entero se arremolinara a su alrede-

dor, ávido de una palabra, de una mirada, de una bendición[146].

Y el Patriarca, disfrutando con estas demostraciones de afecto sencillo y sincero, inclinando su frente de pensador y de asceta, que no doblegaba nunca por debilidad, saludaba a todos, sonreía a todos y bendecía a todos, sin hacer caso de posibles escenas que tenían un tanto de misterioso presagio de hechos providenciales.

Una persona, que tuvo con él un trato continuo, daba el siguiente testimonio:

«Una vez, acompañaba yo al Patriarca que iba a administrar la Confirmación a un niño enfermo, pasó cerca de nosotros una campesina que llevaba en brazos un niño que apenas sabía hablar.

»El pequeño, cuando nos vio —el Cardenal no llevaba ningún distintivo— empezó a gritar: ¡«Mamá, mamá, mira el Papa»!

»Yo dije en voz baja al Patriarca: *Ex ore infantium...*, pero él me dio un codazo, y con voz severa: *No diga usted tonterías*»[147].

¿Tonterías?

En Mantua le sucedió algo parecido:

«Un día —recordaba un dignísimo sacerdote mantuano—, había yo acompañado a Mons. Sarto a la casa de los Padres de la Compañía de Jesús, donde vivía un hermano coadjutor muy sencillo y muy bueno, que se llamaba Tacchini.

»Este, cada vez que veía al Obispo, decía: "He aquí un Sarto (sastre), que ajustará bien los vestidos de la Iglesia. Será primero Cardenal, después Patriarca y después Papa".

»"Mira, no te equivoques", le respondió, como hacía siempre, nuestro Santo, "porque quizá primero seré Patriarca y después Cardenal".

»"No" —replicó Tacchini— primero será Cardenal y después Patriarca y después... después será Papa"»[148].

* * *

Pero, dejando aparte estos episodios que no pueden dejar de impresionarnos, podemos afirmar que nadie en Ve-

necia gozó nunca de tanta popularidad como el Patriarca Sarto. Baste decir que parecía como si toda la vida veneciana se desarrollara en torno al Palacio Patriarcal.

A lo largo de su vida de Capellán, de Párroco, de Canciller y de Obispo —casi medio siglo de ministerio sacerdotal— había acumulado tesoros de una experiencia tan larga y lúcida, que no había nadie en Venecia que no acudiera a él con fe y confianza.

Lo llamaban de todas partes: los jóvenes, los ancianos, los patricios, el pueblo y los mismos Príncipes de sangre real residentes en la ensoñadora ciudad del Adriático.

Lo acosaba cada día una multitud variada y numerosa, porque todo el mundo sabía que recibía a todos con el mismo amor, con la misma expresión en su cara; siempre incansable y paciente escuchando súplicas y confidencias, acogiendo peticiones, recomendaciones y ruegos[149]; contento de que se le presentasen ocasiones de eliminar disidencias, de recomponer amistades, armonizar puntos de vista e impulsar a todos los venecianos, de cualquier clase social que fuesen, hacia una vida de orden, de tranquilidad y de paz en la santidad de las costumbres y en el fervor de una fe profundamente cristiana[150].

Hasta las mismas autoridades de la ciudad no daban un paso, ni tomaban una decisión de cierta importancia, sin haber antes escuchado su consejo o haber obtenido su aprobación, sin hacer nada que pudiera disgustar a su Patriarca[151]; el clero, como fascinado por su insuperable bondad, así como por su sabiduría en gobernar[152], lo seguía de todo corazón y como un solo hombre, con amor y docilidad, despreocupado entre sus manos como una parte de un vasto plan de acción dirigido a restaurar todas las cosas en Cristo[153].

Tenía razon León XIII al amar y considerar al Patriarca Sarto como «la piedra preciosa del Sacro Colegio»[154] y al expresar su deseo de tenerlo en Roma como su Vicario General[155].

El sabio Papa le quería tanto que en una carpeta de recuerdos personales conservaba un retrato suyo recortado de un diario ilustrado[156]; un día, en una audiencia privada no dudó en manifestarle su afecto, con estas palabras tex-

tuales: «Eminencia, venga por Roma más a menudo. Le queremos de verdad»[157].

Su último discurso a los venecianos

El 14 de julio de 1902, como cansado bajo el peso de los siglos, el histórico campanario de San Marcos, se desplomó.

Fue un dolor no sólo para la ciudad, sino para la Nación entera, pues no se podía concebir el conjunto monumental de San Marcos sin el histórico campanario, que con la voz de sus bronces había acompañado todos los avatares de la ciudad de Venecia a lo largo de los tiempos.

El primero en llorar sobre las ruinas del coloso deshecho en un montón de escombros fue el Patriarca de los venecianos. Pero, enjugando el llanto, fue el primero en lanzar a Venecia, a Italia, y al mundo la invitación para reedificar un nuevo campanario en el mismo lugar y con las mismas características que el antiguo[158].

No había pasado un año y ya el 25 de abril de 1903, solemnidad de San Marcos, se ponía la primera piedra para la nueva edificación.

En la tribuna real, levantada entre la Basílica y el Palacio Ducal, estaban el Conde de Turín, en representación de su Majestad el Rey, el Patriarca, un Ministro de Italia —el famoso Nunzio Nasi—, el Ministro de Instrucción Pública de Francia, señor Chaumié, y el Alcalde de Venecia, Conde Filippo Grimani.

Tomó primero la palabra el Conde Grimani, con un discurso digno de un patricio véneto descendiente de los Dogos, expresión del sentimiento cristiano del Municipio y de la ciudad a la que representaba.

«Dentro de cuatro años —concluía el discurso— veremos erigirse majestuosa y altanera la torre, dispuesta a resistir los embates del tiempo, como era y donde estaba. Que así sea. Que así sea bajo vuestros auspicios, Cardenal Eminentísimo, que aquí, atrayendo las bendiciones del cielo, proclamáis la sublime armonía entre el sentimiento de Religión y el de Patria»[159].

Después hablaron el Ministro Nasi y Chaumié.

El Ministro italiano tuvo la desafortunada idea de recordar el período desastroso de las luchas venecianas contra el Pontífice Paulo V, cuando —según una narración desmentida por la historia— un Dogo, para dar a entender que la Serenísima no cedería ni siquiera ante el Papa, había dicho: «Venecianos primero; cristianos, después».

La estúpida y ofensiva evocación, dicha en un tono en el que se veía como un desafío, no debía ni podía quedar sin respuesta.

Una vez terminada la ceremonia de la bendición de la primera piedra del Campanario, ante una multitud inmensa, habló el Cardenal, más esplendoroso en esos momentos bajo el fulgor de la púrpura y por la serena majestuosidad de su persona, que parecía crecerse a media que avanzaba en su discurso.

«No hay ningún espectáculo —comenzó diciendo— tan digno de admiración como el de un pueblo que, al comenzar una empresa, pide a Dios su bendición, pues nunca el ingenio del hombre está a tan gran altura como cuando se inclina ante el eterno fuego, de donde viene la luz; ni sus obras se llevan a cabo de manera más majestuosa y solemne, que después de haber invocado al poder supremo que las impulsa y las consagra.

»Me alegro con vosotros, que os mostráis como hijos dignos de aquellos padres que, convencidos de que se trabaja en vano si en la dirección no está el Señor, quisieron que esta ciudad, cristiana desde su origen, fechase el momento de su fundación en el día en que tuvo comienzo la Redensión de los hombres; y nunca acometieran una empresa, sin haber antes invocado sobre ella el Nombre de Dios y la protección de María.

»En la religión reconocieron siempre los venecianos la fuente de su florecimiento; por eso, mientras la religión fue el alma de sus obras, la directriz de sus consejos, la inspiradora de sus leyes, para obtener de ella o agradecerle sus beneficios erigían templos y altares, le dedicaban asilos de piedad, le consagraban instituciones de estudios útiles o de virtud, que genera Santos, y perpetuaban sus triunfos gloriosos con monumentos.

»Por consiguiente, nada podía resultar más querido a los venecianos que asociar el recuerdo del acontecimiento de hoy a un homenaje a la religión.

»No. Los ciudadanos de Venecia no piensan en celebrar su propia fama, al levantar este Campanario, sino que piensan en enaltecer el Nombre de Dios, en dejar a la posteridad una prenda de su fe, un recuerdo de su verdadero amor a la Patria.

»Hago votos para que surja, bendecido por el cielo el Campanario que, satisfaciendo a las razones del arte y de la armonía con el Templo y con la Plaza, únicos en el mundo, sirva para contemplar la estética belleza que es querida por la mente y por el corazón.

»Surja, bendecido por el cielo, el Campanario de San Marcos y acelérese con los deseos el día en que brotará de nuevo el sonido de las campanas, anunciando, con la verdadera gloria de Venecia: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*»[160].

El Cardenal, con este himno a la religión y a la Patria, había respondido noble y dignamente al Ministro de Italia, que había demostrado no conocer la historia de las glorias católicas y de las tradiciones cristianas de la gente veneciana. Todos lo entendieron así y los aplausos que saludaron el discurso mostraron que el pueblo de la Laguna era un solo corazón y una sola alma con su Patriarca[161].

Este discurso del Cardenal Sarto iba a ser el último discurso a los venecianos.

Cuatro meses después, el mundo católico saludaba en él al Sumo Pontífice y Vicario de Cristo, con el nombre de Pío X: nombre con el que brillaría en la gloria de los Santos, después de haber dejado una huella indeleble en la historia del Pontificado Romano.

VII. SUMO PONTÍFICE (1903-1914)

«En su humildad sintió el triple reino pesarle en la frente, y aceptó entre lágrimas, como una cruz, ese gran peso»
Pío XII
19 agosto 1939

El 20 de julio de 1903 se ocultaba en los horizontes del tiempo el «Lumen in coelo».

El Soberano Pontífice, que con la altura de su genio y la amplitud de su mente había dominado durante un cuarto de siglo el mundo, reposaba como un atleta después de larga batalla.

León XIII había muerto. Y, mientras el pueblo de Roma se inclinaba ante el cuerpo del níveo nonagenario, desde todas las partes del mundo los Padres purpurados se dirigían hacia la Urbe de Pedro, para dar a la Cristiandad un nuevo Vicario de Cristo.

También el Cardenal Sarto, que se enteró de la muerte del Papa con el llanto en los ojos[1], se preparó a partir. La tarde del 26 de julio, ignorante de los altos designios de Dios, salía del Palacio Patriarcal.

Subio a la góndola, enfiló el río de la Canónica y salió al Gran Canal, en el momento en que el reloj de la Plaza de San Marcos sonaba la hora decisiva que la Providencia había señalado para el Patriarca de la Laguna[2].

En la estación lo esperaba un gentío enorme, que había acudido como dominado por un misterioso presentimiento.

—¡Vuelva pronto, Eminencia! —fue el grito de toda Ve-

necia, que pareció irse apagando como dominado por un inexpresable temor de que ya no iba a volver.

—Vivo o muerto jamás olvidaré a mi querida Venecia —respondió el futuro Pío X, dominando apenas su emoción y bendiciendo al pueblo de su mar.

Cuando el tren se puso en marcha, a las 14,35, se oyó una grandiosa ovación: ¡Viva el Patriarca![3].

El Cardenal miró a la ciudad querida desde el puente de la Laguna, saludó las cúpulas de la insuperable Basílica de Oro, que se difuminaba en la azul tranquilidad de las aguas luminosas, y sintió toda la amargura de la separación. Escondió el rostro entre las manos y se le llenaron los ojos de lágrimas[4], con el doloroso deseo de volver a las fatigas de cada día y exhalar junto a la tumba del Evangelista el último suspiro de una vida gastada toda entera por la salvación de las almas[5].

Dios lo encaminaba a la última meta, para darle un imperio tan vasto como el mundo.

En la Cátedra de San Pedro

En el llameante crepúsculo del 31 de julio, sesenta y dos purpurados, graves y solemnes, entraban en la Capilla Sixtina, para iniciar el Cónclave bajo el soplo de Dios.

Durante los primeros días, se leía una gran preocupación en el rostro del Cardenal José Sarto: la preocupación de dar a la Iglesia un jefe supremo. De su mente estaba alejadísimo el pensamiento de que precisamente él —el humilde hijo del alguacil de Riese— sería el elegido, destinado a llevar la pesada cruz de las Llaves Supremas[6]. Pero cuando su nombre empezó a oírse en los escrutinios, se sintió anonadado y, asegurando que no tenía títulos que le hicieran digno del Pontificado Romano, declaró abiertamente y con firme resolución que no aceptaría.

Sus protestas no hicieron más que confirmar a los Cardenales en su decisión de darle sus votos. Ahora hacía falta cnvencerlo de que se ofreciera en tan gran sacrificio[7].

La mañana del 3 de agosto algunos de los más destacados Purpurados mantuvieron con él largas conversaciones

tratando de hacerlo ceder, suplicándole con insistencia que dejara de resistirse al deseo de los Cardenales.

—Vuelva pues, a Venecia si ése es su deseo —le dijo el Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán—. ¡Pero lo hará con el alma lacerada por el remordimiento que le perseguirá hasta la muerte!

—La responsabilidad del Papado es formidable —replicó el Cardenal veneciano con una expresión de angustia.

—¡Recuerde que más grande es la responsabilidad que contrae al rehusarlo! —contestó el Emmo. Ferrari.

—Tengo poca salud; moriré pronto —respondió el Eminentísimo Sarto.

—¡Aplíquese la frase de Caifás: «Es mejor que muera uno por la salvación de todos[8].» —concluyó el Arzobispo de Milán[9].

Al Cardenal Ferrari se unió el Emmo. Satolli, el cual concluyó una enérgica exhortación, diciendo:

—¡Acepte: debe aceptar! ¡Lo quiere Dios, lo pide el Supremo Senado de la Iglesia, lo exige el bien de la Cristiandad!

—He prometido regresar a Venecia vivo o muerto —fue la respuesta del Patriarca véneto, que estaba casi irreconocible a causa de la angustia que le destrozaba el corazón[10].

—Pero Vuestra Eminencia —prosiguió el Emmo. Satolli— no querrá resistir a la voluntad de Dios y huir como Jonás ante el rostro del Señor.

El Cardenal Sarto no contestó. Elevó a lo alto los ojos humedecidos por las lágrimas y, midiendo en su conmovedora humildad la grandeza de su sacrificio, en la certidumbre de la asistencia milagrosa de Cristo, aceptó la paternidad universal, exclamando: «Hágase la voluntad de Dios»[11].

¡En el escrutinio de la tarde su nombre alcanzaba treinta y cinco votos![12]. Era ya indudable que a la mañana siguiente sería elegido Papa por gran mayoría[13].

* * *

En la calurosa mañana del 4 de agosto, después de larga meditación, el Cardenal Sarto, llorando y temblándole los

labios con una oración, abría el corazón a la violencia creadora del Espíritu Santo, inclinaba la frente bajo el peso tremendo de la tiara papal, murmurando con un hilo de voz:

—Si no es posible que este Cáliz pase sobre mí, hágase la voluntad de Dios. Acepto el Pontificado como una cruz[14]. Y puesto que los Papas que más han sufrido por la Iglesia en este siglo llevaron el nombre de Pío, tomaré este nombre[15].

Estaba tan conmovido que «parecía un condenado a muerte», afirman los que lo vieron en aquel momento[16].

Era el 4 de agosto de 1903.

El Cardenal Secretario de Estado

La tarde misma de aquella jornada memorable, en la que el Patriarca de Venecia fue exaltado a la cúspide de los honores de la Iglesia, se le presentó el Secretario del Cónclave, Mons. Merry del Val: un distinguidísimo Prelado que bajo el Pontificado de León XIII había desempeñado con gran competencia encargos muy importantes, cuya profunda cultura era muy apreciada por todos los Cardenales de la Curia y, todavía más, su insigne espíritu sacerdotal[17].

—Padre Santo, mi tarea de Secretario del Cónclave ha terminado —le dijo con delicadeza y con profundo respeto— y, antes de volver a mi queridísima academia de nobles eclesiásticos, le pido su paterna bendición.

Pío X lo miró con dulzura, y en tono casi de paternal reproche, le respondió:

—¡Pero cómo, Monseñor!... ¿Quiere abandonarme? No... Quédese conmigo. Todavía no he decidido nada; no sé lo que haré. Por el momento no tengo a nadie: permanezca conmigo. Después ya veremos. Hágame esta caridad.

Monseñor Merry del Val, profundamente conmovido, replicó sumisamente:

—No, Padre Santo, no es que yo quiera abandonar a Vuestra Santidad; sino que mi misión ha terminado. El Secretario de Estado que Vuestra Santidad nombre tomará mi puesto y continuará tratando los asuntos de la Iglesia.

—Llévese otra vez estos papeles —replicó el Papa— y le ruego que continúe en su oficio como Secretario de Estado hasta que yo tome una decisión. Hágame esta caridad[18].

Monseñor Merry del Val no ofreció resistencia al ruego del Papa; inclinando la cabeza con docilidad, como si fuese la misma voluntad de Dios, permaneció con el Papa que ya se le aparecía como bajo una luz de santidad[19].

Algunos días después, Pío X le enviaba una gran fotografía suya —la primera como Papa— con una dedicatoria muy afectuosa, en la cual le llamaba «Nuestro Pro-Secretario de Estado»[20].

* * *

No necesitó el nuevo Papa de mirada experta y escrutadora mucho tiempo para conocer a Mons. Merry del Val y, demostrando poseer una de las primeras cualidades del Soberano que es la de conocer a los hombres y saber escoger a sus ministros, tres meses después, lo nombraba su Secretario de Estado, creándolo al mismo tiempo Cardenal con el título de San Práxedes (18 octubre-9 noviembre 1903)[21].

«Para llamar de repente a este joven Prelado a un puesto tan alto —escribía uno de los más ilustres académicos de Francia—, se necesitaba valor. Y Pío X lo tenía, porque había reconocido en Mons. Merry del Val —como él mismo dijo en el primer Consistorio del 9 de noviembre de 1903— un carácter extraordinario y una extraordinaria habilidad para los asuntos de la Iglesia, junto con un vivísimo espíritu sacerdotal, por encima de cualquier interés humano»[22].

* * *

El nombramiento de Secretario de Estado de la Santa Sede de un Prelado de sólo 38 años de edad —ejemplo rarísimo en la historia de la Iglesia— y además un «no italiano», sorprendió a no pocos Prelados y Cardenales. Pero su sorpresa se desvaneció pronto cuando la misma tarde del nombramiento supieron que Pío X había dicho a un Prelado de la Corte:

«He nombrado Secretario de Estado a Mons. Merry del Val porque he querido escoger a quien dignamente pueda suceder al Emmo. Cardenal Rampolla por su piedad y por su espíritu sacerdotal»[23].

Y se acabó de desvanecer esta sorpresa cuando, pocos días después, oyeron a Pío X que respondía a un Eminentísimo Cardenal extranjero estas palabras textuales:

«Le he escogido, porque es un políglota. Nacido en Inglaterra, educado en Bélgica, español de nacionalidad, ha vivido en Italia, es hijo de un diplomático y él mismo es también diplomático, conoce los problemas de todos los países. Es muy modesto y un santo. Viene aquí todas las mañanas y me informa de todas las cuestiones del mundo. No tengo nunca que hacerle la más mínima observación. Y además —esto es lo que más me importa— no tiene compromisos»[24].

Era éste un juicio sintético que, sin reticencias y sin reserva mental, manifestaba con clara evidencia quién era el Secretario de Estado que el nuevo Papa había llamado junto a sí y al cual, poco antes, para inducirlo a aceptar el alto y difícil encargo, del cual el joven Prelado rehuía, con voz casi profética, había dicho:

—Es la voluntad de Dios. Trabajaremos juntos y sufriremos juntos por el amor y el honor de la Iglesia[25].

Trabajar y sufrir. El programa del divino Maestro a sus discípulos[26].

El joven Monseñor se sometió a la voluntad del nuevo Papa y desde aquel día y aquella hora no se separó nunca del lado de un Pontífice que había echado sobre sí mismo el formidable quehacer de restaurar todas las cosas en Cristo.

La impresión del Cuerpo Diplomático

El 6 de agosto, el nuevo Papa recibía el homenaje del Cuerpo Diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

Vivísima era la curiosidad de los altos Prelados por conocer qué impresión causaría quien, hasta pocos días antes, había sido Cardenal Patriarca de Venecia.

Ya se sabía que no había ejercido nunca funciones diplomáticas: se sabía solamente que su trato era muy noble y exquisitamente afable. Pero en esta ocasión se trataba de gente habituada a juzgar a los hombres, a los acontecimientos y a las situaciones con frialdad.

Nuestro Santo recibió en la Sala del Trono a los Embajadores y a los Ministros con gran cortesía y bondad, y al discurso que le dirigió su Decano, su Excelencia Martins d'Antas, Embajador de Portugal, respondió con soltura de palabra y profundidad de pensamiento.

En más de cuarenta años de ministerio sacerdotal, en todos los grados de la jerarquía eclesiástica, desde Capellán a Párroco, desde Canciller Episcopal a Obispo y a Patriarca, había conocido de cerca a demasiados hombres y había escrutado demasiadas cosas para desconcertarse ante esas grandezas del mundo político.

Aquellos diplomáticos de mirada impasible comprendieron rápidamente que Pío X era el Papa y, llenos de admiración, se inclinaron con reverencia como ante un dominador fuerte.

Después de la audiencia, el Ministro de Prusia, hablando con Monseñor Merry del Val —entonces Pro-Secretario de Estado— preguntó:

—¿Qué es lo que tiene este Papa que, nada más mirarle, atrae inmediatamente con una fascinación tan irresistible?

¿Qué tenía?

En los ojos suaves y escrutadores tenía la fuerza y el ardor de Cristo, el poder de leer en cada fisonomía y de descifrar cada espíritu, incluso el más complejo: «tenía santidad. Era verdaderamente un hombre de Dios»[27].

Era éste un juicio que los acontecimientos deberían confirmar, avalando plenamente el juicio y las previsiones de un distinguido estadista francés —Emilio Ollivier— que, después de una larga conversación con Pío X, se expresaba así con algunos amigos suyos:

«El nuevo Papa no tiene la majestad oficial de León XIII, pero tiene la que da una bondad y una dulzura irresistibles. Pero lo que más me impresionó fueron las dotes superiores de su mente y su viva inteligencia, formada de claridad, de lucidez y de precisión.

»Es un maravilloso oyente, que capta con rapidez el nudo de las cuestiones y lo define en pocas y precisas palabras con un sentido de realismo que sorprende y encanta. Posee todas las cualidades de un gran hombre de estado. Con una mirada amplia y segura ve lo que es posible y lo

que no es posible. Tiene una calma serena y un valor firme. No hay en él ninguna prisa. Será lento en condenar: pero, dictada sentencia, será inflexible. Si surgiesen circunstancias difíciles, se pueden esperar de él grandes cosas. Si llega la ocasión sabrá ser un héroe y un santo»[28].

De esta misma manera se expresaría más tarde otro estadista que fue famoso en la historia de Europa del primer cuarto de siglo actual, el príncipe de Bülow, el cual, hablando con el Cardenal Merry del Val de sus audiencias con Pío X, decía:

«He estado cerca de muchos Soberanos y Gobernantes, pero rara vez he encontrado en algunos de ellos una penetración tan clara de la naturaleza humana y un conocimiento tan pleno de las fuerzas que gobiernan el mundo y la sociedad moderna, como la que poseía Su Santidad»[29].

Su programa

Pío X, «grande entre los más grandes Papas de la Iglesia católica»[30], comprendió inmediatamente la hora presente y, en rápida síntesis, profundizó todas las necesidades del momento.

Su primera Encíclica es del 4 de octubre de 1903; en ella trataba las líneas fundamentales, sencillas y claras, de su Pontificado: «*Instaurare omnia in Christo*»: el mismo programa de la «plenitud de los tiempos»[31], el mismo e idéntico programa que él —hombre de acción rígidamente rectilínea— había vivido y llevado a cabo en todos los días como una gran batalla de fe y meta suprema de una continua afirmación, de la cual no se había apartado ni un sólo momento.

Para los hombres de intereses humanos era una palabra nueva, pero para Pío X tenía ya 20 siglos.

Reconducir a la humanidad bajo el imperio de Cristo. Una tarea grandiosa.

Mas antes de que esta promesa de restaurar todas las cosas en Cristo floreciese en maravillosa primavera de alma, llegando hasta los rincones más lejanos del mundo católico, dolores y amarguras inexpresables iban a estrechar,

como una inmensa corona de espinas, el corazón del Papa que con firme intuición y gallardía de atleta se disponía a enfrentarse a problemas y acontecimientos con los que nadie antes que él se había enfrentado y ni siquiera había osado superar.

Y las amarguras y los dolores venían de lejos y de cerca: del Ecuador y de Méjico, de Rusia y Portugal, de Alemania, de España, de Francia y hasta de Italia, último baluarte del mundo latino.

* * *

Siendo Patriarca de Venecia, el 9 de agosto de 1879, en la XIX Congreso Eucarístico, había proclamado fuerte con solemne elocuencia los soberanos derechos de Cristo:

Aquel día, ya lejano, decía:

«Jesucristo es Rey y Rey supremo, y como Rey debe ser honrado. Su pensamiento debe estar en nuestras inteligencias; su moral en nuestras costumbres; su caridad en las instituciones; su justicia en las leyes; su acción en la historia; su culto en la religión; su vida en nuestra vida»[32].

El sabía bien que la salvación de los individuos y de las naciones estaba únicamente en la práctica positiva de la doctrina del Maestro Divino: la doctrina que supera a todos los tiempos y domina todas las edades.

Por consiguiente la ciencia y la civilización, la cultura y la política, el derecho y la moral, el estado y la familia, la sociología y la escuela, la vida pública y la vida privada, en todas sus múltiples manifestaciones, debían inspirarse no en las hábiles artes de una diplomacia inteligente o en éxitos de la pequeñez humana, sino en las enseñanzas inmutables del Evangelio, en la vida cristiana entendida en toda su amplitud y en toda su profundidad: la vida que un día devolverá a Cristo su Reino, el reino que está en el Sermón de la Montaña[33], y no en las transacciones de aquí abajo.

Por eso, al anunciar Pío X su Pontificado al mundo, escribía así:

«Ante la sociedad humana sólo queremos ser Ministro de Dios, de cuya autoridad somos depositarios. Los intereses de Dios serán nuestros intereses, por los cuales estamos

decididos a desgastar todas nuestras fuerzas y hasta la vida misma y, si alguno nos pidiese una consigna, como expresión de nuestra decidida voluntad, siempre daremos ésta y no otra: *Restaurar todas las cosas en Cristo, para que Cristo sea todo en todos*[34].

»Arrancado el enorme crimen de la apostasía de todo orden sobrenatural, tan propia de nuestro tiempo, en la que la sociedad ha caído —así proseguía— hay que devolver el honor debido a las leyes santísimas y a los consejos del Evangelio; afirmar la verdad y la doctrina de la Iglesia acerca de la santidad del matrimonio cristiano, la educación de la juventud, la posesión y el uso de los bienes, los deberes hacia quienes llevan las riendas del gobierno, hay que restituir el equilibrio entre las diversas clases sociales según las normas de las prescripciones y de las costumbres cristianas»[35].

* * *

Y para que no pudiese surgir duda alguna acerca de la orientación de su Pontificado, y para que nadie pudiese hacerse ilusiones o pretender equívocos acerca de sus intenciones, no titubeó en aclarar y concretar todavía con mayor precisión su programa en el primer Consistorio del 9 de noviembre siguiente.

Aquella mañana, recogiendo las categóricas y firmes afirmaciones de un famoso Papa acerca del derecho de la Iglesia a guiar a la humanidad, para que ésta no se precipite a una gran ruina[36], así expresaba su pensamiento:

«Misión sublime la Nuestra, porque se trata de algo que, sobrepasando estos efímeros bienes de la tierra, se extiende hasta la eternidad, abraza todas las naciones y estimula nuestra solicitud hacia todos los hombres, por los cuales Cristo murió».

Y con el valor y la fuerza de los santos, añadía:

«*¡Restaurar todas las cosas en Cristo!* Este es nuestro programa, como ya hemos anunciado. Y puesto que Cristo es la verdad, nuestro primer deber será, ante todo, enseñar, proclamar y defender la verdad y la ley de Cristo. De ahí el deber de ilustrar y de confirmar los principios de la verdad,

natural y sobrenatural, que con tanta frecuencia en nuestros días, vemos, por desgracia, oscurecidos y olvidados; consolidar los principios de dependencia, de autoridad, de justicia y de equidad, que hoy día son conculcados; orientar a todos según las normas de la moralidad, también en los asuntos sociales y políticos: a todos —decimos— tanto a los que obedecen, como a los que mandan.

»Sabemos muy bien que chocaremos con no pocos, que dirán que nos ocupamos necesariamente de política. Pero cualquier juez imparcial de las cosas puede ver que el Sumo Pontífice, investido por Dios del Supremo Magisterio, no puede en absoluto separar las cosas que pertenecen a la fe y a las costumbres de las cosas de la política. Siendo, además, cabeza y primer Magistrado de la sociedad de la Iglesia —sociedad compuesta de hombres y que vive entre hombres— es necesario que con los jefes de las naciones y con las autoridades civiles tenga mutuas relaciones, si se quiere que en cualquier parte en donde hay católicos se provea a su seguridad y libertad, sin olvidar que, presididos por la fe, nuestro deber apostólico también es el de confutar y rechazar los principios de la filosofía moderna y del derecho civil, que hoy día están llevando el curso de las cosas humanas allá a donde no permiten las prescripciones de la Ley eterna.

»En este punto nuestra conducta, lejos de oponerse al progreso de la humanidad, no hará más que impedir que se precipite a una ruina total»[37].

Eran graves estos presupuestos con los que el Papa, que había sido Párroco y Obispo, arrancaba su Pontificado, en una hora en la que entre tantos partidos en que estaban divididos los hombres, faltaba el mejor de los partidos: el «partido de Dios»[38]; no ignoraba que el Pontífice que quería restaurar todas las cosas en Cristo no podía retroceder ante ningún obstáculo, ni dejarse impresionar por objeciones o críticas; no debía temer ante los desprecios o las incomprensiones, no tomar en cuenta amenazas, ni actitudes discordantes, siquiera fueran de jefes de estado o de gobierno, sino dominando con la fortaleza de Dios todos los acontecimientos, incluso los más arduos, debía seguir adelante impertérrito hasta llegar a la meta, dispuesto a quebrantar

con mano de hierro la audacia de cualquiera que intentase deformar la divina fisonomía de la Iglesia.

«La victoria será siempre de Dios —había dicho poco antes en su primera Encíclica—, y la derrota del hombre que se atreve a oponerse a Dios, nunca está más cercana que cuando en medio del entusiasmo del triunfo se levanta con mayor audacia»[39].

* * *

A los 68 años de edad, Pío X era todavía un hombre robusto, lleno de vigor y de vida con una entera seguridad en la existencia milagrosa de Dios y en la eterna juventud comunicada por Cristo a su Iglesia. No había frecuentado escuela de diplomacia, pero tenía la diplomacia de la experiencia, poseía la ciencia de los hechos, porque había escrutado al mundo desde la cima de muchos observatorios y había dominado el horizonte que había ido ensanchándose cada vez más.

Conocía a fondo la diplomacia del Evangelio que trastoca todas las viejas y las nuevas diplomacias del mundo: tenía fuerza de carácter, un corazón firme y una voluntad que vibraba al ritmo profundo de una segura precisión de juicio, con la fuerza de una fe viva, ardiente, inconfundible[40].

Así, mirando serenamente hacia la frontera de la eternidad, dirigiéndo el alto pensamiento y la acción fecunda a la restauración de todas las cosas en Cristo, con indomable firmeza, empezó un Pontificado que si bien en la complejidad de las vicisitudes durante sus 11 años sintió más de una la amarga soledad de Getsemaní, también tuvo la luz refulgente que brotó de las tinieblas del Calvario cuando Cristo, muriendo, destruía la muerte, y, resucitando, renovaba la vida.

La abolición del veto en los Cónclaves

Nacido para resistir y para luchar, Pío X estaba destinado a dejar en la historia de la justicia y de la verdad lecciones inolvidables.

Era, pues, natural que comenzara su Pontificado con un acto de fortaleza y de valor, que, por las circunstancias, por las preocupaciones y por el momento, iba a ser juzgado «soberana y justamente atrevido»[41].

Inclinando la cabeza bajo el formidable peso de la tiara, había tomado el nombre de «Pío» en memoria de los Papas de este nombre que en el último siglo habían sufrido mucho por la causa de la Iglesia: Pío VI, Pío VII, Pío IX. Pero, junto al reflejo de estos atribulados Pontífices, debían revivir en él no solo la piedad de Gregorio Magno y la sabiduría de Inocencio III, sino también la indómita firmeza y el valor invicto de un Hildebrando.

Y el mundo pudo ver pronto la sorprendente energía que el nuevo Papa ocultaba en la dulzura de su corazón y bajo la humildad de la expresión de su rostro.

El Soberano de uno de los más poderosos Estados de Europa —el Emperador de Austria-Hungría— había pretendido tener el derecho de hacer sentir su propia influencia política en el Cónclave de Pío X, oponiendo, por medio del complaciente Card. Puzjna, Obispo de Cracovia, su veto contra la candidatura al Papado del cardenal Rampolla, Secretario de Estado de León XIII[42].

Este odioso e intolerable atentado a la libertad del Sacro Colegio en una de sus más graves y solemnes deliberaciones había provocado la indignación de todos los Cardenales[43], que no podían saber en aquel momento que el áulico veto de anacrónica memoria iba a dar a los acontecimientos el curso preparado por los designios de la Providencia Divina.

El Cardenal Sarto, que en Mantua y en Venecia se había sublevado siempre con energía contra toda ingerencia del laicismo en las cosas de la Iglesia, no olvidó aquella absurda intromisión, y, un vez Papa, con un gesto de fortaleza, no vaciló en hacer rápida justicia sumaria contra cualquier ingerencia política en los Cónclaves.

El 20 de enero de 1904 fulminaba la excomunión reservada «de modo especial» al Sumo Pontífice, contra cualquier persona que en adelante se atreviera a presentar en los Cónclaves el veto o a hacerse cómplice del mismo de cualquier manera[44]; era ésta una primicia indudable y clara

que preludiaba la indómita firmeza apostólica con la que Pío X sabría defender el místico campo de la Iglesia de los asaltos de una tremenda herejía que iba por entonces madurando, así como también de los delictuosos atentados de una política que pretendía regirse y gobernarse sin Dios, minando la santidad de la fe de Cristo y la grandeza de la patria.

VIII. LA LUCHA CONTRA EL MODERNISMO

«La lucha contra el Modernismo que Pío X emprendió con gran valor, hizo de él un apóstol de la reivindicación de lo sobrenatural»

Card. E. Tosi
Arzobispo de Milán
5 noviembre 1923

El modernismo

Se ha dicho con palabras acertadas que si Pío X no hubiera tenido más mérito que el de haber eliminado del campo de la Iglesia el modernismo, esto sólo bastaría para situarle en la vanguardia gloriosa de los Santos Pontífices que fueron los más fuertes e intrépidos defensores de la fe de Cristo[1].

¿Pero qué era el Modernismo?

Cuando ya el siglo XIX iba declinando, un grupo de estudiosos de los problemas religiosos, pero poco preparados por ignorar una sana filosofía, identificándose con una cultura que corría hacia la más radical incredulidad, en la locura turbulenta de sus mentes soberbias se habían hecho la ilusión de renovar el cristianismo y de modernizar la Iglesia, porque ya no respondía —como ellos aseguraban— a la mentalidad y a las exigencias de la vida moderna, y al mismo tiempo proclamaban a los cuatro vientos, con inaudita hipocresía y asombrosa audacia, que querían «permanecer siendo fieles a la Iglesia y a la fe de Cristo»[2].

Después de 20 siglos de Cristianismo, el mundo —según el pensamiento modernista— tenía necesidad de unas nuevas Tablas de la Ley.

Las palabras ciencia, progreso, libertad e independen-

cia, con las que se expresaban viejas ideas y empleadas por viejos sistemas, que un nuevo método de investigación y de crítica declaraba ya trasnochadas, exaltaban con alarmante desasosiego las mentes, que alimentaban novedades de incierta fisonomía y desdibujados perfiles, se advertía por todas partes y encantaba a los incautos; una atmósfera pesada e inquietante parecía oprimir a las almas, iba tomando cuerpo de contornos cada vez más preciosos y determinados: era un «movimiento doctrinal que se encaminaba a minar los fundamentos del dogma católico bajo el pretexto de modernizar»[3].

No se trataba —como había ocurrido tantas veces a lo largo de la historia de la Iglesia— de hombres que declaraban abiertamente alzarse contra un determinado dogma o una determinada verdad, sino de hombres que, bajo la falsa vestidura de «cristianos y católicos que vivían en armonía con el espíritu del tiempo»[4], movían con inconcebible astucia y herética perfidia el más profundo aniquilamiento del Cristianismo, obstinándose en permanecer en la Iglesia para hacer más cruel escarnio de la verdad.

Esto no era ya un cisma, un error, una herejía o una secta, sino el más monstruoso complejo de todos los errores pasados y de todas las antiguas herejías que, confusa e insidiosamente, se agitaba en plena negación universal, atentando a la vida de cualquier idea sobrenatural[5].

Muy pocos habían advertido el veneno que se escondía en las nuevas doctrinas larvadas de cultura y enmascaradas de ciencia, las cuales con un hombre nuevo y una denominación común fueron llamadas «Modernismo»[6].

El 25 de noviembre de 1895 una Carta Pastoral del Episcopado Piamontés dio la voz de alarma[7].

El momento era grave.

Avanzaba una herejía nueva que presentaba caras diversas y multiformes aspectos, poniendo en grave peligro los supremos valores del Cristianismo y la misma existencia del catolicismo.

Pero en el monte santo de Dios estaba el Vicario de Cristo que escrutaba las aberraciones del pensamiento moderno y miraba impávido las nubes que se hacían cada vez más densas en el cielo de la Iglesia.

Se llamaba Pío X.

Ya antes de subir a la Cátedra de Pedro, siguiendo de cerca las diferentes direcciones que tomaba la ciencia moderna, había descubierto una vaga tendencia a un nuevo Cristianismo que, como una calamidad, sacudía a todas las fuerzas que gravitaban desde hacía siglos en torno a la órbita eterna e inmutable de las verdades reveladas; siendo Obispo de Mantua y Patriarca de Venecia, ya la había denunciado con Cartas Pastorales, y no cesaba de reafirmar la obediencia al Papa y de recomendar la fidelidad más sincera a las sacratísimas e inviolables tradiciones de la Iglesia[8].

El Papa estaba preparado desde hacía tiempo a blandir con mano firme la segur y aplicarla a las raíces de la nueva herejía que, con la astucia sibilina de la serpiente rebelde y con la máscara del primer traidor de Cristo, intentaba por los medios más diversos el aniquilamiento de la verdad y la destrucción de la vida de las almas y de la vida misma de la Iglesia.

Mas antes de comenzar la dura y gigantesca batalla, levantó frecuentemene su voz con advertencias paternas, para que los paladines de la «nueva palabra» se diesen por vencidos ante la pasión de su corazón, imitasen en el arrepentimiento al hijo pródigo de la parábola evangélica, y pudiesen encontrar en sí mismos la fuerza y el valor de repetir con espíritu humilde y sincero: «*Surgam et ibo ad patrem*»[9], volviendo a emprender el camino por el sendero de la verdad y de la salvación.

Primeras advertencias

Así, pues, firme y decidido a custodiar y defender el campo atrincherado que le había sido confiado por Dios, apenas transcurridos cuatro meses de su elección al Sumo Pontificado, rompió con todo miramiento, y, sin admitir atenuantes o soluciones intermedias, ordenó que no se retrasase más en hacerse pública la sentencia, ya preparada en los últimos meses del Pontificado de León XIII, que condenaba las obras de Alfredo Loisy, el cual, propugnando una revisión fundamental del Cristianismo, había termina-

do por negar toda doctrina de la Iglesia y todo dogma católico[10].

* * *

El 12 de marzo de 1904, evocando la grandiosa figura de Gregorio el Magno —verdadero «consuelo de Dios» en medio de las devastaciones de la barbarie— denunciaba la negación del orden sobrenatural aplicada a la ciencia y a la cultura del Modernismo, al que él llamaba «*hodiernus error idemque maximus*»[11].

«Por todas partes se alborota —así escribía— diciendo que la Iglesia ha acabado su tiempo, que sus doctrinas están ya pasadas para siempre y que dentro de poco tendrá que decidirse a aceptar los dictados de la ciencia y de la civilización.

»La negación gratuita del principio sobrenatural, a la que se puede llamar propiamente falsa ciencia, se convierte en postulado de una crítica histórica igualmente falsa. Todo lo que de algún modo forma parte del orden sobrenatural, o lo constituye, o está unido a él o lo presupone, o lo que sin él no tiene explicación, es borrado de la historia sin haberlo siquiera investigado. Es el caso de la divinidad de Jesucristo, su carne mortal asumida por obra del Espíritu Santo; el hecho de que, por su propio poder, resucitó de entre los muertos; en resumen, todas las verdades de nuestra fe.

»Una vez emprendido este falso camino —continuaba—, la ciencia no acepta ninguna ley crítica y, confiando en sí misma, suprime de los Sagrados Libros todo lo que no le favorece, o juzga que se opone a sus demostraciones. Negado el orden sobrenatural, es necesario buscar otro fundamento a la historia de los orígenes de la Iglesia, e inventando novedades a su antojo, buscan argumentos que se acomodan a su gusto y no al sentir de los autores».

Y, considerando las consecuencias gravísimas de los errores modernos, divulgados por todos los medios con toda astucia tanto a escondidas como a plena luz del sol, con palabras casi de llanto, añadía:

«Con semejante aparato doctrinal y tan falsos argumentos engañan de tal modo a muchos, que estos abandonan la fe o se debilitan grandemente en ella [...].

»Es triste —proseguía— tener que aplicar a hombres de tanta inteligencia y tan cultos las palabrs de Pablo, que increpa a quienes no han sido capaces de elevarse desde la tierra hasta lo que no se ve con los ojos: *devanearon en sus discursos y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas; y alardeando de sabios, vinieron a ser necios* (*Rom* 1, 21-22).

»Pero la verdad es única —concluía con palabras incisivas de Maestro Universal y Juez Supremo— y no puede dividirse; permanece eterna, sin doblegarse a los tiempos: *Jesucristo es el mismo hoy, ayer y siempre* (*Hebr.* 13, 8). Hago mías estas palabras de Gregorio el Grande y declaro que estoy «dispuesto a morir, antes que permitir que en mis días la Iglesia degenere. Soy capaz de aguantar mucho, pero si decido no aguantar más, no albergaré incertidumbres, temores y miedos"»[12].

* * *

El 28 de julio de 1906, con una Encíclica llena de amargura, ponía en guardia a los Obispos de Italia, contra una funesta propaganda de «nuevas y reprobables teorías» que, más o menos ocultas, serpentea entre el clero joven, «como queriendo conquistar nuevos reclutas para la naciente multitud de rebeldes»[13]. Los exhortaba con calor a que, «dando de lado a toda vacilación, con espíritu fuerte y constancia ejemplar», quitasen de enmedio «toda mala simiente, fecunda en consecuencias perniciosísimas», y con objeto de «prevenir de lejos el que se multiplicaran las rencillas», y «para levantar un dique eficaz ante este hervidero de ideas y este extenderse del espíritu de independencia», tomaba enérgicas medidas y decretaba severas disposiciones, exigiendo que tuvieran «una plena y rápida ejecución».

El 15 de abril de 1907, en una solemne Alocución consistorial, donde resonaban los ecos de sus cartas pastorales de Mantua y Venecia, volvía a denunciar apasionadamente la impiedad de los intentos modernistas y su astucia para divulgar teorías y doctrinas, que él definía como «el compendio y el veneno de todas las herejías conjuradas para socavar los fundamentos de la fe y aniquilar el Cristianismo»[14].

«La guerra tremenda que hace brotar lágrimas amar-

guísimas —así exhortaba— es la que proviene de la aberración de las mentes, la que hace que se repita en el mundo el grito de rebeldía, por el que fueron echados del cielo los rebeldes.

»Y son rebeldes, sin duda, quienes protestan y difunden bajo formas engañosas los errores monstruosos *acerca de la evolución del dogma, sobre el retorno al Evangelio puro,* es decir, desbrozado —como ellos dicen— de las explicaciones de la Teología, de las definiciones de los Concilios, de las máximas de la ascética; *acerca de la emancipación de la Iglesia,* pero de un modo nuevo, sin rebelarse para no ser arrojados fuera, pero desde luego sin someterse para no faltar a sus propias convicciones; y, finalmente, *sobre la adaptación a los tiempos en todo, en el hablar, en el escribir, en el predicar una caridad sin fe,* lo bastante blanda para los no creyentes, la cual abre a todos el camino de la eterna ruina.

»Veis bien —añadía enérgicamente— si no tenemos razón de estar angustiados ante este ataque que no es una herejía, sino el compendio y el veneno de todas las herejías, cuya intención es socavar los fundamentos de la fe y aniquilar el cristianismo.

»Sí. Aniquilar el Cristianismo, porque la Sagrada Escritura, para estos herejes modernos, no es ya la fuente segura de todas las verdades que pertenecen a la fe, sino un libro corriente; la inspiración de los Libros Sagrados, para ellos se reduce a la doctrina dogmática, pero entendida a su modo, y apenas si se diferencia de la inspiración poética de Esquilo o de Homero. Legítima intérprete de la Biblia es la Iglesia, pero adaptándose a las reglas de la así llamada ciencia crítica que se impone a la Teología y la hace su esclava. En cuanto a la tradición de la Iglesia, todo es relativo y está sujeto a mutación, por lo tanto, queda reducida a la nada la autoridad de los Santos Padres. Todos estos y mil otros errores son propagados en opúsculos, en revistas, en libros ascéticos y hasta en novelas que los envuelven con ciertos términos ambiguos, y unas formas nebulosas, que dejan siempre abierto un recurso para la defensa, a fin de no incurrir en una clara condena, y haciendo caer en sus lazos a los incautos».

Esta fue su última advertencia.

Condena de los 65 errores modernistas

Los Modernistas no escucharon la voz apasionada del Padre Universal de las almas, que deseaba atraerlos a la vía recta de la verdad desde los tortuosos senderos del error, antes bien, extraviados por culpa del diabólico pecado de orgullo, consumando su rebelión, continuaron con la protervia propia de los herejes en sus errores, siguiendo las astutas palabras de su máximo maestro: «*Marchar sin temor, hablar sin cólera, actuar con calma*»[15].

* * *

Divergencias de opiniones y de métodos dividían a los creadores del Modernismo, pero les unía y les movía una idéntica conspiración de intentos. Por eso, si resultaba fácil individuar los errores heréticos de cada uno de los cabecillas de escuela, no era tan fácil recoger y encuadrar con rígida precisión las negaciones dogmáticas expuestas con prudencia de modo fragmentario y un tanto fluctuante e impreciso en sus libros y en sus publicaciones. Pero en la crisis oscura de las conciencias urgía distinguir y separar los falsos y los verdaderos valores religiosos, determinando con claridad los límites entre las verdades de siempre y los errores modernos.

A esta imperiosa necesidad, que no admitía más dilaciones, respondió el Decreto *Lamentabili*, del 3 de julio de 1907, que contiene un claro y preciso elenco de los más esenciales errores propugnados y divulgados por los modernistas, «los cuales se dedican a desarrollar los dogmas de una manera que en realidad no es más que deformarlos; y esto con el pretexto de ofrecer una más profunda comprensión de los mismos y en nombre de la crítica histórica»[16].

Este fue el primer acto de acusación y de condenación grave y severa, a la altura de la gravedad de los errores denunciados, que eran como un preludio a una más solemne e inexorable condena de todos los errores y de toda la absurdidez del sistema herético modernista[17].

«Las tinieblas dogmáticas quieren apagar la luz de la

ciencia, el oscurantismo quiere imponerse a la fuerza del pensamiento, la ignorancia quiere ahogar la verdad», este fue el grito que con asombrosa audacia y estupefaciente hipocresía se levantó en el campo del Modernismo, apenas apareció el Decreto *Lamentabili*[18].

Los oráculos de la nueva ciencia quedaron al descubierto, pero no se arredraron. Arrastrados con su soberbia, con el orgullo de los apóstatas y con el despecho del culpable que presume juzgar al juez, se reunieron en secreto conciliábulo en Molveno, en los Alpes dolomitas del valle del Brenta, para consolidar, unidos en iracunda protesta, el extravío de su pensamiento, perdidos en la árida búsqueda de un sueño inalcanzable y de una meta ilusoria[19].

Pero no debía transcurrir mucho tiempo para que se diesen cuenta, como tocándolo con la mano, que contra la Iglesia de Cristo no se vence, porque «Cristo es ayer, hoy y por los siglos»[20].

La Encíclica «Pascendi»

Los 65 errores condenados por el Decreto *Lamentabili*, del 3 de julio de 1907, no eran suficientes para dar un concepto adecuado del complejo y heterogéneo sistema modernista.

Era preciso remontarse hasta los orígenes de la herejía mediante un estudio más amplio, con una investigación más profunda y una requisitoria más amplia y más completa, que constituyese un golpe de irreformable sentencia contra el Modernismo en todas sus negaciones, en cada una de sus aberraciones, en cada uno de sus recovecos.

Este fue el objetivo de la formidable Enciclíca *Pascendi*, del 8 de septiembre de 1907 —el documento más vigoroso del Pontificado de Pío X—, la cual había sido ya anunciada, era temida y esperada, iba a ser el golpe de gracia de la herejía del siglo XX e iba a renovar el triunfo de aquella memorable jornada del 3 de junio del 325, cuando el arrianismo desapareció de la faz de la tierra perseguido y aniquilado por el tremendo anatema de los Trescientos de Nicea[21].

* * *

El Modernismo quedará como la más impresionante subversión del intelecto humano que jamás recuerde ni nunca recordará la historia del Cristianismo.

El sistema entero se apoya sobre la más completa negación del mundo sobrenatural, con la inevitable consecuencia de la más espantosa incredulidad.

Esta tremenda herejía es la que la Encíclica *Pascendi* afronta con profundidad de pensamiento, haciendo de la fe de Cristo una apología triunfal que se desarrolla ordenadamente y con claridad, conmovedora por la pasión apostólica que la dicta, implacable en la vigorosa estructura lógica que la anima.

* * *

Ante todo, hay que hacer resaltar la precisión con que Pío X, en el comienzo de su Encíclica, dibuja con nitidez inequívoca la fisonomía de los Modernistas, los cuales, astutos e hipócritas, para mejor conseguir la iniquidad de sus intentos, se esforzaban por todos los medios en aparecer como si ellos mismos estuviesen vacilantes.

«A todos ellos —escribía el Santo Pontífice— los incluimos entre los enemigos aun cuando ellos mismos se asombren; pero —dejando aparte sus intenciones que sólo Dios puede juzgar— nadie que conozca sus doctrinas y su modo de hablar y de actuar podrá extrañarse de lo que decimos. Y no exageraría quien los incluyese entre los peores adversarios de la Iglesia. Pues, como hemos dicho, no desde fuera, sino dentro mismo de la Iglesia llevan a cabo su perversa actividad; por eso, el peligro se encuentra metido en las venas y en las entrañas de la Iglesia; con mucha mayor eficacia dañina, puesto que conocen tan íntimamente a la Iglesia. A todo esto se añade que no atacan las ramas o los retoños, sino las raíces mismas: la fe y sus más profundas fibras. Y una vez dañada esta raíz de inmortalidad, intentan propagar el virus por todo el árbol, de tal manera, que no hay aspecto de la verdad católica en donde no pongan su mano y que no traten de corromper. Emplean tales tácticas para hacer daño, que no se encuentran otras más malvadas ni más insidiosas; son una mezcla de racionalista y católico, tan hábilmente presentada, que con facilidad engañan a

los incautos; y son hasta tal punto osados, que no hay consecuencia que les detenga o que no mantengan con firme obstinación. Además, suelen llevar una vida llena de actividad, con gran dedicación al estudio, y unas costumbes intachables que les atrae la estima de todos, lo cual es muy adecuado para engañarles. Pero lo que hace pensar que no tienen remedio es que tienen el espíritu tan absorbido por su doctrina, que no admiten ninguna autoridad ni aceptan ningún freno; y como obran con conciencia errónea, creen que es celo por la verdad lo que en realidad sólo es efecto de la soberbia y de la obcecación. Habíamos esperado conseguir que algún día estos hombres recitificaran su actitud, adoptando con ellos primero una comprensión indulgente, como con hijos Nuestros que son: después, siendo más severos; por último, aun contra nuestros deseos, hemos tenido que reprenderles públicamente. Sabéis bien, Venerables Hermanos, que todo ha sido inútil: se sometían un momento, para volver a levantar la cabeza más llenos de soberbia. Si se tratase sólo de ellos, quizá hasta podríamos pasar todo esto por alto, pero se trata del prestigio y de la tranquilidad de la religión católica. Por tanto, es preciso interrumpir un silencio, que sería criminal prolongar, y arrancar la máscara de estos hombres, para mostrarlos ante la Iglesia entera tal y como son.

»Como los modernistas (este es el nombre que con razón se les da) utilizan la táctica insidiosa de no exponer sus doctrinas orgánicamente estructuradas, sino desarticuladas, para que parezcan inconexas y poco concretas, cuando en realidad son firmes y consistentes, lo primero que hay que hacer es presentar esas doctrinas en su conjunto, señalando los lazos que las unen, y a continuación determinar las causas de los errores e indicar los remedios adecuados para atajar el mal»[22].

A continuación de este exordio, la Encíclica se adentra, con maravilloso dominio de la terminología modernista, en la exposición de la herejía analizándola en todos sus aspectos, considerándola en sus terribles consecuencias y haciendo resaltar con inflexible lógica sus incoherencias, sus sofismas, sus absurdeces.

* * *

Resumamos brevemente, con la mayor claridad y con la sencillez posible, para que podamos ser comprendidos incluso por los menos cultos.

ORIGEN DE LA FE.— La razón humana —dicen los Modernistas, repitiendo un viejo error ya condenado[23], presentándolo al siglo XX como un portentoso descubrimiento— no puede alcanzar más allá de los confines de los fenómenos del mundo visible: porque más allá está lo incognoscible.

Pero entonces ¿Qué es la fe?

La fe —según la concepción modernista— se reduce simplemente a un *sentimiento* que nace sin ningún concurso del intelecto, por la propia *necesidad* que el hombre siente de lo divino.

Pero ¿qué valor puede tener el *sentimiento*, si no está dirigido y sostenido por el intelecto? La Encíclica responde: absolutamente ninguno. El sentimiento seguirá siendo siempre sentimiento, sujeto siempre al engaño de los sentidos.

«Todas las fantasías acerca del sentimiento religioso no son capaces de dar al traste con el sentido común, el cual nos enseña que cualquier perturbación o preocupación del espíritu no sólo no nos sirve de ayuda para indagar la verdad, sino que son un obstáculo. Nos referimos a la verdad en sí, porque esa otra verdad subjetiva, producto del sentimiento interno de la acción, si bien sirve para hacer equilibrios verbales, no le aprovecha nada al hombre: el hombre, lo que quiere saber es si fuera de él mismo hay un Dios, en cuyas manos caerá más tarde o más temprano».

Pero admitamos que la fe se reduzca a un sentimiento —tal como quieren los modernistas— ¿cuál será entonces la consecuencia?.

«El hombre —afirma el documento Papal— con el sentimiento y la experiencia únicamente no podrá nunca encontrar las luces que guíen la razón para llegar a un conocimiento de Dios».

La consecuencia sería que, en cuestiones de religión, el hombre deberá quedar siempre en estado de perpetua ignorancia.

Así, con un solo trazo, se destruye la teología natural, se

anulan los motivos de credibilidad, se niega la revelación externa.

* * *

A una consecuencia análoga conduce la distinción entre ciencia y fe, a la que recurre la escuela descreída de los modernistas.

Escuchemos un párrafo de la *Pascendi:*

«Para ellos el objeto de la ciencia es la realidad de lo cognoscible, y el objeto de la fe es lo incognoscible. Pero lo incognoscible es un resultado de falta de adecuación entre el objeto y el intelecto. Ahora bien esta falta de adecuación o proporción no se puede evitar ni con la doctrina de los modernistas, luego lo incognoscible será siempre incognoscible tanto para el creyente como para el filósofo. Por consiguiente, si existe alguna religión, será una religión de la realidad incognoscible».

Con estas premisas, el Papa podía concluir lógicamente:

«Es suficiente lo dicho para mostrar con claridad cuántos son los caminos por los que la doctrina modernista conducen al ateísmo y a la abolición de toda religión. El primer paso lo dio el protestantismo, lo siguió el modernismo, pronto aparecerá el ateísmo».

LOS DOGMAS.— Relegada la fe al campo de las más ilógicas negaciones y de los más nebulosos sofismas, ¿cómo explicar la doctrina y los dogmas?

Los dogmas —enseña la ciencia de esta nueva herejía— no son verdades absolutas, objetivas e inmutables, reveladas por Dios y conservadas por la Tradición Católica, sino que son simples fórmulas creadas por la reflexión del intelecto sobre el *sentimiento religioso,* el cual extrae —como hemos dicho— de la *indigencia* que el hombre siente de lo divino. Estas *fórmulas,* si acaban siendo aprobadas por la Iglesia, se convierten en *dogmas.*

«Estas fórmulas —continúan los Modernistas— no sirven más que para proporcionar al creyente un medio para que se de cuenta de su fe. Por eso, la fórmula son como un intermediario entre el creyente y su fe: en lo que a la fe respecta, no son más que unos signos inadecuados, a los que

llamamos símbolos; en cuanto al que cree, son sólo instrumentos... En cuanto que son instrumentos son vehículos de la verdad... que tienen su origen en el sentimiento religioso... el sentimiento religioso tiene infinitos aspectos, de los que pueden ir surgiendo ora uno ora otro. A su vez, el hombre que cree puede encontrarse en muy diversas circunstancias. En consecuencia, también las fórmulas que llamamos dogmas están sometidas a estas mismas vicisitudes y, por tanto, sujetas a mutación».

En consecuencia, el *dogma* derivaría —como la fe— del hombre mismo y se desenvolvería con él y por él, quedando reducido a una etapa provisional de una continua sucesión de *sentimientos.*

Así, pues, cuando la Iglesia define un dogma, no sanciona una verdad que ha de creerse, sino que solamente expresa en una *fórmula* los sentimientos del hombre. Por eso, los dogmas no serían más que normas prácticas de actuar, no de creer, porque la verdad —según los modernistas— no viene de Dios, sino del *sentimiento* del creyente[24].

Así se llega a la conclusión de que el creyente podrá crearse la verdad a sí mismo y cambiarla a su capricho.

«Ciertamente son *ciegos que guían a otros ciegos,* hinchados con la soberbia de la ciencia, que llegan con su locura hasta pervertir el eterno concepto de la verdad y, simultáneamente, la auténtica naturaleza del sentimiento religioso; [...] no se horrorizan de seguir las huellas del pensamiento de Lutero [...]; si son reprendidos, levantan la voz en nombre de la libertad [...], echan en cara a la Iglesia que se obstina —así osan decir— en no supeditar su dogma a los dictados de la Filosofía moderna; hacen tabla rasa de la teología antigua y pretenden instaurar otra nueva que fecunde los delirios de los filósofos...; lo que se les achaca como culpa, para ellos es el cumplimiento de un deber religioso... que la autoridad los castigue, si quiere; ellos obran en conciencia, y están íntimamente convencidos de que merecen alabanzas y no castigos. Saben que no se puede progresar sin lucha, y que no hay lucha sin víctimas; están dispuestos a ser ellos las víctimas, como lo fueron lo Profetas y el mismo Cristo».

JESUCRISTO.— Ahora dejemos a la Encíclica que diga en

qué se convierte, bajo la pluma criminal del Modernismo, la adorable figura de nuestro Señor Jesucristo, autor y consumador de nuestra fe, porque a nosotros se nos oprime el alma y nos tiembla la mano al tener que repetir tales blasfemias.

«En la persona de Cristo, la ciencia y la historia no ven más que un hombre; su persona ha sido transfigurada por la fe, luego hay que eliminar de ella todo aquello que la eleva por encima de las circunstancias históricas.

Así, pues, Jesucristo no sería más que un simple hombre, un gran hombre —si se quiere—, pero nada más. Por eso, si la humanidad cristiana ha creído y cree que es Dios, esto se debe a que los primeros creyentes, a causa del entusiasmo de su fe, le atribuyeron un origen divino, transfigurándolo en Dios, pero en realidad no es Dios.

Mas volvamos a escuchar la *Pascendi*, que así prosigue desarrollando estas aberraciones que llegan al extremo de la impiedad:

«El crítico modernista separa los datos que le ofrece el historiador modernista, según dos conceptos: unos pertenecen a la historia *real*, otros a la historia de la fe o historia *interna*. Estas dos historias son claramente distintas entre sí; y hay que advertir que la historia de la fe se opone a la historia real en cuanto real. De ahí que haya dos Cristos: uno el Cristo real, otro el Cristo que nunca existió, pero pertenece a la fe; uno que vivió en un determinado tiempo y lugar, otro que sólo se encuentra en las piadosas especulaciones de la fe: por ejemplo, el Cristo que Juan nos presenta en su Evangelio, que solamente contiene especulaciones».

Pío X, con el corazón oprimido, exclama: «Es ésta una manera ciertamente extraña de raciocinar; pero así es la crítica de los Modernistas».

Esta es la horrenda negación de la herejía en los albores del siglo XX, la cual, renovando la locura satánica de Arrio, osaba levantarse con ímpetu demoníaco contra el Cristo de Dios, en un intento de arrebatarle la aureola de la divinidad, para abajarlo, con el sarcasmo del descreído, al nivel de un «rabbí» cualquiera, agrandado y transfigurado después de su muerte por el ciego entusiasmo de sus discípu-

los y por las piadosas contemplaciones del Apóstol de Tarso y del Vidente de Patmos[25].

Esta es la impiedad a la que llegó el Modernismo en el furor de su colosal extravío, con el premeditado intento de arrancar a la humanidad aquel Hombre-Dios que había estado pidiendo al cielo durante cuarenta siglos, para que le consolase sus dolores y le enjugase el llanto; le ofrecían, en cambio, un fantasma y un mito amasados en la perfidia y en el veneno de todos los errores y de todas las herejías que a lo largo de los tiempos habían desgarrado el seno de la Iglesia.

CULTO Y SACRAMENTOS.— Una vez apagadas las luces sobrenaturales, anulados los dogmas y negada la divinidad de Cristo, los nuevos herejes tenían lógicamente que ir al asalto del culto y de los Sacramentos, de los Libros Sagrados y de la Iglesia, pues los consideraban como anacronismos de supraestructura correspondientes a un viejo edificio que, ante la nueva arquitectura de la ciencia moderna, no tenía ya razón de ser.

Así, puesto que en su sistema todo es *indigencia* e *impulso vital*, también el culto nació de una indigencia: la de dar a la religión una forma sensible.

Esta indigencia se expresaría en los Sacramentos, que —como las fórmulas dogmáticas que hemos visto más arriba— no serían más que simples *símbolos* y simples manifestaciones de valor puramente sentimental.

«Para los Modernistas —explica la Encíclica— los Sacramentos son pura y simplemente símbolos o signos, aunque no carentes de una cierta fuerza; para explicar en qué consiste esta fuerza, ponen el ejemplo de determinadas palabras que, como se dice corrientemente, han hecho fortuna, porque tienen el acierto de propagar determinadas nociones sólidas que producen como un impacto en el espíritu. Lo que esas palabras son para esas nociones, eso son los Sacramentos para el sentimiento religioso y nada más. Podían expresarlo con mayor claridad diciendo que los Sacramentos han sido instituidos sólo para alimentar la fe, lo cual está condenado por el Concilio de Trento».

Así, pues, los Sacramentos no son principios fundamentales de vida sobrenatural —como cree y enseña la Iglesia

de Cristo desde hace 20 siglos—, sino expresiones de fenómenos sentimentales.

Si estas afirmaciones heréticas no fuesen un hecho positivo, sería imposible creer que se han formulado, por lo insensatas y absurdas.

SAGRADA ESCRITURA E IGLESIA.— En cuanto a los Libros Sagrados, que contienen la palabra de Dios divinamente inspirada, según la doctrina del Modernismo se reducen sencillamente a una obra humana sujeta a errores, a un florilegio de escritos fragmentarios, surgidos en diversos momentos históricos, de acuerdo con las necesidades religiosas y morales de un determinado pueblo, y las Profecías son adaptaciones póstumas a los sucesos ya acaecidos. Si en estos Libros hay alguna huella de una cierta inspiración, se trata de una inspiración que surge de la *indigencia* —una necesidad más intensa— que todo creyente siente de comunicar a los demás su propia fe, de palabra o por escrito[26].

* * *

De igual manera, la Iglesia tuvo su origen y se desarrolló a causa de una *indigencia.*

«La Iglesia surgió de dos necesidades: una, la necesidad que tiene cualquier creyente, pero especialmente quien ya ha tenido una primera y singular experiencia, de comunicar esta experiencia a los demás; otra, cuando ya la fe se ha comunicado entre varios, es la necesidad que siente la *colectividad* de formar un grupo y de defender, incrementar y propagar el bien común: ¿Qué es, entonces, la Iglesia? Es el fruto de la *conciencia colectiva* o de la unión de las conciencias singulares, las cuales, en virtud de la *permanencia vital,* están ligadas a un primer creyente: en el caso de los católicos, a Cristo»[27].

Con tales criterios ¿cómo buscar en la Iglesia nada que tenga carácter divino? Sería trabajo inútil, pues además, el Modernismo —como hemos dicho— no admite que Jesucristo sea Dios.

* * *

Para que una sociedad de hombres pueda gobernarse y

desarrollarse es necesario que tenga una autoridad que la sostenga y la dirija. Así surge la Iglesia —sociedad compuesta de hombres— con un triple poder: *disciplinario*, para los derechos y deberes de la propia Iglesia; *dogmático*, para las cosas de la fe; *litúrgico*, para el culto.

La doctrina católica ha enseñado siempre que la Iglesia ha recibido su autoridad directamente de Dios. Pero los Modernistas, poniendo su estupefaciente insensatez por encima de la infinita sabiduría de Dios y del sentimiento universal de veinte siglos de Cristianismo, lo niegan.

La Encíclica expone así la aberración de su pensamiento, reproduciendo el tono violento y amenazador que emplean:

«Del mismo modo que la Iglesia ha procedido de las conciencias de la colectividad, la autoridad emana vitalmente de la misma Iglesia. Por consiguiente, igual que la Iglesia, también la autoridad brota de la conciencia religiosa y está subordinada a ésta; si tal subordinación desaparece, se convierte en una autoridad tiránica. Vivimos unos momentos en los que el sentido de la libertad está alcanzando su punto álgido. En la sociedad civil, la conciencia pública impuso la democracia. Pero el hombre no tiene más que una conciencia como sólo tiene una vida. Por consiguiente, si no se quiere provocar en el hombre un conflicto interno, la autoridad de la Iglesia debe adoptar un régimen democrático, tanto más cuanto que, si no lo hace así, camina hacia su propia destrucción. Sería locura pensar que en el proceso actual hacia la libertad pueda haber un regreso. Si se le pretende coaccionar o frenar por la fuerza, este proceso lo arrastrará todo con violencia, incluida la Iglesia y la religión».

* * *

Mas la Iglesia ocupa un puesto en el mundo. Por lo tanto, debe mantener relaciones con la sociedad civil.

«En cuanto a estas relaciones —prosigue Pío X, recordando los errores del Modernismo— se han de emplear las mismas reglas que ya les han servido para la ciencia y la fe. Igual que la fe y la ciencia son distintas entre sí por *razón*

del objeto, también el Estado y la Iglesia son ajenos el uno al otro por los fines que persiguen: uno temporal, otro espiritual. Hubo un tiempo en que era legítimo que lo temporal estuviese subordinado a lo espiritual..., ya que se pensaba que la Iglesia había sido fundada directamente por Dios, como autor del orden sobrenatural. Pero filósofos e historiadores rechazan ahora esta teoría. Luego hay que separar el Estado de la Iglesia, como hay que separar al católico del ciudadano. En consecuencia, cualquier católico, puesto que también es ciudadano, al margen de la autoridad de la Iglesia, sin tener en cuenta los deseos y consejos de ésta, e incluso sin hacer caso de sus amonestaciones, tiene el derecho y el deber de hacer lo que considere oportuno para conseguir el bien de la sociedad. Indicar con cualquier pretexto cuál tiene que ser la manera de actuar de un ciudadano, es un abuso por parte de la autoridad eclesiástica, que debe ser rechazado con toda energía... Del mismo modo que la fe debe someterse a lo que se llaman elementos fenomenológicos, la Iglesia debe someterse al Estado en los asuntos temporales».

En consecuencia —ésta es la admirable conclusión del Modernismo—, el Estado debe ser separado de la Iglesia, como la conciencia del ciudadano debe ser separada de la conciencia del católico. Así, pues, la Iglesia, fundada por Jesucristo y que tiene asegurada la asistencia divina hasta la consumación de los tiempos, debe quedar sujeta al fluctuar de la efímera política humana y sometida al arbitrio de cualquier potencia terrena.

Sería ignorar la razón humana e inferir una injuria al mismo sentido común detenernos en comentar estas decrépitas utopías del liberalismo, que ahora el Modernismo exhumaba con un modo tal de razonar en el que no se sabe qué es lo que más nos deja estupefactos, si una insuperable ignorancia o una increíble protervia.

* * *

Ya hacia el final de su documento —estupenda construcción de lógica inexorable—, Pío X se detiene brevemente en las reformas que el Modernismo pretendía.

¿Qué reformas querían los Modernistas en la Iglesia?

«Quieren —respondía el Papa— renovar la filosofía, especialmente en los Seminarios, para que, recluyendo la filosofía escolástica en un capítulo de la historia de la filosofía, como un sistema más ya superado, se enseñe a los jóvenes una filosofía que responda realmente a nuestro tiempo[28]... Exigen que la historia se escriba y se enseñe de acuerdo con su método y con los sistemas modernos[29]. Dicen que los dogmas y su evolución se han de armonizar con la ciencia y con la historia. En cuanto a la catequesis, quieren que en los libros de catecismo sólo se incluyan los dogmas que hayan sido reformados y que estén al alcance del vulgo. Acerca del culto piden que se reduzcan sus manifestaciones externas y que se prohíba que surjan otras nuevas. Claman por que el régimen de la Iglesia sea reformado, especialmente en sus aspectos disciplinar y dogmático; en lo interno y en lo externo debe adecuarse a la que llaman conciencia moderna, que tiende a la democracia... En cuestión de costumbres, adoptan la postura americanista[30]; las virtudes activas se han de anteponer a las pasivas y también se han de cultivar con preferencia a éstas. Desean un clero que viva la humildad y la pobreza antiguas, pero que en sus ideas adopte los principios modernistas. Por último, hay quienes, siguiendo gustosos a los maestros protestantes, desean que se suprima el celibato de los sacerdotes».

Estas eran las cosas que los Modernistas querían, en la incomprensible fatuidad de su pensamiento: un cristianismo laicizado hasta la más humillante degradación de la dignidad del sacerdocio de Cristo.

* * *

Una vez enumeradas estas nuevas aberraciones, el Papa concluía la primera parte de la Encíclica:

«Puede que alguien piense que nos hemos extendido demasiado en la exposición de esta doctrina modernista. Era absolutamente necesario, tanto para que no Nos echen en cara —así suelen hacerlo— que no conocemos por dónde andan, como para poner de manifiesto que, cuando se habla de Modernismo, no se habla de una serie de doctrinas

vagas y disperas, sino de un verdadero cuerpo de ellas, en el que, admitiendo un punto, necesariamente se han de admitir los demás... Mirando ahora este sistema en su conjunto, no causará asombro si lo definimos llamándolo compendio de todas las herejías. Ciertamente que, si alguien se propusiera reunir en un puñado la sustancia y la esencia de todos los errores que se han dado en la Iglesia, no lo conseguiría mejor que lo han hcho los Modernistas. Es más, tan lejos han ido, que no sólo han destruido la religión católica, sino —como ya hemos dicho— cualquier otra religión. Por eso cuentan con el aplauso de los racionalistas, cuyos miembros más sinceros y abiertos se felicitan de haber encontrado en ellos los colaboradores más eficaces».

Causas y remedios contra la herejía modernista

Una vez hecho el agudo análisis de la herejía modernista en sus diversas gradaciones y en sus espantosas consecuencias, Pío X, en la segunda parte de su documento —la parte constructiva—, escrita entera de su propia mano, pasaba a indabar sus causas y a prescribir los remedios.

Causa primera e inmediata: la aberración del intelecto.

Causas remotas: la curiosidad y la soberbia.

«La curiosidad [no el buen deseo de saber, sino la audacia de querer escrutar los misterios de Dios], si no se la domina, basta por sí sola para explicar cualquier error... Pero mucho más eficaz para obcecar el espíritu y hacerlo caer en el error es la soberbia, que en la doctrina del modernismo está como en su casa, de ella saca todo el alimento que quiere, y en ella se disfraza de todas las formas posibles. Por soberbia adquieren tal confianza en sí mismos, que llegan a creerse que son la norma universal, y como tal se presentan. Por soberbia se vanaglorian como si fueran los únicos que poseen la sabiduría, y dicen atrevidos e infautados: *No somos como los demás hombres;* y para no parecerse a lo demás, se abrazan a cualquier novedad, por muy absurda que sea, y sueñan con ella. Por soberbia rechazan toda obediencia. Por soberbia, se olvidan de sí mismos y sólo piensan en reformar a los demás, sin respeto a ninguna cla-

se de autoridad, incluida la autoridad suprema. En verdad que no hay camino más breve y más rápido hacia el modernismo que la soberbia. Si algún católico, seglar o sacerdote, se olvida del precepto de la vida cristiana, que nos manda negarnos a nosotros mismos si queremos seguir a Cristo, y no arranca de su corazón el orgullo, está tan abocado como el que más a abrazar los errores modernistas... Si ahora pasamos de las causas morales a las que tienen su origen en el intelecto, la primera y más importante es la ignorancia. Todos los modernistas, que pretenden ser y hacerse pasar por doctores de la Iglesia, pregonan a voz en grito la filosofía moderna y desprecian la escolástica; pero se han afiliado a aquélla no tanto por haberse dejado engañar por sus oropeles y sus falacias, como porque con una absoluta ignorancia de ésta no tenían argumentos para suprimir la confusión ni para refutar los sofismas. Los Modernistas, despachándose a su gusto por boca de maestros al corriente de la cultura más avanzada, desprecian el método escolástico de filosofar, la autoridad de los Santos Padres y la Tradición y el Magisterio eclesiástico; astutamente seducen con su falso modo de razonar unido a una propaganda audaz y estrepitosa, los ánimos y las mentes, y emplean sus fuerzas en dañar y arruinar la Iglesia».

* * *

A esta ruinosa invasion de la nueva ciencia Modernista urgía oponer un valladar.

Por eso, Pío X prescribía, con la plenitud de su autoridad apostólica:

«1.— En primer lugar, por lo que se refiere a los estudios, queremos y mandamos taxativamente que como fundamento de los estudios sagrados se ponga la filosofía escolástica... Es importante notar que, al prescribir que se siga la filosofía escolástica, Nos referimos a la que enseñó Santo Tomás de Aquino[31]. El estudio de la teología ha de hacerse con amor y cariño, acompañado por el estudio de las ciencias naturales[32].

»2.— Todo aquel que de cualquier modo estuviese tocado por el Modernismo, sin ninguna consideración deberá

ser apartado de los puestos de gobierno y de la enseñanza en Seminarios y Universidades Católicas... ¡Lejos, lejos de las Sagradas Ordenes el amor a las novedades! Dios aborrece los espíritus soberbios y contumaces.

»3.— Deberá haber en todas las curias diocesanas censores de oficio, que examinen los escritos que se vayan a editar; se deberán elegir de entre ambos cleros, que merezcan confianza por su edad, su erudición, su prudencia...

»4.— Mandamos que en cada diócesis sea creado cuanto antes un *Consejo de Vigilancia*, que tendrá las siguientes atribuciones: estar alerta para descubrir cualquier indicio de Modernismo en los libros y en la enseñanza; determinar, con prudencia, pero con rapidez y eficacia, lo que sea preciso para conservar sano el clero y la gente joven[33].

Cerraba la Encíclica anunciando la creación de un gran Instituto Internacional destinado a promover con la colaboración de los más insignes estudiosos católicos, toda suerte de ciencias y de erudición, para demostrar, una vez más, que la Iglesia no es enemiga del progreso y de la civilización[34].

* * *

Ante la Encíclica tan esclarecedora de Pío X, el mundo de la ciencia, con unánime y universal consenso, se inclinó reverente, como ante uno de los más sabios y enérgicos documentos del Pontificado Romano, exigido por la salvación de las inmutables verdades del Cristianismo, así como por la inviolabilidad de la constitución divina de la Iglesia de Cristo[35].

Los extraviados en medio de la incertidumbre y de las dudas, removidos por el poder de la lógica del grandioso documento papal, no tardaron en reemprender valientemente el viejo camino de la verdad. Los maestros de la herejía, aturdidos por el peso de su condenación, miraron un momento el sol de la verdad brillando en la profunda palabra del Papa, mas, perdidos en la noche de sus errores, volvieron otra vez a levantar cabeza soberbiamente contra el supremo Magisterio de la Iglesia; con el corazón cerrado y el espíritu endurecido, se batieron en retirada en medio de

la tristeza de su soledad, proclamando estrepitosamente que la *Pascendi* no reflejaba el pensamiento del Papa, sino el de algún sutil teólogo, y que ellos nunca habían ni soñado las doctrinas condenadas por la Encíclica[36]. No se daban cuenta, con la estulticia de su desmesurado orgullo, que eran precisamente ellos quienes estaban haciendo justicia a la *Pascendi*, y reconocían la altura intelectual del Papa que la había meditado, la «había redactado en su mayor parte»[37] y la había publicado con apostólica firmeza.

Era el último estertor de la herejía que no se resignaba a morir; la última resistencia de los ímprobos intentos del más inicuo frente anticatólico y antirromano que iba derecho a su derrota, cuando se creía invulnerable[38].

Las filas de los Modernistas se aclararon pronto; rápidamente se apagó su fatuo tumulto; pasó todo ruido y todo cayó en el olvido, como se disuelve un puñado de ceniza y se descompone en la fría oscuridad de un sepulcro.

Permanecía en pie la *Pascendi*, testimonio inconfundible de la fe, de la sabiduría y de la firmeza de Pío X. Permanecía para repetir a las generaciones futuras: *Mentita est iniquitas sibi*[39], y la Iglesia, espléndida en su incorruptible juventud, continuaba augusta su eterno camino; el nombre del Papa pasaba a la historia con el nombre del «Papa de lo Sobrenatural»[40].

Con toda razón, el gran Cardenal Mercier, Arzobispo de Malinas y filósofo de fama mundial, podía manifestar toda la épica grandeza de la lucha comenzada y llevada hasta el final con intrepidez apostólica por Pío X, escribiendo:

«Cuando, con la perspectiva que da el tiempo, se contemple esta lucha gigantesca, tan compleja en su unidad y tan amplia y penetrante, se admirará unánimemente la fuerza de carácter del gran Papa por haber salvado a la Cristiandad del peligro inmenso no de una sola herejía, sino de todas las herejías fundidas juntas en una pérfida mezcolanza»[41].

El juramento de la fe

El Papa de la *Pascendi*, preocupado ya desde los tiempos de su Episcopado de Mantua y de Venecia por la difu-

sión de doctrinas peligrosas que, disfrazadas de progreso, fluctuantes e imprecisas, se implantaban en todos los campos de la ciencia y de la cultura intentando «inducir a la Iglesia a pensar como ellas querían»[42], en los comienzos de su Pontificado de la *restauracion de todas las cosas en Cristo*, afirmó con palabras claras y abiertas que vigilaría con la máxima atención para que especialmente el clero pudiese mantenerse inmune ante toda corriente de pensamiento que no brotase de la doctrina de Cristo, entendida en el sentido en que la entiende la Iglesia.

«Nos ciertamente proveeremos con la mayor diligencia para que estos hombres sagrados no sean atrapados por las insidias de esta ciencia nueva y engañosa, que no tiene el buen olor de Cristo y que, con falsos y astutos argumentos, pretenden impulsar los errores del racionalismo y el semirracionalismo»[43].

* * *

Con la *Pascendi* se había eliminado una tremenda amenaza que pesaba sobre la Iglesia, así como sobre la ciencia cristiana y sobre el pensamiento católico.

Pero ¿Podía el Papa estar seguro de que la herejía, haciendo un esfuerzo supremo, no intentaría alzarse de nuevo para continuar su acción devastadora?

¿Podía estar tranquilo, en el sentido de que el *inimicus homo*, sembrador de cizaña, no volvería a esconderse en el místico campo de la Iglesia para buscarle la ruina completa?

Se trataba de la seguridad de la Iglesia y de la verdad que reposa en los Libros Sagrados, y él conocía demasiado bien a los Modernistas para que, en la enorme batalla que estaba sosteniendo contra ellos, se pudiera permitir el concederse una tregua o un descanso.

«Los Modernistas —había dicho en la *Pascendi*— perseveran en el camino emprendido; perseveran aunque sean amonestados y condenados, disimulando su increíble audacia bajo una máscara de humildad. Hacen como que bajan la cabeza, pero en sus hechos y en sus intenciones continúan con mayor osadía la tarea que comenzaron. Obran así deliberada y taimadamente, porque están convencidos de

que no hay que destruir la autoridad, sino sostenerla, y porque quieren permanecer fieles a la Iglesia, para ir cambiando paulatinamente la conciencia colectiva.

»¿Qué no son capaces de mover para aumentar el número de sus secuaces? En los Seminarios y en las Universidades ocupan los puestos de profesores y convierten las cátedras en focos de infección. En los sermones van sembrando sus doctrinas, aunque no sea más que veladamente; las exponen con toda claridad en los congresos; las introducen y enseñan en las instituciones sociales. Editan, con su propio nombre o con seudónimos, libros, revistas, artículos. A veces, un mismo autor utiliza varios nombres, para que los incautos crean que el número de autores es mayor. En resumen, con obras y con palabras no dejan de hacer todo lo que pueden, como si estuvieran poseídos de una fiebre frenética»[44].

Así, pues, con el fin de que el Modernismo, proscrito de las escuelas y expulsado de la prensa, no intentase con tímidas restricciones o con ambigüedades intencionadas refugiarse en las conciencias, y para que el sacerdocio católico se mantuviese firme en las verdades de la fe antigua y no cediese a las lisonjas de la ciencia que lleva al espíritu a suicidarse, el 1 de septiembre de 1910 impuso el «Juramento de la fe», como testimonio de una amplia y plena adhesión a la doctrina de la Iglesia contra aquellos errores del momento «que —como poco antes había advertido— con una erudición vacía y falaz, unida a una enorme audacia de espíritu crítico, apuntaban hacia la destrucción de toda autoridad divina, a envenenar las fuentes de la vida cristiana y a dar a la Iglesia una nueva forma, nuevas leyes y nuevos derechos, inventando un remedo de cristianismo que pudiera conciliar los delirios de la ciencia humana con los principios inmutables de la fe, el fluctuar frívolo del mundo con la constancia digna de la Iglesia, para terminar en la incredulidad y en la rebelión contra Dios»[45].

Con este Juramento Antimodernista, exigido a los clérigos antes de las ordenaciones y a cuantos, entre el clero, tuviesen alguna tarea de ministerio, de magisterio y de jurisdicción en la Iglesia, la herejía del siglo XX recibió un nuevo e inesperado golpe[46].

Mucho había llorado el Papa, y todavía lloraba por la espantosa ruina que un «ciego frenesí de novedades»[47] había acumulado en las mentes y en las conciencias[48], para decir que la «profesión de fe» ordenada e impuesta por él no respondía a la impresionante gravedad del momento.

A quienes, en sus enérgicas medidas para frenar la ruinosa carrera del Modernismo —«semillero de errores y de perdición»[49]—, querían ver con la mirada corta de la prudencia humana un excesivo e intespestivo rigor, con juicio bien diverso él respondió de puño y letra:

«Agradezco el consejo de que no me deje sorprender fácilmente por la costumbre demasiado difundida de aplicar a no pocos el título injurioso de modernistas. Pero si no lo son, como aquellos que señaláis como tales (y de muchos estoy convencidísimo) sin embargo el mal existe y, en ciertas regiones da verdaderamente mucho que pensar a quien tiene el deber de custodiar intacto el depósito de la fe»[50].

Y a otro:

«Hay quien me acusa de ser pesimista y de ver el mal por todas partes. Pero el mal latente es más grave y está más difundido de lo que se pueda imaginar. Por eso, nunca es excesiva la vigilancia para poder descubrir, *no sero medicina paretur*»[51].

Y a un tercero:

«Usted, como si estuviese asustado, me recomienda moderación en las disposiciones contra el Modernismo. Ahora bien, diferenciando perfectamente lo moderno —fruto de estudio serio y de investigaciones detenidas— del Modernismo, me causa asombro que encuentre usted excesivas las medidas tomadas para detener la riada que amenaza anegarnos, cuando el error que se quiere difundir en nuestros días es mucho más mortífero que el de Lutero, porque apunta directamente a la destrucción, no sólo de la Iglesia, sino del Cristianismo, por cuyo motivo en algunos lugares los mismos protestantes han establecido la «comisión de vigilancia» que ha depuesto, hace poco, a un pastor convicto de modernismo. Estoy con usted, en admitir toda la benignidad e indulgencia en la aplicación de las penas; pero ante un mal tan grave, nunca son demasiadas las precauciones, ni severas las leyes que, previniendo, ponen en guardia sin

hacer daño a nadie. De esta forma no tendremos maestros del error que conducirían en poco tiempo el mundo entero a la herejía[52].

Y, como atormentado por una íntima angustia, volvía a escribir más tarde a la misma persona:

«Otro dolor que me turba y angustia es la difusión espantosa del Modernismo. Modernismo teórico en pocos, pero, en la mayor parte, práctico, que arrastra a las mismas consecuencias que el primero: al debilitamiento y a la pérdida de la fe. Roguemos juntos al Señor»[53].

No es, por tanto, maravilla que tuviese una continua preocupación, toda una escrupulosa vigilancia, una asidua e incesante solicitud por mantener intacta la fe de Cristo y la pureza de la doctrina de la Iglesia, sin dejar de estar en directo y constante contacto con los Obispos, para ofrecerles la directiva que debían seguir en la lucha contra la herejía modernista.

«Recuedo —así testimoniaba su sustituto Secretario de Estado— con cuánto empeño y con cuánta competencia seguía este deletéreo movimiento a través de la prensa, de la enseñanza, y de toda clase de propaganda y de los informes diarios que le hacía llevar el Card. Secretario de Estado; él mismo alentaba personalmente a los Obispos, conversando a veces con alguno de ellos largo tiempo para iluminarlo sobre los puntos más peligrosos del movimiento modernista, y manteniendo con otros correspondencia epistolar, escrita toda de su puño y letra, para dar normas prácticas especialmente para los Seminarios»[54].

No había, pues, que asombrarse si —sensibilísimo a todo lo que se refiriera a la integridad de la fe— leyese mucho y examinase él mismo los libros de los autores dudosos en materia de fe; solía decir: «Los demás leen lo que está escrito en las líneas, pero yo leo lo que está escondido entre líneas y encuentro que en ellas hay errores[55].

Nada le escapaba, y, tratándose de la integridad de esa fe por cuya *propagación* no habría dudado en «vender —como él decía— todos los tesoros del Vaticano»[56]. No le detenía ninguna mira humana, ni siquiera cuando se trataba de sacerdotes que le eran queridísimos[57], porque incluso

la más pequeña alteración de la verdad era para él «horrible delito»[58].

Por eso, fue inexorable, como iba a ser inexorable al afirmar y defender —como veremos— la libertad y los derechos de la Iglesia.

El corazón de Pío X ante los Modernistas

Para quienes no lo recuerden y quienes no lo saben, no está de más recordar que San Pío X, si al atacar al Modernismo demostró una energía inexorable, plenamente justificada por la gravedad del peligro que amenazaba a la Iglesia, con los Modernistas demostró siempre una caridad insuperable y una misericordia sin medida.

Con estos obstinados rebeldes que soñaban con infundir en las venas de la Iglesia una sangre nueva y una vida nueva, resucitando paradójicamente viejos errores y antiguas herejías, la delicadeza y la comprensión de su ánimo tuvieron manifestaciones de conmovedora caridad.

Antes de tomar contra ellos medidas dirigidas a salvaguardar la integridad de la fe o la pureza de la disciplina de la Iglesia, quería ver él mismo claro, conocer y examinar a fondo él mismo las cuestiones de que eran acusados, y sobre todo quería que se pusiesen en juego «todos los medios posibles» para amonestarles y persuadirles de sus errores, recomendando vivamente «que no se faltase a la caridad»[59]. Y cuando, después de haber agotado todas las *posibilidades humanas* con la esperanza de reconducirlos al camino recto[60] y de haber obtenido «pruebas seguras e irrebatibles»[61], se veía obligado con una profunda amargura en el corazón —*moerore animi maximo*[62]— a castigarles con sanciones canónicas, no los abandonaba a sí mismos: los seguía con mirada paterna, intentaba todos los caminos para atraerlos y, si se encontraban en estrecheces económicas, incluso proveía a su sustento[63].

* * *

Se comportaba con muchos miramientos antes de acep-

tar denuncias o informaciones contra alguien tachado de Modernista. Ponderaba, reflexionaba largamente, y, con longanimidad e indulgencia, la mayor parte de las veces escribía él mismo al acusado, ensayando los caminos de la mente y del corazón.

El 28 de diciembre de 1907, escribía así a un preclaro estudioso que se había dejado seducir por el espejismo modernista:

«No puedo negar que siento la máxima tristeza cuando con demasiada frecuencia y de muchas partes me llegan referencias de que está usted en íntima relación con los llamados Modernistas. Todo esto, que no creo, me duele mucho, porque lo tengo en gran estima y me disgusta no poder tomar siempre su defensa, como cuando aparecen en la Prensa ciertos comunicados poco prudentes. Pero si hay muchos, por desgracia, que le acusan falsamente, procure no ofrecer motivos que den ni el más pequeño indicio de estas relaciones, cerrando con resolución las puertas a cuantos aspiran a ser maestros en Israel y, con el pretexto de acabar con defectos y abusos, son los primeros que descuidan sus deberes.

»Recibe esto con la certeza por mi parte de que con su mente y con su corazón podrá hacer todavía mucho bien»[64].

El 15 de julio de 1911, respondía en estos términos a un sacerdote que se había creído en el deber de darle alguna noticia sobre el movimiento Modernista:

«Por deber de conciencia y por rectitud de intención, es preciso ser exactos, medir las palabras y no exagerar en lo más mínimo para no infringir la justicia y la caridad, y para no hacerse responsable ante Dios y los hombres de las consecuencias»[65].

* * *

Nunca permitió que se pronunciase ningún juicio o ninguna sentencia contra ningún sospechoso de rebelión contra la Iglesia o de Modernismo, si antes, limpiamente y con rigurosa justicia, no se había probado la culpa de que era acusado.

Uno de los más conocidos rebeldes a la disciplina de la

Iglesia, Rómulo Murri, después de haber osado insultar vulgarmente la Púrpura del futuro Pío X[66], no había aún cesado de dar preocupaciones serias a las Autoridades Eclesiásticas con su Modernismo social.

Había quienes querían que a este rebelde le fuese prohibido celebrar Misa.

Sometida la cuestión a juicio del Papa, éste, con fecha 26 de agosto de 1906, respondió:

«Si tiene en regla el "Celebret", no se puede, sin grave injuria, prohibirle la celebración de la Misa mientras no haga un acto condenable»[67].

Un Prelado, conversando un día con el Santo Pontífice, se lamentaba y hacía los más grandes aspavientos, porque Murri no había sido todavía severamente condenado. Pío X, sereno y tranquilo, le dio esta respuesta, digna de la grandeza de su corazón: «El Papa no hace mártires. Los Modernistas se entierran ellos solos»[68].

Y como el Papa no ignoraba la condición económica miserable de este desgraciado, añadiendo caridad a caridad, le asignó un subsidio mensual, manteniéndolo incluso después de que éste, por desgracia, hubo abandonado la Iglesia[69].

Así, cuando el Obispo Diocesano de este rebelde y jefe de rebeldes, en una audiencia de agosto de 1906, preguntó a Pío X cual debía ser su comportamiento hacia él, oyó que le respondía estas precisas palabras: «Quiérale usted mucho, hágale todo el bien que le sea posible; con la seguridad de interpretar mi intención, y de hacer algo que me es grato»[70].

Palabras éstas que no se pueden olvidar, como no se puede olvidar la respuesta que el Papa Santo dio a un distinguido sacerdote de Mantua, que había sido discípulo de Murri: «¡Si supiese usted cuánto he hecho por él! He hecho todo lo posible»[71]; tampoco se pueden olvidar las palabras que el Santo Pontífice dirigió un día de 1908 al Obispo de Châlons, Diócesis a la que pertenecía Loisy, después que este irreductible maestro del Modernismo había sido castigado con la excomunión mayor: «Usted es el Obispo del Abate Loisy, trátele usted con extrema bondad y si el diese un paso hacia usted, usted dé dos hacia él»[72].

Así, Pío X con la magnanimidad de su gran corazón, siempre abierto al generoso perdón de la caridad cristiana, comentaba con la fuerza persuasiva de los hechos cuanto había dicho con sentido sobrenatural en su primera alocución Consistorial el 9 de noviembre de 1903:

«Aunque debamos entrar en una lucha necesaria por la verdad, abrazamos amorosamente a los adversarios de la verdad, por los cuales sentimos gran compasión, y los encomendamos con lágrimas en los ojos a la infinita misericordia de Dios»[73].

El Papa era intransigente como la verdad, inflexible como la justicia, pero también era el Papa lleno de misericordia, el cual, en su primera Encíclica, había recomendado a todos los Obispos y a todos los Sacerdotes del mundo católico esa caridad que es la única que puede disipar las tinieblas del error y dar la luz y la paz de Dios[74].

IX. LA SEPARACION DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA EN FRANCIA

«Pío X fue verdaderamente el salvador de la Iglesia de Francia»
J.V. CHESNELONG,
Arz. de Sens
3 junio 1923

«Dès ces heures si graves pour l'Eglise de France, le courage de Pie X a égalé sa vertu, son génie a été à la hauteur de sa sainteté».
R. HAVARD DE LA MONTAGNE
1 julio 1930

Tristes presagios

Desde hacía tiempo en Francia no se daban aquellas «gesta Dei» que eran como el genio de la grandeza y de la nobleza de la caballeresca nación de Clodoveo.

Una prepotente oligarquía masónica, siguiendo una política tan audaz como imprudente, iba llevando a cabo hechos que coartaban la dignidad y la libertad de la conciencia católica francesa, con el meditado propósito de llegar a la separación del Estado y de la Iglesia, perpetrando así el máximo de los errores políticos.

La sucesión con ritmo a la vez más duro y violento de leyes inicuas contra la Iglesia, votadas bajo el Pontificado de León XIII, de 1880 al 1903, es una prueba de ello tanto más triste cuanto elocuente.

El gran Pontífice bajaba al sepulcro el 20 de julio de 1903 con el dolor de no haber podido detener la guerra que en las orillas del Sena se hacía a la Iglesia[1].

A León XIII le sucedió Pío X en un momento en el que el asalto a la libertad de la Iglesia se reproducía más que nunca.

¿Qué hacer y a quién recurrir?

El nuevo Papa buscó un hombre que tuviese autoridad y pudiese hacerse cargo de la gravedad de la situación.

Cuatro meses después de su elección al Pontificado, con fecha 23 de diciembre, escribía al Presidente de la República una carta, en la que, después de haber recordado las persecuciones movidas contra las Congregaciones Religiosas, los ataques contra el Papa, la suspensión de las asignaciones debidas en virtud del art. 14 del Concordato a los Obispos y a los Párrocos, las prolongadas vacantes de un gran número de Sedes Episcopales y la inminente amenaza de privar del derecho de enseñanza a las Congregaciones Religiosas, incluso a las autorizadas por el Estado, con profunda amargura añadía:

«Con esta larga serie de disposiciones cada vez más hostiles contra la Iglesia no parece sino que quisiera preparar poco a poco el terreno para llevar no solamente a la completa separación del Estado y de la Iglesia, sino también, si fuese posible, a arrancar de Francia la impronta cristiana que la hizo gloriosa en siglos pasados».

Y para que no se pudiese dudar de su innamovible firmeza en el deseo de que los sagrados derechos de la Iglesia no fuesen violados declaraba:

«Por nuestra parte, si por desgracia tales supuestas eventualidades llegasen a realizarse, ciertamente nuestro corazón que ama tiernamente a la hija primogénita de la Iglesia se sentiría profundamente dolorido. Pero, al mismo tiempo, debemos añadir con toda franqueza que la Santa Sede, obligada por tal necesidad, con plena confianza de la vitalidad de la Iglesia en Francia, no faltaría a ninguno de los deberes que le fueran impuestos, *dejando a otros el peso de la responsabilidad de la consecuencia que de ellos pudieran derivarse*»[2].

Al cabo de dos meses llegaba al Vaticano la respuesta, reticente, estudiadamente evasiva.

Loubet respondía que ninguno, como él mismo, deseaba la paz religiosa y la leal ejecución del Concordato, pero el

Papa se había equivocado al dirigirse a él, porque «el Presidente debe encerrarse en su responsabilidad constitucional en todo lo que respecta a las medidas del Gobierno y abstenerse de cualquier acto personal»[3].

Ahora ya no podía pasarle por alto a nadie que el Gobierno francés meditaba romper toda relación diplomática con la Santa Sede, dejando de reconocer el Concordato que desde el 15 de julio de 1801 había regulado siempre las relaciones de la República con la Iglesia[4].

Ya Combes —el amargo Combes—, que por su fanatismo anticlerical había subido a los primeros puestos de la política francesa[5], el 21 de marzo de 1903, en un discurso al Senado, con cínica elocuencia había reclamado abierta y crudamente:

«Denunciar ahora el Concordato sin haber preparado antes los ánimos, sin haber probado claramente que es el clero mismo el que provoca y hace inevitable esta denuncia, sería una política equivocada. Yo no digo que las relaciones entre la Iglesia y el Estado no sean rotas un día, ni siquiera digo que ese día no esté cercano. Digo solamente que el momento no ha llegado aún»[6].

Era, pues, necesario «preparar los ánimos», pero escogiendo la vía más rápida; la violencia, la mentira y la calumnia.

Con la boca llena de libertad, de justicia y de igualdad, era preciso agitar ante las masas el espectro de un Papado enemigo de la República y de la civilización y repetir en todos los tonos el viejo grito de alarma: «Le cléricalisme! Voilà l'ennemi!»[7]. Era preciso apoderarse de las conciencias, asesinando la enseñanza cristiana en las escuelas; someter las Congregaciones de enseñanza a un tratamiento de esclavitud y dispersarlas a los cuatro cientos como una turba molesta de retrasados mentales. Era preciso laicizar el Estado en todas sus estructuras, imponer una serie de limitaciones vejatorias a la existencia de la Iglesia y proclamar, sin descanso, que el Concordado, no teniendo ya razón de ser, podía ser considerado como un viejo documento de archivo y una cosa muerta. Era necesario violentar al pueblo, desorientarle, confundirle y meterle en la cabeza la idea de que si un día llegase la violación del Concordato, con la con-

secuente separación del Estado y de la Iglesia, habría sido la Iglesia misma quien lo habría hecho inevitable".

Era, pues, necesario orquestar la «preparación de los ánimos» para la separación del Estado y de la Iglesia, sin pensar que separar al Estado de la Iglesia significaba desmantelar la fuerza moral de los franceses en un momento en el que a la otra orilla del Rin estaban creciendo bien sólidas y erizadas de cañones la unidad y la fuerza moral de los alemanes.

Pero esto poco le importaba a un Gobierno que, por la aspereza de su anticlericalismo había ya caído bajo el signo de la decadencia intelectual.

Lo que por el momento más le importaba a la política francesa era empujar hacia adelante la lucha para iniciar el período de fría y calculada persecución religiosa, dirigida a convertir a la Iglesia en «instrumentum regni».

El dolor de Pío X

Ante este panorama de una guerra tan rastrera y tan desleal contra la Iglesia, el papa no podía dejar de hacer oír su voz.

Por eso, deteniendo por un momento su atención en las graves consecuencias que se derivarían de la destrucción de la enseñanza cristiana en las escuelas tal como se estaba planeando, ya que, «arrancando este fundamento de toda sociedad civil», Francia habría tenido «innumerables niños educados sin fe y sin moral», y darían «un nuevo y lamentable y nada consolador espectáculo de millares de religiosos, grandes beneméritos de la patria, obligados a desparramarse por todos los puntos del territorio o a hacerse prófugos en tierras extranjeras» buscando un techo y un honrado trozo de pan", Pío X, el 18 de marzo de 1904, con los ojos bañados en lágrimas, expresaba su dolor ante los Cardenales romanos:

«Deploramos y reprobamos muy seriamente estos rigores, esencialmente contrarios al concepto de una libertad bien entendida, a las leyes fundamentales del país, a los de-

rechos inherentes de la Iglesia Católica y a las normas de la misma civilización, que prohíbe dañar a los ciudadanos pacíficos, los cuales, dedicándose bajo la garantía de la ley a obras de cristiana educación, nunca faltaron a ninguno de los deberes y de las cargas impuestas a los demás ciudadanos»[10].

Y su dolor era más intenso al saber amenazados en su libertad a algunos Obispos, entre los cuales había tres investidos de la sagrada púrpura, porque con «cartas respetuosas» habían llamado la atención del Jefe del Estado «acerca de temas estrechamente conexos con los más imperiosos deberes de conciencia y con el bien público»[11].

Un pretexto mezquino

Pero el Gobierno sectario de París, que consideraba la separación del Estado y de la Iglesia como el «término natural y lógico del progreso hacia una sociedad laica desembarazada de todo vínculo clerical»[12], se sentía apresurado para llevar hasta el final su plan claramente preestablecido y ya estaba al acecho de cualquier pretexto, aunque fuese el más fútil, el más ilegal e incluso el más absurdo.

El pretexto fue pronto encontrado en la cuestión de dos Obispos: el de Dijon y el de Laval.

Pío X había invitado a estos dos Obispos a que viniesen a Roma para responder a algunas graves y notorias acusaciones que contra ellos se habían levantado.

Tratándose de una cuestión de orden estrictamente disciplinar, podía hacerlo y estaba en su pleno derecho y en su pleno deber de hacerlo, porque el artículo 5.º del Concordato exigía la intervención del Estado en el nombramiento de los Obispos, pero no se decía que el Estado pudiese y debiese ingerirse en cosas que sólo miraban a la disciplina de la Iglesia[13]. Sin embargo, los dos Obispos, en vez de obedecer al Papa, recurrieron al Gobierno, el cual, con la acritud de quien manda y no escucha razones, pretendió que las cartas papales que invitaban a ir a Roma a los dos Obispos fuesen retiradas, manteniendo con asombrosa audacia que la Santa Sede no tenía el derecho de comunicarse directamen-

te con los Obispos de Francia, y mucho menos tenía el derecho de tomar a su respecto medidas, como si el Concordato hubiera colocado a los Obispos de Francia fuera de la Iglesia[14].

Si el Gobierno hubiese tenido sentimientos conciliatorios e incluso un mínimo de lealtad y de honestidad diplomática, aunque sólo hubiera sido por el honor nacional, tendría que haber él mismo aconsejado a los dos Obispos que fueran a Roma para dar explicaciones de acusaciones públicas que se levantaban contra ellos, y habría debido, sobre todo, comprender que la pretensión de retirar las cartas apostólicas dirigidas a los dos Obispos era como pretender que el Papa abdicase de la suprema autoridad sobre la Iglesia universal que el tenía, no procedente de los hombres sino directamente de Dios.

Estaba claro y era evidente. Pero la Tercera República, bajo la presión de fuerzas anticlericales, tenía prisa por llegar a costa de lo que fuera a la ruptura diplomática, para después proceder ya más libremente a la separación del Estado y de la Iglesia, burlándose de esta misma libertad.

El 30 de julio de 1904, señaló el fin de las relaciones diplomáticas entre Francia y la Santa Sede[15].

¿Quién tenía la culpa y de quién era la responsabilidad?

Se dijo, mintiendo abiertamente[16], que la culpa fue de la Santa Sede. Pero la Historia ya ha pronunciado su sentencia:

«El Gobierno francés ha roto sus seculares relaciones diplomáticas, porque la Santa Sede, *después de haber informado al Gobierno*, había llamado a Roma a dos Obispos para que se justificaran de los graves cargos públicos de orden puramente eclesiástico y que pesaban sobre ellos»[17].

Esta es la verdad que no admite prueba en contra.

Inmediatamente, el Cardenal Secretario de Estado se presentó ante el Papa para anunciarle la ruptura de las relaciones diplomáticas.

Pío X acogió la noticia con gran calma, exclamando: «Eminencia, miremos al Crucifijo y sigamos andando, porque estamos en el buen camino»[18]

La separación del Estado y de la Iglesia

La ruptura de las relaciones diplomáticas no era todavía la separación del Estado y de la Iglesia, pero era su premisa inevitable. Un paso más y ésta habría sido un hecho consumado.

Pío X, sabía que «la tribulación es la herencia de la Iglesia»[19], meditaba y oraba, buscando sólo en Dios la luz, el valor, la fortaleza.

Mas tres meses después —el 14 de noviembre— con una decisiva Alocución Consistorial, rompía el silencio.

Precisados con rigor jurídico los términos del gravísimo apartamiento querido y provocado por el desleal Gobierno de la República, bien probadas la fidelidad y la lealtad observadas constantemente por la Iglesia en el cumplimiento de las obligaciones que le imponían los pactos y el Concordato, y las criminales violaciones de estos mismos por parte del Estado valiéndose de obstáculos puestos al libre ejercicio del culto, y por medio del indigno tratamiento con respecto a los Obispos, privados arbitrariamente de sus asignaciones, con la violenta intromisión laica en los Seminarios, con la persecución movida contra las Congregaciones religiosas y con la opresión de los más sagrados derechos del Romano Pontífice en el nombramiento de los Obispos[20], con voz firme, seguro como estaba de las infalibles promesas de Cristo a su Iglesia, decía:

«Habríamos preferido no hablar de una situación tan triste, pero los sagrados derechos de la Iglesia descaradamente violados y la dignidad de la Sede Apostólica, acusada de un crimen que no había cometido, exigían una protesta pública contra tanta injuria»[21].

Y, mirando con visión profética al futuro, concluía:

«Sin embargo, nada da pie a esperar que los ataques actuales contra la Iglesia tengan un fin próximo. Pero, aunque sobrevengan los acontecimientos más duros, no nos cogerán de improviso, ni temerosos, convencidos como estamos de la palabra de Cristo: *No temáis: Yo he vencido al mundo*»[22].

El 9 de diciembre de 1905, el Parlamento francés, tras

largas discusiones que manifestaban el atolladero en que se había metido el Gobierno declarando la guerra a la Iglesia, pasando por encima del sentir popular, votaba una ley que proclamaba la separación del Estado y de la Iglesia[23].

La traición a la justicia y a la lealtad diplomática había-se consumado.

Sobre la Francia católica, mudo y desolador, se cernía como un sentimiento de desconcierto y de angustia, pues se sabía que los demagogos de París, para destruir la fuerza de la Iglesia, habían preparado un programa elaborado por el sórdido e irascible Combes, para una *constitución civil del clero,* intentando crear una *Iglesia de Estado* [24]; sin embargo, no habían faltado ni faltaban quienes andaban fantaseando diciendo que era necesario aceptar la ley de la separación, porque «la falsa situación» —así decían— entre la Iglesia y el Estado, que había creado el Concordato, debía terminar de una vez en una *sincera aplicación de los principios políticos de la democracia republicana*»[25].

¿Y el Papa?

El Papa callaba.

Los católicos franceses habían querido que Pío X manifestase inmediatamente su pensamiento y no tardase en reivindicar los derechos sagrados de la Iglesia tan inicuamente violados y conculcados.

Pero él, que sentía la acción de Dios en la Historia, encerrado en su dolor, meditaba, escuchaba, observaba. Hasta un mes más tarde —el 7 de enero de 1906—, a quien le hizo la observación de que los católicos en Francia esperaban una palabra suya, firme y clarificadora, con un acento que no conocía el temor, ni reticencia, respondió con estas palabras admirables:

«¿No se da usted cuenta de que se acerca la hora en que el mismo Jesucristo pondrá sus manos divinas en las cosas de Francia: esas manos divinas de las que una castiga y aterra y la otra eleva y resucita? Sí, Francia no será apartada de Cristo».

Y, a continuación de una breve pausa, añadió:

«Dios habría querido mandar a su Redentor inmediatamente después de la caida. Sin embargo, hizo esperar al mundo durante millares de años. ¿Y queremos que el Vica-

rio de este Cristo tan largo tiempo deseado, pronuncie sin reflexionar un juicio grave e irrevocable? De momento me limito a entregarme en manos de Aquel que me sostiene y en cuyo nombre, en el momento oportuno, hablaré»[26].

Y el momento grave y decisivo llegó cuando, tras una noche de lágrimas y de oración sobre el sepulcro del primer Vicario de Cristo, allá abajo en las Grutas Vaticanas[27], con una Encíclica —inexorable como un juicio de Dios— condenó solemnemente ante todo el mundo católico la iniquidad que había sancionado la apostasía del Estado para con la Iglesia en una nobilísima nación que desde la fuente bautismal de Reims jamás había desertado de la fe de Cristo.

La Encíclica de la condena'

Inerme, pero impertérrito, Pío X, con la Encíclica *Vehementer*, de 11 de febrero de 1906[28], convocó ante su tribunal a la ley de la Separación, juzgándola en toda la objetividad de sus términos, en sus ensidias y en sus contradicciones y condenándola como subvertidora de los derechos de Dios y de la Iglesia, así como de orden social y de la libertad democrática.

«Para vosotros —decía a los Obispos, al clero y a todo el pueblo francés— no habrá sido ciertamente ni una novedad ni una sorpresa, puesto que fuisteis testigos de los numerosos y terribles agravios inferidos por la autoridad pública a la Religión. Habéis visto como el matrimonio perdía su carácter sagrado; como los hospitales y las escuelas eran laicisados; como los clérigos eran arrancados de la tranquilidad de sus estudios para obligarlos al servicio militar; vísteis dispersas y reducidas a la extrema miseria a las Congregaciones Religiosas; abrogadas las oraciones públicas al comienzo de cada sesión parlamentaria y en la apertura de los tribunales; suprimidos las tradicionales muestras de luto a bordo de las naves el día de Viernes Santo; abolido el juramento jurídico todo lo que había en él de carácter religioso; barrido de las escuelas, de los tribunales, del ejército, de la marina y de todos los edificios públicos cualquier

emblema que pudiese despertar en los espíritus pensamientos y sentimientos de religión. Estas y otras medidas que separaban de hecho al Estado de la Iglesia no tenían otro objetivo más que el de llegar a la más completa separación, como no han dudado en reconocerlo abiertamente sus mismos promotores»[29]

Y, declarando haber intentado todos los caminos para salvar a Francia de una inmensa catástrofe[30], con palabras que le salían del fondo de su corazón, proseguía:

«En una hora tan grave para la Iglesia, consciente de Nuestro mandato apostólico, elevamos Nuestra voz y abrimos Nuestro corazón a todos vosotros, a quienes en estos momentos amamos más tiernamente todavía»[31].

* * *

Después de esta cruda y al mismo tiempo conmovedora introducción, el Papa entraba en la cuestión jurídica de las relaciones entre la Iglesia y el Estado: sociedades ambas perfectas y diferentes entre sí, pero no separadas.

«Separar al Estado de la Iglesia —así dice la Encíclica— es una tesis absolutamente falsa, falsísima, y un error sumamente pernicioso, porque un Estado que no reconoce ningún culto religioso comete una grave injuria contra Dios, Creador del hombre y fundador de la sociedad humana, al cual se debe no solamente un culto privado, sino también un culto público y social.

»Esta tesis es la negación clarísima del orden sobrenatural, porque limita la acción del Estado a la sola búsqueda de la prosperidad pública en esta vida, olvidando la razón última de la sociedad civil, que es la felicidad eterna propuesta al hombre cuando esta corta existencia llegue a su fin.

»Esta tesis subvierte el orden establecido por Dios en el mundo: orden que exige una armónica concordia entre el poder civil y el poder religioso. Si el poder civil no va de acuerdo con la Iglesia, no faltarán ocasiones de ásperos conflictos que agitarán los ánimos de los ciudadanos.

»Por eso, los Sumos Pontífices no han cesado jamás de condenar la doctrina de la separación del Estado y de la

Iglesia. Las sociedades humanas —señalaba nuestro gran predecesor León XIII— no pueden, sin convertirse en criminales, conducirse como si Dios no existiera y no ocuparse de la religión, como si esta fuese cosa estraña para ellas o que en nada pudiese serles útil. Excluir la acción de la Iglesia, fundada por Dios, de las leyes, de la educación de la juventud y de la familia es un error criminal»[32]

«Si para cualquier Estado cristiano la separación de la Iglesia merece condenación, mucha más condenación merece para Francia: para esta Francia tan predilecta de la Iglesia a lo largo de los siglos; para esta Francia que en su unión con esta Sede Apostólica encontró la grandeza de su nombre y el esplendor de su gloria más pura.

»Perturbar esta tradicional unión —añadía— sería privar a la nación francesa de una gran parte de su fuerza moral y de su prestigio en el mundo»[33].

* * *

Pero existía otra razón, todavía más grave, que habría debido hacer comprender al Gobierno de París el colosal error de la separación: la palabra de honor empeñada en los pactos.

El Concordato era un contrato *bilateral* que obligaba a ambas partes contrayentes. Pero el Gobierno masónico de Francia ignoró al Papa y, sin previo entendimiento, sin conversaciones y sin acuerdos preliminares, despreciando las más elementales normas del «derecho de gentes», ignorando *el hecho* de los súbditos creyentes, abrogó *unilateralmente* el Pacto, renegando de su palabra de honor y de la fe jurada.

«Una injusticia gravísima —decía Pío X— seguida inmediatamente por otra todavía más grave.

»Rotos los pactos del Concordato —añadía—, la consecuencia natural habría sido la de dejar a la Iglesia su propia independencia. El Estado no lo ha hecho, sino que ha puesto a la Iglesia bajo el dominio del poder civil, reduciéndola a una condición durísima»[34].

¿De qué manera?

Con la insidia más hábilmente velada bajo el ropaje le-

gal de las llamadas «Asociaciones del culto»: Asociaciones *laicas* en dependencia directa del Estado.

Declaradas las iglesias propiedad de los municipios y considerados los sacerdotes como simples *ocupantes* de las mismas, sin título jurídico, estas Asociaciones debían ocuparse del culto, *excluyendo totalmente cualquier ingerencia de la autoridad de la Iglesia.*

Era subvertir de arriba a abajo la constitución divina de la Iglesia, colocando a los laicos en el lugar de los sacerdotes y a los sacerdotes en el lugar de los laicos.

Con este nuevo crimen, los nuevos «jacobinos» del Sena intentaban poner lazos a la Iglesia para someterla al Estado, negándole toda dignidad con la loca esperanza de tener humillados a sus pies a Obispos y sacerdotes.

El primer Cónsul que hizo pesar su mano de déspota en toda Europa no había llegado a tanto, porque comprendió que en las cuestiones del culto no se podía hacer nada sin ponerse de acuerdo con el Papa. Pero «pedir en aquel momento a los politicastros franceses que tuviesen sólo sentido común era esperar demasiado»[35].

Pero escuchemos a la Encíclica, que continúa así:

«La ley de la separación atribuye la administración y la tutela del culto público no ya al cuerpo jerárquico divinamente instituido por Cristo, sino a las *asociaciones de laicos.*

»A estas asociaciones la ley les exige una forma y les da una personalidad jurídica, en virtud de la cual solo a ellas les corresponderá el uso de las Iglesias y de los edificios sagrados, con la plena posesión de todos los bienes eclesiásticos, muebles e inmuebles; el derecho de disponer de los Obispados, de las Parroquias, de los Seminarios, de regular las colectas, de recibir las limosnas y los legados píos destinados al culto. Y en relación con la jerarquía ni una referencia y ni una palabra.

»La ley establece que estas asociaciones del culto deben ser constituidas basadas en las reglas de organización general del culto, cuyo ejercicio están llamadas a asegurar. Pero se declara expresamente que, en el caso de diferencias o divergencias que pudieran surgir acerca de sus bienes, solamente el Consejo de Estado tendrá competencia para juz-

garlas. Así, pues, estas Asociaciones se encontrarán en absoluta dependencia de la autoridad civil, *excluido cualquier poder sobre ellas por parte de la autoridad de la Iglesia.*

»No es menester demostrar hasta qué punto estas disposiciones ofende a la Iglesia y cuánto se oponen a sus derechos sagrados y a su divina constitución»[36].

* * *

Puesta así en claro la insidia que se dirigía contra la Iglesia de Francia, Pío X, midiendo con su mirada toda la grandeza de veinte siglos de lucha ascética y de luminosos triunfos, irguiéndose en toda la majestad de Jefe Supremo de la Iglesia por encima de todos los reyes y de todas las coronas de la tierra, ante el presente y ante el futuro, con la fuerza indomable de la justicia, que no se doblega ante las insidias de la hipocresía y de la mentira, sentenciaba:

«Conscientes de nuestro deber apostólico, en virtud de la Suprema Autoridad de que Dios nos ha revestido, reprobamos y condenamos la ley que ha sido votada en Francia sobre la separación del Estado y de la Iglesia como *gravemente injuriosa a Dios,* de quien oficialmente reniega al proclamar el principio de que la República no reconoce ninguna religión, la reprobamos y la condenamos, porque *viola gravemente el derecho natural,* el derecho de gentes y la fidelidad debida a los tratados públicos; como *contraria a la divina constitución, a los derechos y a la libertad de la Iglesia* así como a los múltiples derechos de la Iglesia adquiridos ante la nación francesa en fuerza y en virtud del Concordato. Por último, la reprobamos y la condenamos por la ofensa que con ella se infiere a la dignidad de esta Sede Apostólica, a nuestra persona, al Episcopado, al clero y a todo el pueblo católico de Francia.

»Por consiguiente, Nos protestamos solemnemente y con todas nuestras fuerzas contra la propuesta, el voto y la promulgación de la citada ley, declarando que no podrá nunca, en modo alguno, ser alegada o tener valor ante los inmutables e imprescriptibles derechos de la Iglesia»[37].

El Papa terminaba la Encíclica con estas palabras llenas de esperanza divina:

«Tenemos la esperanza, muchas veces verificada, de que jamás Jesucristo abandonará a su Iglesia. Por eso, Nos estamos bien lejos de experimentar el más leve temor por la Iglesia. Su fuerza es divina, inmutable su estabilidad: los siglos lo demuestran victoriosamente»[38].

Nunca hubo condena que sonase tan fuerte, tan justa, tan deseada.

En aquel momento en el reloj de la Iglesia de Francia sonaba una gran hora histórica: la hora de su libertad, una hora de épica grandeza que el mismo Pío X anunciaba a los católicos franceses, invitándoles a ser fuertes en la fe y actuar con extrema valentía, inspirándose en el lema soberbiamente cristiano de su mayores: *Christus amat Francos*[39].

La Iglesia de Francia había roto los lazos de su esclavitud y en adelante ya no recibiría a sus Obispos de París, sino de Roma.

Los catorce Obispos de la «separación»

Los personajillos de París, separando al Estado de la Iglesia, creyeron que podían entonar el himno de triunfo sobre la fuerza del derecho, pero habían perdido el sentido de la realidad, no se dieron cuenta de que su política perseguidora en manos del papa se había convertido en clara política de liberación de cualquier ligadura a un Gobierno que había querido ignorar a la Iglesia.

Sin esperar ya designaciones de París, permisos o *exequatur*, Pío X, en la plenitud del derecho supremo que las leyes de la separación no había podido arrebatarle, nombró inmediatamente catorce Obispos franceses y, el 25 de febrero de 1906 —domingo de Quinquagésima—, rodeado del esplendor de su corte Papal, con la serenidad de los fuertes, bajaba a la Iglesia de San Pedro para consagrarlos por su propia mano y enviarlos al encuentro de nuevas luchas y de nuevas tribulaciones, con estas palabras de inquebrantable fe y de inconfundible esperanza:

«No os he llamado para los honores y para la gloria, sino para las persecuciones y el calvario: os he llamado a una cruz y a una cruz grave y pesada.

»Envidio vuestra suerte. Desearía ir con vosotros para participar en vuestros dolores y en vuestras angustias, para estar a vuestro lado con la palabra de confortamiento divino. Mas, aunque lejos con el cuerpo, estaré siempre junto a vosotros con el espíritu y todos los días nos encontraremos en el Sacrificio divino de la Misa, ante el Sagrario, donde está la fuerza para el combate y los medios seguros para la victoria»[40].

Un espectáculo grandioso y conmovedor que traía a la mente los días duros del séptimo Gregorio y del tercer Inocencio, cuando la fuerza atentaba contra la seguridad de la Iglesia.

Eran los primeros Obispos de la separación, Obispos de espíritu apostólico, orgullosos de llamarse los *Obispos de Pío X*[41].

Al Sanedrín de los enemigos de Dios, que querían echar al cuello de la Primogénita las cadenas de la más humillante esclavitud, Pío X había respondido con el valor y con la libertad e los atletas de Cristo, convirtiendo en un hecho heroico todo lo que en su Encíclica-Programa del 14 de octubre de 1903 había anunciado al mundo:

«La Iglesia, tal como fue instituida por Cristo, debe gozar de plena y completa libertad e independencia de cualquier dominación extraña, y Nos, al reivindicar esta libertad de la Iglesia, no sólo estamos seguros de tutelar los sagrados derechos de la Religión, sino también de proveer al bien común y a la seguridad de los pueblos»[42].

Las asociaciones del culto

La Ley de la separación —como hemos dicho—, en el ejercicio del culto, en la posesión y en la administración de los bienes de la Iglesia contemplaba la institución de asociaciones puramente *laicas* sometidas inmediata y exclusivamente a la autoridad del Estado.

Si el clero, en el plazo de un año desde la promulgación de la ley no hubiera provisto a la constitución de tales asociaciones, todos los bienes de la Iglesia de Francia revertirían inexorablemente en la vorágine del Estado. En este ca-

so, el clero, para sacar adelante su vida y para proveer al culto tendría que extender la mano, como un mendigo cualquiera, a la caridad de los fieles[43].

Se presentaba un dilema terrible: o aceptar las asociaciones del culto o rechazarlas. Aceptarlas quería decir sacrificar la constitución divina de la Iglesia; rechazarlas significaba sacrificar un patrimonio ingente y reducir a la miseria a los 140.000 sacerdotes franceses.

Surgieron discusiones y se encendieron polémicas.

Un grupo de 23 eminentes intelectuales católicos, designados con el nombre de «Cardenales verdes», había llegado a la conclusión de que a la Iglesia no le quedaba más que aceptar a título de *experimento* las asociaciones del culto, como se contemplaban en la ley[44]. Pero el célebre Conde Alberto de Mun —el campeón de la acción social cristiana de Francia— veía en estas asociaciones una espada suspendida sobre la cabeza de la Iglesia de la Primogénita, y advertía:

«No debemos hacernos ilusiones acerca de las intenciones del Gobierno: éste pretende la destrucción de la Iglesia en Francia. Contra el Gobierno y la ley sólo se puede oponer la resistencia. ¿Quién se atreverá a cerrar las iglesias si los católicos no lo quieren?[45].

¿Qué pensaba el Episcopado?

El Episcopado, por sugerencia de Pío X, se había reunido en París en una Asamblea plenaria bajo la presidencia del Cardenal Richard[46] y, desde el 30 de mayo al 1 de junio de 1906, examinó a fondo la cuestión, llegando a la conclusión de un *no* unánime, a excepción de dos votos[47].

Resuelta esta cuestión, se presentó una nueva.

Para salvar de la rapiña del Estado el patrimonio de la Iglesia en Francia, ¿no se podía estudiar un sistema que permitiese transformar las asociaciones del culto en asociaciones que pudiesen responder a las exigencias de la ley y al mismo tiempo a las del derecho de la Iglesia?

Los Obispos lo habían planeado con una mayoría de 45 votos contra 27.

Un error —si bien involuntario—, puesto que un simple correctivo de jurisprudencia no podía cambiar la ley.

Así, mientras el Episcopado en París discutía sobre la

posibilidad de constituir asociaciones de culto *legales* y al mismo tiempo *canónicas*, el Papa, previendo las consecuencias que de ello se podían derivar, estudiaba con los Cardenales prepósitos de los asuntos eclesiásticos extraordinarios la cuestión desde todos los puntos de vista, preguntando la opinión y ponderando las razones de otros que tenían puntos de vista diversos al suyo, tanto más cuanto que eran Cardenales, que, preocupados por la pérdida de los bienes eclesiásticos con que amenazaba la ley y queriendo evitar al clero de Francia días todavía más amargos y oscuros, se inclinaban abiertamente por la aceptación, al menos a título de *experimento* de las «asociaciones del culto»[48].

La decisión se presentaba grave y llena de incógnitas pavorosas. Pero Pío X no se espantó, y a quien se mostraba dubitativo y titubeante acerca del porvenir de la Iglesia de Francia, con su ardorosa fe, le repetía con la calma de los fuertes:

«No temáis. Aunque la Iglesia tuviese que perder en Francia todos sus bienes, os aseguro y os prometo con toda certidumbre que al clero no le faltarán nunca los medios necesarios para el culto divino y para sustentar sus vidas, es más, se duplicarán y se multiplicarán»[49].

La gran negativa

Sostenido por la fuerza de su fe y seguro de la asistencia milagrosa de Dios, Pío X maduraba su decisión en la oración a los pies del Crucifijo[50], porque para él no se trataba de decidir una cuestión de interés o de conveniencia, sino de escoger entre el bien y el mal.

Maduraba su decisión y, seguro de que el Episcopado de toda Francia era un solo corazón y una sola alma con él[51], el 10 de agosto de 1906, con la Encíclica *Gravissimo offici munere*[52], dando «prueba de la iluminada prudencia que nunca falta a los Santos, incluso cuando en su aplicación se produzca un contraste doloroso, aunque inevitable, con los engañosos postulados de la prudencia humana y puramente terrena»[53], pronunció su juicio esperado ansiosamente desde hacía tiempo, y que debía anonadar para siempre las

esperanzas de las sectas de ver a la Iglesia doblegada bajo la violencia de una política enemiga de Dios y de la patria.

Reafirmada la imposibilidad de poder aceptar y reconocer las «asociaciones del culto», tal como la Ley de la Separación la imponía, porque estaban pensadas como deshonra para los sagrados derechos y la divina constitución de la Iglesia, Pío X declaraba:

«Dejadas de lado estas asociaciones que la conciencia de nuestro deber Nos prohíbe aprobar, convendría examinar si es lícito hacer la experiencia, en su lugar, de otro género de sociedades legales y canónicas, como se dice, con el fin de preservar a los católicos de Francia de las graves complicaciones que los amenazan.

»Nada nos preocupa más y nada nos tiene tan angustiados como estas eventualidades, y quisiera el cielo que pudiésemos tener alguna esperanza, aunque fuera débil, de llegar, sin ofensa de los derechos de Dios, a liberar el clero de Francia del temor de tantas y tan crueles pruebas.

»Pero no habiendo, desgraciadamente, esperanzas mientras la ley sea como es, declaramos que *no es lícito hacer pruebas de ninguna asociación* mientras no conste, de modo legal y seguro, que la divina constitución de la Iglesia, los derechos inmutables del Romano Pontífice y de los Obispos, así como su autoridad sobre los bienes necesarios a la Iglesia y particularmente sobre los sagrados edificios, serán tutelados en las dichas asociaciones con toda seguridad.

»Querer lo contrario sería traicionar nuestra misión y querer la ruina de la Iglesia en Francia.

»A vosotros, Obispos, no os queda otra solución que poneros a la obra y estudiar los medios que el derecho reconoce a todos los ciudadanos para la organización del culto religioso. En asuntos tan graves e importantes no os haremos esperar nuestra colaboración. Aunque alejados de cuerpo, Nos seremos siempre con vosotros con el pensamiento y con el corazón, ayudándoos y sosteniéndoos, en toda ocasión, con nuestra autoridad».

Y juzgando capaz de heroísmo al clero de Francia, con la fe que hace milagros, concluía:

«Tomad sobre vosotros valerosamente este peso que os

imponemos movidos por el amor que tenemos a la Iglesia y confiad en la próvida bondad del Señor, el cual, en el momento oportuno —de ello estamos íntimamente seguros— no dejará que a Francia le falte su ayuda y su socorro»[54].

Toda la gloriosa Iglesia de Francia estaba con el Papa en la lucha y en la resistencia.

Los más encendidos partidarios de la Ley de la Separación estaban convencidos de que el Papa se habría contentado con una protesta, pero que después, para evitar la completa expoliación del clero, que se presentaba amenazadora entre las líneas de la ley, no habría tardado en autorizar las asociaciones del culto.

— No se rechazan por las buenas millones de francos —había dicho y repetido con la más absoluta seguridad el manipulador de la Ley de la Separación, Arístides Briand[55], en la sesión del Senado de 23 de noviembre de 1905[56].

Pero el laicismo francés que quería enviar a la guillotina a la Iglesia de la Primogénita se había equivocado, porque no había caído en la cuenta de que la Iglesia sufre con el perseguido divino, pero no mercadea con la sinagoga del enemigo de Cristo; porque, renegando una historia de 20 siglos, no había caído en la cuenta de que la Iglesia de Cristo deshacía vientos y tempestades con la cabeza erguida hacia el cielo imperturbable de los milenios.

No había comprendido que el Papa, que había subido al Pontificado tembloroso y bañado en lágrimas, representaba a la Iglesia, reasumía su fuerzas y su libertad.

La Iglesia de Francia perdería todos sus bienes. Pero ¿qué importaba si seguía siendo reina y no esclava?

Pío X sentía que las transigencias y los compromisos, aunque sean saludados por el aplauso de las multitudes, son errores que salvan las apariencias pero matan el espíritu, por eso no temió; no se preocupó por las opiniones parciales ni por los Gobiernos; despreció con impertérrita firmeza cualquier desquite vil, y, poniendo por encima de todo cálculo humano los intereses de Dios, rechazó las asociaciones del culto y rehusó el oro de la traición cuando otros, en sus cortas e imprecisas vistas, aconsejaban la retirada estratégica o la rendición discrecional, como si no hubiese otra salida más que la derrota y el servilismo.

La Ley de la Separación que había nacido muerta, porque había sido urdida unilateralmente sin entendimiento con Roma, ya estaba enterrada.

Fue un golpe para el tortuoso y poco hábil Gobierno de París, que creía tener en un puño los destinos de todo el clero de Francia.

— Lo habíamos previsto todo menos lo que ha ocurrido: la negativa de Pío X de aceptar las leyes del culto —comentaba por aquellos días amargamente Clemenceau[57], mordiendo el polvo de la derrota.

Echada por tierra la maquinación de las asociaciones del culto, el Gobierno «separatista» se lanzó inmediatamente contra el «Soberano extranjero» que imperaba sobre las conciencias; intimó sin dignidad al viejo Cardenal Richard para que abandonase su palacio; invadió y registró, conculcando todo principio y todo derecho civil los archivos de la Nunciatura Apostólica[58], pasando inmediatamente a conquistar todos los bienes de la Iglesia de Francia, al mismo tiempo que profanaba las iglesias, arrojaba a los Obispos de sus Sedes, arrancaba a los clérigos de sus Seminarios y despojaba al clero de todo derecho, sin investigaciones, sin defensa, sin juicio[59].

El clero francés había sido despojado del derecho a la vida, pero no del orgullo de arrojar a la cara de sus expoliadores el mordiente desafío: «Pío X ha roto nuestras cadenas, somos pobres, pero somos libres»[60].

La reacción de los católicos no se hizo esperar. Estalló unánime, universal, y hubo episodios ignorados de heroísmo y episodios de extrema violencia[61].

La palabra de la reivindicación

Bajo el apremio de los graves acontecimientos que se desarrollaban en el furor de la persecución, el 6 de enero de 1907, Pío X hacía oír su voz por tercera vez con una Encíclica, en la cual reivindicaba los bienes de los cuales el clero francés había sido despojado, y rebatía con digna fiereza la innoble calumnia que hacía recaer sobre el Papa las culpas de haber incitado a los católicos a la resistencia, suscitando la guerra religiosa[62].

Expresaba con acento conmovido la parte vivísima que él tenía en todos los sufrimientos y en todos los dolores de los católicos y el consuelo que sentía al ver su concordia y su unión con la Sede Apostólica —prenda de victoria segura y de indefectible triunfo—, desmentía la maligna acusación de que hubiese sido la Iglesia la que provocara la reacción del pueblo.

«¡Extraña acusación ésta! La Iglesia —escribía Pío X— fundada por Aquel que vino a este mundo para pacificar y reconciliar al hombre con Dios, anunciadora de la paz sobre la tierra, no podía desear la guerra sin repudiar su sublime misión y sin mentir a los ojos de todo el mundo. Por el contrario, la Iglesia es y ha sido siempre fiel a su misión de mansedumbre y de amor paciente. Por lo demás, a estas horas ya no hay en el mundo quien no sepa que si la paz de las conciencias ha sido rota, eso no ha ocurrido por culpa de la Iglesia, sino de sus enemigos. Si hoy se lucha en las amadas tierras de Francia, no es porque la Iglesia haya levantado el estandarte de la guerra. Esta guerra le ha sido impuesta y ella la está soportando desde hace 25 años. Esta es la verdad»[63].

Después de estas acusaciones, que recaían sobre todos los Gobiernos que se había sucedido en Francia desde 1880, Pío X protestaba enérgicamente contra la atroz rapiña, de la que la Iglesia de Francia estaba siendo víctima.

«¡No! —exclamaba con la fuerza de Dios el Papa Santo—. La Iglesia no desea y no quiere la guerra religiosa, porque la persecución es una injusticia. La Iglesia no ha abandonado sus bienes: bienes del culto, bienes de los pobres, bienes de los difuntos[64]. Todos estos bienes les fueron arrancados con violencia. La verdad es ésta: la Iglesia, colocada pérfidamente ante la alternativa de escoger entre una ruina material y una inadmisible ofensa a su divina constitución, ha rechazado incluso a costa de la pobreza, y sigue rechazando y rechazará siempre. Declarar —añadía— vacantes los bienes eclesiásticos, si la Iglesia dentro de un plazo determinado de tiempo no ha provisto a la creación de un nuevo organismo en condiciones manifiestamente contrarias a la divina constitución de la Iglesia; atribuir esos bienes a terceros, igual que si se tratase de cosas sin

dueño y afirmar que el Estado no expolia a la Iglesia, sino que dispone de bienes que ella ha abandonado, es añadir la burla a la más cruel e inicua expoliación. Si el Estado lo hubiese querido, fácil le habría sido no someter las asociaciones del culto a condiciones en directa oposición a la constitución divina de la Iglesia. Sin embargo, se ha hecho todo lo contrario»[65].

Pío X terminaba su Encíclica con una declaración en la que la elocuencia iba de la mano con la magnanimidad de la fe que la había inspirado y con la firmeza de corazón que la había dictado.

«Inútilmente los autores de la ley, después de habernos puesto en la pura necesidad de rechazarla, viendo los males que ellos mismos han atraído sobre la patria, buscarán la manera de engañar a la opinión pública, intentando hacer caer toda responsabilidad sobre Nos, pero su intento no tendrá éxito.

»Nos no habíamos podido actuar de otra manera sin gravísima ofensa de nuestra conciencia, sin traicionar el juramento prestado al subir a la Cátedra de Pedro, sin violar la jerarquía católica. Por ello, esperamos sin temor el juicio de la historia. Ella dirá cómo Nos no teníamos la intención de humillar de ningún modo al poder civil, ni de combatir una forma constituida de Gobierno, sino que sólo habíamos provisto a salvaguardar la obra intangible de Cristo.

»La historia dirá también que Nos hemos con toda nuestra fuerza defendido a la Iglesia de Francia en su jerarquía, en la inviolabilidad de sus bienes, en su libertad. Si nuestra petición hubiese sido escuchada, la paz religiosa no habría sido perturbada en Francia. Esto dirá la historia y dirá que la paz renacerá el día en que nuestra voz sea escuchada.

»La historia dirá también que si Nos, seguros de la magnánima generosidad del pueblo francés, no hemos dudado en anunciarle la hora de los sacrificios, hemos hecho esto para recordar al mundo que el hombre debe alimentar en su corazón preocupaciones más elevadas de las que se refieren a las contingencias pasajeras de esta vida, y que la alegría suprema, la alegría inviolable del alma humana en esta tierra es el deber sobrenatural cumplido a cualquier costo, Dios honrado, servido, amado sobre todo y contra to-

do a pesar de cualquier pena y de cualquier contrariedad»[66].

* * *

Los Obispos acogieron la palabra del Papa con conmovedor y unánime espíritu de obediencia y de entusiasmo, y redactaron inmediatamente un noble mensaje, en el que aseguraban al Papa que estaban dispuestos a la miseria y al hambre, antes de inclinarse a la burocratización de la traición y a la esclavitud del espíritu[67].

Poco después el mensaje estaba en manos del Papa.

Lo había llevado el notable escritor Camilo Bellaigue, el cual describe así el momento de la audiencia que tuvo con Pío X.

«Son las 11 de la mañana del 18 de enero de 1907. El sol inunda la estancia donde tantas veces he tenido ya el honor de un augusto coloquio.

»El Papa abre el pliego que le he entregado y empieza a leer. Sigo el movimiento de los labios y la emoción del rostro. Hace signos de asentimiento. Los ojos le brillan de lágrimas.

»Terminada la lectura, con voz profunda murmura: hermoso, hermosísimo.

»Hablamos de su Encíclica y al fin el Papa dice:

»Sólo la ley de Dios tiene importancia. Nos no somos diplomáticos, sino que nuestra misión es la de defender la Ley de Dios, y ante la Iglesia divinamente instituida por Jesucristo, ninguna potencia terrena puede inducirnos a ceder sus derechos que son imprescritibles, su jerarquía que es sagrada, su libertad que es inviolable. Lo sé —añadía con voz que no conocía el temor ni la vacilación— que hay quienes se preocupan por los «bienes» de la Iglesia, pero yo me preocupo por el «bien» de la Iglesia. Perdemos las iglesias, pero salvamos a la Iglesia: se consideran demasiado sus «bienes» y demasiado poco su «bien»[68].

»Después, concluyendo, exclamó:

»—Decidle al Cardenal Richard que del Episcopado de Francia no podía yo esperar nada mejor»[69].

En esos momentos bajo el cielo de Francia se encendían

las luces del pensamiento cristiano y las llamas de la fe.

Los católicos comprendieron el sublime gesto de Pío X y, elevándose hasta las alturas de la generosa caridad de los primeros cenáculos del Cristianismo, se ocuparon ellos mismos del esplendor del culto, del decoro de sus Obispos, de sustentamiento de su sacerdocio, de la vida de sus escuelas, de sus Seminarios y de sus hospitales, escribiendo unas páginas de historia digna de la fe de la vieja Francia de Luis IX y de Juana de Arco[70].

Era la respuesta inconfundible que la Providencia divina daba a los pusilánimes de los primeros momentos, que, en el heroico valor y en la admirable fe de Pío X imaginaban una temeridad y un peligro para el fuerte clero de la Primogénita[71].

Pío X había llevado a cabo el verdadero *experimento* honrado de las asociaciones del culto.

«La batalla había sido dura —escribía un eminente Estadista—, pero el Papado, después de siglos, reconquistó sobre el clero de Francia su supremacía»[72].

Siempre fue así en el historia de la Iglesia: las persecuciones prepararon las apoteosis de la vida, de las tinieblas surgieron amaneceres divinos, los verdugos entretejen la gloria de los mártires y con las piedras arrojadas contra el Cristo de Dios, la Providencia divina levanta las Basílicas del triunfo y las Catedrales sagradas a las victorias de Dios.

Por eso, *Le Temps* de París —el diario más importante del protestantismo francés—, el día siguiente de la muerte de Pío X, rindiendo homenaje a la verdad, escribía:

«Pío X no tuvo nunca en cuenta los elementos que ordinariamente determinan las decisiones humanas. Siempre estuvo por encima de su terreno: en el terreno de lo *divino*. Porque se inspiró siempre únicamente sólo en su fe y en la realidad del poder y de la soberanía del espíritu, por eso no temió afirmar que nada puede faltar a la Iglesia para vivir y para combatir, con tal de que sea libre y siga siendo siempre lo que es»[73].

El himno de acción de gracias

Si el espectáculo de unión y concordia que el generoso pueblo de la Primogénita ofrecía ante el mundo civil en una de las más calamitosas horas de su historia, al venir en ayuda de su clero reducido a mendigar un techo y un pedazo de pan, ponía en los labios del Episcopado francés un himno de reconocimiento a Pío X, proclamándolo «salvador de la Iglesia de Francia»[74], de los labios augustos de Pío X subía hasta Dios un himno de acción de gracias.

Así, el 19 de noviembre de 1908, ante una muchedumbre de peregrinos que había acudido de Francia, el Papa Santo así expresaba su himno:

«No cesaré nunca de dar gracias a Dios por haberme inspirado el consejo de decir a mis hijos de Francia: seguidme en el dolor; mi único sentimiento es no estar con vosotros para sufrir y combatir juntos la batalla de Dios, porque de vuestro país me han llegado las más hermosas consolaciones, cuando Francia se ha mostrado verdaderamente la hija Primogénita de la Iglesia, no sólo con palabras, sino con el más espléndido de los hechos. He dicho a los Obispos de Francia: abandonad vuestros palacios, alejad los jóvenes, esperanza de vuestra Iglesia, de los Seminarios, no aceptéis nada de quien quiere hacer esclava a la Iglesia, ni siquiera un céntimo que sea ofrecido para calmar vuestra hambre; en vuestras tribulaciones, en vuestro dolor, mirad solamente a Jesucristo, despojado de todo, desnudo, crucificado; pocos días después triunfó de la muerte y a vosotros igualmente el triunfo no os faltará. De este modo, estos queridos hijos permanecieron fieles en el llanto y en la desolación, vieron a sus hijos salir de los Seminarios, amados asilos de su piedad; vieron a las Hermanas de la Caridad arrancadas de la cabecera del lecho de los enfermos en cuya asistencia tantos méritos habían cosechado; vieron a las Congregaciones religiosas, beneméritas en la educación de la juventud, constreñidas a abandonar la patria y a buscar asilo en países extranjeros, mientras la madre desnaturalizada los expulsaba.

»Todo esto vieron, y juntos dieron ejemplos de un hecho nuevo en la historia de la Iglesia.

»Todos los Obispos, sin exceptuar ni uno solo, escucharon la palabra del Papa como la de Dios, y todos los sacerdotes escucharon con respeto y obediencia la palabra de los pastores de sus Diócesis, y los fieles decían con una sola voz: contad con nuestras fuerzas y con nuestra generosidad. No tendréis suntuosos palacios, pero tendréis un lugar donde reposar; no tendréis Seminarios cómodos y espaciosos, pero tendréis un lugar donde educar a vuestro clero; no tendréis ya a los religiosos y a las monjas, pero los fieles los sustituirán en su apostolado; no tendréis ya vuestras asignaciones, pero no os faltará la ayuda para los gastos del culto.

»Cuánto he llorado el *Miserere* por las vicisitudes de la Iglesia de Francia, pero también he tenido que entonar el *Te Deum* de la consolación cada vez que he pensado en los sacrificios que los fieles franceses soportan por amor a la Iglesia: es siempre el *Te Deum* de la alegría y de la gratitud el que yo debo cantar»[75].

La voz de la esperanza

Una vez más, el Papa Santo no había dudado de los destinos de la Primogénita de la Iglesia.

Por eso, cada vez que hable de Francia, olvidando amarguras antiguas y nuevas ingratitudes, su voz será una voz de fe y una voz de esperanza[76]. Todavía llorará los errores de la gran extraviada, pero su llanto tendrá la belleza y la pasión de un vaticinio.

«El pueblo —dirá con corazón profético— que ha hecho alianza con Dios en la fuente bautismal de Reims, volverá arrepentido a su vocación. No quedarán impunes las culpas, pero no perecerá la hija de tantos méritos, de tantos suspiros y de tantas lágrimas.

»Llegará un día, y esperamos que no muy lejano, en el que Francia, como Saulo en el camino de Damasco, será rodeada de una luz de lo alto y oirá una voz que le repetirá: «Oh hija, ¿por qué me persigues?». Y al responder ella: «¿Quién eres tú, Señor?», la voz añadirá: «Soy Jesús a quien tú persigues: duro es para ti dar coces contra el agui-

jón, porque con tu obstinación te arruinas a ti misma». Y ella temblando y atónita dirá: «¿Señor, ¿Qué quiéres que haga?» Y él: «Levántate inmediatamente, lávate las suciedades que ta han manchado, despierta en tu interior los sentimientos adormecidos y los pactos de nuestra alianza y ve, hija primogénita de la Iglesia, nación predestinada, a llevar como en el pasado mi nombre ante todos los pueblos y los reyes de la tierra»[77].

Palabras proféticas a las que el porvenir iba a responder obediente[78].

X. INICIATIVAS Y REFORMAS

«Pío X irradiaba lo sobrenatural, cuando pidió al clero y al laicado ese espíritu de fe y de piedad que debe ser el alma de toda la vida cristiana».
LOS OBISPOS PIAMONTESES
1923

De León XIII a Pío X

El programa que Pío X había desarrollado con firme valor y no menos energía, como Obispo, en los reducidos límites de dos Diócesis, iba a extenderlo a la Iglesia universal con iniciativas y reformas que, ellas solas, bastarían para señalar la impronta vigorosa de un Pontificado.

León XIII en su Pontificado, tan largo como espléndido, había pensado en reformas, pero a causa de las circunstancias de los tiempos, había tenido que trabajar más en el terreno intelectual que en el terreno de la vida práctica.

Se encontró ante una sociedad desorganizada, porque tenía corrompidos los principios. El liberalismo y las sectas habían hecho aquello que hicieron los filósofos franceses, es decir, habían asaltado furiosamente el ideal cristiano. Por eso, el gran Papa había tenido que dedicarse principalmente a devolverle el prestigio a la doctrina de Cristo, señalando su necesidad y su influencia para todas las clases de la sociedad, restaurando las ciencias con el estudio del pensamiento del gran Aquino[1]; la política, recordando a monarcas y a súbditos los orígenes y deberes de la autoridad[2]; la familia, despertándola a la santidad del matrimonio[3]; las condiciones religiosas y económicas de los

trabajadores, afirmando el valor social del Evangelio[4], sin omitir —para no callar nada— el ensalzar el prestigio de la verdad que no teme investigaciones desapasionadas, abriendo a los estudiosos los archivos vaticanos[5], y por medio de relaciones amigables con los Estados más modernos rodeó al Pontificado de honores soberanos.

Este inmenso trabajo produjo sus frutos en la vida práctica. Pero, como es más fácil destruir en una hora que levantar y construir, todavía quedaba mucho por hacer cuando León bajaba a la paz del sepulcro.

Pío X llegaba en buen momento no sólo para conservar lo que León XIII había reconstruido sino para restaurar, él también, todas las cosas en Cristo, con iniciativas nuevas y nuevas reformas, tal como las exigían los tiempos y las necesidades del momento.

La formación del clero joven

A nadie se le oculta que si el destino religioso y moral de los pueblos depende en gran parte de los sacerdotes, el porvenir del sacerdote depende de la educación y de la formación que haya recibido.

En el turbio clima creado por la inconcebible audacia de las negaciones del modernismo, que tuvo la inconcebible osadía de querer renovar la Iglesia, adaptando sus doctrinas a las corrientes del siglo, el pueblo tenía necesidad de la verdad, no de palabras con estilo solemne ni de argumentos académicos; tenía necesidad de ser confirmado en su fe, de profundizar en el conocimiento del catecismo, de ser acercado a Dios por una vida digna y cristianamente divina.

Urgían sacerdotes que supiesen defender y propagar la verdad, pero que al mismo tiempo se recogieran junto al altar, a los pobres, a los enfermos, a los desconsolados, confortándoles con obras de misericordia y de piedad.

Era, pues, evidente que Pío X, con su continua preocupación de devolver a todos los sectores de la Iglesia el sentido de lo sobrenatural, tuviese, como condición preliminar e insustituible, que partir de la formación del clero, comen-

zando por poner al frente de las Diócesis Obispos que uniesen a la santidad de vida el vigor de una sana doctrina y el espíritu de abnegación y de sacrificio[6].

«Estimulemos al sacerdocio en santidad de vida y en pureza de doctrina —había dicho en su primera Encíclica— y entonces todo el pueblo se formará en Cristo»[7].

Por eso, enseñado por una larga experiencia de que, sin un clero docto y eficiente, la prometida restauración de toda cosa en Cristo permanecería letra muerta, desde los primeros días de su Pontificado puso su pensamiento vigilante y su corazón intrépido en los Seminarios —alma y vida de las Diócesis—, con la seguridad de que de una seria reforma de éstos, se conseguiría tener un clero que estaría en la vanguardia de la ciencia con la integridad de la doctrina y en la vanguardia de la santidad con la intachabilidad de las costumbres, verdaderamente capaz de formar a Cristo en las almas y en la vida del pueblo[8].

* * *

Por este motivo, para conocer a fondo cómo funcionaba cada uno de los Seminarios, y las deficiencias en la formación del clero joven, el 7 de marzo de 1904, ordenó la Visita Apostólica a todas las diócesis de Italia[9].

De los informes de los Visitadores Apostólicos se obtuvieron datos que eran todo menos alentadores:

«De estos informes —así escribía el Santo Pontífice— he llegado al conocimiento de que en muchos Seminarios se está bien lejos de alcanzar el objetivo por el que han sido erigidos, a causa de la pequeñez de las diócesis, de la falta de medios materiales y, especialmente, por la imposibilidad en que se encuentran los Obispos para encontrar Directores y Profesores adecuados para la buena educación e instrucción de los aspirantes al sacerdocio. No se pueden hacer maravillas, porque es imposible que tengan un número suficiente de alumnos, y menos todavía los necesarios Profesores, las diócesis que cuentan apenas treinta o cuarenta mil almas, sin contar aquellas (y son muchas) que tienen un número aún más pequeños»[10]:

Y exhortando a los Obispos para que se pusiesen de

acuerdo «para la concentración de los Seminarios de aquellas diócesis que no podían proveer de modo conveniente a la educación del clero joven»[11], tuvo un gesto de genio que causó la admiración incluso de los más adversos a las instituciones de la Iglesia: la concentración de los pequeños Seminarios diocesanos en grandes Seminarios regionales, que fuesen verdaderamente cenáculos de espíritu sacerdotal, de estudios exigentes y de firme disciplina[12].

Esta era la mente del Papa reformador, que entendía bien los Seminarios.

Pero ¡cuántas dificultades, cuántas resistencias y cuántas oposiciones no hubo de superar!

Ningún Obispo quería ceder su pequeño Seminario y ninguna pequeña diócesis quería ceder su pequeña joya engastada en el oro viejo de una tradición secular. Mas el Papa que, como Obispo, con un clero docto y santo, había cambiado la faz de las diócesis no se doblegó por temores a veces fundados, por protestas a veces justas, ni por tradiciones que parecían sagradas e inviolables, sino que con firmeza quiso y mantuvo su voluntad, sin dejar de reconocer excepciones en sitios donde los Obispos podían garantizar seriedad en los estudios, dignidad de disciplina y posibilidades económicas[13], y, prosiguiendo con energía y valor crecientes en su emprendida reforma, ordenó a la Sagrada Congregación de Obispos y de Regulares que elaborase, con criterios de sabio modernismo, un amplio programa de estudios, que debería ser como la *ratio studiorum* de todos los Seminarios de Italia, sin dejar de señalar normas concretas para la educación y la disciplina de los aspirantes al sacerdocio[14], con la certeza de que allí donde este programa fuese concienzudamente seguido y estas normas fuesen observadas, se tendría un clero tal y como él lo deseaba: «un clero cada vez más digno de su santa y sublime misión de santificar las almas y a mayor gloria de Dios»[15].

Los Obispos no tardaron en comprender la firme voluntad del Papa, y pronto las diócesis estuvieron orgullosas de tener un buen grupo de sacerdotes convenientemente adoctrinados en las ciencias sagradas y profanas, preparados para cumplir con dignidad y decoro sus múltiples deberes, dispuestos al más completo sacrificio de sí mismos para la

salvación de las almas, tanto en las grandes ciudades como en los más humildes villorrios.

Era un consuelo para el corazón de Pío X, que por medio de la Sagrada Congregación Consistorial, el 16 de julio de 1912, podía decir a los Obispos de Italia:

«Las Visitas Apostólicas hechas recientemente a los Seminarios de Italia han puesto de manifiesto que, por el solícito y vigilante cuidado de los Ordinarios, la situación de los Seminarios, gracias a Dios, ha mejorado tanto en todos ellos, que nos hace concebir las mejores esperanzas para el futuro»[16].

Así, al inaugurarse poco después el Seminario Mayor Romano, que él había deseado a la sombra del Laterano[17], con no menor alegría y consuelo, aunque presagiando la oleada de sangre que estaba a punto de desencadenarse sobre Europa, el 16 de febrero de 1913, pudo volver a escribir:

«En medio de la gran tristeza de la hora presente y en vísperas —Dios no lo quiera— de males mayores, encuentro un dulce consuelo en el buen éxito de los Seminarios. La solicitud y la abnegación de los Superiores, la perfecta ortodoxia de los Profesores, la docilidad de los alumnos y la escrupulosa aplicación de todos al cumplimiento de sus propios deberes, anuncian para la Iglesia un feliz porvenir. Los sacerdotes que salgan de nuestros Seminarios, aun cuando se cumpliese el oscuro presagio de males mayores para la sociedad, estarán a la altura de su ministerio. Entregados a la pobreza, a las persecuciones y a peligros de toda clase, incluso en medio de las pruebas más duras y de las ruinas más desoladoras, permanecerán cada vez más pegados a la Iglesia, fieles a las obligaciones de su divina misión. Sufrirán con paciencia, y Dios y los hombres compensarán su fe y su valor, y harán resplandecer el sol después de una noche de borrasca»[18].

* * *

Pío X comprendía demasiado bien que el sacerdote, para estar a la altura de su misión, tenía que acompañar de una vida santa el cultivo de su mente, y le consumía una continua solicitud y una continua pasión por que la Iglesia

tuviese un clero bien impuesto en el estudio de la ciencia no menos que en las virtudes[19].

Por eso, ya desde su primera Encíclica de 4 de octubre de 1903, exhortaba a los Obispos a que en nada tuvieran mayor empeño que en «formar a Cristo en quienes por vocación divina están destinados a formarlo en los demás»[20], concentrando toda su solicitud —olvidando cualquier otra preocupación— en sus Seminarios, con el fin de que en éstos floreciera la integridad de la doctrina, así como la santidad de costumbres, recordándoles que el pueblo sería tal y como fueran los sacerdotes que en los Seminarios se educaran[21].

Así, el 5 de mayo de 1905, escribiendo al Cardenal Patriarca de Lisboa, advertía que los Seminarios, donde se forman los sacerdotes, tenían que ser como los quería el Concilio de Trento[22]: «asilo de buenos estudios y cenáculos de piedad»[23].

Por eso, en su carta Enciclica *Pieni l'animo* a los Obispos de Italia, de 28 de julio de 1906, lleno de emoción amonestaba:

«Volvamos a insistir con todas las fuerzas en lo que tantas veces hemos recomendado, acerca del gravísimo deber que os corresponde delante de Dios de vigilar y de promover con toda solicitud la buena marcha de nuestros Seminarios. Los sacerdotes que tengáis, serán tales como los hayáis educado, teniendo presente que los Seminarios están destinados exclusivamente a preparar a los jóvenes no para una carrera civil, sino para la alta misión de ser ministros de Dios»[24].

Insistiendo en este pensamiento, añadía:

«Los Obispos ejercitan la más escrupulosa vigilancia sobre la aceptación de los jóvenes, sobre el desarrollo de su vocación, sobre sus relaciones con otras personas, y también sobre sus lecturas. Deben ser exigentes en sus indagaciones y rigurosos en los escrutinios antes de promoverlos a las Ordenes sagradas, convencidos de que el sacerdocio, instituido por Jesucristo para la salvación de las almas, no es una ocupación o un oficio humano cualquiera, al que cualquiera pueda dedicarse libremente por cualquier razón.

»Por eso, en todos los Seminarios no debe faltar el director espiritual, que ha de ser un hombre de prudencia no ordinaria, experto en las cosas de la perfección cristiana, capaz de cultivar sin descanso y con todo cuidado a los jóvenes en una piedad sólida que es el primer fundamento de la vida sacerdotal»[25].

* * *

La finalidad a la que Pío X intentaba llegar era de la máxima importancia: el ministerio sacerdotal para la salvación de las almas.

Ya lo había dicho claramente en su primera Encíclica de 4 de octubre de 1903:

«Estimamos dignos de alabanza los sacerdotes jóvenes que siguen estudios de ciencias útiles en cualquier campo de la sabiduría, para hacerse más instruidos en la guarda de la verdad y rechazar mejor las calumnias de los odiadores de la fe. Sin embargo, no podemos ocultar, antes al contrario lo manifestamos abiertamente, que serán siempre nuestros predilectos quienes, sin menospreciar las disciplinas sagradas y profanas, se dedican ante todo al bien de las almas buscando para sí los dones que convienen a un sacerdote celoso por la gloria de Dios»[26].

En su larga experiencia se había encontrado con no pocos sacerdotes santos, pero también había aprendido a conocer vocaciones sacerdotales de fe débil, vacilantes entre el honor del sacerdocio y las corrienes demoledoras del siglo. Por eso, el 5 de mayo de 1904 recomendaba calurosamente a su Cardenal Vicario la formación del clero joven.

«Para hacer reinar a Jesucristo en el mundo —escribía— ninguna cosa es tan necesaria como la santidad del clero, porque con el ejemplo, con la palabra y con la ciencia debe ser guía de los fieles que serán siempre tal y como sean los sacerdotes: *sicut sacerdos, sic populus.*

»De ahí surge la clara necesidad de que los llamados por el Señor, ya desde los primeros años sean no sólo informados en esta piedad y en esta doctrina que les harán sal de la tierra y luz del mundo, sino que también hayan meditado y practicado la santidad debida bajo una vigilante observa-

ción y una cuidadosa disciplina en los Seminarios, en los que se preparan los operarios que deberán cultivar la viña del Señor y se adiestran los atletas valientes que deberán sostener las batallas de Dios»[27].

Ya fuera que hablase o que escribiese, su más insistente preocupación consistía en que el clero —especialmente el clero joven— creciera en el recogimiento y en la oración, en el amor al estudio y en la santidad de costumbres, manteniéndose alejado del espíritu del mundo[28], sin abismarse en las cosas terrenas, «no tomando parte en asociaciones que no dependieran de los Obispos»[29], «sin conceder excesiva importancia a los intereses materiales del pueblo, para no correr el peligro de olvidar los bastante más graves de su sagrado ministerio»[30], y siempre mandaba que los clérigos y los sacerdotes jóvenes que vivían en Roma por razones de estudio, entrasen inmediatamente en un Seminario o en un Colegio eclesiástico, para que las ideas y las disipaciones del mundo no viniesen a oscurecer la santidad de su vocación[31].

Por eso, después de haber encarecido a los Obispos que fuesen muy cautos en confiar a los jóvenes sacerdotes las obras de apostolado, sino que solamente las confiasen a quienes hubieran demostrado docilidad de espíritu a las órdenes que les daba la Iglesia, para no correr el riesgo de ver el campo de Dios revuelto con discordias y con competiciones de partidos mundanos[32], recordaba:

«El sacerdote, elevado sobre los demás hombres para cumplir la misión que tiene designada por Dios, debe mantenerse igualmente por encima de todos los intereses humanos, de todos los conflictos, de todas las clases de la sociedad. Su campo es la Iglesia, donde, siendo embajador de Dios, predica la verdad e inculca, con el respeto de los derechos de Dios, el respeto a los derechos de todas las criaturas. Obrando así, no se verá sometido a ninguna contradicción, no aparecerá como *hombre de parte;* y, para evitar el choque con determinadas tendencias o para no irritar con polémicas los ánimos exaltados, no se pondrá en el trance de tener que disimular la verdad o de silenciarla, faltando así en uno y otro caso a sus deberes, esto sin decir que, al tener que tratar con frecuencia de cosas materiales, podría

verse envuelto en obligaciones dañosas para su persona y para la dignidad de su augusto y sagrado ministerio»[33].

* * *

Mas el documento que resume toda su pasión por una sólida formación del clero, según el espíritu de Dios, es la clásica exhortación que el 4 de agosto de 1808 dirigía a todos los sacerdotes del mundo católico, en recuerdo de su jubileo sacerdotal, invitándoles a elevarse hasta aquella divina atmósfera de la que él mismo vivía y en la que se movía[34].

Su Secretario de Estado, el Card. Merry del Val, recordaba que por la mañana, cuando entraba en el estudio del Santo Pontífice para la acostumbrada audiencia, lo encontraba ocupado escribiendo las páginas bellísimas de este «preciso y completo programa de santidad sacerdotal»[35].

Se veía claramente su deseo de que aquella Exhortación resultase completa, práctica, convincente. Debía ser como su testamento, el regalo supremo que expresase los latidos de su corazón y las vibraciones de su alma por la santificación de toda la inmensa familia sacerdotal[36].

Aquí, en estas páginas de fe cálida, inspiradas en los supremos maestros de la Iglesia, que fueron incomparables educadores del clero, los sacerdotes debían econtrar dibujada con amplitud de pensamientos la santidad de vida que exige su excelsa dignidad de embajadores de Cristo y «sin la cual es vano todo ministerio sacerdotal»[37].

Aquí se indican los medios que llevan a conseguir la santidad sacerdotal, como son la oración, la meditación de las grandes verdades de la fe, la lectura de libros santos, el examen de conciencia, el amor a la piedad y al recogimiento de la mente y del corazón[38].

Aquí se recuerdan las virtudes que deben brillar en los sacerdotes de modo principal, entre las cuales se destacan la pureza de costumbres y una inmensa caridad hacia quienes yerran, quienes sufren, quienes están atribulados y quienes se sienten abandonados[39].

Aquí encontramos las efusiones del corazón del Pontífice Santo, que se santificaba a sí mismo, para que fuese santo todo el clero —especialmente el clero joven—, al que él

quería ver educado en los grandes ideales de la santidad de vida, de una ciencia operativa y de una incondicional obediencia a la Iglesia y a las órdenes del Papa.

En un tiempo en el que el Modernismo ya había violentado las puertas del santuario, introduciendo entre las filas del clero el soplo del orgullo, de la independencia y de la rebelión[40], nada más natural ni más lógico que el Padre, Maestro y Pastor universal de las almas insistiese continuamente en la más absoluta obediencia al Papa, «que si bien es absolutamente obligatoria para todos los fieles —como él mismo hizo observar a los Obispos de Italia—, para los sacerdotes constituye parte principal de su sagrado deber»[41].

Repitiendo advertencias precedentes, el 18 de noviembre de 1912, hablando a los sacerdotes de la Unión Apostólica, volvía otra vez a repetir:

«Amad al Papa, no con palabras, sino con toda verdad y sinceridad. Cuando se ama al Papa, no se hacen distinciones en torno a lo que él dispone o escribe, o hasta dónde deba llegar la obediencia y en qué cosas se deba obedecer. Cuando se ama al Papa no se dice que no ha hablado bastante claro, como si estuviese obligado a repetir al oído de cada uno la voluntad claramente expresada tantas veces no sólo de palabra, sino con cartas y otros documentos públicos; no se ponen en duda sus órdenes, aduciendo el fácil pretexto, para quien no quiere obedecer, de que no es el Papa quien manda, sino quienes le rodean; no se acota el campo en el que él pueda y deba ejercitar su autoridad; no se antepone a la autoridad del Papa la de ninguna otra persona, por muy docta que sea, que disienta del Papa, la cual, si es docta, no es santa, porque quien es santo no puede disentir del Papa»[42].

Sólo Pío X, que durante toda su vida de sacerdote y de Obispo había sido siempre apologista incomparable del Papa, y al Papa le había rendido siempre un culto como de cosa sagrada[43], podía hablar así y acabar su vida con la más apasionada de sus exhortaciones: la obediencia al Papa.

El 27 de mayo de 1914 —tres meses antes de morir—, en su última alocución consistorial pronunciaba estas serias palabras, que resumían como su testamento supremo:

«En un tiempo, en el que con mucha facilidad se pone buena cara y se adoptan determinadas ideas de conciliación de la fe con el espíritu moderno, ideas que llevan no sólo al debilitamiento de la fe, sino a su pérdida total, siento la necesidad de tener defensores de las sanas doctrinas, de maestros de la verdad, de pregoneros de los deseos concretos del Papa.

»Predicad a todos, pero especialmente al clero, que es precisamente en la discordia acerca de la doctrina y en las discusiones donde Satanás gana sus triunfos y domina a los redimidos. Para conservar la unión en la integridad de la doctrina decid solemnemente que son hijos devotos del Papa quienes obedecen a su palabra y la siguen en todo, y no aquellos que estudian el modo de eludir los deseos expresados en esas palabras con arbitrarias interpretaciones o atribuyénoles un significado totalmente contrario al que quiere el Papa, considerando como aprobación su prudente silencio»[44].

El canto y la música litúrgica

Pío X, con la reforma de la Música Sacra en Mantua y en Venecia[45], había llevado al movimiento litúrgico el testimonio profundo de la espiritualidad católica y la voz de las exigencias de la conciencia cristiana.

Elevado al Pontificado, no fue sorprendente que la música sacra tuviese parte en su programa *restaurador de todas las cosas en Cristo.*

La Música Sacra —como hemos dicho y repetido— estaba en decadencia: el ritmo puro gregoriano —el ritmo de las melodías sagradas de la Iglesia— había cedido ante la música profana. El gusto se había desvirtuado y el alma del pueblo no entendía ya las místicas elevaciones de la Liturgia.

Era preciso reeducar al pueblo en la severa belleza del canto sacro; era preciso reconducirlo a saborear una música que estuviese en armonía con la santidad del templo y con la augusta majestad de los ritos sagrados.

Por eso, no habían transcurrido todavía cuatro meses

del comienzo de su Pontificado, cuando el Papa-reformador, con un *Motu Proprio*, de fecha 22 de noviembre de 1903, lleno de valentía y de fortaleza, devolvía al canto y a la música litúrgica su antigua belleza y su antigua dignidad[46].

En el documento que él mismo llamaba el «código jurídico de la música sacra»[47], decía:

«Entre las solicitudes del oficio pastoral, sin duda es principal la de mantener y promover el decoro de la casa de Dios, en la que se llevan a cabo los augustos misterios de la Religión. Por consiguiente, nada debe haber en el templo que turbe ni que sólo disminuya la piedad y la devoción; nada que ofenda directamente al decoro y a la santidad de las funciones sagradas. Hoy, nuestra atención se fija en uno de los más comunes abusos y más difíciles de desarraigar y que debemos deplorar en lugares en donde otras cosas son dignas del mayor encomio. Se trata del abuso en las cosas del canto y la música sagrada.

»Consideramos nuestro primer deber levantar inmediatamente la voz para reprobar y condenar lo que en las funciones del culto no parece conforme con una recta norma. Por eso, hemos estimado necesario señalar con brevedad los principios que regulan la música sagrada en las funciones del culto y, al mismo tiempo, reunir como en un cuadro general las principales prescripciones de la Iglesia contra los abusos más comunes en esta materia»[48].

Y una vez expuestas las serias razones que le movían, en una larga *Instrucción sobre la música sacra* daba normas precisas y tomaba disposiciones que no admitían demora en su aplicación para la deseada reforma[49].

Era precisa una decidida firmeza para denunciar los abusos, ordenar que se cerraran las puertas de las iglesias a toda música profana, devolver a la Iglesia la voz de su plegaria y a la Liturgia la majestad de su rostro.

Surgieron contradicciones y dificultades, se intentó alargar plazos, se buscaron pretextos. Pero Pío X, con una carta del 11 de diciembre siguiente dirigida a su Cardenal Vicario, cortó todas las oposiciones.

«Usted, Señor Cardenal —así escribía con su habitual firmeza— no sea indulgente; no conceda dilaciones. Con

aplazamientos las dificultades no disminuyen, sino que por el contrario aumentan. Se ha de cortar tajantemente: hágalo de modo inmediato, con resolución. Que todos tengan confianza en Nos y en nuestra palabra, a la que va acompañando la gracia y la bendición cielo»[50].

El canto y la música litúrgica volvieron pronto a conmover las almas en torno a los altares de Dios, y el «Papa de la Música Sacra» experimentó una viva satisfacción cuando, el 11 de abril de 1904, celebrando en la Basílica Vaticana un Pontificado solemne en memoria de San Gregorio Magno, escuchó en medio de un elevado clima de ideales renovados de las antiguas tradiciones litúrgicas, un coro grandioso de seminaristas acompañando la sagrada función con notas inspiradas en el canto gregoriano[51].

El canto de la Iglesia había vuelto a dar alas a la oración y el pueblo —como recordaba recientemente un eminentísimo príncipe de la Iglesia— «había vuelto a sentir, en la genuina profundidad de un renovado sentido cristiano, más vivo y más fuerte que nunca, la solidaridad con el magisterio y con las directrices de la Iglesia, así como la colaboración filial con su sagrada Jerarquía[52].

* * *

Para que se pueda comprender plenamente cuál fue el propósito de Pío X en la reforma de la Música Sacra, reproducimos lo que a este propósito escribía, evocando lejanos recuerdos, su Cardenal Secretario de Estado.

«La finalidad de la Música Sacra —así recordaba el Emmo. Cardenal— en el pensamiento de Pío X tenía que ser la de fomentar la piedad; no sería pues una distracción, sino un medio de ayudar a elevar la mente y el corazón a Dios, prestando así su tributo de alabanza y de homenaje al Señor.

»Por otra parte, estaba plenamente convencido de que para introducir una reforma en la música de la Iglesia, no bastaban medidas puramente disciplinares, aun cuando fuesen rigurosas, pues era imposible pretender imponer el asentimiento a un estilo definitivo cuando éste no es com-

prendido ni apreciado, sino que era necesario cultivar el buen gusto para alcanzar un resultado duradero.

»Este era el punto de vista del Santo Padre y que él mismo se complacía en manifestar con frecuencia.

»No excluía tradiciones locales o nacionales, con tal de que fuese escrupulosamente observado el principio fundamental de mantener el carácter religioso y artístico de la Música Sacra. No era su deseo prohibir la música polifónica en la Iglesia. En realidad, acogía con agrado los trabajos de compositores modernos, pero exigía que fuesen estrictamente mantenidos en los límites prescritos y que fuesen, en todo lo posible, un eco y una extensión del canto gregoriano.

»Recuerdo cómo hizo la observación de que algunos fanáticos querían llegar a los extremos y eliminar de nuestras iglesias todas las músicas que no fuesen simplemente gregoriana, y sostenía que esto era un capricho exagerado. Sería lo mismo —decía— que si yo rechazase los cuadros más clásicos de la Señora con el pretexto de que el tipo primitivo es la primerísima reproducción de la Virgen Madre, como las tenemos en las Catacumbas de Santa Priscila. Nos veríamos así llevados a prohibir las obras maestras del arte eclesiástico y las pinturas verdaderamente inspiradas. Nos no queremos cuadros profanos de la Señora, ni las producciones que son cualquier cosa menos devotas de muchos artistas modernos, pero no sería razonable afirmar que sólo las pinturas primitivas satisfacen las condiciones requeridas por la religión y por un sano gusto artístico. Esto mismo hay que decir de la Música Sacra»[53].

La codificación de las leyes de la Iglesia

Cuando el humilde hijo de Riese llegó a la cumbre de la Jerarquía, sólo quien conocía su actividad como Obispo y Patriarca, habría podido afirmar que sería uno de los más grandes legisladores de la Iglesia.

Siendo Párroco y Obispo, tuvo ocasión de advertir que era imposible regir bien una parroquia y una diócesis por medio de leyes complejas dispersas acá y allá en viejas

compilaciones casi imposibles de localizar, las cuales, además de ser a veces contradictorias entre sí, no se adecuaban ya a las nuevas circunstancias de su tiempo. Una codificación de las leyes de la Iglesia, cuya necesidad se dejaba sentir, tendría, sin duda, el efecto de reforzar la disciplina eclesiástica y de ayudar a Párrocos y Obispos en la responsabilidad de gobernar con una más segura y serena conciencia sus parroquias y sus diócesis.

«Por eso, tres días después de su elección al Pontificado, manifestó su firme intención de acometer la tarea de este grandioso trabajo, que siempre había deseado ver que se llevaba a cabo»[54].

Reunir toda la legislación de la Iglesia, revisarla, corregirla, modificarla y ordenarla en un código, era una empresa para espantar a los más aguerridos canonistas, no tanto por la dificultad que ello entrañaba, cuando por la magnitud de la labor. Pero Pío X no se amilanó; después de haber trazado de propia mano el esquema del modo en que se debía preparar ese colosal trabajo[55], con un valiente *Motu proprio*, el 19 de marzo de 1904 decretó la codificación del Derecho Canónico[56], que debía marcar uno de los más memorables acontecimientos de los siglos de la Iglesia[57].

Alimentaba la esperanza de ver ultimada esta enorme reforma y, a medida que, bajo su impulso, los trabajos avanzaban con un ritmo que no conocía descanso, repetía con frecuencia, animando a sus colaboradores:

«Debemos apresurarnos, porque me estoy haciendo viejo y quiero ver el fin de esto»[58].

Pero la Providencia tenía prevista otra cosa, porque después de diez años de estudios profundos, de laboriosas discusiones, en las que él mismo tomaba parte muy viva, examinando, sugiriendo o modificando[59], dejó la tarea sin acabar a su Sucesor.

El papa Benedicto XV, al promulgar el nuevo Código, en la solemne alocución al Colegio Cardenalicio, en el Consistorio de 4 de diciembre de 1916, después de resumir las razones que habían aconsejado la necesidad del nuevo Código de Derecho Canónico y las grandísimas ventajas que de ello resultarían para la disciplina de la Iglesia, no dudó en concluir:

«La divina Providencia había dispuesto que la gloria de prestar a la Iglesia este insigne servicio fuese reservada a Pío X, Nuestro Predecesor de santa memoria. Sabéis bien con qué disposición de ánimo se entregó a este inmenso trabajo desde el comienzo de su pontificado y con cuánta premura y perseverancia lo continuó. Y si no le fue concedido completar este grandoso deseo suyo, no por ello se debe dejar de *considerar a él sólo como autor del código* y, por eso, su nombre será celebrado por la posteridad a la par que los nombres de aquellos Pontífices que, como Inocencio III, Honorio III y Gregorio IX, tuvieron mayor fama en los anales del Derecho Canónico. Para Nos, es ya suficiente poder promulgar lo que él llevó a cabo»[60].

Los estudios bíblicos

Para Pío X era absolutamene notorio el peligro que amenazaba al carácter sobrenatural de los Libros Sagrados de la Iglesia. Siendo Patriarca de Venecia, lo había señalado con toda claridad en la carta Pastoral de 21 de mayo de 1895, refiriéndose a los errores que entonces se llamaban «postulados de la crítica bíblica»[61].

Apenas elevado al Pontificado, hizo saber la gran importancia que le concedía al estudio de la Sagrada Escritura, que a finales del siglo XIX había adquirido una amplitud y una importancia de primer orden.

«La conciencia de Nuestro oficio apostólico —declaraba— Nos exhorta a promover lo más posible en el clero el estudio de la Sagrada Escritura en este tiempo en el que vemos esta fuente de la divina Revelación de la Fe asaltada por todas partes por los errores de la razón humana»[62].

* * *

Ya León XIII, habiendo observado acertadamente que a los exégetas católicos, ante las múltiples y variadas cuestiones planteadas por los avances de la ciencia, les faltaba un centro seguro de orientación, pensó en la fundación de un

ateneo bíblico[63]. Pero, de momento, tuvo que limitarse a crear una Comisión Bíblica, con la misión de velar sobre los Libros Sagrados, no sólo con respecto a cualquier sospecha de error, sino también en relación con cualquier opinión temeraria, y con autoridad para decidir en las cuestiones que surgieran en torno a estos mismos aspectos[64].

Pío X, convencido con su profundo sentido práctico de que no era suficiente dar normas sabias ni tomar decisiones de autoridad, sino que debían ser aplicadas tanto a la enseñanza de la Sagrada Escritura como en la preparación de futuros profesores de ciencias bíblicas, dio un paso más y, sin pérdida de tiempo, con la Carta Apostólica *Scripturae Sanctae*, de 23 de febrero de 1904, elevaba la Comisión Bíblica de León XIII al honor y a la dignidad de Comisión Examinadora con facultad —cosa entonces nueva— de conferir *los grados académicos en Sagrada Escritura*[65].

El 27 de marzo de 1906, otorgaba un reglamento definitivo a la enseñanza de la Sagrada Escritura, tal y como lo exigían los descubrimienos modernos y los progresos científicos, históricos y arqueológicos[66].

El 3 de diciembre de 1907, confiaba a la Orden Benedictina el encargo de restituir críticamente el texto de la más conspicua versión latina de la Biblia, como salió de la pluma de San Jerónimo, gran maestro de la lengua y del estilo latino[67].

Por último, con la famosa y esperada Carta Apostólica *Vinea selecta*, de 7 de mayo de 1909, haciendo realidad los deseos de León XIII, anunció la fundación en Roma de un ateneo bíblico, dotado con todos los recursos del progreso científico moderno[68]: era ésta su obra más penetrante y decisiva, que aseguraba a la tradición exegética católica y al estudio de la ciencia de los Libros Sagrados, la plena victoria sobre la crítica demoledora del viejo y del moderno racionalismo[69].

La vida parroquial de Roma

Pío X, que durante casi 40 años había sido experto pastor de almas, no podía olvidar a su diócesis de Roma en su

programación de grandes iniciativas y valientes reformas. Deseando hacerse una idea de la situación moral de sus romanos, el 11 de febrero de 1904, ordenó la Visita Pastoral, confiándola a su Cardenal Vicario, al cual le señaló para que le ayudaran un grupo de Prelados y sacerdotes de vida íntegra, insignes por su doctrina, así como por su gran prudencia[70].

Esta Visita Apostólica puso de manifiesto la no muy consoladora existencia de no pocos sacerdotes de otras diócesis que, incontrolados, se habían establecido en Roma con consecuencias no siempre lisonjeras.

El Papa, que sabía el daño que repercutía sobre la Iglesia por estos sacerdotes que vivían alejados de la vigilancia de sus Obispos, no tardó en tomar a su respecto una decisión firme y resuelta, ordenando que retornasen inmediatamente a sus respectivas diócesis todos aquellos que no podían demostrar con razones válidas la necesidad de su estancia en Roma[71].

* * *

Pero, sobre todo, la Visita Apostólica había puesto de relieve la urgente necesidad de dar a la vida parroquial de la ciudad una reestructuración que respondiera a las necesidades de las almas y a las nuevas circunstancias de la vida.

La población de Roma había aumentado a cerca de 463.000 habitantes, pero el número de parroquias —unas 60— seguía siendo casi el mismo. El barrio de Tiburtino, con más de 70 mil almas, sólo tenía la parroquia de San Lorenzo en Verano, que además, abarcaba una amplia zona rural. Otro tanto ocurría con el populoso barrio de Testaccio, a los pies del Aventino, en el que la asistencia dominical era atendida por un sacerdote ayudado por algunos buenos feligreses, para quienes la fe era título de nobleza y orgullo.

El extenso territorio en torno a las grandes vías Nomentana y Salaria, sólo tenía el punto de apoyo de la parroquia de Santa Inés Extramuros; y las no menos extensas zonas del Celio, del Esquilino y de la Appia Nueva sólo tenían la parroquia de San Juan de Letrán.

En la Porta Furba, en una no pequeña zona rural junto al Tíber, había surgido silenciosamente una triste red de míseras casuchas con una aglomeración de más de 10.000 habitantes; no tenían ni Iglesia, ni escuela, ni iluminación, ni agua e incluso ni médico; más allá se extendía la tristeza del Agro Romano olvidado y abandonado.

En total eran unas 100 mil almas las que vivían sin parroquias, lo cual quería decir que vivían expuestos a todas las insidias y a todos los peligros.

Para poner orden a las viejas parroquias dentro del recinto de los antiguos muros y crear otras nuevas en las grandes aglomeraciones de los extremos de la ciudad, era necesario chocar con intereses, romper tradiciones, vencer influencias y gastar millones sobre millones.

Pío X no se arredró. Ante el pensamiento de la salvación de las almas, centuplicó su valor y sus fuerzas, superó cada obstáculo, venció toda la dificultad y en poco tiempo encontró la forma de dar a Roma un puñado de nuevas iglesias y nuevas parroquias con escuelas, con recreos y dispensarios para niños, para deficientes y enfermos[72], nombrando pastores de almas a jóvenes sacerdotes, dignísimos por celo, capacidad y doctrina; al mismo tiempo, proveía al mejoramiento económico de los coadjutores, para que, libres de toda agobiante preocupación, pudiesen, con espíritu sereno y tranquilo, atender únicamente al bien de las almas, a la gloria y al honor de Dios[73].

La crisis pastoral que hasta ese momento había sufrido la diócesis de Roma podía decirse superada, Pío X podía alegrarse con el espectáculo de ver a la sombra de las parroquias barrios enteros regenerados en las costumbres cristianas, asistida la población dispersa en el Agro Romano, la frecuencia de Sacramentos en aumento, por todas partes en marcha obras religiosas y obras sociales; todo ello sosteniendo la fe y la caridad de Cristo[74].

La enseñanza del Catecismo y de la Doctrina Cristiana

La ignorancia de Dios, de las verdades fundamentales de la fe, ha sido siempre en todo tiempo la causa primera y

universal del desorden y del brotar de las tremendas aberraciones que llevan a los pueblos y a las naciones lejos de Dios.

«¿A quién se le oculta —se preguntaba Pío X en su primera Encíclica, recordando su ministerio episcopal en la ciudad de los Gonzaga y en la ciudad de la Laguna[75]— ahora que los hombres se rigen sobre todo por la razón y la libertad, que la enseñanza de la religión es el camino más importante para replantar el reino de Dios en las almas de los hombres? ¡Cuántos son los que odian a Cristo, los que aborrecen a la Iglesia y al Evangelio por ignorancia más que por maldad! De ellos podría decirse con razón: *Blasfeman de todo lo que desconocen.* Y este hecho se da no sólo entre el pueblo o en la gente sin formación que, por eso, es arrastrada fácilmente al error, sino también en las clases más cultas, e incluso en quienes sobresalen en otros campos por su erudición. Precisamente de aquí procede la falta de fe de muchos. Pues no hay que atribuir la falta de fe a los progresos de la ciencia, sino más bien a la falta de ciencia; de manera que donde mayor es la ignoracia, más evidente es la falta de fe»[76].

Así, pues, ¡Catecismo y Doctrina Cristiana! Este es el primer paso hacia la deseada *instauración de todas las cosas en Cristo,* que se había propuesto Pío X en su eterna pasión de Pastor de almas.

Por eso, no dudó en hacerse otra vez párroco: el mayor Párroco de la Urbe y del mundo.

* * *

A quien visita la Ciudad del Vaticano, en el Patio de San Dámaso y en el de la Piña, se le señala el lugar donde Pío X explicaba el Evangelio y el Catecismo al pueblo de Roma[77].

Es un recuerdo que evoca los tiempos en que el Maestro Divino explicaba a las multitudes de Palestina la palabra de Dios.

El Papa, en casi medio siglo de experiencia, había comprendido que el mundo tenía necesidad de conocer las verdades fundamentales de la fe, que la ciencia con sus sofismas y las pasiones humanas con sus extravíos habían casi

olvidado. Persuadido de que «donde mayor es la ignorancia, más evidente es la falta de fe»[78] y poniendo de manifiesto una vez más sus ansias por la salvación de las almas, el 15 de abril de 1905, con la Encíclica *Acerbo nimis,* exhortaba al clero, y especialmente a los párrocos, a que pusieran en marcha con pasión y constancia las enseñanzas del Catecismo[79].

Desde las primeras líneas de la Encíclica se siente la amargura de su dolor por la comprobación de la ignorancia de tantos cristianos en las cosas de la fe.

«Es difícil expresar —así decía— hasta qué punto son espesas las tinieblas que los envuelven; y, lo que es más doloroso, están tan tranquilos en ese estado. No piensan prácticamente nada en Dios, autor y regidor de todas las cosas, ni les dice nada la sabiduría que la fe cristiana encierra. No saben nada acerca de la encarnación del Verbo de Dios, ni de la regeneración del género humano por obra del Verbo encarnado; nada conocen de la Gracia, principal ayuda para la salvación eterna, nada del Santo Sacrificio ni de los Sacramentos, por medio de los cuales conseguimos la Gracia y la conservamos. No saben considerar la maldad ni la fealdad que el pecado encierra; de ahí que no pongan el menor interés en evitarlo ni en apartarse de él: así les llega el último momento de su vida, en el cual el sacerdote, para no perder toda esperanza de salvación, debe enseñarles lo más elemental de la religión, en vez de emplear ese tiempo —como sería más conveniente— en moverles al alma hacia el amor a Dios; y esto, si el moribundo no es tan culpable de su ignorancia —cosa que es frecuente—, que incluso crea que la intervención del sacerdote es superflua y, sin haber satisfecho a Dios, se aventura tranquilamente a traspasar el umbral de la vida eterna»[80].

De aquí el urgente y gravísimo deber de los Pastores de almas de anteponer la enseñanza del Catecismo a cualquier otro deber.

«No vale excusarse —añadía Pío X, adelantándose a una objeción— diciendo que la fe es un don gratuito que se nos infunde a cada uno en el Bautismo. Es verdad que todos los que hemos sido bautizados en Cristo estamos enriquecidos con el hábito de la fe, esta semilla divina no *crece y da ra-*

mas frondosas sin cuidados y como por su propia virtud. También el hombre tiene, desde su nacimiento, la capacidad de entender, pero esta facultad necesita de la palabra materna, para convertirse en lo que se llama acto. Eso mismo ocurre con el hombre cristiano, que lleva en sí la fe, al renacer del agua y del Espíritu Santo, pero necesita la enseñanza de la Iglesia, para alimentar esa fe y hacerla crecer hasta dar fruto»[81].

Movido por estas consideraciones, Pío X pasaba a dictar las normas para poner en práctica su Encíclica, las cuales podrían ser llamadas el «Código de la Doctrina Cristiana» y que podemos resumir así:

«Todos los párrocos, y en general todos aquellos que tienen almas a su cuidado, deberán enseñar —siguiendo el Catecismo y durante una hora, los domingos y los días de fiesta, sin excepción— a los niños y a las niñas todo lo que deben creer y hacer para alcanzar la salvación eterna».

«Ellos mismos deberán preparar —en épocas fijas del año y por medio de unas clases que duren varios días— a los niños y a las niñas para que reciban los Sacramentos de la Penitencia y de la Confirmación».

«Se deberá erigir canónicamente en todas y cada una de las parroquias la asociación llamada Congregación de la Doctrina Cristiana. Por medio de ella, los párrocos —sobre todo donde el número de sacerdotes sea escaso— deberán disponer de colaboradores laicos para enseñar el Catecismo, que harán esta labor por celo de la gloria de Dios o para ganar las indulgencias con que los Romanos Pontífices han enriquecido esta Asociación»[82].

«En las grandes ciudades, y principalmente donde haya Universidades, Liceos, Colegios, se deberán fundar escuelas de Religión para enseñar las verdades de la fe y las costumbres cristianas a la juventud que frecuenta centros de enseñanza en donde no se le habla de religión».

«Todos los párrocos y quienes tienen almas a su cuidado, además de la acostumbrada Homilía del Evangelio, que se debe tener en todas las fiestas en la Misa parroquial, deberán enseñar el Catecismo a los fieles, escogiendo una hora adecuada —aparte de la dedicada a enseñar a los niños—

para que todos asistan; emplearán un lenguaje sencillo, adaptado a su inteligencia»[83].

* * *

La enseñanza del Catecismo fue siempre una de las más graves y continuas preocupaciones apostólicas de Pío X[84]. Se comprende fácilmente el motivo cuando se piensa en el momento en que se presentaba ante el mundo como Vicario de Cristo: la incredulidad devastaba a la cultura, fomentando en las clases elevadas y en el pueblo la ignorancia religiosa, en las escuelas se había suprimido la enseñanza de la religión, y corrientes espantosas de herejías amenazaban con dejar agostada la vida de la Iglesia.

Por eso, no es maravilla que, el 26 de mayo de 1910, con ocasión del tercer Centenario de la canonización de San Carlos Borromeo, volviese a insistir al clero en el deber de instruir al pueblo en las verdades de la fe[85]; y que, para tener la seguridad de dar a la enseñanza del Catecismo una orientación uniforme, como tanto había deseado desde que fue Obispo de Mantua[86], prescribiese a las diócesis de la provincial eclesiástica de Roma un texto único con el deseo de que fuese adoptado en las demás diócesis de Italia, con la aspiración de que en todas partes surgiesen —como él expresaba— «almas voluntariosas, maestros y padres de familia en una enseñanza tan necesaria como noble y fecunda»[87].

Pío X había planteado un grave problema.

Las diócesis, sacudidas por el ardor de su palabra, reaccionaron inmediatamente y, con un nuevo aliento, surgieron por doquier escuelas de catequesis, se celebraron en todas partes congresos catequéticos[88], y se volvió a agitar en la prensa, en asambleas y en discusiones el tema candente de la enseñanza del Catecismo en las escuelas públicas. Aquella fue una lucha casi desesperada, dada la fuerza que tenía el enemigo que, escondido en la masonería que imperaba en la alta burocracia, cerraba el paso a la enseñanza religiosa en las escuelas, levantando en todas partes gente contra la Iglesia y contra los sacerdotes. Pero la victoria no tardó en coronar esa lucha áspera y dura.

Los Decretos eucarísticos

Viejos prejuicios, opiniones erradas y costumbres lamentables tenían todavía apartadas de la Comunión a las almas.

Era una triste herencia de una doctrina que en el siglo XVII, bajo el pretexto de cuidar mejor la reverencia debida a la Sagrada Eucaristía, se había infiltrado insidiosamente, como un veneno, en la piedad cristiana, manteniendo que, para acercarse a la Comunión se requería una pureza tal de intención que resultaba prácticamente inalcanzable a la mayor parte de las personas[89].

Esto producía un desconcierto en las almas, que, por temor de Dios, no se atrevían a acercarse al Sacramento de la Eucaristía y se retraían de acercarse a los confesonarios y a los altares.

La Comunión se había hecho poco frecuente, porque era considerada como un don concedido a unos pocos.

Mientras tanto, las pasiones humanas iban levantando nuevas barreras, dividiendo mas y más a los hombres y apartándolos de las enseñanzas de la Iglesia; la incredulidad seguía minando las conciencias y el orgullo envolvía en el error a endebles e ignorantes.

En estas tristísimas circunstancias, en que se encontraba la sociedad, Pío X, con sus clarividentes intuiciones, comprendió que era necesario infundir vida divina en la pobre vida humana, y restablecer así el equilibrio entre la mente trastornada por ideas de un resucitado paganismo y el corazón ofuscado por el mal.

El 20 de diciembre de 1905, poniendo fin a un rigorismo que era contrario al sentir de la Iglesia, y con el pensamiento mismo de Cristo, tan acertadamente interpretado por el Concilio de Trento, que había expresado el deseo de que los fieles asistentes a la Misa se acercasen al Sacramento de la Eucaristía[90], por medio del Decreto *Sacra Tridentina Synodus* pronunció su juicio sobre la comunión frecuente y sobre la Comunión diaria, con esta consoladora decisión:

«Se deben dar amplias facilidades a todos los fieles, de cualquier clase y condición, para la Comunión frecuente y diaria, pues éste es el deseo ardiente de Nuestro Señor y de

la Iglesia Católica; así, pues, no se debe prohibir a nadie que se encuentre en estado de gracia y tenga intención recta y piadosa, que se acerque a la sagrada mesa»[91].

La época de las controversias estériles y de las discusiones inconcluyentes se había cerrado para siempre.

* * *

Pero aún se conservaban usos y costumbres que tenían alejados de la Comunión a los adolescentes hasta los diez, doce e incluso catorce años de edad.

Retrasando la Comunión de los niños, se pensaba que se acercarían a ella con más recogimiento y más conscientes ante Dios, pero no se reflexionaba en que su inocencia, llevada hasta Dios demasiado tarde, languidecía en una adolescencia reseca y ávida de piedad.

En Salzano, en el Seminario de Treviso, en Mantua y en Venecia, Pío X había descubierto tantas veces en la mirada pura y afectuosa de los pequeños que iban a ser confirmados y de los niños de la Doctrina cristiana, la luz de esa fe inmaculada que Dios otorga con preferencia a los humildes, y tantas veces había creído oír que se levantaba de aquellas criaturas frágiles como una llamada de socorro y de defensa contra el vendaval de las pasiones que muy pronto se abatía sobre ellos. Con el Decreto *Quam singulari*, de 8 de agosto de 1910, trastornando costumbres y tradiciones que parecían inviolables, fijaba hacia los siete años la edad en la que los niños podían y debían ser admitidos a la Comunión[92].

Hubo un primer momento de atónito estupor. Obispos y párrocos rigoristas, como atenazados por un extraño temor, se apresuraron a poner dificultades, a presentar objeciones y a plantear problemas. Mas Pío X, que había tenido siempre el deseo de acercar el alma de los niños al Triunfador Divino antes de que la sombra del mal se proyectara en los radiantes horizontes de su inocencia[93], y sabía que su pensamiento respondía a una tradición de los primeros siglos de la Iglesia, así como a la doctrina de uno de los más grandes Doctores[94], no se detuvo ante críticas, no hizo caso de incomprensiones, no escuchó sugerencias, sino que al-

bergando en su mente sólo pensamientos divinos, con la energía de una concreta e inmutable volunad, se mantuvo firme y cortó toda discusión, diciendo: «Ese decreto me lo ha inspirado Dios»[95], y no se cansaba de repetir, como lo repetía en Mantua y en Venecia: «Es mejor que los niños reciban a Jesús cuando todavía tienen el corazón puro, porque así el demonio pierde fuerza»[96].

* * *

A nadie se le habría ocurrido decirle a Pío X que aquel Decreto, con el que ofrecía a los pequeños redimidos la alegría de la Comunión en el momento en que despertaban a la razón, iba a proporcionarle uno de los más felices y conmovedores momentos de su glorioso y sobrenatural Pontificado.

En la primavera de 1912 llegaban a Roma, desde la católica Francia de Clodoveo y de Luis IX, 400 niños que habían hecho la Primera Comunión, para expresar al Papa la alegría y el agradecimiento de todos los niños franceses, y presentarle un album con las firmas de más de 135.000 niños que habían ofrecido su Primera Comunión por el Papa.

El Superior General de los Asuncionistas, que iba al frente de aquel ejército infantil, después de la Misa celebrada por el Emmo. Cardenal Vannutelli en la Basílica de Sta. María la Mayor, decía:

«Emperadores y Reyes han venido a Roma para arrodillarse a los pies del Sucesor de Pedro, Caballeros y Cruzados vinieron a pedir su bendición; hombres de todas las naciones y de todas las condiciones han rendido homenaje al Vicario de Cristo; pero nunca antes de ahora vino una cruzada de niños para darle las gracias al Papa en su Palacio de Roma.

»Dos días más tarde, aquellos 400 pequeños peregrinos eran recibidos en audiencia solemne en la Capilla Sixtina. Y vieron una radiante figura: un anciano vestido de blanco, que los miraba con infinita dulzura y que, elevando las manos, los bendecía, repitiendo con palabras suaves cosas sobrehumanas»[97].

* * *

Pío X, extendiendo con su Decreto los rayos eucarísticos, había abierto tiempos nuevos y había conmovido a las multitudes de gentes humildes y sencillas; una vida nueva de fe y de amor atravesaba el mundo con paso de triunfo.

Por eso, en la alocución consistorial del 27 de diciembre de 1911, extendiendo su mirada sobre las circunstancias de la sociedad, podía decir:

«No hay motivos para desesperar de la salvación común, cuando vemos encenderse en llamas tan vivas, en uno y otro hemisferio, el amor de los católicos a la Sagrada Eucaristía. Adultos, jóvenes y niños, son ahora innumerables los que no sólo aman y honran asidua y ardientemente al augusto Sacramento, sino que lo reciben con frecuencia, obteniendo de Él vigor para su fe y fuerzas para la virtud.

»A ello contribuyen maravillosamente los grandes Congresos Eucarísticos que los católicos suelen celebrar cada ño, acudiendo de todas partes. Como los de Colombia, Londres, Montreal, y el espléndido de Madrid, elocuente testimonio de la fe que anima a la católica España»[98].

Con todo derecho, el Sumo Pontífice Pío XII, al elevar a los primeros honores de los altares, en la gran jornada del 3 de junio de 1951, a nuestro Santo Pontífice, pudo rendirle este justo homenaje:

«Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder ante las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate y, por la divina virtud, avanza y redime, se debe en gran parte a la acción de largo alcance y a la santidad de Pío X».

XI. LA RESTAURACION DEL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO

Pío X propugnó lo sobrenatural en todas las manifestaciones de la vida social con las sabias disposiciones por él dictadas para la actividad pública de los católicos.
Los Obispos de Piamonte, 1923

Ordenamiento de la Acción Católica Italiana

Estaría en un gran error quien creyese que el Pontificado de Pío X no tuvo un particular relieve también en el ámbito de la acción cristiano-social.

León XIII, con su mente profunda, había señalado el camino para un fecundo trabajo en el campo de las actividades económico-sociales, porque en éstas veía los inicios de una mejor justicia social[1].

Pío X, con la clarividencia de su mirada, había visto en la acción social de los católicos excesos y desviaciones que tendían a apartarse del pensamiento de la Iglesia; preocupado más por frenar que por innovar, se limitó a recoger las enseñanzas de su Predecesor, llamando a los católicos para que colaborasen en la restauración del orden social, partiendo, ante todo y sobre todo, de la restauración de los valores religiosos y morales.

En un momento en el que una acción democrático-social, con el pretexto de un movimiento económico-político, apuntaba a separar a Dios de la vida y a separar a Cristo, Hombre-Dios, del hombre, la restauración del orden social no podía proceder sino de una restauración del orden moral.

Pero antes era preciso introducir entre los católicos la concordia y la paz y, si era preciso, recurrir a medidas tajantes y decisiones sin incertidumbres y sin atenuaciones.

* * *

Las diferencias, que en el último período del Pontificado de León XIII, habían perturbado —como hemos visto— el campo de los católicos, se iban acentuando por días en dos tendencias opuetas que, con agrias polémicas y ásperas contiendas, fomentaban un estado de ánimo cada vez más amargo y estéril.

Los viejos que habían vivido el doloroso y delicado período de la caída del Principado civil de los Papas, unidos y compactos alrededor de la Obra de los Congresos, que era como el corazón de toda la Acción Católica Italiana, querían proceder con prudencia y cautela, con la más incondicionada obediencia a las directrices de la Iglesia. Los jóvenes demócratas cristianos, innovadores, perdido el sentido de la mesura y de la disciplina, querían correr demasiado hasta alcanzar el terreno de la política nacional, transformando la Acción Católica en un partido democrático-político independiente de la Jerarquía eclesiástica, convencidos de que iban a dominar, sin oposición, todo el movimiento católico italiano[2].

León XIII, había advertido esta carrera tan inconsiderada como peligrosa, repleta de graves incógnitas y de más graves consecuencias; con documentos solemnes había amonestado repetida y enérgicamente que la Democracia Cristiana debía ser únicamente un movimiento destinado a la elevación moral y al mejoramiento económico de las clases trabajadoras, pero nunca un movimiento «con fines políticos directos», que nunca habían sido objeto de sus palabras, ni quería que lo fueran[3], preocupado por hacer un llamamiento a jóvenes y viejos para un trabajo armónico y pacífico por la causa de la Iglesia y por el bien de la sociedad[4]. Mas, por desgracia, sus deseos y sus mandatos quedaron en mero recuerdo.

* * *

Pío X conocía desde hacía tiempo las tendencias contrarias que minaban la acción de los católicos, pues había intervenido en ellas en Mantua y en Venecia[5]; apenas elevado a la Cátedra de Pedro, hizo oír su voz y manifestó claramente cuál era su mente.

Frenó, ante todo, las veleidades de quienes, encubriendo cosas turbias, propugnaban un partido democrático cristiano fuera de la dependencia de la Obra de los Congresos y de las Comisiones Católicas de Italia, haciendo enviar, por medio de su entonces Pro-Secretario de Estado, Mons. Merry del Val, una carta al Obispo de Orvieto, en la que deploraba como «sumamente irreverente y rebelde a toda autoridad» un artículo aparecido en ese sentido en un diario de aquella localidad.

«El Santo Padre —escribía Mons. Merry del Val—, con la más absoluta desaprobación por todo lo que se expone en ese artículo, me autoriza a declarar que no está dispuesto a reconocer jamás ninguna obra de acción popular cristiana que no sea iniciada y esté en dependencia de la Obra de los Congresos Católicos, y advierte a los clérigos y a los sacerdotes que no tomen parte en modo alguno en asociaciones que, bajo el nombre de *partidos*, llevan la división a los espíritus y la escisión al campo católico, destruyendo la unidad y la caridad que es el único carácter distintivo de los verdaderos cristianos»[6].

Tres meses después —el 6 de noviembre—, deseando para el XIX Congreso Católico, que iba a tener lugar durante aquellos días en Bolonia, unidad de objetivos y concordia de espíritu, advertía:

«Para la acción de los católicos no hay que buscar nuevos programas, puesto que se ha tratado suficientemente de la Cuestión Social y de la Acción Católica en memorables Encíclicas de León XIII[7], así como en las *Instrucciones* emanadas de la Sagrada Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (27 de enero de 1902), sino que es necesario atenerse a estos documentos y no apartarse de la interpretación que de ellos dan la Sede Apostólica y los Obispos»[8].

Pero si bien el Congreso de Bolonia manifestó el vigor de las fuerzas católicas, no respondió a las esperanzas del

Papa, porque triunfaron los jóvenes demócratas, quienes, soliviantados por su jefe Rómulo Murri, a quien ya conocemos[9], con su indisciplina hicieron más profundas las grietas de la discordia, dejando entre las filas de los católicos un sentimiento de penosa turbación[10].

Pío X no disimuló su amargura al ver frustrados sus deseos de unión y de concordia, y el 18 de diciembre siguiente, siguiendo su sentido práctico de Obispo y Patriarca, con un *Motu proprio* que debería quedar —como él mismo expresaba— «como el ordenamiento fundamental de la acción popular cristiana»[11] reafirmaba la más estrecha fidelidad a las directrices señaladas por León XIII, y repetía los puntos que él mismo había fijado, siendo Patriarca, en el discurso de 1896 en Padua, en la fundación de la Unión Católica de Estudios Sociales[12].

«Nos —escribía—, que recomendamos sobre todo la unión y la concordia de los espíritus, no podemos ahora callar. Y puesto que las divergencias de puntos de vista en el terreno de la práctica se trasladan con gran facilidad a la teoría, es necesario hacer hincapié en los principios que deben informar toda la Acción Católica.

»León XIII trazó luminosamente las normas de la acción popular cristiana en preclaras Encíclicas[13] y en una especial Instrucción de 27 de enero de 1902.

»Es Nuestro deseo que esas prudentísimas normas sean exacta y plenamente observadas, y nadie ose apartarse de ellas lo más mínimo. Ellas deberán ser para todos los católicos la regla constante de su conducta»[14].

Como estaba convencido de que la acción de los católicos no podría cooperar a la restauración del reino social de Cristo, sin estar presidida por una vida íntegramente cristiana, vivida lealmente, valerosamente, a pecho descubierto, añadía:

«Así como las palabras no valen nada si no van precedidas, acompañadas y seguidas del ejemplo, será nota característica manifestar abiertamente la fe con la santidad de vida, con la limpieza de costumbres y con la escrupulosa observancia de las leyes de Dios y de la Iglesia»[15].

En las instituciones, Pío X miraba más al elemento sobrenatural que al humano y especulativo, por eso, había

comprendido bien que, para conservar íntegro el espíritu de las fuerzas católicas, era necesario liberarlo de cualquier tendencia a la rebelión y revigorizarlo con la más completa sumisión a la suprema autoridad de la Iglesia.

El 28 de julio de 1904, con una de esas decisiones suyas que se repetirían a lo largo de su Pontificado y que asombraban a quienes conocían su firmeza, suprimía sin más la Obra de los Congresos y de las Comisiones Católicas de Italia, dejando sólo la Sección que se ocupaba de las cuestiones económico-sociales[16].

Una decisión grave, pero necesaria para salvar a la Acción Católica Italiana de un triste y humillante naufragio.

Este golpe rotundo sirvió para separar a los rebeldes de los que eran fieles al programa social de la Iglesia.

Los demócratas cristianos, sumando error sobre error, como recurso último intentaban un movimiento que pretendía adelantarse a los tiempos, en contradicción con el pensamiento y las directrices de la Sede Apostólica. Mas el Papa, con una carta al Cardenal Arzobispo de Bolonia, de 1 de marzo de 1905, cortó tajante y, recordando una vez más que «no puede haber Acción Católica verdadera sin la inmediata dependencia de los Obispos», condenó toda iniciativa «rebelde a la autoridad de la Iglesia»[17].

* * *

Desaparecida la Obra de los Congresos y de las Comisiones Católicas, era urgente dar a la Acción Católica una nueva reglamentación, infundir en ella una vida más vigorosa, devolverle su verdadera fisonomía y hacer de ella ese *partido de Dios* que Pío X se había propuesto formar para restaurar el reino social de Cristo[18].

Esta fue la no fácil tarea a la que se entregó el santo Pontífice con la histórica Encíclica *Il fermo propósito*, dirigida a los Obispos de Italia el 11 de junio de 1905.

En esta Encíclica, tan llena de elevadas enseñanzas sociales, el Papa precisaba claramente la naturaleza, el carácter y la finalidad de la Acción Católica.

Después de expresar su dolor por haberse visto obligado a suprimir la Obra de los Congresos y las Comisiones Ca-

tólicas, con el fin de «eliminar los obstáculos que entorpecían el camino de la Acción católica, y condenar ciertas tendencias indisciplinadas que se iban insinuando en perjuicio de la causa común», entrando en el tema, decía:

«Anchísimo es el campo de la Acción Católica, pues ella de suyo no excluye absolutamente nada de cuanto en cualquier modo, directa o indirectamente, pertenece a la divina misión de la Iglesia (...), inspiradora, ejecutora principal, custodia y defensora de la civilización cristiana (...).

Bien véis cuánto ayudan a la Iglesia esas centurias de católicos que precisamente se proponen reunir y concentrar todas sus fuerzas vivas, para combatir por todos los medios justos y legales contra la civilización anticristiana [...]; introducir de nuevo a Jesucristo en la familia, en la escuela, en la sociedad; restablecer el principio de la autoridad humana, representante de la de Dios; tomar muy a pecho los intereses del pueblo [...], cuidando de enjugar sus lágrimas, suavizar sus penas, mejorar su condición económica [...]; defender, por último, y mantener con ánimo verdaderamente católico los derechos de Dios en todo y los no menos sagrados derechos de la Iglesia [...].

»El conjunto de todas estas obras, alentadas y promovidas en gran parte por los seglares católicos y variamente trazadas conforme a las necesidades propias de cada nación y las circunstancias peculiares de cada país, es precisamente lo que con un término más especial y ciertamente más noble suele llamarse Acción Católica o Acción de los Católicos, que en todo tiempo ha sido auxiliar de la Iglesia»[19].

* * *

Una vez definida la naturaleza de la Acción Católica y afirmada la necesidad de que se adapte a las circunstancias y de que sea adecuada a las necesidades de los momentos actuales, «igual que la Iglesia, en el largo curso de su historia ha demostrado siempre y en todo caso, con toda claridad, que poseía una maravillosa virtud para adaptarse a las variables condiciones de la sociedad civil, salva siempre la integridad e inmutabilidad de la fe y de la moral, y salvos

también sus sacratísimos derechos»[20], con la fe de quien mira el futuro bajo la luz de un orden no humano, pasaba a observar que la acción de los católicos no podrá nunca ser fecunda en bienes si quien está llamado a promoverla no está animado de un sincero espíritu cristiano.

«Ante todo —escribe Pío X— ha de quedar bien grabado en lo más profundo del corazón que es inútil el instrumento, si no se ajusta a la obra que se trata de realizar. La Acción Católica (como consta con evidencia de lo dicho) puesto que intenta restaurarlo todo en Cristo, constituye un verdadero apostolado a honra y gloria del mismo Cristo. Para bien cumplirlo, se requiere la gracia divina, lo cual no se otorga al apóstol que no viva unido con Cristo. Sólo cuando hayamos formado la imagen de Cristo en nosotros, entonces podremos con facilidad comunicarla, a nuestra vez, a las familias y a la sociedad. Por cuya causa, los llamados a dirigir o los dedicados a promover el movimiento católico han de ser católicos a toda prueba, convencidos de su fe, sólidamente instruidos en las cosas de la religión, sinceramente obedientes a la Iglesia y en particular a esta Suprema Cátedra Apostólica y al Vicario de Jesucristo en la tierra; personas de piedad genuina, de firmes virtudes, de costumbres puras, de vida tan intachable que a todos sirvan de eficaz ejemplo. Si así no está templado el ánimo, no sólo será difícil que promueva el bien en los demás, sino que le será casi imposible proceder con rectitud de intención, y le faltarán fuerzas para sobrellevar con perseverancia los desalientos que lleva consigo todo apostolado, las calumnias de los adversarios, la frialdad y poca correspondencia aun de los hombres de bien, a veces hasta las envidias de los amigos y compañeros de acción, excusables sin género de duda, dada la flaqueza de la humana condición, pero no menos perjudiciales y causa de discordias, de conflictos, de domésticas disensiones. Sólo una virtud, paciente y firme en el bien, y al mismo tiempo dulce y delicada, es capaz de desviar o disminuir estas dificultades, de modo que la empresa a que se consagran las fuerzas católicas no se ponga en peligro»[21].

El lenguaje era claro, como era claro su pensamiento.

Con ese temple, la Acción Católica, llamada a la restau-

ración cristiana de la sociedad, podría promover con eficacia los «intereses morales y materiales del pueblo y de las clases desheredadas»[22], las cuales pedían una más equitativa justicia social, que reconociese sus derechos y una vida de acuerdo con su dignidad humana.

La Encíclica añadía:

«Precisamente porque los graves problemas de la vida social moderna exigen una solución pronta y segura, se despierta en todos un vivísimo anhelo de saber y conocer los varios modos de proponer aquellas soluciones en la práctica [...]. Es, por lo tanto, de perentoria necesidad que la Acción Católica, aprovechando el momento oportuno, saliendo a la palestra con gallardía, presente su solución y la haga valer con una propaganda firme, activa, inteligente, disciplinada, que directamente se oponga a la propaganda de los enemigos»[23].

La Acción Católica podía presentar sin temor su solución, porque disponía de los recursos que —como decía Pío X— aseguran el éxito: la «bondad y la justicia de los principios cristianos, la recta moral profesada por los católicos, el pleno desinterés por las cosas propias, no deseando clara y sinceramente sino el verdadero, sólido y supremo bien del prójimo, en fin, la evidente capacidad de promover mejor que otros los verdaderos intereses económicos del pueblo»[24].

«Esta suprema necesidad —continuaba el Papa— la advirtió muy bien Nuestro Predecesor, de s.m., León XIII, cuando señaló, especialmente en la memorable Encíclica *Rerum novarum* y en otros documentos posteriores, la materia sobre la que debía versar principalmente la Acción Católica, esto es, *la solución práctica, conforme a los principios cristianos, de la cuestión social.* Siguiendo Nos estas prudentes normas, por Nuestro *Motu proprio* del 18 de diciembre de 1903, dimos a la Acción Popular Cristiana que abraza en sí todo el movimiento social católico, un ordenamiento fundamental que fuese como la regla práctica del trabajo común y el lazo de la concordia y caridad. Aquí, pues, y para este fin santísimo y urgentísimo, han de agruparse y solidarizarse todas las obras católicas variadas y

múltiples en la forma, pero todas igualmente enderezadas a promover con eficacia el mismo bien social»[25].

* * *

Mas, puesto que una solución práctica no se conseguiría nunca si la acción de los católicos no descansaba en la concordia común y en el común entendimiento, Pío X declaraba necesaria una gran «Unión Popular, destinada a juntar los católicos de todas las clases sociales, pero especialmente las grandes muchedumbres del pueblo, en torno a un solo centro común de doctrina, de propaganda y de organización social»[26].

«Dicha institución, porque corresponde a una necesidad igualmente sentida casi en todas partes, y porque su sencilla constitución proviene de la misma naturaleza de las cosas, cuales se hallan igualmente por doquier, no puede decirse que sea más propia de una nación que de otra, sino de todas aquellas donde se manifiestan las mismas necesidades y donde brotan los mismos peligros»[27].

Ya establecido este gran centro social de todas las fuerzas católicas —observaba acertadamente el Papa—, también todas las otras instituciones de carácter económico, destinadas a resolver prácticamente y bajo diversos aspectos el problema social, encontrarían en él, sin duda, mayor solidez y unidad de orientación, sin dejar de conservar sus características peculiares de acuerdo con los lugares, las circunstancias, las costumbres y la manera de ser de cada uno de los pueblos[28].

Esta idea de Pío X de una gran «Unión Popular», se concretaría un año después en tres grandes Uniones Nacionales independientes entre sí, que abrirían en la historia de la acción de los católicos italianos un nuevo período histórico de mayor respiro y más amplios horizontes.

Así surgieron: La *Unión Popular* para la formación de una firme y segura conciencia cristiana; la *Unión Electoral*, en el ámbito de la acción ante las elecciones administrativas de los municipios y de las provincias, con vistas a penetrar en el terreno político; la *Unión Económico-Social* para el mejoramiento de las condiciones económicas y morales

de las masas trabajadoras[29]; a todas ellas se añadían, como colaboradoras, la antigua Sociedad de la *Juventud Católica Italiana* y la nueva *Unión de Mujeres Católicas*[30], dispuestas a secundar a los seglares católicos en memorables batallas contra el divorcio, por la dignidad del matrimonio cristiano, la libertad de la escuela, la igualdad en el trabajo; magníficas afirmaciones de la sociología católica fundamentadas en el orden, la fe y las costumbres cristianas, para elevar al pueblo hasta los ideales de la justicia y de la paz social, con una legislación de acuerdo con los sentimientos de una generosa Nación que, en 20 siglos de historia no se había apartado nunca de la Iglesia ni de la fe en el Vicario de Cristo.

Fue un período de gran ascensión.

* * *

Para la práctica restauración del reino social de Cristo, era condición indispensable una vida íntegramente cristiana, pero principio imprescindible de la acción de los católicos, según el pensamiento de Pío X, era no la arbitrariedad o los puntos de vista personales, sino la obediencia absoluta a la voz de la Iglesia y la más estrecha y fiel unión con el Episcopado, «siendo preferible —así advertía por medio de su Secretario de Estado— que una obra no se haga, antes que hacerla fuera o contra la voluntad de los Obispos»[31], reafirmando la consigna que había dado en su primera Encíclica de 4 de octubre de 1903.

«Trabajar por los intereses de Dios y de las almas es propio no sólo de quienes se han dedicado a las funciones sagradas, sino también de todos los fieles; y ciertamente cada uno no de acuerdo con su iniciativa y su talento, pero siempre bajo la guía y las indicaciones de los Obispos; pues presidir, enseñar, gobernar la Iglesia a nadie ha sido concedido sino a vosotros (los Obispos), *a quienes el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios*»[32].

Después de haber recomendado calurosamente la unidad de espíritus y la armonía de corazones con vínculos de caridad fraterna[33], Pío X concluía la Encíclica con una amonestación que, por una parte, era como una condena de aquellas corrientes democrático-cristianas que, con el pre-

texto de una mayor libertad en el campo político-social se habían enfrentado a la autoridad de la Iglesia; por otra parte, era una nueva llamada a la Acción Católica para que se mantuviese obediente a la autoridad de los Obispos.

«La acción de los católicos no puede concebirse —así escribía—, de ninguna manera, independiente del consejo y la alta dirección de la autoridad eclesiástica, especialmente porque se han de conformar con los principios de la doctrina y de la moral cristianas; mucho menos posible es el concebirlas opuetas más o menos claramene a esa autoridad [...] Como los católicos levantan siempre la bandera de Cristo, levantan por ello mismo la bandera de la Iglesia; y es conveniente, por lo tanto, que de manos de la Iglesia la reciban, que la Iglesia vele por su intachable honor, y que a esta maternal vigilancia se sujeten los católicos como hijos dóciles y amorosos.

»Se ve claramente que anduvieron muy desaconsejados esos pocos que, ante Nuestros propios ojos quisieron usurpar una misión que de Nos no tenían recibida, ni de otro hermano Nuestro en el Episcopado, y se entregaron a desempeñarla, no sólo sin el respeto debido a la autoridad, sino incluso contra su querer formal, intentando legitimar su desobediencia con frívolas distinciones. También alardeaban de levantar la bandera en nombre de Cristo; pero no podía ser de Cristo la que no llevaba entre sus pliegues la doctrina del divino Redentor [...]: la doctrina de humildad, de sumisión, de filial respeto»[34].

Vida cristiana sin compromisos y sin términos medios; hombres sinceramente católicos, y no hombres de partido; acción sin cálculos egoístas, sin intereses terrenos y sin miras humanas; caridad, concordia, docilidad y sumisión a las órdenes de la Iglesia, éstos eran los muros con los que Pío X, desde la altura de sus puntos de vista que miraban siempre a lo concreto, protegía la *acción de los católicos* de Italia: las mismas defensas que, siendo Cardenal y Patriarca, había propuesto en su programático discurso de 1896 al Congreso Católico Italiano de los Estudiosos de Ciencias Sociales[35]; las mismas e idénticas defensas que había señalado apenas elevado al Pontificado, cuando advertía:

«De poco sirve discutir con sutileza acerca de muchas cuestiones y disertar con elocuencia sobre derechos y deberes, si todo eso no lleva a la acción. Pues acción piden los tiempos; pero una acción que se apoye en la observancia santa e íntegra de las leyes divinas y los preceptos de la Iglesia, en la profesión libre y abierta de la religión, en el ejercicio de toda clase de obras de caridad, sin apetencias de provecho propio o de ventajas terrenas. Muchos ejemplos luminosos de éstos por parte de los soldados de Cristo tendrán más valor para conmover y arrastrar las almas que las exquisitas disquisiciones verbales [...].

»Si en las ciudades, si en todas las aldeas se observan fielmente los mandamientos de Dios, si se honran las cosas sagradas, si se frecuentan los sacramentos, si se vive de acuerdo con las normas de vida cristiana, ya no habrá que hacer ningún esfuerzo para que todo sea instaurado en Cristo»[36].

Pío X fue el sembrador que no recogió la mies dorada, pero hoy todo el mundo admira sus inspiradas anticipaciones.

El movimiento democrático de «Le Sillon», en Francia

Había otro sector que requería de Pío X una reacción igualmente valerosa e igualmente firme que la que le había hecho levantarse contra las desviaciones de la Democracia Cristiana en Italia.

Se trataba de la corriente democrática francesa a cuyo frente estaba el movimiento social de *Le Sillon.*

Este movimiento nació en 1893 por inspiración de la memorable Encíclica de León XIII acerca de la situación de los obreros[37]; su propósito era trabajar por el advenimiento de una nueva sociedad en la que los derechos del pueblo obrero fueran respetados, y había despertado un gran entusiasmo especialmente entre los jóvenes inflamados por la elocuencia fascinante de su ideólogo Marc Sangnier[38]; en muchos Obispos había alentado las más bellas esperanzas por un mundo mejor, mereciendo incluso los más cálidos alientos y la particular benevolencia de Pío X[39].

Pero, poco a poco, había ido cediendo ante ideas que ya no eran conciliables con las tradicionales doctrinas sociales de la Iglesia; se desvió así del espíritu cristiano de su programa, de manera que ahora se le podía considerar como una fuerza al servicio del extremismo democrático social[40].

Pío X, siendo Obispo y Patriarca había seguido de cerca la acción popular cristiana y conocía las ilusiones y los errores a que podían verse arrastrados los jóvenes, que eran demasiado fáciles en dejarse ganar por el encanto de las palabras; para impedir que tantos «queridos jóvenes suyos» de *Le Sillon* gastasen sus energías prometedoras en una acción que no era la deseada por la Iglesia, no tardó en dar a conocer su pensamiento, convocando a examen sus tendencias y sus errores, que no eran otros que los de las tendencias y errores de esa democracia social que —idéntica en todos los países— se arrogaba el derecho de desarrollar su actividad fuera del control y de la dependencia de la Jerarquía eclesiástica.

Así, pues, el 25 de agosto de 1910, con una carta densa y cargada de experiencia, llamaba la atención de todo el Episcopado y de los católicos franceses sobre los errores que se agitaban en el seno del movimiento democrático-social de *Le Sillon*, que ponían en grave peligro la fidelidad a la doctrina social de la Iglesia[41].

Exigía esto el bien de las almas, el honor debido a la verdad y el mismo orden social perturbado por la propaganda que se hacía en favor del Socialismo faccioso y subversivo.

* * *

Después de establecer que *Le Sillon* tendía a sustraerse a la autoridad de la Iglesia con el pretexto de que su acción se desarrollba únicamente en torno a intereses de orden temporal[42], el Papa comienza a exponer las teorías más fundamentales, partiendo de la utopía de *la liberación de las clases sociales*, sobre la que el tal movimiento se apoyaba para la elevación de las clases obreras.

Los «sillonistas» pretendían liberar las clases sociales haciendo desaparecer las desigualdades que Dios mismo había establecido entre los hombres.

«Un sueño —escribía Pío X— es querer cambiar las bases naturales y tradicionales de la sociedad, prometiendo una "sociedad nueva" fundada sobre principios diferentes —que se llaman a sí mismos más fecundos— de los que rigen actualmente la sociedad cristiana. Un sueño —añadía—, porque ninguna nueva sociedad puede ser constituida de manera diferente a como ha sido fundada por Dios, y ninguna sociedad puede se edificada si la Iglesia no le pone las bases y no dirige sus trabajos.

»La civilización cristiana —proseguía— no ha de ser inventada: ya está fundada, existe y es precisamente la civilización cristiana expresada en la unidad cristiana. Lo que es necesario es que sea restaurada sobre los fundamentos naturales y divinos sobre los que fue construida, para que se oponga con eficacia a los ataques renovados de la utopía malsana y de la rebelión y de la impiedad. *Instaurare omnia in Christo,* esto es lo que hay que hacer»[41].

* * *

Los soñadores de *Le Sillon,* al decir que trabajaban por la elevación de las clases trabajadoras, afirmaban que trabajaban en nombre de la *dignidad humana.* Pero esta «dignidad humana» no significaba para ellos más que una emancipación de todo vínculo político, económico e intelectual. Sostenían que sólo así se conseguiría la igualdad entre los hombres, la justicia social, la verdadera democracia.

El Papa exponía así estos pensamientos:

«En la actualidad el pueblo está sometido a una autoridad diferente de él mismo. Debe liberarse del Estado: así, pues, *emancionación política.*

»El pueblo vive bajo la dependencia de patronos que lo oprimen y lo explotan. Por consiguiente, debe sacudir el yugo de la esclavitud y proclamar la *emancipación económica.*

»El pueblo está dominado por una clase llamada *dirigente* a la cual el desarrollo intelectual le asegura una preponderancia sin límites en la dirección de los asuntos. También este dominio debe ser eliminado: así, pues, *emancipación intelectual.* Solamente así se conseguirá la igualdad

entre los hombres, en la que consiste la verdadera justicia humana»[44].

Cuando se consiga tener una organización política y social implantada sobre la doble base de *libertad* e *igualdad*, a la que no tardará en añadirse la de *fraternidad*, entonces —según *Le Sillon*— se obtendrá eso que se llama *democracia*, la cual llegará a su perfección cuando los individuos tengan la más amplia participación posible en el gobierno de la cosa pública; así será instaurado el reino de la *justicia*, de la *libertad*, de la *igualdad* y de la *fraternidad*[45].

¡Una espléndida utopía y nada más!

* * *

Otro error de *Le Sillon:* la soberanía del pueblo proclamada *ore rotundo*, para mejor halagar a las masas trabajadoras.

Le Sillón no abolía la autoridad, es más, la consideraba necesaria. Pero quería multiplicarla hasta hacer de cada ciudadano una especie de rey, y de cada trabajador una especie de patrono.

Escuchemos la Carta Apostólica de Pío X:

«La autoridad, es cierto, proviene de Dios —lo admiten incluso los sillonistas—, pero mantienen que primariamente reside en el pueblo, del cual procede por modo de elección, o mejor, de selección, así será una autoridad proveniente de un consenso.

»Así, en el orden económico, suprimido el patronazgo de una clase particular, se conseguirá que cada obrero sea una especie de patrono.

»La forma económica llamada a realizar este ideal no será el Socialismo —dicen los sillonistas—, sino un sistema de *cooperación* multiplicada, de manera que se obtenga una fecunda concurrencia, capaz de asegurar la independencia de los obreros, sin que éstos se encuentren ligados a ninguna otra forma económica»[46].

Después de estas teorías, que manifiestan la falta de una verdadera preparación científica y de una buena escuela de estudios sociales, el Papa podía preguntarse:

«¿Quién se atreverá ahora a negar que *Le Sillon* apoya

su nueva sociedad en una teoría que está en abierta contradicción con la verdad católica y que falsea todas las nociones esenciales y fundamentales que regulan las relaciones en la sociedad humana?

»¿Realmente, la autoridad —vuelve a preguntar Pío X— viene de Dios o del pueblo?»[47]

Los filósofos de la revolución, seguidos por los llamados *liberales*, enseñaron que todo poder viene del pueblo y que, quienes lo ejercen no lo hacen por autoridad propia, sino por autoridad delegada del pueblo. Más ésta es una teoría totalmente contraria al sentir de la doctrina católica, que ha mantenido siempre que el poder viene de Dios como de su natural y necesario principio: *Non est potestas nisi a Deo*[48]. El poder desciende de lo alto, no sube desde abajo para llegar a lo alto. El número no cuenta: aquellos a quienes el número elige con designados y no investidos por el sufragio el pueblo[49].

Pero, admitido que el poder se encuentre radicalmente en el pueblo, ¿qué sucederá con la autoridad? Necesariamente quedará reducida a una sombra, un mito, y no habrá ni leyes, ni obediencia[50]; y admitida «la emancipación *política, económica* e *intelectual*, que los sillonistas pretenden en nombre de la dignidad humana, se seguirá que la nueva sociedad por ellos soñada no tendrá ni jefes ni subordinados: todos sus ciudadanos serán libres, todos compañeros, todos soberanos, y cualquier orden, cualquier mandato será evidentemente un atentado contra la libertad, la sujeción a una autoridad cualquiera será una humillación y la obediencia será una debilidad»[51].

«Así, pues —concluye la Carta Apostólica—, *Le Sillon*, que propugna tales teorías no hace más que sembrar errores funestos y deletéreos para el orden social, y destruye el concepto, no menos verdadero, de igualdad y de justicia, pues, al hacer gala de trabajar por el advenimiento de una era de igualdad y de justicia, implícitamente viene a afirmar que toda desigualdad de clase y de condición es una injusticia.

»Este es un principio —recalcaba Pio X— totalmente contrario a la naturaleza de las cosas, que no puede más

que ser causa de injusticias y de subversión de todo orden social»[52].

* * *

Pero el movimiento de Marc Sangnier apuntaba a la democracia como única fuerza que podía instaurar el reino de la *perfecta justicia.*

«Mas esto es una injuria —observaba Pío X— para todas las otras formas de gobierno, como si fuesen incapaces de realizar la justicia entre los súbditos. León XIII, en su Encíclica acerca del Principado Político, ¿no afirmó que «*salva la justicia,* los pueblos pueden escoger el gobierno que mejor se adapte a su carácter o que mejor responda a sus costumbres y a sus tradiciones»[53]? León XIII, al enseñar que la justicia es compatible con las tres formas, conocidas de gobierno —monarquía, democracia y república—, daba a entender que la democracia no puede pretender arrogarse una especial misión»[54].

Otro tanto debió decirse de la noción de *fraternidad,* que *Le Sillon,* superando todas las filosofías y todas las religiones, hacía consistir en una simple noción de *humanidad,* englobando en un único amor y en una misma tolerancia a todos los hombres con todas sus miserias, tanto intelectuales como morales, tanto físicas como materiales[55].

Pero, ¿cuál es la enseñanza de la doctrina de Iglesia sobre la tan cacareada *fraternidad* de los hombres?

«La doctrina católica —decía el Papa— enseña que no consiste en la tolerancia de las opiniones erróneas —aun cuando sean sinceras—, y ni siquiera en la indiferencia teórico-práctica hacia los errores y hacia los vicios.

»La doctrina enseña que la fuente del amor al prójimo se encuentra en *el amor a Dios,* Padre común y fin común de toda la familia humana, y en el amor a Jesucristo, de quien todos somos miembros, hasta el punto de que quien socorre a un pobre o a un desgraciado, socorre al mismo Jesucristo. Cualquier otra forma de amor es ilusión o sentimiento estéril y pasajero, y la historia demuestra hasta qué punto vale poco la consideración de los intereses comunes ante la fuerza de los vicios y de la concupiscencia terrenas.

»No. No existe verdadera fraternidad *sin la caridad cristiana* que, por amor a Dios y a su Hijo Jesucristo nuestro Salvador, abraza a todos los hombres para conducirlos a todos a la misma fe y a la misma bienaventuranza del cielo.

»Separando la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, más que un progreso, se convierte en un retroceso desastroso para la civilización, que si se quiere alcanzar —y Nos lo deseamos con toda la fuerza del alma— la suma mayor de bienestar para la sociedad y para cada uno de sus miembros por medio de la fraternidad, o, como ahora se dice, de la *solidaridad universal*, se necesita la unión de espíritus en la verdad, la unión de corazones en el amor a Dios y a su Hijo Jesucristo. Pero esta unión no se realizará sino en la caridad católica, la cual sola puede conducir a los pueblos por la vía del progreso hasta el verdadero ideal de la civilización»[56].

* * *

Por último, en la base de todas las desviaciones de las nociones sociales fundamentales, *Le Sillon* ponía una falsa idea de la *dignidad humana*, proclamando que el hombre no llevará nunca con dignidad el nombre de hombre hasta que no se forme una conciencia clara, fuerte, independiente, autónoma, de manera que pueda prescindir de todo patrono, sólo obediente a sí misma, capaz de asumir las más graves responsabilidades[57].

«Estas son las sonoras palabras —concluía Pío X— con las que se exalta el sentimiento del orgullo humano: el sueño que arrastra al camino de la ilusión y hace que el hombre, esperando el día de esa plena conciencia, se pierda, devorado por el error y las pasiones. Pero este día grande no llegará nunca, a menos que la naturaleza humana cambiase sus leyes»[58]

* * *

Las doctrinas propugnadas por *Le Sillon* no eran doctrinas limitadas a las regiones del idealismo, sino que eran doctrinas vivas enseñadas a la juventud, presentadas como una escuela de educación democrática.

Por eso, Pío X, después de haber considerado su deletérea influencia en la vida práctica, contemplando con amorosa mirada llena de piedad a una juventud tan generosa, todavía inexperta y no preparada para hacer frente al alcance de los grandes problemas sociales, porque estaba falta de una doctrina segura, terminaba su Carta como con un lamento:

«¡Qué verdad es que el soplo de la revolución ha pesado por encima de tantas almas jóvenes![59]. A esto ha quedado reducido *Le Sillon*, la hermosa asociación que tantas esperanzas había suscitado. Este río limpio e impetuoso, detenido su curso por los modernos enemigos de la Iglesia, no es más que un miserable afluente del movimiento de apostasía organizado en el mundo para fundar una nueva Iglesia universal sin dogmas, sin jerarquía, sin regla para el espíritu, sin freno para las pasiones, que, con el pretexto de la *libertad* y de la *dignidad humana*, traería a la tierra, cuando triunfase, el reino legal de la astucia y de la fuerza, la opresión de los débiles y de quienes trabajan y sufren»[60].

Estas eran las advertencias sociales de Pío X, que salvaban de peligrosas desviaciones al movimiento católico-social de Francia. Su carta de 25 de agosto de 1910 al Episcopado francés quedaba como un documento de amonestación a cuantos entonces soñaban con una acción social laicizada.

Las organizaciones obreras de Alemania

Conocemos las ideas sociales de Pío X y conocemos también el programa que ofrecía a la acción de los católicos, tanto en el campo religioso como en el económico-social.

«Trabajen y desplieguen toda su actividad los católicos —había dicho al comienzo de su Pontificado—, pero con la condición de que ante todo presten atención al cumplimiento de los deberes de la vida cristiana, dando la cara, sin miedo, con franqueza y lealtad»[61].

Y había remachado con mayor claridad todavía el mismo pensamiento cuando se dispuso a dar a la *acción de los católicos italianos* una nueva y más sólida ordenación.

«Característica necesaria de la Acción Católica —así decía en su *Motu proprio* de 18 de diciembre de 1903 —es la de manifestar abiertamente la fe»[62].

Por consiguiente, los católicos, en sus obras y en sus organizaciones económico-sociales, no debían admitir ningún *laicismo* y ninguna *aconfesionalidad.*

Los católicos no debían perder el orgullo de su fe; jamás debían rebajarse a mendigar esas «*viles neutralidades* que —como decía Pío X—, hechas de débiles plegamientos a más débiles compromisos, se resuelven todas en perjuicio de lo justo y de lo honesto»[63].

La política de la «mano tendida» —como se diría hoy—, aparte de ser un signo de debilidad, llevaba el riesgo de sacrificar en aras de intereses terrenos los intereses mucho más altos y más sagrados de la fe y de la moral de Cristo.

Pío X lo sabía. En Mantua y en Venecia había vivido siempre en contacto con el movimiento social —como ya hemos explicado ampliamente—, había tocado con la mano que las asociaciones *neutras*, sujetas a hombres y a partidos que se servían del obrero como de instrumento para sus intenciones —que ciertamente no siempre eran las de la justicia y de la honestidad—, no podían promover el bien moral de éste.

«Las instituciones *neutras* —escribía el 19 de marzo de 1904— formadas con el pretexto de proteger al obrero, en realidad tienden a un fin bien diverso del de procurar el bien moral y económico de los individuos y de las familias»[64].

Por otra parte, los católicos, en su acción económico-social no podían olvidar que debían ver en el obrero no una masa de músculos o una máquina que chirría y después se despieza, sino un hombre destinado a bienes imperecederos. Por eso, debían, ante todo, asegurar su bien religioso y moral, con la seguridad de que de ahí también provendría su bien económico-social.

«El divino precepto —así declaraba Pío X— de pasar a través de los bienes temporales de manera que no perdamos los eternos, hace sentir ahora más fuertemente la necesidad de proveer a la conservación y al incremento del espiri-

tu cristiano en las clases trabajadoras: ese espíritu cristiano sin el cual la elevación de esas clases no llegará jamàs a la altura de los destinos sobrenaturales del hombre, sino que se agudizarán cada vez más las discordias sociales en vez de extinguirse, y llegaremos fatalmente a hacer sangrientas las iras y las disputas ya dominantes, en vez de establecer en medio de los hombre el tan deseado reino de la justicia y de la caridad. El mejoramiento económico —concluía— sólo será bendecido por Dios cuando se convierta en verdadera fuente de prosperidad social, cuando sea la resultante de la justicia unida con la caridad»[65].

Muy oportunamente, ya había con anterioridad llamado la atención de la sociología cristiana sobre este punto, escribiendo en 1904:

«Se equivocan por completo los que, dedicándose a hacer el bien, sobre todo en los problemas del pueblo, se preocupan mucho del alimento y del cuidado del cuerpo y silencian la salvación del alma y las gravísimas obligaciones de la fe cristiana. Tampoco les importa ocultar, como con un velo, algunos de los principales preceptos evangélicos, temiendo que se les haga menos caso, e incluso que se les abandone»[66].

Condenó todavía más explícitamente este error cuando la Presidencia de la Unión Económico-Social de los Católicos de Italia intentó extender su influencia, procurando acoger en sus filas a otras organizaciones obreras que estuviesen inspiradas sólo en el concepto de «justicia cristiana», les propuso una modificación de los Estatutos, encaminada a encubrir de algún modo el carácter católico de la Unión misma.

A esta propuesta Pío X respondió con un *no* absoluto.

«Tal propuesta —escribía— es absolutamente imposible de aceptar, y mucho menos aprobar, porque no es leal ni decoroso disimular, cubriendo con una bandera equívoca de profesión de catolicismo, como si fuese una *mercancía averiada y de contrabando.*

»La Unión Económica Social, por lo tanto, debe desplegar valerosa su bandera católica y permanecer firme en su Estatuto. ¿Fracasará nuestro propósito? Seguirán las Unio-

nes parciales, pero católicas, que conservarán el espíritu de Jesucristo, que no dejará de bendecirlas»[67].

Y con no menor claridad, el 15 de marzo de 1910, a través de su Secretario de Estado, recordaba:

«El *non erubesco Evangelium*, proclamado con tanta firmeza por San Pablo[68], debe grabarse en grandes e indelebles caracteres en la bandera de toda institución católica, y su divisa debe ser una abierta y franca profesión cristiana, como síntesis luminosa del carácter que la informa y la distingue. Se han de mostrar católicos a toda prueba no sólo en la sombra, sino a la luz de las grandes manifestaciones sociales; no sólo en el silencio de la vida privada, sino también en medio del rumor de la vida pública»[69].

Volviendo sobre esta advertencia, el 1 de julio de 1911, escribía al Cardenal Ferrari, Arzobispo de Milán:

«En cuanto a las Asociaciones católicas ha de procurarse con suma diligencia que se conserven *perfectamente observantes de la disciplina* y que cada uno de sus miembros *manifieste libremente y defienda la fe católica* en casa y fuera de casa»[70].

* * *

Estas enseñanzas sociales de Pío X llegaban en un momento de lo más oportuno.

Desde hacía ya cierto tiempo, dos tendencias dividían a los católicos alemanes en la cuestión de sus organizaciones obreras.

La tendencia de Colonia, considerando menos las relaciones entre los hombres como creyentes de una misma fe, para dar mayor relieve a las relaciones de nacionalidad, mantenía que los obreros católicos alemanes —que estaban en minoría— debían organizarse junto con los obreros protestantes —que eran mayoría—, partiendo de una mentalidad común, sobre la base de un *cristianismo interconfesional*, es decir, neutro: ni católico, ni protestante.

La tendencia de Berlín, en cambio, propugnaba que las organizaciones obreras católicas debían ser absolutamente *confesionales*[71].

La cuestión se había agriado tanto, que Pío X, para po-

ner fin a una disputa que turbaba profundamente los ánimos, se vio en la necesidad de intervenir con una Encíclica clarificadora dirigida al Episcopado de Alemania[72].

En esta nueva Encíclica social de 24 de septiembre de 1912, el Papa, después de haber reprobado el *interconfesionalismo* —un cristianismo vago y mal definido—, hacia el que se inclinaba la corriente de Colonia, reprobaba igualmente la democracia social-política que exigía el derecho a sustraerse de la inspiración de la Iglesia, olvidando que la cuestión social no es una cuestión meramente económica, sino ante todo *religiosa* y *moral* y, como tal, sujeta al juicio de la autoridad de la Iglesia.

«No dudamos —escribía Pío X, refiriéndose una vez más a las directrices sociales de la Iglesia— en repetirlo y proclamarlo: el primer deber que todo católico ha de cumplir tanto en la vida privada como en la vida política y social, es custodiar con firmeza y profesar abiertamente, sin timidez, los principios de la vida cristiana enseñados por el Magisterio de la Iglesia católica, y particularmente los que Nuestro Predecesor recordó con tanta sabiduría en su Encíclica *Rerum novarum;* principios que los Obispos de Prusia, reunidos en Fulda en 1900, señalaron a sus fieles, y que vosotros mismos, Venerables Hermanos, en vuestras respuestas a nuestras preguntas acerca de ese mismo punto, habéis recogido: que todo cristiano, también en el orden de las cosas temporales, está obligado a no desentenderse de las cosas sobrenaturales; más todavía, que debe, siguiendo las reglas de la sabiduría cristiana, dirigir cada una de sus acciones a Dios, como su último fin, y que todas las acciones del cristiano, ya sean buenas o malas, es decir, estén en armonía o en desacuerdo con el derecho natural y divino, caen bajo el juicio y la jurisdicción de la Iglesia»[73].

Pasando de la vida individual a la vida social, añadía:

«La cuestión social y las controversias que ha suscitado acerca de la naturaleza y la duración del trabajo, el salario, la huelga, no son materias puramente económicas, que puedan ser reguladas fuera de la autoridad de la Iglesia, porque cualquiera que observe desapasionadamente se percibe de inmediato que la cuestión social, antes que nada, es cuestión moral y religiosa, que ha de regularse y resolverse

principalmente según las normas de las leyes y de las enseñanzas de la Iglesia»[74].

* * *

Afirmados estos principios inderogables, el santo Pontífice afrontaba la cuestión de los Sindicatos Obreros, demostrando que el Sindicato Católico es el Sindicato *normal*, porque está en armonía con la doctrina de la Iglesia: doctrina de justicia, de caridad y de orden social.

«En cuanto a las asociaciones obreras —proseguía el Papa—, si bien su finalidad es conseguir ventajas para sus miembros, sólo merecen ser aprobadas sin reservas y deben ser consideradas como las más eficaces para promover el bien incluso material de sus miembros, aquellas que ante todo se apoyan sobre el fundamento de la Religión católica y siguen abiertamente las directrices de la Iglesia, según lo que repetidamente ya hemos declarado, cada vez que se ha presentado la ocasión, para las diversas Naciones. Es, pues, razonable que se favorezca de todas las formas la constitución de esta clase de asociaciones confesionales católicas, como se llaman, no sólo en comarcas católicas —lo que está fuera de toda duda—, sino en cualquier región, en cualquier parte en donde se presente la posibilidad de acudir por medio de ellas a las distintas necesidades de sus asociados.

»Tratándose de asociaciones que tocan directa o indirectamente la causa de la Religión y de las buenas obras, no se podría aprobar de ningún modo que en los países que hemos citado se propagasen o se alentasen asociaciones mixtas, es decir, formadas por católicos y no católicos. Por no señalar más que un punto, está claro que en esas asociaciones se expondría a gran peligro la fe de los católicos y la fiel observancia de la ley y de los preceptos de la Iglesia. Y estos peligros ya han sido señalados por más de uno de Vosotros, Venerables Hermanos, en las respuestas que Nos habéis enviado a este respecto»[75].

Hay que hacer notar que la intención de Pío X no era prohibir la cooperación entre organizaciones obreras católicas y no católicas en los intereses económicos comunes;

sólo quería advertir que esa cooperación no llevaba consigo necesariamente la fusión de estas organizaciones; bastaría un acuerdo entre ellas referente a determinados puntos; es decir, ese acuerdo que en Alemania se llamaba *Kartell.*

«Sin embargo, Nos no negamos —concluía— que se pueda permitir a los católicos, después de tomar todas las precauciones, que trabajen por el bien común junto con los no católicos, con la finalidad de mejorar la situación de los obreros, para una más justa distribución del salario y del trabajo, o para cualquier otro fin honesto y útil, pero a través de un pacto, tan oportunamente ideado como es el del *cartel*»[76].

...Estaba claro que la Encíclica no exigía la supresión de la situación existente: la situaba en sus justos límites.

Los obreros católicos podían continuar formando parte de los sindicatos interconfesionales, pero debía quedar bien claramente establecido que esta participación era tolerada por la Iglesia mientras nuevas circunstancias no la hicieran inoportuna, y siempre a condición de que los católicos estuviesen seguros contra todo peligro para su fe[77].

La Encíclica terminaba con una calurosa recomendación a los Obispos para que se dispusieran a hacer cesar toda discusión, y para que vigilasen atentamente sobre la integridad de la fe de los trabajadores católicos alemanes, frente a quienes quisieran imponerles los Sindicatos *interconfesionales,* con el pretexto de que hubiera una sola forma de Sindicatos[78].

* * *

Esta fue la enseñanza de la Encíclica del 24 de septiembre de 1912, en un momento en el que el liberalismo social-político se ocultaba en el *interconfesionalismo,* para conseguir un sindicalismo subversivo de todo orden religioso, civil y social. Esta misma enseñanza social volverá al pensamiento y a los labios del santo Pontífice, cuando en la Alocución Consistorial de 27 de mayo de 1914, recapitulando una vez más, como en un testamento, la doctrina social cristiana, repetirá a todo el Episcopado católico:

«No ceséis nunca de repetir que, si el Papa ama y aprue-

ba las asociaciones católicas que tienen como objetivo también el bien material, siempre ha inculcado que en ellas debe prevalecer el bien moral y religioso, y que a la justa y laudable intención de mejorar la suerte del obrero debe estar siempre unido el amor de la justicia y del uso de los medios legítimos para mantener la armonía y la paz entre las distintas clases sociales.

»Decid claramente que las asociaciones *mixtas,* las alianzas con los no católicos para el bienestar material están permitidas con ciertas condiciones, pero que el Papa prefiere las uniones de católicos que, dando de lado a todo respeto humano y haciendo oídos sordos a cualquier halago o amenaza, se agrupan en torno a la bandera que, por muy combatida que sea, es siempre la más espléndida y gloriosa, porque es la bandera de la Iglesia»[79].

Así sellaba Pío X su programa *restaurador de todas las cosas en Cristo,* acelerando con el sentido sobrenatural de su pensamiento el retorno del reino de Dios en los individuos, en las familias y en la sociedad: reino de verdad y de vida, de santidad y de paz.

Hacia la conciliación del Estado italiano con la Iglesia

León XIII y Pío X fueron dos Papas diferentes por nacimiento, por carácter y por educación.

Joaquín Pecci, había nacido en la aristocracia del Estado Pontificio, tuvo mente de monarca y palabra de reivindicación.

José Sarto, salió del pueblo humilde, en un clima que tendía a la independencia política; intuyó que los tiempos habían cambiado, y tuvo la mente y la palabra de un innovador.

Después de la violación de la soberanía del Papa en el Estado Pontificio, el 20 de septiembre de 1870, con la desaparición del poder temporal, Pío IX no podía permitir a los católicos tener representantes en el Parlamento italiano, pues tendrían que dar su aprobación a la usurpación del Principado Civil de la Iglesia. Por eso, les prohibió participar en las elecciones del nuevo Reino de Italia[80].

Más que una reivindicación territorial —garantía de la

divina misión del Papado—, estaba en juego la cuestión de la soberana libertad e independencia del Sumo Pontífice: cuestión gravísima, llamada entonces *Cuestión Romana.*

León XIII, confirmando plenamente las disposiciones de su Predecesor, volvió sobre el mismo tema.

El 14 de mayo de 1895 escribía a su Cardenal Vicario:

«Cuál debe ser la conducta de los católicos italianos con respecto a participar en las elecciones políticas ya ha sido declarado y confirmado varias veces.

»Es conocida la Circular que, por orden de Nuestro Predecesor Pío IX, de santa memoria, la Sagrada Penitenciaría dirigió a los Obispos, notificando que tomar parte en esas elecciones, *attentis omnibus circunstantiis,* NON EXPEDIT. Y, puesto que aquella decisión fue interpretada por algunos en otro sentido, un Decreto del Santo Oficio, de 30 de junio de 1886, con Nuestra aprobación, añadía que el NON EXPEDIT *prohibitionem importat,* manifestando así el deber para los católicos de abstenerse. Nos mismo, más tarde —añadía— repetimos de viva voz que, así como la participación de los católicos en las elecciones administrativas municipales es loable y ha de promoverse más que nunca, sin embargo, hay que evitarla en las elecciones políticas, pues *no son convenientes* por *razones de orden altísimo,* no siendo las menos importantes de ellas la situación creada al Pontífice, la cual no puede ciertamente responder a la plena libertad e independencia de su ministerio apostólico»[81].

Los católicos italianos, obedientes a las directrices pontificias, no podían participar en la vida política de la Nación y, en consecuencia, no podían ser ni *elegidos* ni *electores*[82].

Era un hecho positivo, disciplinado y consciente, pero no excluía que los católicos estuviesen preparados en espera de que sonase la hora de las grandes batallas políticas[83].

Por el momento debían atenerse a su antiguo programa: *Preparación en la abstención*[84]. Debían organizarse, prepararse, formar la conciencia del pueblo con serenidad y método católico en el campo religioso y social, para poder un día aplicar los principios cristianos también a la política nacional[85].

* * *

Ya sabemos que el Cardenal Sarto, propugnando en el terreno administrativo una honesta alianza entre *católicos* y *moderados*, consiguió dar a la ciudad de la Laguna un aire de serenidad religiosa, contribuyendo a un cambio de clima, y sabemos también que «más de una vez, viendo que los males religiosos y morales iban creciendo y que no había una voz que se levantara a protestar en el Parlamento, porque eran pocos los honestos, no había dudado, con prudencia y obedeciendo totalmente los mandatos del Papa, recurrir a la Santa Sede, para que, en *determinados casos*, fuese levantada la prohibición a los católicos para participar en las elecciones políticas e impedir aquellas leyes inicuas contra la Iglesia con las que, por entonces, la secta, anidada en el Parlamento, amenazaba»[86].

Ya desde esa época había comprendido que Italia iba a necesitar un día un fuerte apoyo de los católicos; no se podría decir entonces que la Santa Sede no ofrecía, con las debidas reservas, para la salvación de la Religión y de la Patria, un grupo de hombres sanos que estaba formando en el extenso movimiento de la Acción Católica, la cual tenía ya un sello nacional y prácticamente económico-social, y se presentaba como la única fuerza capaz de oponer un dique a la impetuosa marea del desorden social.

Cuando fue llamado a regir la Iglesia Universal, en un momento en el que la Masonería de los bancos del Parlamento y en oscuros sanedrines arreciaba con más insistente violencia sus ataques contra la Iglesia y preparaba una violenta persecución religiosa, no demoró el dar a conocer las directrices de su mente innovadora acerca del grave problema del *Non expedit*.

Persuadido de que la abstención de los católicos en la vida política iba ahora en beneficio de las fuerzas anticlericales, inspirado no por intereses humanos de intransigente política, sino únicamente por los intereses supremos de la Iglesia, de la sociedad y de la salvación de las almas, el 11 de junio de 1905 dirigió una Encíclica a los Obispos de Italia, con la cual convocaba urgentemente al terreno político a todos los católicos italianos, como ciudadanos, para una pronta defensa de sus más puras tradiciones cristianas amenazadas por la pavorosa invocación de las fuerzas de-

moledoras del Socialismo revolucionario, que estaba a punto de hacerse con los supremos poderes del Estado y arrancar la fe y la moral de Cristo de la conciencia del pueblo[67].

En esa Encíclica, documento de una política que llegaba más allá de su tiempo por el bien de la sociedad y de la Iglesia, decía:

«La acción de los católicos debe llevarse a cabo con todos los medios prácticos que ponen a su alcance no sólo el progreso de los estudios sociales y económicos, la experiencia ya adquirida en otros lugares y las circunstancias de la sociedad, sino también la misma vida pública de los Estados. De otro modo, se corre el peligro de caminar a tientas durante mucho tiempo buscando cosas nuevas y poco seguras, o de detenerse a medio camino sin servirse en la justa o legítima medida de los derechos ciudadanos que las actuales constituciones civiles ofrecen a todos y, por lo tanto, también a los católicos.

»El actual ordenamiento de los Estados —añadía— ofrece indistintamente a todos la facultad de influir en la cosa pública, y los catolicos, salvo obligaciones impuestas por la ley de Dios y por las prescripciones de la Iglesia, pueden con segura conciencia aprovecharse de todo ello para estar preparados como los demás, y mejor que los demás, a cooperar al bienestar material y civil del pueblo, y ganarse así la autoridad y el respeto que les dé la posibilidad de defender también y de promover los bienes más altos, que son los del alma»[68].

Y, precisando con nitidez y de manera inequívoca el punto central de su pensamiento, añadía:

«Esos derechos civiles son diversos y de diversa índole, desde el del participar directamente en la vida política del país, representando al pueblo en las aulas legislativas. Razones gravísimas Nos impiden apartarnos de las normas ya decretadas por nuestros dos Predecesores Pío IX y León XIII, según las cuales sigue prohibida, en general en Italia, la participación de los católicos en el poder legislativo. Pero otras razones, igualmente gravísimas, *que proceden del bien supremo de la sociedad que debe salvarse a toda costa,* pueden reclamar que en casos particulares se dispense de

esta ley, especialmente cuando los Obispos reconozcan la estricta necesidad de esta dispensa por el bien de las almas y de los supremos intereses de sus Diócesis y así lo soliciten»[89].

* * *

Los tiempos eran turbulentos y los peligros muchos y graves. Italia —como ya hemos dicho— se hallaba entonces entre el orden y la revolución. Por una parte, la revolución subversiva, que parecía querer anegar en su remolino todo orden social, llevaba a la ruina extrema y a la destrucción del espíritu cristiano[90]; por otra parte, en el orden estaba la salvación moral, religiosa y civil del pueblo, *ese bien supremo de la sociedad que debe quedar a salvo a toda costa.*

De ahí que, después de volver a recordar que los derechos de la Santa Sede habían sido violados, el Santo Pontífice advertía:

«La posibilidad de esta benigna concesión Nuestra obliga a todos los católicos a prepararse prudente y seriamente para participar en la vida política cuando a ello sean llamados. Por consiguiente, importa mucho que la actividad ya desplegada por los católicos, con el fin de prepararse, por medio de una buena organización electoral, para la vida administrativa de los Municipios y de los Consejos Provinciales, se haga extensiva también a prepararse convenientemente y a organizarse para la vida política. Al mismo tiempo, deberán inculcarse y observarse los altos principios que regulan la conciencia de todo verdadero católico, el cual deberá recordar sobre toda cosa que en cualquier circunstancia debe ser y aparecer verdaderamente *católico*, accediendo a los cargos públicos y ejerciéndolos con el firme y constante propósito de promover con todas sus posibilidades el bien social y económico de la patria y particularmente del pueblo, siguiendo las máximas de la genuina civilización cristiana, y defendiendo al mismo tiempo los intereses supremos de la Iglesia, que son los de la Religión y la justicia»[91].

Esta derogación del *non expedit* —aunque sólo fuera en *casos particulares* y de *estricta necesidad*— y el hecho nue-

vo de que los católicos pudieran tomar parte con *segura conciencia* en la vida parlamentaria de la Nación, significaba, ante todo y sobre todo, esclarecer, de una vez para siempre, la postura de los católicos, como ciudadanos, ante el bien supremo de la Patria.

Pero, porque Pío X no quería reservas ni compromisos para la sinceridad de los programas claramente católicos, y porque en todo problema político veía un problema moral, inmediatamente advertía con aguda y penetrante prudencia, por medio de su Cardenal Secretario de Estado, que los católicos candidatos no debían presentarse como *candidatos de los católicos formando un partido político,* y mucho menos debían tender a *la constitución de un centro parlamentario católico:* esto quedaba *explícitamente excluido*[92]. Era preciso evitar que los enemigos de la Iglesia agitasen el espectro del clericalismo, e impedir que los diputados elegidos por los católicos llegarán a tener iniciativas que pudieran comprometer la responsabilidad de la Santa Sede. Por eso, los diputados de los católicos deberían ser *católicos diputados* y no *diputados católicos*: debían preocuparse sola y únicamente de representar a sus electores. Ya la Santa Sede se ocuparía por sí misma de defender sus propios derechos[93].

La atmósfera se había clarificado, y los católicos no tardaron en darse cuenta de que ya no eran una *fracción,* y mucho menos una *fracción* incrustada en la vida de la Patria, sino que eran la Nación misma que, en obsequio a las leyes, en el ámbito del Estado y dentro de la rígida disciplina de la Iglesia, saliendo al encuentro de todos los prejuicios, ahora ya fulminados, del viejo liberalismo, con conciencia clara y una decidida voluntad, surgía por fin a la palestra para reivindicar el sagrado derecho a las propias libertades civiles y religiosas, que llevaban demasiado tiempo ignoradas, vilipendiadas y conculcadas.

Esto se vio bien pronto en las elecciones políticas de 1909, y más todavía en las de 1913, llevadas a cabo por medio de sufragio universal, en las que los católicos, con más ancho respiro y con pactos claros y concretos, pudieron imponerse y exigir el cumplimiento de su programa apoyado en la representación de sus organizaciones en el Consejo

Superior del Trabajo, que hasta entonces había sido un monopolio del Socialismo, en la libertad de enseñanza y de escuelas y en la lucha contra las fuerzas disolventes de la sagrada unidad de la familia cristiana.

* * *

Después de esto, no es posible dudar de que la innovación llevada a cabo por Pío X en el terreno político del pueblo italiano, inspirado por el serio pensamiento de salvar los *supremos intereses de la sociedad*, amenazados por los partidos de la revolución social[94], estaba destinada, en los planes de la Providencia, a madurar en una nueva serenidad y en nuevos equilibrios de justicia, y a tener su epílogo en un hecho de grandeza histórica, ardientemente anhelado por la historia político-religiosa de Italia: el Pacto de paz entre el Estado y la Iglesia, con la solución de la llamada *Cuestión Romana*, en un clima de más amplios horizontes y de más fecunda eficacia cristiana.

* * *

No cabe dudar de que Pío X deseaba una reconciliación entre Italia y la Sede Apostólica, que estuviese en armonía con los derechos imprescriptibles de la Iglesia.

En este sentido es significativa la carta que, con fecha 9 de noviembre de 1910, enviaba al Conde Apponyi, Ministro de Cultos en Hungría:

«Lo que habrían hecho Pío IX y León XIII, es lo que también haría el actual Papa, si viese asegurada de esa forma su libertad e independencia en el gobierno de la Iglesia universal. No se trata de intransigencia, sino de una absoluta necesidad de defender y reclamar un derecho que no admite límites ni cortapisas para el gobierno de la Iglesia Católica en todo el mundo. El Papa no se prestará jamás a la connivencia en un hecho que ultraja de tal manera a la Iglesia, porque se haría cómplice de una culpa imperdonable»[95].

Ya desde los días de su Patriarcado de Venecia tenía clavado en el alma el deseo de una reconciliación de Italia con la Iglesia[96], y si hubiese dado con hombres de Estado que

hubieran tenido un mínimo de lealtad, de dignidad y de buena voluntad, habría dado gustosamente los pasos necesarios para poner fin a aquel desgraciado distanciamiento entre el Estado italiano y la Sede Apostólica, que era como una espina en el corazón de la Nación[97].

Pero, preocupado por otros problemas más urgentes, que exigían de él una dirección, una solución, un estímulo o un freno, no pudo hacer más, y, distinguiendo, desde la altura de su visión, entre *libertad* de la Iglesia y *territorio* de la Iglesia, «nunca quiso hacer reivindicaciones ni afirmaciones de poder temporal, aun manteniendo intocables los derechos sagrados del Papa en la llamada *Cuestión Romana*[98].

«Es realmente descorazonador —escribía el 21 de mayo de 1909— ver cómo el tema de la libertad de la Iglesia ha sido olvidado por todos. Convendrá, sin embargo, no hacer ni de lejos alusión al Poder Temporal, porque esto está condenado al ostracismo, incluso por parte de muchos que no son malas personas.

»Si se reconoce el derecho que la Iglesia tiene a la libertad, se deberán estudiar los medios para que pueda disfrutar de ella incluso *con beneficio para el Estado*»[99].

Y a Mons. Bonomelli, Obispo de Cremona, bien conocido por sus ideas *conciliatorias*[100], le declaraba expresamente, el 15 de octubre de 1911:

«Durante todo mi Pontificado he querido que en ninguna carta, en ninguna alocución, se nombrase el Poder Temporal, para no ofrecer a los adversarios (que sí que lo tienen siempre en los labios, como una pesadilla que los oprime) un argumento que esgrimir contra la Iglesia y el Papado»[101].

Pío X no toleraba que los católicos hablasen del Poder Temporal, no porque creyese que la *Cuestión Romana* era algo superado, o estaba muerta y sepultada, como mintiendo abiertamente iba pregonando el Liberalismo, sino porque por entonces la comprensión de la política italiana no estaba todavía madura y el momento no era oportuno; tanto más cuanto que no ignoraba cómo todos los intentos hechos por León XIII, de 1887 a 1894, para la solución de la *Cuestión Romana*, habían fracasado por causa del sectarismo de diversos Gobiernos, a los que les interesaba mante-

ner abierto este desgraciado conflicto, para así poder levantar la voz contra la *potencia extranjera* del Papado[102].

Por eso, «no pudiendo conseguir una solución práctica de la *Cuestión Romana*, decía que no era conveniente exacerbar los ánimos, esperando que la Providencia abriría un camino»[103].

Su deseo era que, en la cuestión de la libertad y de la independencia del Papa, las corrientes contrarias que por aquel tiempo se acentuaban entre los católicos no se enconasen inútilmente, y que ante los sectarios, que en la solución de la Cuestión Romana veían equivocadamente sólo intereses humanos y fines políticos, temiendo que volviese el Principado civil de los Papas[104], quedase firmemente claro que la Santa Sede esperaba la solución de la Cuestión Romana únicamente por un esencial motivo de libertad y de independencia en el ejercicio de su Magisterio Supremo, y nunca por ambiciones terrenas. Pensaba que esto tendría que conciliar los ánimos de los italianos en un deseo sincero de paz con la Iglesia, sin temor de que ésta comprometiese los intereses de la Patria[105].

No de una intervención extranjera, sino de la conciencia cristiana y civil del pueblo italiano debía surgir el movimiento clarificador de la deseada conciliación entre Italia y la Apostólica Sede de Pedro.

Las afirmaciones del Presidente de la Unión Popular de los Católicos de Italia, en la VIII Semana Social, habida en Milán del 30 de noviembre al 5 de diciembre de 1913, que la equitativa solución del enfrentamiento pernicioso entre el Estado y la Iglesia podía siempre venir de la voluntad constitucional del País, partiendo del Estado, sin que la soberanía civil del Estado se viese comprometida, tenían el previo consentimiento y aprobación de Pío X[106].

A partir de entonces, la posición de la Iglesia y del Estado estaba fuera y por encima de aquel viejo antagonismo, que pesaba en el alma de los católicos italianos; en la historia religiosa y política de la Nación se empezaba una nueva página, abierta a más amplios horizontes y a más fecunda eficacia cristiana.

* * *

El santo Pontífice tuvo un Pontificado demasiado breve para poder ver cómo brotaba la flor de la paz en la recobrada primavera cristiana; pero es cierto, y es de justicia, poder y deber decir que fue precisamente él quien sembró la semilla de esta flor, cuando con más furor estaba desencadenada la tempestad de los prejuicios y de los todavía no apagados rencores anticlericales y laicistas.

Al atenuar el *non expedit*, aspirando sólo y únicamente —téngase bien en cuenta— *a aquel bien supremo de la sociedad, que se debía salvar a toda costa*[107], venía a eliminar de la *Cuestión Romana* el aspecto antinacional que la secta le había calumniosa y odiosamente atribuido, como si se tratase de una reivindicación territorial y política; la contemplaba en sus justas proporciones y la fijaba en sus límites más exactos, más espirituales, más apostólicos; establecía la más digna posibilidad de un retorno a la paz de Dios en la Patria, por medio de las almas que él convocaba a una fe cristiana más consciente y a unas costumbres más cristianas, dando así a Italia la seguridad de la nobilísima esperanza de ver al Estado dignamente reconciliado con la Iglesia.

No vio el histórico acontecimiento de la Conciliación de la Roma de los Césares con la Roma de Pedro, porque a una más amplia y fecunda labor de pacificación, tal como él la entendía y estaba en sus deseos, le faltaron entonces hombres que la comprendieran y tuvieran la fuerza, la autoridad y la estabilidad necesaria; pero cuando aquella feliz mañana del 11 de febrero de 1929 Italia volvía a entrelazar sus glorias propias con las glorias de su fe, en aquel momento, sobre su tumba rodeada del silencio en las Grutas del Vaticano brotaba la rama de un olivo imperecedero y, como un canto triunfal, parecían oírse los ecos de aquel presagio que un día lejano había anunciado bajo las cúpulas doradas de San Marcos:

«Pasará la ola de la tempestad; el bello cielo de Italia verá disiparse las nubes; la Cruz volverá a fulgurar en la cima del Campidoglio; volverán los hijos ingratos, empujados por sus propias desventuras, al Vicario de Cristo, y cuando éste haya devuelto a Dios una Italia libre y pura, de nuevo impartirá desde el Vaticano la antigua bendición a la ciudad y al mundo»[108].

Con este presagio en su corazón, el Papa Santo cerraba su Pontificado, en el cual tuvo la gloria de ver y de medir toda la grandeza de su obra de concentración y de defensa; la jerarquía más sólidamente unida a la Cátedra infalible de Pedro; acrecentada la responsabilidad y la misión divina del clero; obedientes y disciplinadas ante los mandatos del Vicario de Cristo las fuerzas laicas que él había encontrado minadas por la discordia y por la rebeldía; la sociedad restablecida sobre los inmutables principios que teorías utópicas y disolventes, o el retorno de antiguos errores hábilmente disimulados, pero netamente definidos e inexorablemente condenados, habían deformado o habían hecho que se perdieran de vista.

Pío X y la paz universal

Cuando el 4 de octubre de 1903, Pío X dirigía por primera vez la palabra al mundo católico, decía:

«Quién hay que no sienta su ánimo consternado viendo que la mayor parte de la humanidad lucha entre sí de manera tan atroz que parece que sea una pelea de todos contra todos. Nadie hay que no suspire por la paz y no la invoque; pero buscar la paz sin Dios es un absurdo, porque donde Dios está alejado la justicia está desterrada y, quitada de en medio la justicia, en vano se alimenta la esperanza de la paz.

»No son pocos los que, impulsados por esta ansia de paz, que es tranquilidad de orden, se agrupan en sociedades y partidos que llaman *partidos de orden.* ¡Esperanzas vanas y trabajos perdidos! No hay más que un partido de orden que pueda restablecer la paz en la perturbación de las cosas: *el partido de Dios.* Esto es lo que hay que promover y a esto es a lo que hay que reconducir los hombres, si verdaderamente nos mueve el amor a la paz»[109].

El historiador de su Pontificado es quien tendrá que decir cuánto el Papa santo hizo para promover este *partido de Dios* en favor de la paz, del orden y de la tranquilidad religiosa, civil y social de los pueblos y de las naciones.

Nosotros nos limitaremos a unos pocos y rápidos esbo-

zos, pero más que suficientes para llegar a concluir que Pío X dio a la causa de la paz de los pueblos su mente vigorosa, su gran corazón, su trabajo inagotable, hasta el último aliento de su vida.

Así resonó su voz, ardiente y solemne, como árbitro supremo en las ásperas contiendas entre los Gobiernos de Brasil, de Perú y de Bolivia, por causa de las discusiones acerca de los límites de sus fronteras, y conjuró el peligro de una guerra cruel[110]; con toda su energía llamó a la concordia y a la paz los ánimos de Polonia, sometida a Rusia, que estaban exasperados violentamente por las pasiones[111]; tranquilizó las agitaciones religiosas de los pueblos eslavos, por causa de la antigua cuestión del uso de su lengua en la Liturgia[112]; restableció entre los austríacos la tranquilidad turbada por un funesto movimiento que, al grito de «Los von Rom» amenazaba envolver en el cisma a un imperio que se gloriaba del título de *apostólico*[113]; por otra parte, en las tan clamorosas como injustificadas protestas del nacionalismo alemán contra la Encíclica, mal entendida, sobre el centenario de San Carlos Borromeo y contra el juramento antimodernista, con su prudente pensamiento esclarecedor disipó las dudas y los prejuicios que habían trastornado las mentes y suscitado la rebelión[114].

También, por la paz religiosa y social, exhortó a los españoles a que entraran numerosos y compactos en la acción política para defender la religión y la patria[115]; estuvo al lado de los trabajadores pobres para que no se abandonasen a ideas subversivas del orden social[116]; defendió a los católicos de Abisinia, perseguidos a causa de su fe[117]; salvó, en nombre de la justicia y de la piedad humana, al pueblo mártir de Armenia de un horrendo exterminio, y de una brutal esclavitud a la infelicísima estirpe de los Judíos de la América Latina[118]; al mismo tiempo, a uno y otro lado de los océanos, daba un eficaz impulso a la Acción Católica, que él mismo definió como «la acción misma de Cristo en los individuos, en la familia y en la sociedad»[119]: acción de orden, de concordia, de tranquilidad y de paz.

Y cuando «considerando —como el mismo decía— la importancia numérica de los ejércitos, la potencia de las máquinas de guerra y la ciencia militar que tanto había pro-

gresado»[120], presintió la espantosa catástrofe que se escondía en la llamada *paz armada*, convocó a todo el mundo católico al gran jubileo por la Paz que el emperador Constantino dio a la Iglesia con el famoso Edicto de Milán en el año 313[121]; y dos meses antes de morir, ratificaba el día 24 de junio de 1914, con Servia un Concordato que concedía amplia libertad de religión y de culto a los católicos de la nación evangelizada por Cirilo y Metodio[122]: un Concordato que abría en la historia de la Iglesia una nueva era y que, desde el punto de vista jurídico-eclesiástico, se le podría con toda justicia definir como «una perfecta e impecable obra de arte»[123].

Era el triunfo pleno, completo, de su idea: *la restauración de todas las cosas en Cristo*, la idea que a través de los tiempos y de las peripecias lo había siempre dominado con inmutable constancia, desde la Parroquia de Salzano hasta la fastuosa ciudad de los Dogos, desde los esplendores del trono Papal hasta el umbral del sepulcro: idea sobrenatural llevada a cabo con la fiel e indisoluble colaboración de un incomparable Secretario de Estado; incomparable por la altura de su ingenio no menos que por su santidad de vida, digno de la indiscutible grandeza de un Pontificado que ya la historia ha incluido en los fastos de la Iglesia con enérgicos caracteres, porque conoció las grandes luces de Dios y las grandes tempestades de los hombres[124].

XII. SUS VIRTUDES CARACTERISTICAS

«Pío X será siempre el modelo del Santo Sacerdote y del Santo Pontífice»
Card. G. O'CONNELL.
Arz. de Boston. 10 octubre 1934

El hombre y el santo

Hay un aspecto en el que Pío X consiguió dominar como un soberano, mostrándose una vez más «el Papa de lo Sobrenatural»; así, con una frase exacta y feliz, lo definió el Episcopado Piamontés[1].

Este aspecto es el terreno de la santidad.

Había en él algo de sobrehumano que lo hacía inolvidable.

El ilustre Mons. Baudrillart, de la Academia Francesa y Rector del Instituto Católico de París[2], el cual, desde 1907 a 1914 iba cada año a Roma para ver al Papa que se llamaba Pío X, recordaba:

«Su mirada, su palabra, su personalidad expresaban tres cosas: la bondad, la firmeza, la fe.

»La bondad manifestaba en él al hombre; la firmeza revelaba en él al caudillo; la fe expresaba en él al cristiano, al sacerdote, al Pontífice, al hombre de Dios.

»Fue el más sobrenatural de los hombres. Aquel *Deus providebit: Dios proveerá,* que continuamente tenía en los labios era la expresión más elocuente de su alma tan llena de fe profunda. Por eso, cuando estaba seguro de que necesitaba actuar de esta o de aquella manera, no se detenía ante las consecuencias, con la seguridad de que de un mal se-

cundario y pasajero Dios obtendría un bien superior y duradero.

»Tenía la clarividencia de la rectitud, la clarividencia que ninguna mentira, ningún sofisma, ninguna hipocresía conseguían engañar. Tranquilamente, imperturbablemente, denunció y condenó el mal donde quiera que lo veía; ninguna consideración humana lo hizo nunca doblegarse... Pío X demostró ser un gran hombre de gobierno.

»Jamás un Pontífice ha sido más reformador y más moderno que él. Fiel a su impulso, todo lo restauró y todo lo renovó en Cristo.

»Los Gobiernos pudieron temerlo, pero él fue tiernamente amado por los pueblos, por todos los buenos y sencillos fieles, porque era piadoso, porque era santo, porque era Padre»[3].

El Emmo. Cardenal Enrique Luçon, Arzobispo de Reims, en una carta del 15 de agosto de 1923, escribía:

«En las numerosas audiencias que Pío X se dignó concederme, siempre fui profundamente impresionado y edificado por su espíritu de fe, por la altura sobrenatural de sus puntos de mira y por la santidad de sus palabras»[4].

El Ministro de la Argentina cerca de la Santa Sede, Su Excelencia Daniel García-Mansilla, testimoniaba:

«La primera impresión que me causó Pío X fue la de un hombre que irradiaba santidad y rompí a llorar: cosa que nunca me había sucedido. Y añado que de los cuatro Papas que he tenido el honor de conocer de cerca, ninguno me hizo una impresión tan profunda de santidad como Pío X»[5].

El Siervo de Dios Don Luis Orione, tan querido por el pueblo italiano a causa de su milagrosa caridad, declaraba:

«Más de una vez he creído ver el rostro del Santo Padre iluminado por tanta luz de espiritualidad que me parecía que irradiara en forma diferente como un rayo de predestinación»[6].

Un ilustre Académico de Francia afirmaba:

«No era posible acercarse a Pío X sin ser tocado por la dulzura y la grandeza que había en él. Esta dulzura y esta grandeza las había siempre poseído. Los peregrinos de todo el mundo lo notaban. En las ceremonias públicas tenía la

solemne majestad del Vicario de Crito, sus ojos maravillosos parecían penetrar en la eternidad»[7].

Su Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val, el 1 de agosto de 1928, hablando con un redactor de un importante diario de Bruselas, se expresaba así:

«Pío X tenía un alma que conmovía a todos los que vivían con él. Yo mismo me sentía profundamente conmovido y me parecía casi imposible que hubiese nacido en un pobre pueblecito, cuando en realidad parecía que hubiese sido educado en una familia de soberanos. Era su santidad la que confería a sus humildes orígenes una luz de nobleza que sorprendía»[8].

Por eso, no exageraba el docto y austero Cardenal Ehrle cuando afirmaba:

«Cuando me encontraba ante Pío X me parecía que me encontraba delante de un gran Soberano»[9].

Son testimonios magníficos, que nos abren el camino para indicar aquellas eminentes virtudes suyas «características», las cuales fueron como el tejido de fondo de toda su vida e imprimieron a su fisonomía una luz que le conquistó la admiración y el amor de todas las clases sociales.

Sencillez

Es el único —si no estamos equivocados— en la historia de los Papas que haya recorrido todos los grados de la Jerarquía; Pío X siguió teniendo siempre sus mismas costumbres, el hijo del pobre alguacil de Riese y de Margarita Sansón, el Don Giuseppe de Tombolo y de Salzano, el mismo que había sido durante su ministerio de Obispo y de Patriarca.

Llegado al Trono Papal, solo cambió el hábito externo: el tenor de vida, simple y modesto, siguió inalterado[10].

* * *

En medio de los esplendores de la Basílica Vaticana y de la magnificencia de los grandes recibimientos de su Corte, se mostraba con la dignidad del Soberano y la majestad del

Vicario de Cristo. Mas, apenas se quitaba la tiara o el hábito pontifical, volvía con toda naturalidad a su innata sencillez[11], porque nunca supo adaptarse a las grandezas y a las pompas oficiales de la Corte Papal: las soportaba porque exigía que todo se llevase a cabo con la tradicional solemnidad del rito[12].

Bastaba mirarlo para comprender que la tiara le pesaba en la frente y el manto de oro sobre los hombros.

Así, pues, en su vida privada no había nada de suntuoso, ni ceremonias, ni honores áulicos, sino sólo aquella misma sencillez que ya quiso en el Palacio Episcopal de Mantua y en la Sede Patriarcal de Venecia.

Le disgustaba, por un sentimiento de delicadeza, tener ocupadas alrededor de sí a tantas personas[13] y no rara vez se le oía repetir: «No quiero que nadie esté a disgusto conmigo»[14]; «todos deben hacerse la cuenta de que están como en su propia casa»[15].

Ambicionaba ser el Soberano de sí mismo.

Por eso, apenas fue elegido Papa, sin frases y sin rumor suprimió inmediatamente la costumbre secular que imponía al Pontífice comer solo[16]; dispensó al Maestresala de asistir a la mesa[17]; renunció a la escolta de la Guarda Noble y al acompañamiento de los camareros secretos cuando se paseaba por los jardines del Vaticano y redujo el acostumbrado servicio de Antecámara, contentándose con sus dos más íntimos secretarios particulares o incluso con uno de sus Ayudas de Cámara[18]. Prohibió las aclamaciones, cuando, con la soberana grandeza de Vicario de Cristo, descendía a la Basílica Vaticana[19] y, en las audiencias privadas ordinarias, no permitió el beso en el pie: invitaba inmediatamente a sentarse, preparando incluso a veces él mismo la silla[20].

* * *

Disfrutaba con una conversación sencilla y a veces bromista con sus ayudantes de cámara, con sus viejos jardineros, interesándose por su salud, por sus familias y, entre broma y broma, ponía en sus manos algunas monedas[21], y si alguien le hacía alguna observación de que se abajaba demasiado con sus inferiores, respondía: «Haría falta ver

quiénes son inferiores, si ellos o nosotros, porque según el juicio de Dios, el mundo será todo al revés de lo que nosotros vemos»[22].

Soberanos y Embajadores, Ministros de Estado y humildes campesinos, personajes del gran teatro del mundo y modestas mujeres del pueblo, ortodoxos e israelitas, conocidos y desconocidos, todos podían presentarse ante él sin demasiada exigencia, seguros de ser recibidos con aquella sencillez e incomparable afabilidad que lo hacía el rey de los corazones[23]; cuando recibía a los viejos campesinos de Tombolo y de Salzano, que venían a ver a su antiguo Don Giuseppe, le parecía volver a vivir los años lejanos de su Véneto, y se sucedían las escenas conmovedoras y los episodios que reflejaban el sencillo candor de su alma de hijo del pueblo, que en el trono más excelso de la tierra lucía con una luz todavía más viva[24].

* * *

Sus audiencias eran inolvidables. «Eran —como decía uno de sus Maestros de Cámara— una verdadera y santa misión»[25]. Muchos salían de ellas con las lágrimas en los ojos, convertidos de corazón a Dios[26].

Un joven húngaro, de origen rumano y de religión ortodoxa, había obtenido el ser recibido en audiencia por el Papa.

Cuando se encontró en presencia del Papa tuvo una sensación de desconcierto y no se atrevía a acercársele.

Pío X se levantó del asiento, y le fue al encuentro, le animó a adelantarse y, al oír que era ortodoxo, abriendo los brazos lo estrechó contra su pecho, diciéndole con infinita dulzura: «Católicos y ortodoxos son todos hijos míos».

Aquel joven quedó tan conmovido que «al salir de la audiencia, preguntó a un Prelado de Antecámara a quién podía dirigirse para ser instruido en la religión católica, porque no quería partir de Roma —así se expresaba— sin haberse hecho católico»[27]

Su *mansedumbre*

No había penitencias severas, ni austeridades de anacoreta en la vida de Pío X.

Los Procesos callan. Pero se asegura que «fue continua su mortificación interior y continua la renuncia a su propia voluntad[28] —la penitencia más ardua y difícil—, y numerosos testimonios afirman que toda su vida no fue más que un ininterrumpido ejercicio de fortaleza cristiana, una lucha continua, sin tregua, sin abdicaciones y sin descanso, por conquistar el completo dominio de sí mismo.

Llevaba la mansedumbre en el corazón. Pero esa mansedumbre la había conquistado con una lucha que no era la de crucificar la carne.

La naturaleza lo había dotado de un carácter ardiente[29]: la firmeza heroica de la voluntad le dio aquella maravillosa mansedumbre que lo hizo pasar a la historia con la aureola de «mansísimo Papa»[30].

Una vez, le preguntó uno de sus Secretarios Particulares cómo hacía para dominarse a sí mismo entre tantas contradicciones y tantos gravísimos disgustos. «¡Oh! eso —respondió— se aprende con los años»[31]: respuesta sencilla, pero reveladora de largas batallas ignoradas y de secretas victorias.

Nadie, ni siquiera sus más íntimos familiares, lo vio nunca alterado, perturbado o airado, no sólo en los pequeños e inevitables encontronazos de cada día, pero ni siquiera en medio de las contradicciones o ante audaces e irreverentes provocaciones[32].

«Puedo decir —confirmaba su Cardenal Secretario de Estado— que nunca noté en él un arrebato, ni siquiera ante las cosas que le disgustaban»[33].

Cuando el deber le exigía corregir o amonestar a alguien, y también cuando se refería a cosas que le habían hecho sufrir mucho, se expresaba con mucha calma, con suavidad y cariño de padre[34]. Sólo se encendía en santa indignación cuando se enteraba de que el Señor había sido ofendido gravemente o había sido ultrajada la Iglesia, movido únicamente por el deseo ardiente de hacer detestar el mal[35].

Un día, su médico —el ilustre Prof. Marchiafava— le encontró casi fuera de sí, a causa de una oleada masónica de calumnias desvergonzadas y de vergonzosos vituperios contra la Iglesia, y, con voz excitada, le oyó que decía: «¡Ha

sido una verdadera tempestad de infamias y de calumnias contra la Iglesia!»[36].

Indignación santa que, en las almas grandes es una indudable manifestación de «convencimientos profundos, de espíritu fuerte y de corazón magnánimo»[37].

* * *

Lleno de serenidad y confiando en la peremne asistencia de Cristo a su Iglesia, durante los once años de su azaroso Pontificado, jamás le faltó la sonrisa de su imperturbable mansedumbre, y jamás disminuyó su incansable energía, que incitaba a la más animosa y firme esperanza, incluso cuando se desencadenaba contra él una incomprensión humana furibunda. Incluso cuando sus trabajos, sus sudores y sus luchas por *restaurar todas las cosas en Cristo* eran sistemáticamente criticadas, fustigadas, combatidas y hasta desfiguradas por quienes menos podía imaginarse[38].

Es ésta una historia dolorosa, incluso cuando se la recuerda a distancia. Pero nunca hubo en sus labios una palabra de resentimiento o amarga, una recriminación, nunca hubo ni una señal de preocupación dolorosa. Sólo en rara ocasión, en momentos de profunda amargura al ver que el Papa estaba rodeado de soledad, como un entrañable lamento de padre: *De gentibus non est vir mecum* —entre tanta gente no tengo a nadie conmigo[39].

No fueron pocas las veces que la prensa adversaria, la de las gentes que se llamaban cultas y la del pueblo bajo, ignorando con mala fe cómo eran su corazón, su mente y su actuación, se unieron en repugnante conjura para lanzar sobre él la malvada insinuación, la censura calumniosa, la ofensa vulgar. Mas él, lleno de calma e imperturbable, callaba, como Jesús ante los cobardes que repartían su conciencia entre el César Romano y la plebe, mientras los poderosos de la tierra lo traicionaban[40].

Sólo en una ocasión, cuando el Alcalde de Roma —un extranjero masón—, el 20 de septiembre de 1910, tuvo la incalificable osadía de vomitar, ante la indignación del mundo civilizado, palabras de torpes blasfemias contra la Iglesia y su Cabeza Suprema, el Papa mansísimo habló con voz

terrible sobre la verdad traicionada, escribiendo dos días después a su Cardenal Vicario la carta que comienza: *Una circunstancia de excepcional gravedad,* la cual ponía de manifiesto una vez más en él un terrible vindicador del honor de la Iglesia y de la sagrada majestad del Vicario de Cristo[41].

Su humildad

Si Pío X en todo momento de su vida, desde los primeros años de su adolescencia hasta los honores de la Púrpura, tuvo siempre una humildad espontánea y directa, que excluía toda sombra de orgullo y todo síntoma de vanagloria[42]; ya en el Trono de Pedro, esta virtud adquirió en él un brillo tan luminoso que despertaba la admiración universal.

Aquel Papa maravilloso, que se complacía en bajar al mayor Templo de la Cristiandad rodeado de la majestad del silencio[43], sin embargo, en la gloria y en los honores que lo acompañaron en las diversas vicisitudes de su existencia, jamás conoció las fáciles inclinaciones de la vanidad, porque nunca olvidaba ni nunca perdía de vista el ejemplo y el consejo del Divino Maestro: *aprended de mí que soy manso y humilde de corazón*[44].

«En el siervo de Dios —ésta era la declaración bajo juramento de su Cardenal Secretario de Estado— la virtud de la humildad parecía verdaderamente heroica, admirable y nunca desmentida. Jamás me fue dado ver cosa igual y me parecía como si en él se hubiera convertido la humildad en una segunda naturaleza»[45].

Esta declaración se ve confirmada por una serie casi interminable de otros testimonios y de otros documentos.

El Santo —se dijo— tenía un profundo sentimiento de su propia bajeza. No se daba ninguna importancia, huía de toda ostentación, de toda actitud de superioridad: no se imponía con mandatos de obediencia. «Hacía sentir su propia autoridad sólo cuando era necesario»[46].

«El Santo Padre —escribía él mismo el 31 de mayo de 1905— nunca se ha querido imponer a los sacerdotes con el precepto de la obediencia, ni lo hará como Papa»[47]. «El Pa-

pa —volvía a escribir el 15 de diciembre de 1909— no quiere imponerse, no exige sacrificios insoportables; sólo se sentirá gozoso si ve satisfecho su deseo»[48]. Y en otra carta de 9 de noviembre de 1911, decía: «Huyo hasta del pensamiento de imponer a alguien nuevas cargas y nuevos sacrificios»[49].

Jamás hablaba de sí mismo, ni se ufanaba de sus méritos. Si alguna vez hablaba de él mismo, hablaba con mucha sencillez y a veces de cosas que otro, por orgullo, habría callado, como eran su origen humilde, las estrechuras de la pobreza en las que había crecido de niño, o la falta de títulos académicos[50].

* * *

Unas veces se declaraba indigno de los beneficios que había recibido del Señor[51]; otras, se admiraba ante las eminentes dignidades a las que había sido elevado[52]; y otras, con expresiones duras, se complacía en manifestar el desprecio que sentía de sí mismo[53].

Cuando le decían que dentro y fuera del Vaticano se criticaba su política y se le consideraba como un *buen cura de aldea*, se le iluminaba el rostro con una suave sonrisa, y respondía: «No me importa. Yo no tengo más que un camino y un sólo punto de mira: el Crucifijo»[54].

Nunca se le oyó atribuir un éxito a su propia iniciativa, a su propia habilidad o a su propia experiencia[55].

Ocultaba sus incomparables dotes de mente y de corazón que «no eran pocas y verdaderamente extraordinarias»[56]: dotes que —como afirmaba un eminente Ministro del Gobierno de Italia— «lo colocaban con justicia entre los más grandes Papas de la Iglesia Católica»[57]; y procuraba con todo empeño que pasara inadvertida su profunda cultura en todas las ramas de las ciencias sagradas y profanas, y aquel conocimiento tan perfecto de los problemas, de los hombres y de las naciones, que asombraba a los más eminentes estadistas[58]; solía decir que «eran viejos recuerdos de la escuela, o cosas que había oído decir a otros»[59], y «nunca dejaba ver que él sabía algo más que la persona que tenía delante»[60].

Era enemigo de las adulaciones, y los agradecimientos demasiado efusivos lo perturbaban y cualquier asomo de alabanza le producía tristeza[61]. Por eso, cuando lo alababan, daba un giro bromista al asunto y respondía: «Tonterías, tonterías...»[62]. «Lo que se plagia no vale nada»: ésta era su rápida reacción ante las felicitaciones que le llegaban frecuentemente por sus discursos y por sus inspiradas alocuciones[63].

A un Canónigo de Treviso, que le había pedido que publicara alguno de sus escritos, respondió: «Aun cuando pudiese encontrar esos escritos, se avergonzarían de aparecer entre tantos doctos trabajos que tratan del mismo tema»[64]. Y cuando le pidieron insistentemente en otra ocasión publicar algunos de sus discursos, volvió a responder:

«No puedo ofrecer nada que merezca ser publicado»[65].

No toleraba que se hablase de él ni de los carismas sobrenaturales con los cuales el Señor lo había enriquecido.

Cuando en las grandes audiencias, al contacto con sus manos milagrosas, sucedían maravillas y florecía un prodigio, imponía inmediatamente silencio o se apresuraba a decir: «Es el poder de las llaves Supremas: yo no tengo nada que ver con esto. Es la bendición del Papa. Es la fe de quien vive la gracia»[66], y algunas veces, bromeando amablemente exclamaba: «¿Quieren un milagro? ¿No sabéis que ya no hago más milagros?»[67].

Cuando lo llamaban el Papa Santo, respondía con gracia y agudeza: «Os equivocáis en una consonante: yo soy el Papa Sarto»[68].

* * *

Siempre «dispuesto a recibir los consejos que pedía incluso a personas de inferior autoridad»[69], «no encontraba dificultad para declarar que, si alguna vez se había equivocado, estaba dispuesto a reconocerlo y a poner los medios para una justa reparación»[70], diciendo: «lo que es justo es justo»[71]; con ponderada reflexión aceptaba observaciones y sugerencias incluso en oposición a algún punto de vista suyo y, si las veía justas, no dudaba en renunciar a su propia opinión»[72].

Algunas veces preguntaba el parecer de sus Secretarios Particulares sobre minutas de cartas que él había escrito, pidiéndoles que las corrigieran con libertad[73] y, como cuando era Obispo, cuando había compuesto una Homilía, la leía a algún sacerdote de su confianza, pidiéndole con sencillez su opinión y aceptando sus observaciones[74], igual también siendo Papa, «con frecuencia, después de haber ponderado y preparado largamente el esquema de un documento, lo sometía al examen de su Secretario de Estado y, pluma en mano corregía, tachaba o añadía sin la más mínima vacilación, dispuesto con una admirable humildad, incluso a echarlo al cesto de los papeles —si se hubiera dado el caso— sin el más mínimo reparo»[75]. Y cuando en alguna cuestión dudosa o discutible no acababa de tomar una decisión inmediata, concluía: «Esto lo haremos examinar por otros que sepan más que yo»[76].

Así era nuestro santo. No era ni fue nunca de esas personas que, una vez expuestas sus propias ideas, rechazan la manera de ver de otros, porque se creen seguros de no equivocarse nunca y creen ver o quieren ver solos —como él mismo sinceramente advertía, al escribir el 15 de diciembre de 1886 a un amigo de Treviso:

«En muchos hay una falta de proceder y de tacto práctico, en virtud de la cual, aun sin quererlo, encuentran a cada paso nuevos obstáculos incluso donde el camino es absolutamente llano. Ven o quieren ver ellos solos y creen ver bien incluso cuando se equivocan; a éstos hay que compadecerlos»[77].

Su finura de espíritu

Esta conmovedora humildad suya lo hacía de gran finura y lleno de respeto y de consideración, con los Cardenales, con los Obispos, con sus colaboradores y con sus mismos familiares.

Si algún Cardenal había tenido que esperar para una audiencia con él, porque estaba ocupado con otros, inmediatamente le pedía excusas[78].

Cuando los Obispos que recibía intentaban arrodillarse:

«No se arrodille, Monseñor —decía rápido—, yo soy el último de los Sacerdotes de Dios»[79].

Con verdadera pasión se encomendaba a sus oraciones, para que el Señor, «perdonándole sus culpas por misericordia —éstas eran sus palabras—, le concediese la gracia de poder trabajar para la mayor gloria de Dios y por la salvación de las almas»[80].

Y también con gran ardor les suplicaba que le ayudaran. «Si los mejores —escribía al Obispo de Macerata— no me ayudan a llevar la cruz que el Señor ha permitido que recayera sobre mis hombros, ¿cómo podré llegar al Calvario?»[81]. «Hágale esta caridad a quien tan insistentemente se lo ruega», imploraba el Arzobispo de Goriza[82]. «Si Vd. no me ayuda —así se expresaba con el Obispo de Catanzaro— ¿qué voy a hacer yo aquí, encerrado en el Vaticano?»[83].

* * *

Cuando necesitaba consultar con su Cardenal Secretario de Estado, para no molestarle haciéndole ir a donde él estaba, le enviaba notas que escribía durante las audiencias[84]; y para que sus colaboradores no estuviesen recargados de trabajo, él no se ahorraba sacrificios, echando sobre sí mismo cualquier esfuerzo para no interrumpir el quehacer de ellos ni siquiera cuando estaba enfermo[85].

«Una mañana temprano —testimoniaba un Monseñor— noté que el Siervo de Dios tenía ya escritas unas quince cartas a algunos Obispos. Me permití hacerle en confianza la observación de que no se cansase demasiado. "Nada, nada —me conestó sonriendo— escribo yo mismo para no dar demasiado trabajo a los de arriba", refiriéndose a sus colaboradores de la Secretaría de Estado»[86].

* * *

Para no incomodar a sus Ayudas de Cámara, para no causarles molestias, arreglaba y ordenaba él mismo sus cosas[87]; y cuando hospedaba a su querido sobrino Mons. Juan Bautista Parolin, si el Ayuda de Cámara se retrasaba, él mismo le ayudaba a Misa[88]. Para no molestar a nadie lle-

gaba incluso a no pedir un vaso de agua cuando lo necesitaba.

Una sofocante tarde de verano, conversando en su biblioteca privada con su sobrino Mons. Juan Bautista Parolin, de pronto exclamó: «Tengo una sed...».

Su sobrino se levantó inmediatamente de su asiento y fue a llamar al Ayuda de Cámara; pero el santo Papa le detuvo, diciendo: «No molestemos al camarero. No es necesario hacer tanto ruido por un poco de sed»[89].

Y aquella no fue la única vez[90]; tanto es así, que uno de sus Capellanes Secretos pudo atestiguar que el Santo «no pedía nunca nada, hasta tal punto, que sus familiares más cercanos tenían que estar atentos a sus necesidades, porque de lo contrario habría carecido de todo; sufría y callaba»[91].

«Ser servido y ocasionar molestias a los demás —decía uno de sus Maestros de Cámara— era para él un sacrificio»[92]. Por eso, cuando disponía algo, no daba órdenes, sino que usaba la frase: «Hágame la caridad»[93]; y cuando sus Familiares le preguntaban si podían servirle en algo, sonriendo les contestaba: «¿Qué queréis que os pida? Yo estoy aquí para servir, no para ser servido. Soy el Siervo de los Siervos de Dios. No necesito nada. He nacido pobre, he vivido pobre, y pobre moriré»[94]; y les daba las gracias insistentemente hasta por el más pequeño servicio, pidiéndoles perdón por las molestias que les causaba y demostrando su agradecimiento con algún pequeño obsequio[95].

* * *

No ambicionaba lápidas, ni monumentos que perpetuaran su nombre:

«El Papa se llevaría un gran disgusto —contestaba el 23 de diciembre de 1908 al Capítulo Canonical de San Marcos de Venecia—, si no se renunciase al proyecto de perpetuar su memoria en una lápida. Está convencido de cuánto lo aman los venecianos, sin necesidad de que se lo demuestren así»[96].

«Recuerde —escribía al Arcipreste de su pueblo natal, el 25 de abril de 1909— que prohíbo terminantemente que

se ponga ninguna piedra ni lápida en el batisterio en donde fui bautizado, ni en el Santuario de la Cerendole»[97].

«Si los Rvmos. Canónigos de la Catedral de Treviso —escribía el 14 de enero de 1914— quieren complacer al Santo Padre, acuérdense de él particularmente en la Santa Misa, pero olviden el pensamiento de *lapidarlo*»[98].

Una graciosa ocurrencia que, una vez más, escondía la más sincera e incomparable humildad.

Bondad delicadísima

Una de las características —quizá la más bella y la más armoniosa— del alma de Pío X fue su bondad.

Una bondad heredada de su ambiente de familia, rico en honestidad humana y que, poco a poco, fue enriqueciéndose con un profundo espíritu cristiano.

En el Vaticano, todos lo consideraban como «un padre bueno»[99], lo llamaban «nuestro padre»[100], el «padre de cada uno y de todos»[101].

Si bien en las grandes cuestiones que eran interesantes para el gobierno de la Iglesia mostraba una energía y un vigor apostólico que causaban asombro, en los casos particulares, cuando tenía que hacer cumplir un deber, o tomar una decisión dolorosa, «el primero en sufrir era él, porque los culpables le causaban piedad»[102].

En esas ocasiones, pasaba días mustios y noches sin sueño, y «en sus ojos, llenos de suave tristeza y como velados por una sombra, parecía verse la angustia de su alma, como si dijera: Sufro yo..., yo..., el padre de todos. Pero este es el deber que me impone mi misión, es un deber sagrado, imperioso, ineludible»[103].

Testigos de indiscutible autoridad observaban que su «severidad iba siempre acompañada por la ternura de un espíritu paterno»[104], porque en el fondo de su alma llevaba —como con acierto decía el Cardenal Mercier— «una maravillosa fusión de ternura paterna y de fuerza de carácter, la cual, mientras por una parte daba a su alma firmeza y equilibrio, por otra difundía en su rostro una armonía de solemnidad, de bondad y de alegría, de la que personas de todas las clases sentían inmediatamente el encanto»[105].

«Recuerdo —atestiguaba su Cardenal Secretario de Estado— que una mañana encontré al Siervo de Dios muy entristecido y cansado. Me dijo que no había descansado en toda la noche, pensando que por la mañana tenía que llamar al orden a un pobre infeliz.

»Eminencia —me dijo al despedirme—, diga un Avemaría, para que el Señor bendiga mis palabras, y que ese pobrecillo no me obligue a más.

»Pocas horas más tarde, el Santo Padre estaba radiante de alegría. "Todo ha ido bien —me aseguró sonriendo—, porque aquel pobre hombre acabó por reconocer sus culpas. Yo no lo he excusado, pero él se ha sometido, y ahora tenemos que hacer todo lo posible para ayudarle"»[106].

* * *

Estaba lleno de compasión indulgente hacia las debilidades humanas, y «procuraba atenuarlas interpretándolas benignamente»[107].

Cuando se le refería algún escándalo, contestaba: «Todos somos de carne y hueso; todos somos pecadores; todos podemos cometer faltas»[108].

Si le advertían que en tal o en cual sitio se hablaba mal de él, interrumpía inmediatamente la conversación: «A nosotros no nos corresponde juzgar. Quien juzga sólo es el Señor»[109].

No sabía pensar ni hablar mal de nadie: siempre hablaba bien de todos[110], preocupándose de que en las conversaciones no se murmurase de nadie. Así, pues, si alguien decía que se podía tolerar alguna pequeña murmuración, de inmediato decía: "el mal es siempre mal, y no se debe hacer, ni grande, ni pequeño y, con sus bromas, desviaba en el acto la conversación"[111].

* * *

Ante las ofensas y las injurias, las afrentas y los insultos, su corazón se abría, magnánimo y generoso con admirable prontitud, para el perdón cristiano, olvidándolo todo por amor a Dios[112].

Cuando algún amigo de confianza le informaba que espíritus retorcidos, altos y bajos, lo llamaban, para despreciarlo y mofarse de él, «el campesino de Riese» y otras cosas peores, con calma y serenidad invitaba a rezar por sus denigradores.

Una vez, le presentaron un paquete de cartas que contenían críticas feroces y agrias censuras a su Pontificado. No las quiso ver y, santiguándose, exclamó: *Parce sepultis* — perdona a los difuntos[113].

* * *

Son abundantes los testimonios conmovedores que dan fe de episodios como éstos.

Pero basta con uno para retratarlos a todos.

En los comienzos de su Pontificado, un día en que el Santo estaba esperando recibir un grupo de peregrinos, un Prelado le informó de que entre ellos se hallaba un cierto Comendador que, en Venecia, cuando él era allí Patriarca, le había sido siempre hostil.

Este Comendador, siendo Secretario de la Congregación Municipal de Caridad, y acérrimo anticlerical, cada vez que le llegaba una recomendación avalada y recomendada por el Cardenal Sarto acababa con ella inexorablemente metiéndola en «el cesto de los muertos».

Al oir que ahora estaba entre los peregrinos, él pareció rejuvenecer y, dirigiéndose al Prelado, le dijo: «Tráigame inmediatamente uno de esos rosarios de oro que hay en el cofrecito secreto».

Cuando llegó el momento de la audiencia, Pío X entró en la sala con su habitual sonrisa. Para todos los peregrinos tuvo una palabra y una bendición, pero cuando se encontró delante de su antiguo adversario: «Bien, bien —dijo—. ¡Qué agradable visita! ¿Cómo está su madre? ¿Todos están bien en Venecia? Tenga este rosario de oro —prosiguió con suave acento—, entrégueselo a su madre y dígale que la bendigo de todo corazón, porque el Papa siempre ha tenido afecto a su familia».

Ese señor arrancó a llorar, bañando con sus lágrimas la mano de Pío X, que lo bendecía, y, al bajar las escaleras,

respondió a alguien que le preguntaba por qué estaba tan conmovido: «El Papa Sarto es un santo. No me figuraba que hubiera olvidado tan pronto las muchas afrentas y los no pocos disgustos que le proporcioné cuando él era Patriarca de Venecia»[114].

Firmeza inquebrantable

Pío X tenía un corazón muy sensible: se conmovía y era efusivo con mucha facilidad[115]. Pero estas efusiones de su corazon nunca le ataban las manos, como suele decirse.

Era inexorable cuando se trataba de condenar cualquier posibilidad de equívocos fatales, ya se tratara de adversarios declarados de fuera, como de desviados incautos de dentro; nunca se cansaba de llamar «con oportunidad y sin ella» —según la expresión del Apóstol— a las almas y a los corazones a ser fieles a la palabra revelada por Cristo[116].

En estos casos se apoderaba de él un vigor apostólico y una «energía a la que nadie podía resistir»[117], y «no había preocupación que lo quebrantara»[118]. Era el Papa de lo Sobrenatural, que obtenía su fuerza no de juicios humanos, sino de juicios divinos: un Papa indómito, que, en uno de los primeros días de su Pontificado, a alguien que le preguntó cuál iba a ser su política, elevando los ojos y extendiendo el brazo hacia un pequeño Crucifijo que tenía delante, respondió sin vacilar: «esto es mi política»[119]. La política que en los tempestuosos albores del siglo XX, iba a reanimar toda la vida de la Iglesia con profundas reformas renovadoras e innovadoras.

No fue sin razón como un viejo hombre de mar, cuando se enteró en Venecia de que el Patriarca Sarto había sido elevado al Pontificado, no dudó en exclamar: «Han hecho Papa a un hombre de hierro»; «un hierro hecho de caridad y de fe —comentaba más tarde un mantuano de agudo ingenio—, pero un hierro tan puro que si Bonaparte se las hubiera tenido que ver con él, las cosas no le habrían ido tan suaves»[120].

* * *

Antes de tomar cualquier decisión de importancia, Pío X reflexionaba largamente a la luz de la fe y con el auxilio de la oración[121]; consultaba a los más eminentes Cardenales y a los más íntegros y listos Prelados, pero sin dejarse llevar por ninguno, pues sabía que la responsabilidad de sus actos pesaba sobre sus hombros[122]. El era quien tomaba las decisiones y, cuando tomaba una decisión, era irrevocable[123], mostrando la firmeza de su carácter, con la que había santificado toda lucha y toda batalla, desde los tiempos de la Parroquia de Salzano hasta la Curia Episcopal de Treviso, desde la tierra de Virgilio hasta la patria de Lorenzo Justiniano.

«Cuando he de tomar una determinación —dijo a un Cardenal—, rezo y pido consejo, pero una vez tomada la decisión, quiero que se lleve a cabo»[124].

Su Cardenal Secretario de Estado afirmaba:

«No había en él ni sombra de debilidad. Cuando se planteaba alguna cuestión de importancia, en la que los derechos y la libertad de la Iglesia exigían ser afirmados y firmemente mantenidos; cuando la integridad de la doctrina católica tenía que ser estrictamene defendida, o cuando se imponía el mantener la disciplina eclesiástica contra relajamientos e influencias profanas, entonces Pío X ponía de manifiesto toda la fuerza y toda la energía de su carácter, el vigor inflexible de un gran hombre de gobierno, consciente de la responsabilidad de sus grandes deberes, cuyo cumplimiento llevaba a cabo a toda costa. En ocasiones semejantes, era absolutamente vana toda tentativa de socavar su firmeza: cualquier intento de atemorizarlo con amenazas, o suavizarlo con pretextos o razones puramente humanas estaba indefectiblemente destinado al fracaso.

»Después de días densos de graves pensamientos y después de noches de insomnio, manifestaba su decisión definitiva y expresaba su juicio con pocas y bien ponderadas palabras; levantando despacio la cabeza, sus ojos, habitualmente tan tranquilos y tan serenos, tenían una mirada severa y decidida. Bien se comprendía que, entonces, no había nada que decir ni que hacer»[125].

La mansedumbre y la indulgencia con los hombres; la firmeza y la inflexibilidad, dando de lado a cualquier consi-

deración humana, ante los derechos de Dios y de la Iglesia: eran dotes de la santidad que en Pío X tuvieron una de sus más espléndidas manifestaciones.

Nada para sí

Siempre, en todo tiempo y a toda edad, en cualquier lugar, el Papa Santo conservó inalterable su espíritu de pobreza cristiana, en el que había nacido y crecido. Por eso, ya cercano al ocaso de sus días terrestres, pudo escribir con mano firme en su admirable Testamento: «nacido pobre, vivido pobre y seguro de morir pobrísimo»[126].

Nunca hubo en su corazón deseo de riquezas terrenas, sino más bien un desprecio absoluto por las cosas que pasan y se van: desprendimiento completo del dinero[127]; tan completo que, desde los primeros momentos de su Pontificado, no cesaba de amonestar a sus Secretarios Particulares, que se había traído consigo desde Venecia, que no se aprovecharan de su situación en el Vaticano para hacer dinero: de lo contrario, los habría despedido inmediatamente[128].

No había cosa que despertara en él tanto desprecio como el apegamiento al dinero.

Cuando oía contar que algún eclesiástico, nacido de familia pobrísima, al morir había dejado a sus parientes una fortuna, prorrumpía en palabras de fuego[129].

Por sus manos pasaron millones y millones de liras, pero todas, hasta el último céntimo, fueron escrupulosamente gastadas para la gloria de Dios, para la Iglesia y para la salvación de las almas[130].

* * *

El esplendor del oro y la magnificencia regia de la Corte Vaticana eran para el Sumo Pontífice: para él, hijo del pobre alguacil de Riese, lo sucinto, lo necesario[131], porque su amor a la pobreza no era menor que el del Seráfico Pobrecito de Dios.

Sencilla y frugal era su mesa: tan sencilla y frugal, que a

veces se conformaba con un poco de queso y algunas nueces[132], y cuando le presentaban en la mesa alguna bebida de lujo, la rechazaba diciendo: «esto es para los señores»[133].

Sus habitaciones privadas carecían de todo lujo. Quienes las vieron atestiguaron que en ellas había la máxima sencillez[134]: «pocos muebles y sencillos»[135]. En su dormitorio, el único adorno señorial era una piel de zorro azul, de cuya existencia se justificaba diciendo: «es un regalo hecho a la santa memoria de León XIII. Si dispusiera de ella de otro modo, ¡quién sabe lo que intentarían gastar para el Papa! Mejor es dejar las cosas como están»[136].

Su ropa era corriente, como la que siempre había utilizado en Riese y en el Palacio Patriarcal de Venecia[137]: pañuelos de algodón basto[138]; los mismos gemelos, muy sencillos, atados con un cordoncillo negro[139]; el mismo «proverbial» reloj de Tombolo[140]; el mismo viejo portamonedas[141]; la misma modesta Cruz Pectoral y el mismo anillo sencillo de los primeros días del Pontificado[142].

* * *

Para él, los objetos preciosos eran sólo cosas caras que no le interesaban[143].

El mismo día en que fue elegido Papa, un joyero le presentó una Cruz Pectoral de oro con una cadena finísimamente trabajada. La aceptó, creyendo que pertenecía al Tesoro Pontificio. Pero cuando, pocos días después, se enteró de que había que pagarla, moviendo lentamente la cabeza, dijo: «¡Ah! no..., ni se piense que yo voy a gastar todo este dinero en una Cruz que sólo me va a servir a mí. Hay muchas Cruces que dejó el último Papa; además, de todos modos, yo estoy contento con la que he traído de Venecia». Y sin más, se la quitó, ordenando que se le devolsiesen al joyero[144].

Para él todo era superfluo, todo era excesivo[145]; «utilizaba las cosas como un pobre: con suma parsimonia[146]. No toleraba que se gastase dinero en él, incluso cuando su salud estaba de por medio[147]; y «había que entablar no pocas luchas para convencerlo de que aceptase alguna pequeña co-

modidad»[148]. «Sólo se quedaba conforme cuando se le decía que aquella comodidad serviría también para su Sucesor»[149]. Y todo esto, porque para disponer del dinero de la Iglesia era de una delicadeza que llegaba al escrúpulo. Para él era «dinero sagrado, del que se consideraba no dueño sino simple administrador»[150].

Tenía un libro del tamaño de un grueso cuaderno en el que, día a día, iba anotando puntualmente cualquier suma que recibía, fuese grande o pequeña[151], y no había nada que lo indujera a emplear el dinero en cosa distinta de aquella para la que lo había recibido.

Después del terrible terremoto que devastó Sicilia y Calabria, se le pidió una pequeña cantidad del dinero que se había recogido en aquella luctuosa ocasión para ayudar a una obra piadosa.

«Ni siquiera un céntimo de lo que han dado los fieles para las víctimas del terremoto se gastará para cualquier otra finalidad, por muy interesante que ésta sea», fue su respuesta[152].

A un prelado que un día le pidió una cantidad para reparar un error propio, le respondió: «No quiero que el dinero de la Iglesia sirva para cubrir los errores ajenos»[153].

En otra ocasión, a alguien que le sugería que fuera generoso con ciertos periódicos, para que adoptaran un tono más respetuoso hacia la Iglesia, replicó: «No daré dinero de la Iglesia para esa finalidad»[154].

No había nadie más pobre que él, pero al final de sus días tuvo la gloria de «dejar la administración del dinero de la Iglesia en mejores condiciones que la había encontrado a su llegada al Pontificado»[155].

Sus parientes

No es ciertamente un secreto que Pío X fue un antinepotista irreductible, y que fue característica conmovedora de su Pontificado la absoluta ausencia de cualquier solicitud y preocupación por sus numerosos parientes, que siguieron viviendo pobres y oscuros como antes.

Conservó siempre con ellos la confianza y familiaridad

que había tenido en el pasado, pero nunca quiso elevarlos por encima de la humilde condición en la que habían nacido y en la que vivían[156]; su casita de Riese —hoy símbolo de gloriosa humildad— no cambió nunca de aspecto y siguió conservando los antiguos y pobres muebles que lo vieron de niño, de muchacho y de joven sacerdote.

* * *

El mismo día en que su apacible sombra subía hasta el vértice de una grandeza más divina que humana, le preguntaron qué título nobiliario quería que se les diera a sus tres hermanas solteras, que, sencillas y piadosas, lo habían seguido en todas las etapas de su vida, y a las que, cediendo a afectuosas e insistentes presiones, había hecho venir a Roma: «¿Qué títulos? —respondió como en un arranque— llamadlas hermanas del Papa. ¿Qué título puede haber más honorífico? Los de mi familia han de reconocer lo que son y lo que siempre han sido: ¡pobres! ¿No sabéis que mis hermanas, después que yo muera, volverán a trabajar?»[157].

«La primera vez que lo vimos en el Vaticano —comentaba su hermana María Sarto— lo primero que nos dijo fue: "Os ruego que llevéis la vida sencilla, modesta y retirada que habéis llevado hasta ahora"»[158].

Y a ellas, que no se habían dejado llevar por la vanidad ni en la mansión episcopal de Mantua, ni en las magníficas salas del Palacio Patriarcal de Venecia, no les asignó ni villas, ni posesiones, ni palacios, sino únicamente un modesto piso en una tercera planta de la desaparecida Plaza Rusticucci[159] y, cuando murió, en un testamento digno de un Papa de las Catacumbas sintió la necesidad de encomendarlas a la caridad de su Sucesor, rogándole que les asignara sólo 300 liras mensuales[160]: «fue una cláusula que causó estupor y conmovió al mundo»[161].

* * *

Su único hermano, Angel, siguió siendo lo que era: un modesto empleado de Correos en el pequeño pueblo del Santuario de las Gracias, cerca de Mantua; y su cuñado,

Juan Bautista Parolin, de Riese, siguió haciendo de modesto hortelano rural.

Tanto su hermano como su cuñado, poco después de haber sido elegido Pontífice, se trasladaron a Roma para saber cuál debería ser el tenor de vida que habían de llevar, puesto que la familia Sarto podía enorgullecerse de tener un Papa.

«—¿Tenor de vida? —respondió secamente Pío X—; os lo diré con dos palabras: si os habéis convertido en señores, dejad de trabajar; pero si no es así, continuad como antes. ¿Porque a mí me han dado una Cruz, queréis, quizá, vosotros hacer de señores?»[162].

Y, dirigiéndose a su hermano, dijo: «eres cartero, tienes para comer. A Roma no se viene más que para hacer una breve visita»[163].

* * *

Nunca pensó en traerse al Vaticano a su único hermano, como muchos deseaban, y solía decir: «Mi hermano está bien donde está. Si viniera a Roma —añadía bromeando— echaría por tierra su posición»[164].

El Marqués de Bagno, que conocía a Pío X desde que fue Obispo de Mantua, se permitió en una audiencia decirle que a él, como Diputado del Parlamento, le resultaría muy fácil obtener que su hermano fuese trasladado del minúsculo pueblo de las Gracias de Mantua, a Roma, donde podría ocupar un puesto más decoroso y remunerativo. Y le pedía para ello su augusto consentimiento.

¡Nunca hubiera hecho semejante proposición!

El Santo arrugó la frente y, con un tono terminante, respondió: «Mi hermano no debe en absoluto abandonar las Gracias, y no debe obtener ningún beneficio por el hecho de que yo haya sido elegido Papa.

—¿Pero nada en absoluto? —repuso el ilustre interlocutor.

—Nada, absolutamente nada —replicó el Papa—. Como ha vivido hasta ahora, así puede mi hermano seguir viviendo»[165].

Y Angel Sarto permaneció en las Gracias de Mantua, donde murió cristianamente el 9 de enero de 1916.

Tampoco tuvo mejor suerte su sobrino queridísimo, Don Juan Bautista Parolin.

Cardenales, altos Prelados y Familiares habrían visto con agrado a este dignísimo sacerdote cerca de su augusto tío, e insistían para que lo hiciera venir a Roma. «¡No! —respondía siempre Pío X—, es mejor que se quede en su casa. Es joven, tiene que trabajar todavía, tiene una Parroquia y está mejor allí que aquí en Palacio»[166].

Incluso el pueblo de Roma estaba esperando ver al sobrino de Pío X en el Vaticano y, repitiendo un antiguo estribillo, se preguntaba: «¿Volveremos a ver al Cardenal "Nepote"?...[167]. ¡Nada de Cardenal! Sin prestar oídos a la voz de la sangre, el Pontífice lo hizo permanecer en Possagno, donde era Párroco; y cuando venía a Roma, hacía que se marchara cuanto antes, para que no faltase a su ministerio sacerdotal[168].

Un sacerdote de Mantua, que gozaba de la confianza y de las confidencias del santo Papa, hablando un día con él, se las ingenió para decirle tímidamente que sería conveniente y decoroso que su sobrino sacerdote —como sobrino de un Papa— tuviese, si no una promoción, sí al menos un título honorífico. Pío X lo miró severamente, y cortándole la palabra, le respondió: «¡Basta, basta!... ya comprendo: no diga más»[169]. Sólo más tarde lo nombró prelado Doméstico, únicamente por condescender con las insistencias de altos Prelados del Vaticano y de algún Cardenal[170], pero al entregarle el billete de nombramiento, le dijo: «Toma, Bautista, te han querido Monseñor: me han dicho que era necesario hacerlo así»[171]. Y, poco después, comunicando al Obispo de Treviso que había nombrado Prelado Doméstico a este sobrino suyo, le escribía:

«Si hubiese estado seguro de no hacer un feo a los que promovían esta Prelatura, habría aconsejado a mi sobrino que rehusara, porque huyo hasta del pensamiento del nepotismo»[172].

Mons. Parolin no tuvo nunca nada más de su augusto tío. Solamente cuando, en 1913, fue nombrado Canónigo y Párroco de la Catedral de Treviso, Pío X pensó en restau-

rarle sus habitaciones, que estaban en pésimas condiciones; pero, para disiparle otras esperanzas para el futuro, le añadió: «no esperes nada más de mí»[173].

Peor fue la suerte de su otro sobrino, Hermenegildo Parolin.

Este, en los primeros días del Pontificado de Pío X, vino a Roma acompañado por su padre, con sueños y esperanzas.

El Santo los acogió a ambos con su acostumbrada amabilidad y empezó a preguntarles noticias de Riese.

Terminada la audiencia, el padre expresó un deseo: «Desearía, Santidad, ver a mi hijo ocupar algún puesto en el Vaticano».

«—Te diré una cosa —respondió Pío X—: es mejor que tu hijo se quede en casa y se ocupe de sus cosas»[174].

Cundo supo que su sobrina Hermenegilda Parolin, la cual convivía en Roma con las hermanas Sarto, había sido pedida en matrimonio por uno de los Guardias Nobles de la Corte vaticana: «¡Pero qué Condes!... ¡Qué Guardias Nobles!... Es de condición humilde y en tal condición podrá permanecer»[175].

Un rico señor americano había regalado a las hermanas Sarto un automóvil. Estas se lo dijeron inmediatamente al Papa. Y él:

—Estaría bueno ver a las hermanas Sarto ir en automóvil por las calles de Roma.

—¿Y qué hay de malo en ello? —preguntó su sobrina Hermenegilda.

—Pues hay que me causarían un gran disgusto —añadió el Papa.

Después de algunos días el automóvil fue vendido por orden de Pío X[176].

Su hermano Angel había enviado a un Colegio distinguido de Cremona a dos sobrinitos que habían quedado huérfanos de madre; no pudiendo pagar la pensión al final del año, se dirigió al Papa pidiéndole ayuda.

—Por este primer año escolar —le respondió Pío X— pase, porque no debes quedar en ridículo, pero quitarás inme-

diatamente a los niños de ese Colegio que es para señores, y nosotros somos pobres.

Y así se hizo[177].

* * *

«Las dos hermanas que estaban casadas en Salzano —Antonia Sarto-De Bei y Lucía Sarto-Boschin—, él no permitió que pasasen necesidades, pero tampoco se enriquecieron»[178].

Así, pues, todos sus allegados y todos sus parientes siguieron en su condición, y si alguna vez los benefició en algo, lo fueron en idéntica medida que los demás pobres[179]. Y tenían que callarse, porque si alguno se hubiese permitido la más pequeña queja, o lo que hubiera sido peor, si alguno se hubiera atrevido a pedir dinero, habría escuchado esta respuesta: «los dineros no son míos, sino de la Iglesia. Tenéis que trabajar y no pensar que vais a heredar a mi muerte»[180].

Lo mismo que había dicho más de una vez a sus hermanas que vivían con la madre en Riese, cuando era Canónigo de Treviso[181].

Y a las palabras seguían inmediatamente los hechos.

Un benefactor insigne le había regalado una cantidad notable, para que dispusiera de ella como gustase. Nadie habría podido impedirle que con ella beneficiase a sus parienes. Mas ni siquiera en esta ocasión cayó en la tentanción del amor terreno hacia sus parientes, pues dando un admirable ejemplo de desprendimiento de las cosas de la tierra, quiso que la citada cantidad fuese donada a la Iglesia, diciendo: «Me ha sido ofrecida esta cantidad porque soy Papa y no porque soy Sarto. No veo por qué ese capital ha de ser entregado a mis parientes»[182].

Mientras tanto, estaba preparando para sus parientes, como para la Iglesia, el don más sublime e inalienable: la gloria de su santidad.

«Pauper et dives»

Pobre en bienes terrestres era Pío X, pero rico en esa caridad que conquista misteriosamente los corazones.

Su vida entera, desde el pequeño Tombolo hasta las alturas del Trono Papal, no fue más que una continua, constante y dulcísima efusión de la caridad, por la cual mereció que el mundo le pudiese aplicar estas palabras inspiradas: *dispersit, dedit pauperibus*[183], porque, igual que el Justo alabado por este oráculo divino, jamás corrió tras el oro, ni jamás «puso su confianza en el dinero ni en los tesoros de la tierra»[184].

Para él era la pobreza; para sus hijos las riquezas de su corazón, grande como el mundo entero. Para él los sacrificios y las privaciones; para sus hijos los tesoros de la Iglesia, como acostumbraba a decir: «Esta es la casa del Padre: hay para todos»[185]. Y no quedaba satisfecho hasta que se veía privado hasta del último céntimo.

«Una mañana, el Siervo de Dios —testificaba el ilustre Profesor Marchiafava, su médico— me pidió si quería dar un paseo con él por los jardines del Vaticano. Acepté de buen grado el honor que me hacía y, al salir de la habitación, hice intención de cerrar la puerta. "Deje abierto —me dijo, sonriendo—, no hay ni un céntimo. Esta mañana lo he dado todo"»[186].

Como en Salzano, como en Mantua y como en Venecia, «lo daba todo»[187]; y si algo le desagradaba era no poder dar tanto como habría querido.[188]

Era imposible contar las cantidades que salían de sus manos y, por intermedio de sus personas más fieles, llegaban en silencio hasta donde podían enjugar lágrimas y suavizar penas; porque estas personas se enteraban de dónde había desgracias y calamidades, lamentos y sufrimientos, llanto de huérfanos, invocaciones de deseperanzados, tormento de afligidos, peso de contrariedades, espectáculos desgarradores de indigencias y de miserias; sabían que en estos casos siempre lo encontraban dispuesto a prestar ayuda rápida, generosa, magnánima[189].

«Sólo Dios sabe cuánto él distribuyó en limosnas públicas y privadas» recordaba su Cardenal Secretario de Estado[190].

«Repartió millones y millones con tanta generosidad y largueza que maravillaba de dónde podía sacar tanto dine-

ro» —afirmaba con admiracion su último Maestro de Cámara[191].

* * *

En este terreno de la caridad, la historia de su Pontificado tiene páginas dignas de figurar al lado de las más luminosas páginas de la historia de la caridad cristiana.

¿Quién no recuerda el amanecer trágico del 28 de diciembre de 1908? Bajo el furor de una espantosa catástrofe telúrica, se derrumbaban dos ciudades florecientes, Reggio-Calabria y Messina, sepultando bajo los escombros de sus ruinas cien mil vidas humanas.

Ante tan terrorífica desgracia, Pío X lanzó inmediatamente un conmovedor llamamiento a los católicos del mundo entero; envió en el acto al escenario de tanta muerte una Delegación especial para llevar en su nombre los primeros auxilios y, abriendo sus brazos de Padre universal, con un ímpetu de caridad sublime, abrió de par en par las puertas del Vaticano para acoger a los heridos que, en caravánas larguísimas llegaban a Roma, desechos por el espanto y por el terror; al mismo tiempo, se ocupaba del alojamiento de 575 huérfanos recogidos o arrancados de manos malintencionadas de improvisados Comités hostiles a la Iglesia.

La organización de los socorros fue tan rápida y perfecta, que incluso la prensa masónica y el famoso Alcalde de Roma, Ernesto Nathan, no pudieron ocultar la mayor admiración por la grandiosa caridad del Pontífice que, con nuevas iglesias y economatos, con Seminarios y Pensionados, con escuelas, asilos infantiles y laboratorios —sin contar la constante distribución de dinero, de ropas y de todo lo que se precisaba para múltiples necesidades—, hizo rebrotar la vida donde antes había pasado el flagelo[192].

Fueron días de luto y de llanto, pero también días luminosos y triunfales para el corazón magnánimo del Papa Santo, hasta el que subía de todas partes del mundo, como un clamor de gloria, las aclamaciones que le saludaban: «*Calabriae et Siciliae orphanis Adiutor et Pater*»[193].

Y después de haber distribuido ocho millones en auxilio de aquellas tierras desoladas, cuando murió se encontró un

sobre con estas palabras autógrafas: «para mis huérfanos de Reggio-Calabria y Messina».

En aquel sobre se les aseguraba el mantenimiento a 400 huérfanos que el Papa había tomado a su cargo[194].

* * *

La ilimitada confianza que tenía en el Señor era la fuerza que alimentaba su inagotable caridad.

«La Providencia no falta nunca». Esta era la palabra de la fe que con tanta frecuencia estaba en sus labios, cuando clérigo, cuando sacerdote, cuando Obispo, cuando Patriarca, cuando Papa. Encontramos estas palabras en sus cartas; en sus alocuciones; siempre.

Por eso, porque vivía en manos de la Providencia, con un abandono pleno, confiado, absoluto, esperándolo todo de ella, cuando planeaba promover una obra dirigida a la gloria de Dios y a la salvación de las almas, aunque no dispusiera de medios, no perdía el ánimo: confiaba con firmeza y valentía en el Señor y conseguía sus propósitos, «experimentando visiblemente —como él mismo afirmaba con íntima complacencia— la ayuda de la Providencia divina»[195].

Nunca que tenía que hacer frente a gastos y sacrificios para construir nuevas iglesias, Seminarios u otras obras importantes, temía quedarse sin los medios necesrios: estaba seguro de que el Señor proveería. Y jamás le faltaron esos medios; además, tan abundantes y copiosos que él mismo no sabía explicarse cómo[196].

Parecía que el dinero crecía en sus manos. «Mira —decía un día a una señora de la aristocracia romana, señalándole un cajoncillo de su escribanía— de aquí sale y aquí entra tanto dinero, que yo mismo no lo comprendo»[197].

Una especie de milagro viviente, que se veía todos los días, porque el Santo Pontífice no pedía nunca nada.

En una ocasión le fue propuesto que recomendase a través de los Nuncios Apostólicos el incremento del Obolo de San Pedro.

—No veo que haya que pedir nada —respondió rechazando la proposición—, porque tengo la certidumbre de

que el Señor, de un modo u otro, no dejará de proveer lo necesario para la Iglesia y para las obras que hayan de llevarse a cabo[198].

El Obolo aumentaba y se multiplicaba. Por eso decía la verdad, cuando aseguraba que «mientras más limosnas daba, más recibía»[199]; y a quien le aconseja que fuese más moderado en su caridad, porque si no llevaría a la quiebra la Santa Sede, enseñándole las manos, le respondía: «La izquierda recibe y la derecha da. Pero es más lo que pasa por la izquierda que lo que pasa por la derecha»[200]. «Si con una mano doy —decía en otra ocasión—, con la otra recibo mucho más»[201].

Y siempre recibía en el momento oportuno, a veces por caminos ocultos al conocimiento humano, experimentando los milagros de la fe, porque tenía una fe firme en la Providencia divina.

En 1911, el Gobierno masónico de Portugal despojó a los Obispos y a los sacerdotes de todos los derechos civiles, arrojándoles en la más absoluta miseria.

El Obispo de Oporto, en nombre del Episcopado portugués, fue a Roma para pedir al Papa ayuda y socorro.

—¿Cuánto necesitaríais de momento? —le preguntó Pío X, conmovido hasta las lágrimas.

—Un millón.

—No tengo un millón —respondió el Santo—, pero venga mañana. Miraré... buscaré... El Señor nos ayudará.

Al día siguiente el millón estaba disponible.

El Papa llamó a un Prelado y le rogó que contara la suma.

Mientras éste contaba los billetes, el Camarero Secreto de turno anunció la audiencia de un señor de acento extranjero, que tenía urgente necesidad de hablar con el Papa.

—Sí, sí. Es preciso que reciba inmediatamente a este señor. Recoja rápido los billetes y salga por esa puerta —exclamó el Papa, dirigiéndose al Prelado.

Aquel señor conversó con el Santo unos pocos minutos y, cuando el Camarero Secreto volvió a entrar para recibir órdenes, Pío X, señalando la puerta por la que poco antes había salido el Prelado con los billetes, le dijo sonriendo:

—Mira, por ahí han salido y por aquí han entrado, —y le

mostró un cheque de exactamente un millón, que le había dado aquel señor[202].

Su íntima unión con Dios

Uno sólo era el secreto y una sola la fuente que hicieron tan fecundo el Pontificado de Pío X: su íntima unión con Dios.

En medio de la vorágine de los acontecimientos y de las pasiones humanas, entre el vaivén y la agitación de los hombres y de las cosas, agobiado por ocupaciones y preocupaciones gravísimas, el Papa Sarto supo vivir como extraño en la tierra, con la mente absorbida en Dios y el corazón puesto en la eternidad.

«Vivía de Dios y para Dios» —afirmaba uno de sus Camareros Secretos[203].

«En todos sus actos y en todas sus decisiones tenía a Dios presente de continuo —testificaba un íntimo Secretario Particular suyo[204]. Y con frecuencia, a quienes se le acercaban gustaba de repetirles: «acordémonos de que estamos en la presencia de Dios»[205].

«Habitualmente estaba en continua unión con Dios» —declaraba su último Maestro de Cámara[206]. Y uno de sus Capellanes añadía:

«Cada vez que Pío X nos miraba o nos hablaba, parecía en continuo contacto con la divinidad; en sus palabras y en sus actos había como algo inspirado y sobrenatural. Se llegó a ver a Diplomáticos llorar ante él como fascinados por una fuerza divina»[207].

Su Cardenal Secretario de Estado no dudaba en asegurar:

«En todas sus acciones, el Siervo de Dios se inspiraba siempre en pensamientos sobrenaturales y se veía que estaba unido a Dios. En las cosas de mayor importancia miraba siempre al Crucifijo, como buscando inspiración en él; en las cosas dudosas, aplazando la decisión, solía decir, señalando el Crucifijo: "luego nos lo dirá Él". Esto me lo confirmaron muchos Obispos, sacerdotes y laicos»[208].

No es por ello sorprendente que el Santo Papa estuviese continuamente absorto en Dios.

«Me daba cuenta —atestiguaba un Prelado— en las audiencias que me concedía, al ver que a veces interrumpía el diálogo y levantaba los ojos hacia lo alto, como atraído por la fuerza de un pensamiento sobrehumano»[209].

Su oración iba acompañada de «un recogimiento tan profundo, que en ciertos momentos parecía como si abandonara la tierra para recogerse en el cielo»[210].

Un escritor genial, no ciertamente sospechoso de clericalismo, después de haber visto a Pío X rezar en una ceremonia solemne en la Capilla Sixtina, expresó así su pensamiento:

«No he visto nunca a nadie rezar como Pío X. Tenía en toda la augusta figura una luz, en el rostro una suavidad de recogimiento, un fervor piadoso que parecía haberse olvidado del mundo y que estuviese en el umbral *del más allá*, feliz y seguro de sí»[211].

Sin rupturas, con aquella sencilla naturalidad propia de su manera de ser, pasaba del trabajo a la oración; sin ningún esfuerzo para separarse de los hombres y subir a Dios[212]. Y cuantos tuvieron con él afectuosa intimidad de pensamiento y de trabajo cotidiano, nos aseguran que toda su vida fue un continuo trabajo y una continua oración»[213].

Concuerda absolutamente el testimonio de cuantos tuvieron la suerte de estar cerca del Santo: todos afirman que «sus pensamientos y sus palabras inspiraban amor de Dios»[214]; que «su mirada reflejaba amor de Dios»[215]; que «todo su aspecto revelaba amor de Dios»[216].

El Episcopado piamontés definía al Papa Santo como el «Papa de lo Sobrenatural»[217].

Siempre con María

Profundo y lleno de fervor fue el amor que el Santo sintió siempre, en todas las etapas de su vida, por la Virgen purísima Madre de Dios.

Había aprendido a amarla ya desde el regazo de su piadosa madre. De niño, le gustaba ir en grupo con sus compañeros hasta los pies de María, en el pequeño Santuario «*delle Cendrole*»[218]. Ya de sacerdote este amor por María ardía en su alma con llama irresistible.

En Salzano, donde introdujo la devoción del Mes de Mayo, consagrado a María, atraía a su iglesia, con palabras llenas de calor, a mucha gente, incluso de parroquias colindantes[219].

Durante su estancia en el Seminario de Treviso, le vemos cómo al hablar de María a los jóvenes que él iba moldeando para la vida sacerdotal, conmovía los corazones, encendiéndolos en una sincera y profunda devoción hacia la *clemente, pía y dulce* Madre de Dios[220].

Quizás fue designio de la Providencia el que recibiera la consagración episcopal precisamente el día en que Mantua celebraba el singular Patrocinio de Nuestra Señora, coronada como Reina de la ciudad de los Gonzaga[221]. Esta coincidencia afortunada podía ser para él como la señal de que María acogía su episcopado bajo su especial protección, y «lo vería siempre benigna, con afecto materno, presidiendo todas las empresas de su mandato pastoral»[222].

* * *

Cuando era Obispo de Mantua, no pasaba día sin que sus seminaristas le oyesen inculcar en sus corazones la devoción y el amor a la Virgen Santísima[223]. Nunca se cansaba de llevar a su pueblo en peregrinación, entre rezos y cantos, al cercano Santuario de María, en donde se la veneraba bajo el título consolador de «las Gracias»; y cualquier solemnidad o fiesta en honor de María le encontraba siempre dispuesto a cantar, con su gran elocuencia, las glorias de la Purísima, con pensamientos tan inspirados que alcanzaban una lírica sublime[224].

Durante esta época, sus discursos acerca de María están llenos de calor que brota del corazón y al corazón vuelve: pensamientos luminosos, eficaces, llenos de poesía, de ardor comunicativo[225]. Era como una necesidad de su corazón, un deber de agradecimiento, que le impulsaba a hablar de María, a predicar sobre María, a promover en todos la devoción y el amor a María[226].

* * *

En Venecia, todos conocían su devoción a la Santísima Virgen, que se veneraba en la Basílica de San Marcos con el nombre de «Virgen de Nicopeja»[227]. Todos sabían con qué ternura y con cuánto amor exhortaba a los niños y a los jóvenes a la devoción a la purísima Madre de Dios[228].

Por consiguiente, una vez elevado, sin esperarlo y contra su voluntad, al solio de San Pedro, el Santo se apresuró a poner a los pies de María sus anhelos y sus inquietudes, eligiéndola patrona de su Pontificado[229].

De este tiempo data la oración a María Inmaculada compuesta por él, en la cual vuelca su admiración y su amor, y canta la esperanza de alcanzarla un día en el cielo[230].

En sus audiencias diarias, públicas y privadas, cuando oía las campanas de la Basílica de San Pedro que anunciaban la hora del Angelus al mediodía, o del Avemaría por la noche, interrumpía la conversación, se ponía en pie, se descubría la cabeza y rezaba[231].

En el paseo que daba a diario por los jardines del Vaticano nunca dejaba de acercarse a la gruta de la Virgen de Lourdes. El quiso que en los jardines hubiera esta imagen, celestial evocación de la *Tota Pulchra*, que se apareció en la falda del Pirineo, en la pequeña gruta de Massabielle[232]. Extendió a toda la Iglesia el culto litúrgico de esta aparición[233]: con motivo del cincuentenario de la definición del dogma de la Inmaculada, publicó una conmovedora encíclica[234]; y recibió él mismo, en San pedro, las piedras preciosas para la corona de la *Concebida sin mancha*, doce estrellas de gemas brillantes llegadas de todas partes[235].

Nunca olvidó su amado Santuario *delle Cendrole*, de su pueblo natal, testigo de sus primeras emociones. Encargó a sus expensas la restauración completa, lo enriqueció con ornamentos sagrados y lo dotó de un armonioso juego de campanas; y hasta escribió una breve historia de este Santuario, para que le quedara una memoria más grata en el corazón[236]. Prueba de cuánto amaba y recordaba ese Santuario es una carta que el Santo escribió desde Mantua a Margarita Parolin Andreazzia, de Riese, con fecha 18 de marzo de 1892:

«No encuentro palabras para agradecerte tu precioso regalo. Te aseguro que no podías haber tenido conmigo una

atención que me fuera más grata, porque me recuerda un Santuario, un altar, una imagen bendita que siempre he tenido ante los ojos, desde los años de mi juventud; quiera el Señor escuchar mis deseos de poder verla en mi vejez, orando en aquella querida iglesia»[237].

Tenía el vivo recuerdo de aquella bella imagen y de aquel altar; y le agradaba rezar todos los días el Santo Rosario, meditando sus misterios, absorto y como ausente, pronunciando las Avemarías de tal modo, que cualquiera podía pensar que miraba a la Virgen Purísima y la invocaba con profundo cariño[238].

Nuestro Santo conoció y amó a la Virgen Santísima, abandonándose a Ella como un niño bueno.

Así, con los ojos puestos siempre en María, vivió, trabajó y sufrió el Pontífice Santo, que la eligió como Reina suya, hasta que, después de la milicia terrestre, Ella, la Madre de las Misericordias y de todas las gracias lo condujo al Cielo.

XIII. AMADO DE DIOS Y DE LOS HOMBRES

Todo el que se le acercaba tenía la convicción profunda de encontrarse en presencia de un Santo.
Lodov. de Pastor, 1923

El don de hacer milagros

En torno a la figura del Pontífice Santo se creó una aureola de santidad; y ya en el Vaticano y fuera de él, corría en boca de todos, con visible emoción, el relato de gracias y milagros alcanzados por medio de sus oraciones y también por una sencilla bendición suya.

El eco de todo esto llegó también a nuestro Santo, quien bromeando decía: «Ahora van diciendo y escribiendo que me he puesto a hacer milagros, como si no tuviera otra cosa que hacer». Y añadía, sonriendo «¡Qué queréis!... en este mundo hay que hacer de todo»[1].

Pero la voz popular no mentía.

¿Es que acaso no había comenzado su Pontificado el Papa Sarto con una bendición que había dejado estupefacto al Vaticano?

El Cardenal Herrero y Espinosa —Arzobispo de Valencia, en España— tenía ya 80 años, y durante el Cónclave enfermó de muerte.

Pío X, el día mismo de su elección al Papado, aunque se encontraba fatigado y cansado, quiso hacerle una visita, y, acompañado por los Cardenales Sanminiatelli, Satolli y por Mons. Merry del Val, entró en la habitación del enfermo para asistirle en la hora de la muerte.

El Cardenal, advertido de la presencia del nuevo Papa, abrió los ojos y con un hilo de voz le pidió su Bendición Apostólica.

El Papa se recogió en un instante de oración. Después, rozándole la frente con la mano, le bendijo.

Al contacto aquel, y con aquella Bendición Apostólica, el moribundo se reanimó.

Tres días después estaba ya en pie y, poco más tarde volvió a España «devuelto a la vida —como él mismo decía, contando el hecho— por una bendición de Pío X»[2].

El caso de bendiciones tan prodigiosas no era nuevo en la vida de Pío X. Siendo Obispo de Mantua, con una simple bendición curó a la sirvienta de un Párroco de Treviso de una enfermedad que los médicos habían declarado incurable[3].

* * *

Nada más aparecer el Santo en las grandes salas de las audiencias, con aquel paso suyo lento y silencioso, que impresionaba, la multitud se ponía instintivamente de rodillas y no sabían apartar los ojos de su figura; se oían acentos de voces tímidas que imploraban luz y consuelo para los dolores y para las pruebas de la vida. Entonces, el Papa Santo elevaba su mirada, que parecía tener reflejos de un mundo suprahumano y, con un gesto, bendecía, pasando como una maravillosa visión: detrás de sus pasos brillaba el «poder de las Llaves Supremas», como decía él mismo con expresión modesta[4].

Parecía como si un impulso irresistible empujase a toda clase de atribulados a pedir ayuda al Papa Santo, con la certeza de encontrar, al contacto con sus manos y en la eficacia de su Bendición Apostólica, un consuelo para todas las lágrimas, un alivio para todo dolor, un remedio para todas las inquietudes; y los prodigios que se producían traían a la mente los días en los que el Maestro divino pasaba por entre las turbas de Palestina, haciendo el bien y sanando a todos[5].

Ante la imposibilidad de citarlos todos, nos limitaremos a relatar algunos que sólo piden una fe humana.

El brazo paralítico

En una de las audiencias públicas que el Papa Santo solía conceder con tanta facilidad, se encontraba, confundido entre la muchedumbre, un hombre que tenía el brazo derecho totalmente paralizado.

Había sido atendido inútilmente por los médicos y no había esperanza de remedio humano; entonces concibió la esperanza de ser curado por Pío X, y allí estaba esperándolo con ansiedad.

Llegó el Papa. Con gesto suave, sonriente, el Santo pasa lentamente, bendiciendo y dirigiendo a algunos palabras de paternal bondad.

Cuando estuvo cerca del infeliz, éste le mostró el brazo inerte, implorando:

—Padre Santo, cúreme, para que pueda ganar el pan de mi familia.

—Anda, ten fe en el Señor —respondió el Pontífice; y, tocándole suavemente el brazo, le repitió: ten fe; el Señor te curará.

Y al instante el brazo inerte recobró la fuerza y el movimiento.

Presa de profunda emoción, aquel hombre lanzo un grito: «¡Padre Santo... Padre Santo!».

El Papa se detuvo y, mirándole fijamente, le hizo señas de que callase[6].

«¡Mamá, estoy curada!»

No fue menos afortunada una joven irlandesa, la cual tenía toda la cabeza cubierta de llagas.

—Si me llevas a Roma, el Santo Padre —decía con frecuencia a su madre— me curará, porque Jesús dio a los Apóstoles el poder de hacer milagros, con mayor motivo se lo daría a su Vicario en la tierra.

La madre, rendida ante la insistencia de su hija, se decidió por fin a acompañarla a Roma, aunque los médicos no eran partidarios de un viaje tan largo.

Madre e hija llegaron felizmente a Roma y fueron inme-

diatamente al Vaticano; apenas se encontró la jovencita en presencia del Papa, le suplicó ser curada de sus llagas.

Pío X, sonriendo, le puso las manos en la cabeza, la bendijo y siguió adelante.

Al poco rato, la muchacha exclama: ¡Mamá, estoy curada!.

Nada más volver al lugar donde se hospedaban, la madre se apresuró a quitar el vendaje de la cabeza de su hija.

¡Sorpresa! Las llagas habían desaparecido sin dejar el más mínimo rastro[7].

Tuberculosis que desaparece

En 1912, una Religiosa Stimmatina de Florencia, en el último grado de tuberculosis, obtuvo permiso para ir a Roma, con la esperanza de conseguir la curación por medio del Papa.

Obtuvo fácilmente una audiencia, y cuando el Papa pasó por delante de ella, imploró la gracia:

—¡Pero qué quieres, si estás mejor que yo! —le dijo bromeando amablemente el Santo, y la bendijo.

La hermana quedó perfectamente curada[8].

* * *

También otra Religiosa, consumida por la misma enfermedad, había venido a Roma para implorar al Papa Santo la salud.

Su estado era tan grave, que se había desvanecido más de una vez durante el trayecto entre la casa Religiosa donde vivía hasta el Vaticano.

Ignoramos lo que pasó durante la audiencia del Papa, sólo sabemos que, terminada la audiencia, estaba curada[9].

* * *

«Una novicia nuestra, Sor María Frontuto, —así escribía la Superiora de las Hermanas de la Sagrada Familia— se sintió agostada por el mal que la consumía desde hacía tiempo, y que en pocas semanas progresó terriblemente.

»Un primer esputo de sangre fue la voz de alarma; después vinieron otros síntomas alarmantes. La opinión del médico vino a ser como una sentencia de muerte.

»Entonces se me ocurrió llevar a la pobre novicia al Santo Padre, como ella misma deseaba ardientemente.

»Llegó el día de la audiencia, 13 de julio de 1913. Estábamos en una gran sala, cuando apareció el Papa.

»La novicia con acento suplicante:

—Santo Padre —dijo— pido ser curada.

—Pero ¿por qué no estás bien? Hay que estar bien, ¿comprendes? —respondió el Papa, poniéndole la mano en la cabeza.

»Sor María comenzó a llorar a lágrima viva.

»Fue maravilloso. En el mismo momento en que la novicia sintió el contacto de la mano del Santo Padre, le pareció como si alguna cosa le callese de la espalda.

»El mal había desaparecido»[10].

* * *

El P. Bonifacio del Mármol, Benedictino de la famosa Abadía de Maredsous, en Bélgica, escribía el 26 de noviembre de 1951:

«En abril de 1907 —no recuerdo el día exacto— fui admitido a una audiencia privada de Pío X, juntamente con mis padres y dos hermanas mías.

»No sé expresar la emoción que todos nosotros experimentamos al ver al Papa. En su rostro había como una luz que encantaba.

»Después de algunos instantes, mi madre dijo con plena confianza:

—Padre Santo, pemítame pedirle un favor. Este es mi hijo Benito; ha estado muy enfermo y todavía no está curado. Os pido una bendición para que pueda tener las fuerzas necesarias para servir al Señor.

»El Papa me miró y me preguntó a qué Abadía pertenecía.

—A la Abadía de Maredsous —respondí tímidamente.

—Gran Abadía —replicó Pío X.

»Después, se volvió hacia mi madre y exclamó: "Señora,

esté tranquila. Su hijo sanará y trabajará largo tiempo para la gloria de Dios. Os bendigo a todos".

»La enfermedad que yo padecía desde hacía mucho tiempo era una tuberculosis pulmonar, con frecuentes hemorragias, y los médicos me habían dado un año de vida.

»Entonces yo tenía 30 años. Pero desde aquel día no volví a advertir ningún síntoma de mi antigua enfermedad y, con la gracia de Dios, he llegado a los 78 años»[11].

Los ciegos ven

Uno de los Camareros secretos del Santo Papa aseguraba:

«Un señor alemán de unos 50 años, ciego de nacimiento, asistió a una audiencia del Papa. Cuando el Pontífice estuvo cerca de él y se enteró de su desgracia, le puso las manos sobre los ojos, exhortándole a que tuviera confianza en el Señor.

»Al contacto de las manos del Papa, el ciego de nacimiento recobró instantáneamente la vista»[12].

* * *

Todos los desventurados, todos los infelices cargados de dolores y de miserias tenían derecho a la piedad del Padre común, pero para los pequeños que sufrían, el corazón del Papa Santo tenía ternuras que podían llamarse maternas y que hasta pasaban por encima de las resistencias mismas de su humildad.

Una pobre madre se presentó ante el Santo con un hijito ciego, suplicando que se dignase curarlo.

—Rézale al Señor y ten fe —fue la respuesta de Pío X.

El niño abrió inmediatamente los ojos para contemplar, como primera visión, el rostro radiante del Vicario de Cristo[13].

Un cáncer que desaparece

—¿Qué quieres que te haga? —preguntó en una ocasión el Santo a una Hermana que le mostraba una mano afectada de cáncer.

—Sólo una bendición, Padre Santo.

Pío X trazó lentamente sobre la mano el signo de la Cruz.

Cuando estuvo de vuelta en casa, la Hermana se quitó el vendaje... El terrible mal había desaparecido[14].

Los sordos oyen

Mientras el Papa pasaba un día por en medio de una multitud de peregrinos, se oyó el estallido de un llanto.

Era una señora, venida de Lyon con un hijo que estaba totalmente sordo.

Pío X se volvió y, con un acento en el que parecía vibrar como una sobrehumana inspiración, le dijo:

—Fe, señora, fe.

Estas palabras fueron como el «Abríos» prodigioso del Maestro divino.

Aquel niño había recuperado el oído[15].

* * *

En noviembre de 1911, una joven Bávara estaba esperando entrar en el Monasterio de las Carmelitas de San Remo, cuando, a consecuencia de un fuerte resfriado comenzó a sufrir ruidos en los oídos acompañados de fuertes dolores. Fue llamado un especialista, que diagnosticó perforación del tímpano acompañada de otitis media. Recetó algunas medicaciones, pero sin resultado.

A veces los dolores eran intolerables. El oído izquierdo ya no oía nada; el derecho todavía oía, pero como a través de un diafragma.

Naturalmente, no se podía pensar en abrazar la vida religiosa.

Un día, la pobre joven se presentó a la Superiora y le expresó el deseo de trasladarse a Roma, porque estaba segura de que el Santo Padre la curaría.

Fue complacida.

—¿Qué quires de mí? —preguntó el Santo Padre.

—Desearía entrar en el Carmelo de San Remo, pero hay un obstáculo: la enfermedad que me tortura.

—¿Cuál es tu enfermedad? —siguió el Papa.

La joven, con la voz rota por los sollozos, le expuso entonces sus sufrimientos.

—¿Y tú crees que yo puedo curarte?

—Sí, Padre Santo, Vos lo podéis. Curadme, os lo suplico.

La conmoción de la joven venció al Santo, el cual, poniéndole la mano en la cabeza, exclamó:

—Si tú crees, sé curada.

Pocos instantes después, la joven percibía todos los sonidos con perfecta claridad[16].

«Sí, sí... no morirá»

Un día asistió a una audiencia del Papa un grupo de Hermanas, una de las cuales estaba atacada por un mal gravísimo, que desde hacía tiempo le iba minando la existencia.

La Superiora, con la esperanza de una gracia, la señaló al Santo, rogándole que la curara.

—Sí, sí... no morirá —respondió Pío X con una sonrisa llena de bondad.

Dos meses más tarde, la Hermana tuvo una gravísima crisis que puso en peligro su vida.

El médico, vista la gravedad, dictaminó que no había más remedio que una intervención quirúrgica, haciendo la advertencia de que en esas enfermedades el 99% de los casos eran fatales.

La Hermana no se desanimó. Recordando las palabras que el Santo Padre le había dicho, se sometió confiadamente a la operación.

Poco tiempo después volvía a su Instituto en óptimo estado de salud[17].

Los paralíticos andan

En la sala de audiencias, se vio un día un espectáculo que movía a lástima: un pequeño paralítico acompañado de sus padres, que habían venido de Alemania con el corazón lleno de esperanza.

Cuando Pío X pasó delante de ellos, viendo al niño postrado en el suelo preguntó qué tenía.

Al oír que estaba paralítico, con un gesto tiernamente paternal, se inclinó, lo tomó por las manos y, levantándolo, exclamó:

—Vamos, vamos... arriba, arriba... ¡Tienes que andar!

Al instante, el niño se puso en pie perfectamente curado[18].

* * *

Un día de 1913, una pobre madre suplicaba al Papa Santo que accediera a curar a una hijita suya, paralítica desde hacía mucho tiempo.

—No puedo —respondió el Santo—, sólo el Señor puede hacer milagros.

La pobre mujer se desesperó y, con un acento de fe viva, replicó:

—Sí, Vos lo podéis, basta con que lo queráis.

—No puedo... Solamente el Señor puede hacer los milagros —añadió el Papa.

—Santo Padre, Vos representáis a Jesucristo en la tierra. Vos podéis, debéis hacer el milagro —insistió aquella madre.

—Ten confianza —dijo entonces Pío X— el Señor curará a tu hijita.

En aquel momento la pequeña sintió como un escalofrío: se levantó, y ante el estupor de los presentes, comenzó a caminar[19].

* * *

No fue menos afortunada una pequeñita de 11 años, de la diócesis de Nimes, en Francia.

Padecía una parálisis general desde su nacimiento; a pesar de todas las curas y medicaciones a las que se había sometido, no había conseguido dar un sólo paso.

Estaba íntimamente persuadida de que el Santo podía curarla, y sus padres, para complacerla, se decidieron a llevarla a Roma.

Fue llevada al Vaticano y asistió a una audiencia; en-

cuanto estuvo en presencia del papa, después de besarle el anillo:

—Santísimo Padre, una gracia... —dijo.

—Que el Señor te conceda lo que deseas —respondió simplemente Pío X.

De repente, la niña sintió como un estremecimiento por todos sus miembros, se levantó de pronto y, llena de vigor y de vida, empezó a caminar con toda soltura.

Llenos de asombro y de agradecimiento, los padres, algunos días después, pidieron una audiencia particular para dar las gracias al Papa, pero éste la denegó, diciendo:

—La fe es la que hace todo. Es el poder de las Llaves Supremas.

Cierto que era el poder de las Llaves Supremas. Pero ese poder estaba siendo ejercido por un Papa que vivía de la fuerza de la fe[20].

El pequeño sordomudo

El Papa Santo iba a ejercer el poder de las Llaves Supremas en favor de un pequeño sordomudo.

«Mientras estaba veraneando en Rocca di Papa —testimoniaba un distinguido abogado romano—, se me presentó una mujer del lugar, diciéndome que tomase nota de un hecho extraordinario.

»Se trataba de lo siguiente:

»Ella tenía dos hijitos sordomudos de nacimiento e imploraba con todo el ardor de su fe ser presentada al Santo Padre, con la confianza de que su bendición daría el habla a los dos niños.

»El Siervo de Dios la escuchó y, poniendo la mano sobre la cabeza de los dos niños, pronunció algunas palabras, por las cuales la mujer entendió que el más pequeño de ellos moriría y el otro llegaría a hablar.

»Poco después, el niño más pequeño murió y el otro adquiría el habla»[21].

La media del Papa

Milagros y milagros realizados con tanta sencillez y na-

turalidad como si fuese la cosa más fácil de este mundo, y acerca de los cuales el Santo Papa bromeaba con una bondad desconcertante.

Una joven estudiante de Roma llevaba casi un año absolutamente inmóvil a causa de una grave periostitis en un pie.

Un día le llevaron una media de Pío X, con la confianza de que, al ponérsela, obtendría la curación.

Y así sucedió.

La joven se puso la media de Pío X y, en el acto, quedó perfectamente curada.

Naturalmente, el milagro le fue referido al Santo, quien comentó con una sonrisa: «Es para reírse. Yo me pongo las medias todas las mañanas y los pies continúan doliéndome. Los demás se ponen mis medias y se les van los dolores. ¡Es verdaderamente curioso!»[22]

Bendiciones a distancia

Estos prodigios son testimonio, de manera inconfundible del heroismo en las virtudes de nuestro Santo, y no causa asombro saber que, especialmente en los últimos años de su vida, llegaban al Vaticano, desde todas las partes del mundo, continuas peticiones para obtener una Bendición Apostólica para aliviar enfermedades físicas y morales. Y eran tan numerosas las peticiones, que en la Secretaría de Estado se fue acumulando «un verdadero exceso de trabajo»[23].

Vamos a confirmarlo contando algunos casos conmovedores, que demuestran cómo el Señor se complacía en manifestar, por medio de su fidelísimo Siervo, su poder, no solo de cerca, sino también desde lejos.

* * *

Un autorizado testimonio romano dice: «a un niño de unos seis años, hijo de unos primos míos, José y Ana Corradi, como consecuencia de una caída, se le había destrozado un riñón y se le había perforado la vejiga. El caso era deses-

perado y los médicos le daban sólo unas horas de vida. Precisamente el mismo día en que se determinó el diagnóstico terrible, tuve la ocasión de ser recibido en audiencia por el Santo Padre.

»A punto de terminar la audiencia, tuve la inspiración de pedir una bendición para la pobre familia. Él escuchó con interés el relato que le hice y, al final: «pobre madre —respondió—, sí, le envío de corazón una particular bendición.

»Cuando volví a casa, me apresuré a comunicar a aquella desolada familia la bendición del Papa. Al oír lo que le decía, la madre del niño, con su gran fe, exclamó: Pío X ha enviado su bendición; mi Jorge se salvará.

»Así fue: la vejiga, contra el juicio de los médicos, cicatrizó y el riñón volvió a su estado normal sin necesidad de intervención quirúrgica.

»Cuando volví a los pocos meses a ver al Santo Padre, le recordé aquella particular bendición. Y él, interrumpiéndome, con su sonrisa habitual, preguntó: "¿Murió?".

»Yo le respondí que estaba perfectamente curado y añadí que la curación era atribuida a la bendición del Papa.

»"El Papa bendice a todos: es la fe de su madre la que lo salvó" —exclamó entonces Pío X con una humildad conmovedora.

»Jorge Corradi —añadía el testigo— es ahora un robustísimo joven, y su perfecto estado de salud ha sido puesto a prueba en la reciente guerra de 1914, en la cual combatió como soldado de artillería»[24].

* * *

«A primeros de noviembre de 1908 —testificaba un Canónigo de la Catedral de Trento— fui llamado a Roma. Yo no quería partir, porque desde hacía dos meses mi madre estaba gravemente enferma, y se esperaba que moriría de un día a otro, pues ya no podía tomar alimentos y tenía 76 años.

»Una tarde, mi madre me preguntó por qué no partía para Roma. Respondí que porque no me sentía con ánimos para dejarla en aquel estado. "Parte inmediatamente —me

dijo—, pues debes cumplir con tu deber, y está seguro de que si puedes impetrar para mi la bendición del Santo Padre, sanaré".

»Al día siguiente emprendí el viaje y, nada más llegar a Roma, me presenté al Mayordomo y Maestro de Cámara, Mons. Bisleti, de quien obtuve la posibilidad de ver al Santo Padre al día siguiente.

»El Siervo de Dios, apenas me vio, me saludó con gran afabilidad, preguntándome por mi salud y la de mi anciana madre. Yo le respondí que la había dejado a punto de morir y que ella esperaba de él una especial bendición. El Siervo de Dios: "Con mucho gusto" —respondió y, juntando las manos y elevando los ojos al Cielo, hizo el signo de la Cruz. Después, dándome un golpecito en la espalda, me dijo: "Hago votos ardientes para que el Señor te la conserve todavía largos años".

»Después de la audiencia envié enseguida una tarjeta a mi hermana, haciéndole saber la bendición del Santo Padre para nuestra madre.

»A las 40 horas recibí una carta de mi hermana, en la que me decía que el día anterior, hacia mediodía, nuestra madre se había sentido bien, que se había levantado y había tomado alimentos.

»Me di cuenta inmediatamente, al recibir aquella carta, que la curación había sucedido precisamente a la hora en que el Siervo de Dios había rezado por ella y le había enviado su bendición.

»Tanto mi madre como mi hermana reconocieron que la curación había que atribuirla a las oraciones y a la bendición del Siervo de Dios»[25].

* * *

Uno de los más fieles Ayudas de Cámara del Santo Pontífice contaba:

«Hacia 1910, mi hijo José enfermó de sarampión, que degeneró en laringitis diftérica; temíamos por su vida, pues los médicos habían declarado que estaba en peligro de muerte. Lo atendían los doctores Amici, Marchiafava, Cagiati, Mancini y otros, los cuales, como último recurso mé-

dico le introdujeron en la garganta un tubo de goma para facilitarle la respiración.

»El muchacho sufría horriblemente, porque no podía respirar. Llamé por teléfono a Mons. Bressan, rogándole que pidiera al Santo Padre una bendición especial para el niño enfermo.

»Poco después, Mons. Bressan me contestó: "El Santo Padre manda una bendición especial y en estos momentos reza por el niño".

»Al cuarto de hora, con un violento golpe de tos, el niño arrojó el tubo que se le había aplicado a la laringe, y creí que de un momento a otro iba a morir asfixiado.

»Salí corriendo en busca del doctor Mancini, especialista en estas enfermedades, que había practicado la operación. Vino y encontró al niño respirando con libertad y vi que no era necesario, por el momento al menos, aplicarle nuevamente el tubo.

»El hecho fue que el niño curó totalmente»[26].

* * *

«Un Obispo de Brasil tenía a su madre enferma de lepra. Habiendo oído hablar de la fama de santidad de Pío X, en uno de los primeros meses de 1914 se trasladó a Roma, para implorar del Siervo de Dios la curación de su madre.

»Presentándose ante el Santo Padre, le rogó con gran insistencia que le obtuviera la gracia tan anhelada. El Papa le exhortó a que se encomendara a Nuestra Señora y a algún otro Santo. Pero el Obispo, insistente, le dijo: "Al menos, Beatísimo Padre, dígnese repetir las palabras de Nuestro Señor: *Volo, mundare!*[27]. El siervo de Dios respondió: *"Volo mundare!"*

»Cuando el Obispo regresó a su patria, encontró a su madre totalmente curada de la lepra»[28].

* * *

En abril de 1911, el Marqués Galeani de Turín, yacía en el lecho con una pierna engangrenada; se diagnosticó que era inútil amputarla.

«La hermana del enfermo informó del caso al Santo Padre, el cual celebró la Santa Misa por el pobre Marqués.

»Poco después, el doctor Galle —ilustre médico que atendía al enfermo— quedó estupefacto al comprobar que el terrible mal había desaparecido de la pierna del Marqués. También el famoso profesor Murri, de Bolonia, convocado para que emitiera su juicio, respondió que los médicos se habían equivocado —cosa que él no creía— o que estaban ante un hecho que no podía explicarse humanamente.

»La curación ocurrió a la misma hora en que Pío X celebraba la Santa Misa»[29].

* * *

El Cónsul de Bélgica en Roma, Carlos Dubois, sufría desde hacía mucho tiempo de una obstinada erupción de forúnculos por todo el cuerpo. Había recurrido a muchos médicos. Pero inútilmente, porque iba cada vez peor.

La mañana del 8 de septiembre de 1912, la señora Dubois, no sabiendo ya qué remedio aplicar, recurrió llena de fe a Pío X.

El Papa la miró, juntó las manos, elevó los ojos y rezó durante unos momentos. Después, bendiciéndola, le dijo:

—Confianza, señora, confianza... Será Vd. escuchada.

Volvió a casa llena de esperanza y saludó a su marido, diciéndole:

—Te traigo la bendición del Santo Padre. Estás curado.

El Cónsul estaba realmente curado.

La fe viva y la bendición del Santo habían triunfado de la enfermedad rebelde a todo tratamiento[30].

* * *

«Recuerdo —afirmaba un dignísimo testigo ocular de Treviso— que, teniendo que recurrir a los servicios profesionales del abogado Paleari, de Milán, me trasladé un día allí para verle. Pero, con gran disgusto por mi parte, lo encontré muy apesadumbrado porque un hijo suyo estaba muriendo.

»Yo necesitaba su ayuda, y tenía entendido que él confiaba mucho en una bendición de Pío X; me permití, sin decirle nada, telegrafiar al Vaticano solicitando una bendición del Siervo de Dios, para la curación del muchacho.

»Cuando recibí la respuesta, se la llevé al abogado, el cual, casi fuera de sí de alegría, la enseñó inmediatamente al pequeño enfermo.

»En aquel momento, su hijo comenzó a mejorar y se curó»[31].

* * *

«La Madre Superiora de las monjas de las que yo era capellán —testimoniaba un sacerdote francés— se enteró de que yo había tenido que salir de Roma en un viaje improvisado, porque mi padre, que tenía 78 años, estaba en peligro de muerte, y le pidió al Siervo de Dios una bendición para él.

»No se hizo esperar el telegrama que anunciaba la bendición del Papa para el pobre anciano, que ya estaba al final de sus días. Pero cuando el telegrama llegó mi padre estaba en coma. Lo sacudieron... abrió los ojos y escuchó la lectura del telegrama que traía la bendición Apostólica del Pontífice Santo.

»Al instante, empezó a mejorar. Pronto estuvo convaleciente, se restableció con una salud inmejorable y vivió todavía 8 años más»[32].

Lee en lo secreto de los corazones

Entre los carismas que el Señor concedió a nuestro Santo, se tenía la convicción general de que leía con toda claridad en los corazones.

«Era sabido —afirmaba uno de sus Secretarios Particulares— que Pío X tenía una cierta intuición de los corazones, tanto, que con frecuencia, cuando alguna persona se presentaba para tratar con él algún asunto, él se le adelantaba entrando inmediatamente en el tema. Este hecho me fue comunicado por personas que tuvieron conversaciones con él durante su Episcopado de Mantua»[33].

Otro Secretario particular suyo añadía:

«Hablando con muchas personas que habían tenido audiencia con el Santo Padre, me aseguraban que siempre sacaban la impresión de que, fijando en ellas su mirada, leía en sus corazones, hasta tal punto que no me habría atrevido a decirle una mentira, pues tenía la certeza de que habría leído la verdad en mi corazón»[34].

Un Emmo. Cardenal que fue su Maestro de Cámara, testimoniaba:

«A veces tenía la impresión de que el Siervo de Dios leía en mi alma; por eso, cuando hablaba con él me atenía a una escrupulosa relación de los hechos de los que le debía dar cuenta. También algunas almas elegidas tuvieron esa misma impresión mía»[35].

* * *

Un día, el Superior de los Trapenses de Tre Fontane, en Roma, se presentó al Papa para confiarle un asunto de gran importancia, y pedirle consejo. Mas en cuanto empezó a arrodillarse, el Santo le dijo: «En el asunto del que has venido a hablarme, deberás conducirte de esta manera», y le dio normas y consejos precisos, antes de que empezase a hablar[36].

* * *

Cuando el Siervo de Dios Don Luis Orione tenía que ir a ver a Pío X, se acercaba antes a San Pedro para confesarse.

Una vez, no encontró confesores en la Basílica, porque fue a deshora; se dio prisa para ir a la Traspontina y se presentó a un anciano Carmelita para confesarse, calculando los minutos de que disponía antes de la hora de la audiencia. Pero el bueno del Carmelita se empezó a alargar en sus consejos y recomendaciones, y la confesión amenazaba prolongarse más del tiempo previsto.

Don Orione iba contando los minutos y, viendo que no iba a llegar a tiempo, rogó al confesor que se diese prisa y le diera inmediatamene la absolución, porque tenía que ir a ver al Papa.

Sale de la Iglesia, rehace el camino, sube las escaleras del Vaticano y, sofocado, llega con dos minutos de anticipo sobre la hora fijada.

Cuando le llegó el turno, con actitud humilde y devota, entra en la habitación de estudio del Santo, el cual, apenas lo vio, sonriendo le dijo a bocajarro: «Lo mejor que has hecho es haber ido a confesarte antes de venir a ver al Papa. Otra vez a ver si te confiesas con más calma».

Nadie sabía que Don Orione había ido a confesarse[17].

Predice el futuro

El Santo Pontífice, junto con el don de hacer milagros y el de leer en los corazones, tuvo también el de profecía; el don de penetrar y prever acontecimientos humanos, que es privilegio de los hombres que han alcanzado la cima de la santidad.

Esto quedó confirmado en las declaraciones de los Procesos Ordinarios y Apostólicos, los cuales ponen de manifiesto profecías de circunstancias familiares y sociales que él vaticinó lúcidamente, como mirando hacia el futuro con las pupilas de su alma.

Estaba lleno de esa luz divina que a los Siervos del Señor les comunica todo cuanto ocurre en el mundo del misterio, y les manifiesta lo que a ojos mortales no les es dado ver.

Ni los corazones de los hombres ni el futuro tenían secretos para Pío X, y para él los acontecimientos del porvenir fueron tan claros como si los tuviese presentes.

Ya había dado pruebas de ellos cuando era Obispo de Mantua.

El Sacristán de la Catedral, Arístide Gregori, tenía una nuera gravemente enferma. Tres médicos le habían pronosticado una muerte próxima.

Una mañana muy temprano, el pobre Sacristán recurrió al Obispo rogándole que la Misa de aquel día la celebrase por la curación de la enferma.

Celebrada la Misa, el Siervo de Dios invitó a Gregori a que tomara el café con él y, devolviéndole la limosna, le di-

jo: «Toma algo para la enferma, y quédate tranquilo, porque tu nuera no muere».

La enferma curó y vivió todavía mucho tiempo[38].

* * *

Un día, cuando Mons. Sarto se encontraba en Castiglione delle Stiviere, con ocasión del Centenario de San Luis Gonzaga, vio que el Capellán del Colegio de las Vírgenes, en el que se hospedaba, estaba muy triste.

—¿Qué te pasa, Luis? —le preguntó.

—Tengo un hijito de tres años en peligro de muerte —respondió el pobre hombre.

—Iré a verlo —replicó el santo Obispo.

Al día siguiente cumplió su promesa. Subió a la habitación del pequeño moribundo, lo miró, lo bendijo y, dirigiéndose a sus desolados padres, los tranquilizó diciendo: No muere, no muere, no.

Pierino, que así se llamaba el niño, sanó y creció vivo, inteligente, exuberante de vida[39], testimonio vivo del don de profecía del Obispo Santo.

* * *

«En Venecia, junto a la iglesia de los Milagros —recordaba su Secretario particular, Mons. Bressan—, el Siervo de Dios se encontró con una pobre mujer que llevaba en brazos a una hija suya a punto de morir.

»—Eminencia bendiga a esta niña, que se muere —suplicó la desventurada madre.

»El Patriarca bendijo a la niña y animó a la madre, diciendo: «Quédate tranquila, porque la niña no se muere».

»Los hechos confirmaron las palabras de aliento del santo Patriarca de los venecianos»[40].

* * *

Un día, una chiquilla estaba en el Vaticano para recibir el Sacramento de la Confirmación de manos del Santo Papa; de pronto arrancó a llorar a lágrima viva.

Conmovido, el Papa le preguntó qué le pasaba. Con palabras entrecortadas por los sollozos, la pequeña contestó que lloraba porque no tenía a nadie que se acordara de ella.

Su madre estaba separada de su marido desde hacía tiempo, y él vivía con otra mujer.

Pío X la consoló, le dio ánimos y, para tranquilizarla, le dijo: «Anímate, porque cuando vuelvas a casa encontrarás allí a papá y a mamá».

Los hechos así lo demostraron.

Cuando volvió a su casa, la niña encontró a sus padres, que se habían reconciliado y la estaban esperando[41].

* * *

«En 1912 tuve una audiencia con el Siervo de Dios —declaraba un testigo de Venecia—, en la cual le di a conocer la situación de mi madre, quien, con 75 años, llevaba mucho tiempo enferma de parálisis. Le dije que ella deseaba mucho que le mandase una especial bendición.

»Di a tu madre —me respondió— que la bendigo de todo corazón. El Señor le ha dado a llevar una cruz, que será muy larga; pero que no se desanime, porque esa cruz le hará ganar el Paraíso».

»Las palabras del Papa se cumplieron con toda exactitud, pues la enfermedad le duró todavía 14 años más, ante el asombro de los médicos; y sobrellevaba la enfermedad de manera admirable, sin perder nunca la calma y la serenidad»[42].

El «Guerrone»

Pero entre todas las profecías del Papa Santo, se destaca la que hizo de la gran conflagración europea de 1914, a la cual, horrorizado, llamaba el «Guerrone» (la «Guerraza»[43]; al llamarla así quería indicar la guerra espantosa que iba a ser, y que se tragaría con sus fauces crueles pueblos enteros y naciones enteras.

Un día de 1906, Mons. Luçon, Obispo de Belley, en Francia, fue invitado a trasladarse a Roma inmediatamente.

Lo llamaba Pío X.

El Prelado francés partió rápidamente y, cuando llegó a Roma, se acercó en el acto al Vaticano y se presentó al Santo Padre.

El Papa, apenas lo vio, le dijo: «Le nombro a Vd. Arzobispo de Reims».

Mons. Luçon, aduciendo fuertes razones, rogó y suplicó al Papa que lo dispensase de esa promoción. Pero el Papa lo miró y, tomando la palabra, añadió: «He pensado promoverle a la sede arzobispal de Reims, no para hacerle un honor o darle un premio, sino para darle una cruz. ¿Puede un Obispo rechazar una cruz, mirando al Crucifijo? Vos sois ya Obispo y tenéis ya una Cruz, pero en Reims encontraréis otras cruces más graves y más pesadas, aunque también más meritorias».

El Obispo quedó profundamente impresionado y, por el momento, creyó que el Santo Padre quería hacer alusión al turbio período por el que entonces se estaba pasando, de la separación del Estado y de la Iglesia en Francia.

Mas cuando ocho años después, en septiembre de 1914, bajo tiros de cañón alemanes, se derrumbaban las torres góticas de la maravillosa catedral de Reims, acumulando ruinas y más ruinas sobre los horrores por los que pasaba el mundo civil, Mons. Luçon, ya Cardenal, recordó el anuncio que acerca de las cruces le había hecho el Papa Santo en 1906: se estaba realizando cumplidamente en aquellos días de terror[44].

* * *

A medida que los años pasaban, el Pontífice insistía con frecuencia en este vaticinio, con expresiones de una precisión impresionante: se diría que tenía una idea fija.

Parecía que ya veía la gran guerra europea y que sentía cómo se acercaba con el trágico paso de la muerte y con el furor de la destrucción.

—Veo una gran guerra —decía de vez en cuando a sus hermanas, con el corazón lleno de angustia.

Y cada vez que ellas intentaban animarlo, diciéndole

que no debía dejarse impresionar por lo que estaba ocurriendo en el mundo, él respondía:

—Por desgracia será un «guerrone»[45].

* * *

—Eminencia, las cosas van mal... se acerca el «guerrone» —repetía con inusitada frecuencia a su Cardenal Secretario de Estado, quien se asombraba no tanto por esta insistencia como por la precisión con la que hablaba el Santo[46].

—No me refiero a esta guerra —repetía en 1911, cuando la expedición militar italiana a Libia, y durante la guerra de los Balcanes de 1912-1913—. Esto no es nada comparado con el «guerrone» que vendrá.

Y cada vez que tocaba este tema —aseguraba el Cardenal Merry del Val— parecía que veía y tocaba con la mano todo lo que decía[47]. Y si el Cardenal le decía que no parecía que hubiera una guerra a la vista, y que, en todo caso, se podría diferir por largo tiempo y quizá hasta podría evitarse, el Santo anciano, levantando con gravedad la mano, replicaba:

—Eminencia, no pasaremos de 1914[48].

* * *

El 1912, un señor de Venecia propuso al Santo Papa que adquiriese, para algún Instituto Religioso, una gran finca en Grandisca, en el Goriziano, con vastas edificaciones.

—No es posible —respondió Pío X— porque todos esos edificios serán destruidos.

Tres años más tarde el huracán de la guerra pasó sobre esa finca dejándola reducida a simples ruinas[49].

* * *

El 30 de mayo de 1913, al recibir en audiencia de despedida al Embajador del Brasil cerca de la Santa Sede, el Papa le dijo: «Tiene Vd. suerte, señor Ministro, de poder volver al Brasil, porque así no verá los horrores de la guerra que está a punto de desencadenarse»[50].

«Yo pensé —escribía más tarde el Ministro— que el Santo Padre quería hacer alusión a los Balcanes. Pero continuó: Los Balcanes son el comienzo de una gran conflagración que yo no podré evitar y contra la que no puedo oponer resistencia»[51]

Asímismo, en febrero de 1914, después de una conversación con un viejo amigo de los tiempos de Treviso, decía: «Ya verás cómo dentro de este año estallará un "guerrone"»[52].

Palabras proféticas.

Seis meses después —el 28 de julio de 1914— la sombra de Tamerlán, desde los campos de Bosnia, manchados con un horrendo delito, se asomaba con sus caballos apocalípticos a las puertas de Europa[53].

XIV. AURORA DE LLANTO Y MEDIODIA DE GLORIA
(20 de agosto de 1914)

«Es hermoso exaltar a un Papa como Pío X, que fue tan humilde y cuya doctrina y energía fueron tan intrépidas, pero que siempre tuvo el corazón abierto a la caridad de Cristo».

CARD. SEVIN
Arzobispo de Lyon
9 de enero de 1915

Días de dolor

Días de angustia y de inenarrables dolores fueron los últimos días de Pío X.

Cuando en los primeros meses de 1914 se enteró de que los Obispos de Méjico para escapar a la matanza de los bandidos se vieron obligados a emprender el camino del exilio, y que el Arzobispo de Durango fue condenado a barrer las calles, las facciones del Papa tomaron una expresión de profunda tristeza.

Quien lo vio aquellos días en la Basílica del Vaticano, rodeado de la grnadeza del silencio, escribía:

«La silla gestatoria avanzaba lentamente, llevando al Papa por encima de la muchedumbre. Llevaba puestos un pluvial rojo y una mitra dorada. Su rostro era triste y dulce. Su alma, lejos de toda pompa y de todo esplendor, parecía perderse en la contemplación de la distancia que separa las cosas de la tierra de las cosas del cielo; su mano repartía bendiciones a un lado y a otro. La tristeza estaba tan profundamente impresa en su rostro pensativo, que parecía como si ya nunca más podría iluminarlo una sonrisa.

»De pronto, un movimiento de la muchedumbre hizo detenerse al Papa. Como si despertase de una contemplación ultraterrena, levantó el rostro meditabundo y se inclinó hacia delante. Una sonrisa de sublime bondad y dulzura, como un rayo de sol en un cielo de invierno, iluminó un instante aquellos rasgos tan tristes; a mi lado yo oía cómo dos italianos murmuraban: Oh Padre, oh Padre querido, oh anciano Padre, bendíganos»[1].

La guerra europea

El 25 de mayo de 1914 Pío X celebró el último Consistorio. Ninguna amenaza de fuera —al menos por el momento— oscurecía entonces los horizontes de Europa.

Sin embargo, en la Alocución dirigida en aquel día al Sacro Colegio de Cardenales, tomando como tema la Cruz de Cristo como única fuente de salvación y de paz —«*unicum pacis salutisque fontem*»— para la humanidad atormentada, pronunció estas graves palabras que los acontecimientos, por desgracia, iban a confirmar:

«Hoy más que nunca ha de buscarse esa paz, cuando asistimos al espectáculo general de unas clases hostiles a otras clases, de gentes hostiles a otras gentes y de pueblos hostiles a otros pueblos, y, de estas discordias cada día más encendidas, vemos cómo brotan de repente luchas horribles.

»Hay hombres insignes por su experiencia y por su autoridad, los cuales, toman en serio la causa de los Estados, incluso de la sociedad humana, elaboran planes para buscar el modo de impedir el estallido de tumultos y de los estragos bélicos, y desean inculcar en la patria y fuera los constantes bienes de una paz en las almas. Optimo propósito, ciertamente, pero poco fecundo en resultados si, junto a ello, no se pone todo el esfuerzo para que la justicia y la caridad echen raíces profundas en el alma humana»[2].

A la vuelta de apenas 60 días, estas palabras volvían a surgir con su ineluctable realidad. El abandono de toda norma de caridad y de todo principio de justicia entre los hombres había envenenado la vida, y nadie parecía darse cuenta de que Europa iba camino de un gigantesco y homi-

cida choque entre pueblos, porque estaba falta de una sola cosa: Dios.

Pío X, que había vivido siempre en medio del pueblo, había visto surgir ese materialismo ateo, había seguido su desarrollo y sabía que antes o después daría sus frutos amargos, como ya advirtió en su primera Encíclica, cuando amonestaba: «desear la paz sin Dios es un absurdo, porque de allí donde Dios está alejado brota también la injusticia, y, quitada de en medio la justicia, es inútil alimentar esperanzas de paz»[3].

El 28 de junio, la prensa del mundo entero llevaba un nombre: Sarajevo.

El asesinato político cometido por los servios en la persona del Príncipe Francisco Fernando, Archiduque heredero de la Monarquía Austro-Húngara, y de su esposa abría el primer acto de la gran conflagración europea —tremendo epílogo de la apostasía progresiva de los hombres—, que el papa Santo había profetizado repetidas veces con toda lucidez[4].

Ese delito bestial fue un golpe terrible para el corazón sensibilísimo del Papa Santo, pues en las previsiones de su clarividencia, sabía que la chispa de la tan temida conflagración no tardaría en desencadenar un espantoso incendio, convirtiendo en una colosal hoguera pueblos enteros y naciones enteras.

Rezó y suplicó la misericordia de Dios. Puso en movimiento la diplomacia pontificia para conjurar el tremendo conflicto que se dibujaba en el horizonte de Europa. Suplicó, conjuró y amonestó con la autoridad de su excelso magisterio a los poderosos de la tierra, para que no se manchasen de sangre y para que tuviesen pensamientos de paz[5]. El mundo cristiano, aterrado por el inminente desastre, buscaba en él —como último refugio— un rayo consolador de esperanza y de luz.

Pero, ¿quién escuchaba ya las invocaciones de paz en aquella atmósfera de tormenta, de turbulentas pasiones, que se hinchaban con la rabiosa brutalidad de la barbarie antigua?

Los poderosos de la tierra, resecos de orgullo, de jactancia y de codicia, no escucharon al Vidente de Dios, que en-

tre los pliegues de su vestidura blanca llevaba la rama de olivo; y en los campos de Europa se alzaron las banderas de la muerte.

Pío X se sintió solo, como Jesús en la pavorosa hora de Getsemaní; su alma sudó sangre y repitió la imploración divina: «Padre, aleja de mí este cáliz».

En su corazón se acumularon todos los dolores de la humanidad: los que ya sufría y los que iba a sufrir.

Y volvió a denunciar la guerra como la más horrenda calamidad, como la más atroz negación de la vida. Y volvió a conjurar para que el azote sangriento no alcanzase dimensiones internacionales; y todavía osaba esperar contra toda humana esperanza.

Al Embajador austríaco en Roma, que le pidió que bendijera las armas de la doble Monarquía danubiana, le respondió secamente: «Yo no bendigo las armas, sino la paz»[6].

Todo fue en vano.

La guerra —señal tremenda de maldición y de castigo—, como si fuera una potencia infernal, hacía estragos.

Su última exhortación

Y llegó el último grito de su angustia y de su dolor: la conmovedora «*Exhortación a los católicos de todo el mundo*», que el 2 de agosto —el día del gran «Perdón de Asís»— lanzaba en medio del torbellino de odio salvaje que aniquilaba tanta flor de juventud y desgarraba tantas vidas humanas.

En esta Exhortación —voz implorante y dolorida de su alma de Padre y de Pastor de todas las gentes—, con amargura en el corazón, decía[7]:

«Cuando casi toda Europa está arrastrada por el torbellino de una funestísima guerra, cuyos peligros, cuyos estragos y cuyas consecuencias nadie puede pensar sin sentirse oprimido por el dolor o por el espanto, Nos no podemos dejar de preocuparnos también, y no podemos dejar de sentir que se nos desgarra el alma con el dolor más amargo, por la salvación y la vida de tantos cristianos y de tantos pueblos como llevamos en el corazón.

»Entre tan graves angustias, sentimos y comprendemos bien lo que Nos exige la caridad de Padre y el ministerio apostólico: elevar los ánimos a Aquel de quien únicamente puede llegarnos la ayuda, a Cristo, Príncipe de la Paz y Mediador poderosísimo de los hombres cerca de Dios.

»Por consiguiente, exhortamos a los Católicos de todo el mundo a que recurran confiadamente a su trono de gracia y de misericordia; que al frente de ellos estén los sacerdotes con su ejemplo, celebrando, en sus respectivas parroquias, con la autorización de su Obispo, oraciones públicas para obtener que Dios, movido a piedad, aleje cuanto antes las funestas antorchas de la guerra e inspire a los regidores supremos de las Naciones pensamientos de paz y no de aflicción».

Desde el Vaticano, 2 de agosto de 1914.

PIUS PAPA X

Era su última imploración. Cuando aquel mismo día apareció para bendecir a la muchedumbre reunida en el amplio patio de S. Dámaso, todo el mundo notó que el vigor que tenía unos meses antes había sido sustituido por el abatimiento y por una expresión de profundísima tristeza.

Parecía un condenado a muerte[8].

El dolor que le producía la guerra, que bramaba despiadada y cruel bajo el cielo de Europa, lo había abatido, destrozado, roto[9].

¿Cómo podía seguir latiendo ese corazón que siempre se había alimentado de amor? Su latido se iba debilitando; ya no era más que un latido de inmensa piedad.

—Pobres hijos míos... pobres hijos míos —exclamaba con los ojos anegados en llanto, cada vez que le llegaban noticias de nuevas movilizaciones de ejércitos y de nuevas devastaciones.

Día y noche estaba empeñado en una lucha con Dios, en medio de lágrimas y oraciones; día y noche repetía con una pasión cada vez más honda: «Daría en holocausto esta pobre vida mía, para impedir la matanza de tantos hijos míos»[10]. Y lloraba inconsolable, con el corazón deshecho, ante el amarguísimo recuerdo de que tantos jóvenes seminaristas y sa-

cerdotes de Naciones diversas, se encontraban ya en los campos de batalla, enfrentados unos contra otros en una lucha fratricida.

Sólo quienes oyeron sus últimas confidencias pueden tener una lejana idea de lo que sufría su gran corazón, y de qué inexpresables angustias era víctima su delicada sensibilidad; y su invitación a la paz, para salvar a la humanidad del tremendo azote de la guerra, recibía una fría respuesta y era todavía más fríamente rechazada, por los déspotas que a la paz de Cristo, llenos de soberbia, habían dado la espalda cargada con la espantosa tragedia que se desarrollaba en el mundo[11].

El Santo anciano se iba rompiendo y consumiendo con la amargura de su dolor; con la mirada llena de espanto puesta sobre la horrenda avalancha de fuego que avanzaba implacable, murmuraba con tristeza: «Sufro por todos los que mueren en los campos de batalla... ¡Ay, esta guerra!... Siento que esta guerra será mi muerte»[12].

Lloraba amargamente, pero conservaba en el corazón la sublime fortaleza de los Santos y en el alma la grandeza heroica de una plena y completa resignación ante la suprema voluntad de Dios.

El holocausto supremo

Con profundo y lacerante dolor despidió a sus hijos de todas las razas, a los huéspedes de la Urbe Católica, a todos los jóvenes seminaristas extranjeros de Roma, que partían llamados por las leyes militares de sus naciones respectivas. Bendijo a los franceses, alemanes, eslavos, ingleses, austríacos, belgas, y les dijo: «Sed dignos de vuestra fe, y en la guerra no olvidéis la misericordia y la piedad»[13].

Y siguió rezando y suplicando. Pero Dios le repitió: *Bonus Pastor animan suam dat pro ovibus suis.*

No le quedó más que la vida; y la entregó en una gran ofrenda por el mundo: era su último holocausto[14]. El Vaticano se convirtió como en una gran ara y Pío X era una grande, augusta y purísima hostia.

* * *

No fue repentina, pero sí rápida la enfermedad que iba a llevárselo de esta tierra.

La dura fibra del Papa, que en Venecia y en Roma había superado otras graves crisis[15], había cedido bajo el martilleo de la angustia que sentía por causa de la guerra embravecida ya con el furor de la destrucción.

«Estaba mortalmente cansado, abatido, deprimido»[16].

En este estado de ánimo, la tarde del 15 de agosto lo invadió un malestar general. Las jornadas del 16 y del 17 transcurrieron entre la cama y la mesa de trabajo; el día 18 lo pasó entre alternativas de esperanza y de temor; el 19 por la mañana sufrió un empeoramiento inesperado, preocupante... después, los síntomas de un final inminente[17].

El Siervo de Dios se dio cuenta de la gravedad de su enfermedad; no se le ocultó a sí mismo y, con sobrehumana serenidad, exclamó: «Me pongo en las manos de Dios»[18]

«Ni un gesto agitado, ni un quejido»[19]

Hacia el mediodía recibió el Viático y la Extremaunción, lleno de calma y de serenidad, con perfecta lucidez de mente, con admirable devoción y profunda piedad[20].

* * *

La tarde se echaba encima triste.

El corazón de Roma trepidaba con los espasmos de la guerra gigantesca, que rugía con la furia de un huracán diabólico, cuando la campana mayor de San Pedro, grave y solemne, como con voz de llanto, anunciaba que el Pontífice Santo estaba agonizante.

Todas las campanas de la Urbe respondieron, con tañidos profundos, plañideros, sollozantes.

Todos los corazones temblaron conmovidos y todas las iglesias se llenaron de fieles. Muchos ofrecieron sus vidas para prolongar la del admirable Pontífice. Los niños, a quienes él tanto había querido, elevaron sus manitas implorando. Pero Dios lo quería Santo en el Cielo.

Fue una hora de ansiedad para el mundo, pero dulce y llena de calma para el Papa que se iba apagando, murmurando todavía palabras de imploración, de holocausto, de misericordia para los pueblos que se desgarraban sin piedad hacia sí mismos.

Su último adiós fue para «Su Cardenal», que durante once años lo había comprendido y acompañado con inalterable fe y con inmutable amor, tanto en los pequeños acontecer es de la vida cotidiana, como en las horas grandes de la historia de su memorable Pontificado.

Cuando el Santo anciano había perdido ya el habla, aunque conservaba lúcida y viva la mente, concentrando su alma entera en una mirada de extrema dulzura, tomó con su mano blanquísima la mano de su fidelísimo Cardenal Secretario de Estado y, en un mutuo adiós conmovedor, la estrechó con fuerza, afectuosamente, largamente, como queriendo expresarle toda la ternura de su afecto, y de su gratitud, como si quisiera repetirle el «*Consummatum est*» del trabajo, del sufrimiento y de los dolores[21].

Después, conmovido, sonrió tristemente a sus hermanas y bendijo a los pocos Cardenales y Prelados presentes, que lloraban y, perdiendo la mirada, elevó los ojos al cielo.

En la habitación se había formado un ambiente puro y dulce, como pura y dulce había sido la vida del Santo.

Algo ultraterreno parecía flotar en torno a su rostro blanco. Se adormeció suavemente... Tuvo como un espasmo... hizo con toda lentitud el signo de la cruz y juntó ambas manos como si estuviese celebrando un gran misterio[22].

Antes del amanecer, besando un Crucifijo, el Papa Santo cerraba para siempre sus ojos, envuelto en la aureola de su santidad; rebosante amor y dolor, yacía en la profunda paz de la muerte como instalado en un trono real.

«Su muerte no pudo ser más serena», exclamó conmovido el ilustre médico romano Marchiafava, que estuvo presente[23].

Primera víctima y primer mártir de la guerra, el Papa Santo había caído en el campo de su largo empeño, mantenido con valor heroico por la restauración del reino de Cristo.

El amor a sus hijos, a la humanidad, que se precipitaba al abismo que había abierto el odio, le había matado, porque dentro de su pecho había una fuerza poderosa y tierna, vigorosa y frágil: su corazón era un corazón grandísimo.

En aquel momento, el reloj de la Basílica Vaticana señalaba la 1,15 del 20 de agosto de 1914[24].

Un amanecer de llanto, pero también un amanecer de

gloria, porque para un Papa como Pío X el tiempo no se traduciría en olvido, sino en apoteosis.

* * *

En las primeras horas de la mañana, sobre un pequeño altar erigido en la misma habitación en que el Santo había exhalado su último aliento, Prelados, Familiares y algunos Cardenales comenzaron a celebrar la Santa Misa; otros, conmovidos, se acercaban a su cuerpo sin vida, y tocaban en él rosarios, medallas y pequeños crucifijos para conservarlos como recuerdos queridos y venerables reliquias[25]; era éste un espectáculo conmovedor que se repetiría en proporciones mayores cuando, desde la tarde del día 20 hasta la mañana del 21, el cuerpo del Papa Santo, revestido de pontifical, fue expuesto en la sala del trono.

Una muchedumbre de gentes de toda clase y condición se volcó en el patio de San Dámaso, invadió las grandes escaleras y las amplias estancias del Palacio Apostólico; movida no tanto por implorar la paz eterna para el Pontífice Santo, cuanto para impetrar su intercesión cerca de Dios.

La invasión del pueblo era tan impresionante que, para regular su continua y cada vez más creciente afluencia, se hizo necesario poner de custodia ante el cuerpo algunos Guardias Nobles, y dos Monseñores se tuvieron que encargar de poner en contacto con los venerables restos del Papa todos los pequeños objetos que les presentaban.

Todos estaban convencidos de que estaban en presencia del cadáver de un Santo.

Testimonios elocuentes

El mundo católico entero, e incluso los mismos adversarios de la Iglesia, que habían atacado ferozmente el Pontificado del Santo Papa, se inclinaron con reverencia ante su memoria, como ante la memoria de un Grande, de un Santo.

«Le Temps», de París —el más importante periódico del protestantismo francés— declaraba al día siguiente:

«Pío X no tuvo jamás en cuenta los elementos que ordinariamente determinan las decisiones humanas. Permaneció siempre en su terreno: el divino. Porque siempre se inspiró únicamente en su fe: ha sido el testimonio de la realidad, de la fuerza y de la soberanía del espíritu, sin miedo a afirmar que a la Iglesia, si es libre y sigue siendo lo que es, no le falta nada para mantenerse viva»[26].

El «Times», de Londres, no dudaba en escribir:

«Todos los que amen la santidad sincera se unirán a la Iglesia Católica, que llora en Pío X a un Santo Sacerdote, un gran Obispo, un gran Papa»[27].

El diario socialista «L'Humanité», de París, se expresó así:

«El Papa ha muerto. Hay que decir que fue un gran Papa. Su política fue sencillísima: consistía en restaurar los valores de la fe con firmeza apostólica. Pudo llevar esta política con autoridad, por la sencillez de su espíritu y por la sinceridad de sus virtudes, que nunca fueron puestas en duda. Comoquiera que se le haya de juzgar, se deberá decir que fue un gran Papa»[28].

Una revista de los Estados Unidos de América —«The Lamp», de Graymoor— escribía:

«La Iglesia Católica llora la muerte de un Santo»[29], y un diario liberal romano, con gran admiración, escribía estas palabras lapidarias:

«LA HISTORIA HARÁ DE ÉL UN GRAN PAPA:
LA IGLESIA HARÁ DE ÉL UN GRAN SANTO»[30].

Otro diario democrático de Roma no dudaba afirmar: «Ha hecho vivir en medio de nosotros la figura del Pobrecito de Asís: Pío X es un Santo»[31].

Testimonios significativos y ciertamente no sospechosos, a los que correspondía el luto y la aflicción profunda que la muerte del Pontífice Santo suscitó especialmente entre los Diplomáticos que tuvieron contacto con él durante su Pontificado.

«Vi muchos que estaban conmovidos hasta el punto de llorar —escribía el Cardenal Merry del Val, que había sido su Secretario de Estado—, y recuerdo muy bien que uno de ellos, no católico, hablándome del Santo Padre la mañana siguiente de su muerte, expresando su más profundo dolor

llegó a decir que tenía la intención de pedir a su Gobierno otro destino, porque, cualquiera que fuese el nuevo Papa, para el, Roma sin Pío X no era la Capital del mundo.

»Ese mismo día —proseguía el Cardenal—, otro Diplomático, hablando de la revuelta situación europea y de la gran guerra ya comenzada, dijo esto en mi presencia: "La última luz y la última esperanza de paz se ha apagado ahora que Pío X ha muerto, ya no hay más que tinieblas a nuestro alrededor"»[32].

El testamento: «¡es un santo!»

Desde el 30 de diciembre de 1909 Pío X tenía escrito su testamento.

En ese testamento, digno de un Papa de los primeros tiempos del cristianismo, decía:

«Nacido pobre, vivido pobre y seguro de morir pobrísimo... encomiendo a la generosidad de la Santa Sede mis tres hermanas, que siempre han vivido conmigo, para que las asigne *trescientas liras mensuales* [...]

»Ordeno que mi cadáver no sea manipulado ni embalsamado.

»Por eso, contra la costumbre, no podrá ser expuesto sino unas pocas horas y después enterrado en los subterráneos de San Pedro del Vaticano»[33].

* * *

Cuando dos días más tarde el pueblo de Roma conoció este testamento, se dio cuenta de que la santidad es un arcano esplendor de virtud, esencia de sacrificio, pureza de heroísmo; con un sentimiento unánime, exclamó: «¡Pío X es un Santo!». El mismo día, el corresponsal de «Le Temps», de París —Jean Carrère— telegrafiaba a su periódico:

«Este testamento, que pone muy de relieve el espíritu profundamente evangélico de Pío X, ha causado una enorme impresión, que se manifestó en la grandiosa manifestación en la Basílica del Vaticano, cuando Roma entera se arrodilló en torno al cadáver del Pontífice Santo, invocándolo en alta voz: «San Pío X, ruega por nosotros».

»En Roma, he visto otras veces ceremonias conmovedoras, pero nunca he visto un espectáculo tan grandioso e impresionante como el movimiento y el grito de esta inmensa muchedumbre que aclamaba, sin distinción de clases ni de partidos, a un Papa que acaba de morir. El pueblo, con su instinto, ya lo ha proclamado Santo»[34].

Un espectáculo conmovedor, que llevaba el pensamiento a la aurora de la era cristiana, cuando la voz unánime de los fieles, como expresando un veredicto infalible, era sancionada por el Pastor Supremo.

Vox populi, vox Dei. Pío X, por consenso unánime del pueblo, había ya entrado en la historia de la santidad, con todos los signos que hacían adivinar la predestinación a la gloria más excelsa: la de los altares.

En la paz de las Grutas Vaticanas

En el atardecer triste del 23 de agosto de 1914, el humilde y gran papa de Riese acompañado del llanto y de la admiración del mundo entero, descendía a las bóvedas graves y solemnes de las Grutas Vaticanas, en donde su piedad había pedido reposar, como si anhelara que la humildad fuese la aureola de su tumba y el olvido la apoteosis de su vida[35].

En aquel momento, un Monseñor del Vaticano, con tono de presagio afirmaba:

«Si bien Pío X ha muerto, vive en la memoria y en los fastos de la Iglesia y del Pontificado Romano. No dudo ni un momento que esta parte de las Grutas Vaticanas se convertirán en un santuario y meta de piadosas peregrinaciones en un tiempo no lejano. La Iglesia es fecunda en Santos. Dios sabrá glorificar ante la faz del mundo al Papa de la triple corona de la pobreza, de la humildad y de la mansedumbre»[36].

Profecía fácil, que tuvo pleno e inmediato cumplimiento cuanto las Grutas Vaticanas se transformaron en un templo, y la tumba de nuestro Santo se convirtió en un altar de gloria.

Muchedumbres de toda edad, clase, condición, como ante una misteriosa llamada, comenzaron a bajar a las silen-

ciosas sombras del hipogeo de la Basílica del Vaticano, para arrodillarse y rezar ante la tumba del Pontífice Santo. Y era tanta la afluencia de fieles, que no teniendo cabida en las grutas, una gran parte se arrodillaba en el pavimento de la Basílica, justamente en la parte que correspondía a la tumba del Papa Santo[37].

Cardenales y Obispos, Prelados y Sacerdotes empezaron inmediatamente a celebrar la Santa Misa en el pequeño altar junto a la tumba, y los fieles a acercarse a la Comunión, haciendo así más solemne y conmovedor el recuerdo del Pontífice Santo[38].

Y cada día una ininterrumpida afluencia de fieles en torno al Sepulcro del Papa Santo se hacía inacabable, aumentando hasta agigantarse.

Todos sentían que contaban con Pío X en las amarguras de la vida, que tenían un nuevo consolador y un nuevo Patrono en el cielo.

Espectáculo «humanamente inexplicable» —como decía un Eminentísimo Purpurado[39]—, destinado a no conocer, a no tolerar sombra, ni eclipse, pues era expresión de un sentimiento vivo y universal, y que iba a tener un espléndido epílogo en la gloria de los altares, decretada por la suprema voz de la Iglesia para el gran Papa de la *restauración de todas las cosas en Cristo.*

XV. LA GLORIFICACION
(1951-1954)

«El Señor te ha exaltado tanto, que tu nombre será repetido de generación en generación».

JUDIT, 13, 25.

La beatificación

Pio X había cerrado los ojos a la luz de aquí abajo rodeado de una fama de santidad plena, indiscutible, universal.

Después de años de estudios profundos, de cuidadosas investigaciones y de exámenes severísimos llevados con una elaboración lenta y segura en todas las fases, en todas las circunstancias y en todas las actitudes de su larga vida tan variada y compleja, el 3 de septiembre de 1950, la voz del Vicario de Cristo declaraba el «heroísmo» de sus altas y luminosas virtudes.

Pero, para que el Papa que había muerto con fama de Santo pudiese subir a la gloria de los altares, se necesitaba el sello de los milagros.

Este sello no faltó.

Era la señal de Dios, que confirmaba de manera inevitable la santidad de su grande y fidelísimo Siervo, el cual, durante once años, con fe heroica y no menos heroica constancia había llevado el peso tremendo de un Pontificado borrascoso, dirigido enteramente a la *restauración de todas las cosas en Cristo.*

La apoteosis del «Papa Santo», deseada por el mundo entero católico, ya se anunciaba segura.

* * *

En la mañana de 3 de junio de 1951, bajo las bóvedas imponentes del Templo consagrado el primer Vicario de Cristo, fulgurantes de luz y estremecidas por cantos, el Papa que se había sentado en el trono más excelso de la tierra, ceñido con la triple corona de la humildad, la fortaleza y la pobreza, subía hasta los primeros honores de los altares de Dios.

Por la tarde, el Sumo Pontífice Pío XII, desde lo alto de la escalinata de la Basílica, rodeado por el esplendor de la púrpura de Eminentísimos Príncipes de la Iglesia y de la impresionante multitud de más de doscientos Pastores, ante el cadáver intacto del Santo[1], en presencia de una espectacular muchedumbre que había acudido de todas las latitudes y de todos los climas, con voz de gloria, anunciaba al mundo católico el advenimiento faustísimo de la Beatificación del grande y Santo Papa, al cual él mismo había servido en su juventud sacerdotal, tan cargada de promesas.

Con toda la belleza de su mente preclara y con todo el fervor de un amor hondo, anunciaba:

«Ahora que el más minucioso examen ha escrutado a fondo todos los actos y las vicisitudes de su Pontificado, ahora que se conocen las consecuencias de esos acontecimientos, ya no es posible ninguna duda, ninguna reserva, Y se debe reconocer que incluso en las épocas más difíciles, más duras, más cargadas de responsabilidad, Pío X, asistido por el alma grande de su fidelísimo Secretario de Estado, el Cardenal Merry del Val, dio prueba de la prudencia iluminada, que nunca falta en los Santos, incluso cuando en sus aplicaciones se encuentre en oposición, dolorosa pero inevitable, con los engañosos postulados de la prudencia humana y meramente terrena.

»Una hora de gloria pasa sobre nosotros en este atardecer luminoso. Es una gloria que alcanza muy de cerca al Pontífice Romano, gloria que irradia por la Iglesia entera, gloria que rodea aquí cerca la tumba del humilde hijo del pueblo, que Dios ha elegido, ha enriquecido, ha exaltado.

»Pero sobre todo, es gloria de Dios, porque en Pío X se revela el misterio de la sabia y benigna Providencia, que asiste a la Iglesia y, a través de ella al mundo, en todo momento de la historia.

»Por medio de su persona y por medio de sus obras, Dios quiso que la Iglesia se preparase para nuevos y arduos deberes que los futuros tiempos tormentosos le reservaban. Preparar oportunamente una Iglesia concorde en la doctrina, fuerte en la disciplina, eficaz en sus Pastores; un laicado generoso, un pueblo instruido, una juventud santificada desde sus primeros años, una conciencia cristiana atenta hacia los problemas de la vida social. Si hoy la Iglesia de Dios, lejos de retroceder ante las fuerzas destructoras de los valores espirituales, sufre, combate y, por la virtud divina, avanza y redime, se debe en gran parte a la acción previsora y a la santidad de Pío X. Hoy se nos pone de manifiesto cómo todo su Pontificado fue dirigido desde lo alto, según un designio de amor y de redención, a preparar las almas para que pudieran hacer frente a las propias luchas, y para asegurar nuestras victorias futuras»[2].

Perdida entre la multitud de la gran Plaza de San Pedro, una humilde Clarisa italiana, Sor Benedetta de María, curada prodigiosamente el 27 de febrero de 1938, de un tumor maligno que la ciencia había declarado imposible de intervenir quirúrgicamente, con la absoluta imposibilidad de curación ni de conservar la vida, constituía el testimonio viviente del poder de intercesión del nuevo Beato[3].

Hacia la canonización

Todavía no se había apagado el eco de la jornada triunfal del 3 de junio de 1951, cuando ya Pío X, desde lo alto del cielo, respondía a la fe de los que suplicaban su intercesión cerca del trono de Dios con nuevos milagros, como si aún quisiera decir una vez más a los vacilantes y a los extraviados, lo que tantas veces había dicho durante su vida: «*Modicae fidei, quare dubistasti?*».

* * *

Entre los milagros con que la mano de Dios omnipotente otorgaba nuevos fulgores y nueva gloria al Beato Papa, reseñamos los que fueron propuestos para su Canonización.

1.— *Curación del abogado Francisco Balsani, de 69 años, domiciliado en Nápoles, Plaza de Santa María la Nueva, 12.*

Su enfermedad, cuyo diagnóstico era absceso canceroso en el pulmón derecho, con desenlace mortal a breve plazo, comenzó el 7 de julio de 1951 bajo el aspecto de un resfriado con fiebre oscilante entre los 38 y 39 grados.

Después de unos veinte días, como la fiebre continuase, fue llamado el doctor profesor De Simone, de la Universidad de Nápoles, el cual, después de diagosticar al enfermo una gripe, le recetó que sudase y unas inyecciones de penicilina. Pero este tratamiento no dio el resultado esperado.

A la fiebre persistente se añadió una tos obstinada, con ataques que duraban varias horas y, además, iba acompañada de un hipo muy peligroso para el corazón, que empezaba a resentirse por la violencia de la enfermedad que seguía inexorable su curso progresivo y la fiebre alcanzaba ya los 40 grados, como presagio de un colapso sin remedio.

El cuadro clínico se presentaba de una gravedad impresionante.

El profesor De Simone, comprobada la inutilidad de los remedios sugeridos por la ciencia, quiso consultar con dos colegas suyos; después de tres laboriosas consultas, tomaron el común acuerdo de intentar una intervención quirúrgica. Pero muy pronto, los tres profesores convinieron en que esto, dado la grave debilidad y la extremada postración del enfermo, no era posible.

En la noche del 23 de agosto, el pobre Balsani tuvo una crisis de fiebre, de tos y de ahogo tan violenta, que se sintió en inmediato peligro de morir; con un supremo arranque de fe se dirigió al Beato Pío X, del cual tenía una imagen en la mesilla de noche.

Y entonces vio una cosa maravillosa: vio sentado junto a su lecho al Beato, el cual dándole un golpecito con la mano, le dijo: «Mañana por la mañana estarás curado».

A primera hora de la mañana siguiente, Balsani estaba perfectamente sano.

«Estoy convencido —afirmaba más tarde, contando el hecho— de haber sido curado por un milagro atribuido a la intercesión del Beato Pío X»[4].

2.— *Curación de Sor María Luis; en el siglo Grazia Seorcia, de 33 años, Hija de la Caridad en el Hospital de la Feliciuzza, de Palermo.*

Era terrible la enfermedad que aquejaba, en diciembre de 1951, a esta Hermana: una meningo-encefalo-mielitis de virus neurotropo.

El 4 de enero de 1952 se encamó y muy pronto se presentaron los signos de la parálisis: cianosis en la mano derecha, rigidez en las piernas y vista nublada.

El profesor Vasile, del Instituto de Patología Médica de Palermo, le recetó punciones lumbares, pero no dieron el resultado que la enferma esperaba y que esperaba la ciencia.

El mal progresaba a ojos vistas y había ya atacado la columna vertebral.

Las Hermanas del Hospital comenzaron una novena invocando la intercesión del Beato Pío X, y después una segunda, y una tercera.

El 12 de febrero, las condiciones de Sor María eran graves, pero confiaba en el Beato, del cual tenía una imagen en la cabecera y otra en la mesilla de noche, ante la que ardía una mariposa.

El 14, después de noches de insomnio, consiguió dormir tranquilamente, y por la mañana del día 15 «sucedió algo nuevo y grande».

«Aquella mañana —testificaba ella misma el 18 de junio— estaba yo sola, en estado de sopor y de somnolencia, cuando de repente vi al Santísimo Sacramento, colocado sobre un armarito frente a mi cama, que irradiaba una luz vivísima a toda la habitación. Presa de una alegría que no puedo describir, habría querido levantarme, pero no me podía mover.

»En aquel momento vi una figura blanca —soñada ya otras veces—, que daba una vuelta a mi cama y oí una voz que me dijo: «*Levántate y camina*».

»No sé cómo me encontré en pie y vestida con mis hábitos y, como impulsada por una fuerza misteriosa, me dirigí a la Capilla, donde las Hermanas estaban asistiendo a la Santa Misa.

»Cualquiera puede imaginarse el asombro que causó mi presencia en todas las Hermanas; y el estupor aumentó todavía cuando dije que me encontraba muy bien y que estaba curada»[5].

«Estoy plenamente convencida —afirmaba después— de que mi completa curación instantánea es un milagro del Beato Pío X. Las hermanas comparten esta misma convicción»[6].

* * *

Médicos eminentes, de fama internacional, convocados por la Sagrada Congregación de Ritos para que pronunciaran su juicio acerca de estos hechos prodigiosos, después de un severísimo examen, sentenciaban:

Francisco Balsani, de Nápoles, sanó «instantáneamente, perfectamente y definitivamente de *manera extranatural*»[7].

La curación de Sor María Luisa Scorcia fue «*instantánea, completa,* definitiva: en una palabra, *milagrosa,* sin otra posible interpretación»[8].

El Sumo Pontífice gloriosamente reinante, con la plenitud de su autoridad apostólica, el 17 de enero de 1954 sancionaba la respuesta que la ciencia había dado a estos dos milagros[9].

El nombre del Papa de *la restauración de todas las cosas en Cristo* podía ya brillar en la gloriosa aureola de los Santos de Dios.

29 de Mayo de 1954

Ultima apoteosis terrena del Pontífice fuerte de la «*Pascendi*» y del dulcísimo Papa de la Eucaristía.

La Basílica de San Pedro presentaba el mismo espectáculo que en la gran jornada del 3 de junio de 1951, cuando el Papa Santo subía al coro glorioso de los Beatos.

En los labios del Vicario de Cristo, se oyen solemnes las palabras de la canonización.

Todos los corazones están como en suspenso por la fuerza de un encanto divino, y todas las miradas convergen hacia la urna dorada, que contiene el cuerpo del Papa.

Bajo la cúpula de Miguel Angel, entre nubes de incienso y temblores de cantos y de oraciones, pasa la blanca visión de Pío X coronado con una «segunda corona»: la corona de los Santos de Dios.

En ese momento, la voz poderosa de las campanas de Roma —voz triunfal de la tierra y voz eterna en el cielo— cantaba como un salmo de gloria:

Madre dei Santi, immagine
Della città superna,
Del sangue incorruttibile
Conservatrice eterna[10].

¡Gloria de tu Iglesia, oh Señor! De tu Iglesia que, segura de tu fuerza, desafía imperturbable los vientos y las tempestades, con la cabeza ceñida por los lauros inmortales de la victoria.

¡Gloria de tu Iglesia, oh Cristo-Dios!, contigo sufre, contigo combate y contigo reza, firme y segura apoyada en tu infalible promesa: «*Portae inferi non praevalebunt*»[11].

CAPITULO I

[1] Archiv. Parroq. de Riese 1826-18, p. 94, n. 32.— Cfr. también: *Proc. Ord. Trev.*, pp. 987-988.

[2] MARÍA Y LUCIA SARTO. *Ord. Rom.*, f. 28: *Ord. Trev.*, p. 403.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 563.— JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, pp. 362-363.— Cfr. también: G. MASSARO, *Ord. Trev.*, p. 843.— F. CARRARO, *ibid.*, p. 855.— MONS. A. PELLIZZARI, *ibid.*, p. 229.

Juan Bautista Sarto y Margarita Sanson tuvieron diez hijos: José nació el 29 de enero de 1834 (vivió seis días); nuestro Santo, el 2 de junio de 1835; Angel, el 26 de marzo de 1837; Teresa, el 26 de enero de 1839; Rosa, el 12 de febrero de 1841; Antonia, el 26 de enero de 1843; María el 26 de abril de 1846; Lucía, el 29 de mayo de 1848; Ana, el 4 de abril de 1850; Pedro Gaetano, el 30 de abril de 1852 (murió a los seis meses): Cfr. MONS. A. MARCHESAN, *Pío X*, c. I, pp. 24-25, Roma 1910.

[3] G. GUIDOLIN, *Ord. Trev.*, p. 849.— Cfr. también: P. CUCCAROLLO, *ibid*, p. 938.— A. PASTRO, *ibid*, p. 978.

[4] F. CARRARO, *Ord. Trev.*, p. 856.

[5] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 408.— MARÍA SACCARDO, *ibid.*, pp. 955-956.— G. GUIDOLIN, *ibid.*, p. 849.— F. CARRARO, *ibid.*, pp. 858-859.— A. PASTRO, *ibid.*, pp. 977-978.— P. CUCCAROLLO, *ibid.*, p. 938.— Cfr. También: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 615.

[6] ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 118; *Ord. Trev.* p. 404.— F. CARRARO, *Ord. Trev.*, p. 855.

[7] F. CARRARO, *Ord. Trev.*, pp. 858-859.— Cfr. también: A. PAROLIN, *ibid.*, p. 962.

[8] MARÍA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 29, 119: *Ord. Trev.*, p. 406. Cfr. también: MONS. A. PELIZZARI, *Ord. Trev.*, p. 230.— MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 181.

[9] ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 146.— F. CARRARO, *Ord. Trev.*, p. 858.— A. PASTRO, *ibid.*, p. 978.— P. CUCCAROLLO.*ibid.*, pp. 938-939.

[10] Testimonio de Margarita Sanson: Cfr. ANA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 118-119.— Testimonio de Mons. Ferretton, entonces capellán de Riese: Cfr. MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, p. 90. Cfr. también: LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p.

404.— ANA GIACOMMAZZI, *Ord. Trev.*, p. 890.— A. GIACOMELLI, *ibid.*, pp. 864-865.— P. CUCCAROLLO, ibid., pp. 938-939.— GENOVEVA CIROTTO, *ibid.*, p. 932.— A. PAROLIN, ibid., pp. 962-963.— A. PASTRO, *ibid.*, p. 978.

[11] G. GUIDOLIN, *Ord. Trev.*, p. 849.— F. CARRARO, *ibid.*, p. 858.— Cfr. también: ANGEL PAROLIN, *Ap. Trev.*, p. 227.

[12] MARIA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 30, 119. *Ord. Trev.*, pp. 404-406. Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 617.

[13] F. CARRARO, *Ord. Trev.*, p. 856.— G. GUIDOLIN, *ibid.*, p. 849.— P. CUCCAROLLO, *ibid.*, p. 938.— A. PASTRO, *ibid.*, p. 978.

[14] MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 505.

[15] Testimonio de Margarita Sanson: Cfr. ANA SARTO, *Ord. Trev.* f. 119.— Cfr. también: MARIA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 29: *Ord. Trev.*, p. 406.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 617.

[16] JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, p. 362.— ANA GIACOMAZZI, *Ord. Trev.*, p. 890.— ANGEL PAROLIN, *ibid.*, p. 962.— Cfr. también: MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 166.

[17] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, pp. 405-406.— A. PAROLIN, *ibid.*, p. 962.— MARIA SACCARDO, *ibid.*, p. 955.— MONS. L. PAROLIN, *ibid.*, p. 566.— JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, p. 372.

[18] Cod. ms. 1100 de la Biblioteca del Seminario de Padua.

[19] Testimonio del Santo: Cfr. MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 40. — Cfr. también: MARIA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 29, 119; *Ord. Trev.*, pp. 229-230.— F. CARRARO, *Ord. Trev.*, pp. 857-858.— G. GUIDOLIN, *ibid.*, p. 850.— P. CUCCAROLLO, *ibid.*, p. 939.— A. PAROLIN, *ibid.*, p.963.

[20] Testimonio del Santo: Cfr. MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 90.— Cfr. también: MARIA y ANA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 30, 119.— G. GIROTTO, *Ap. Trev.*, p. 293.— JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *ibid.*, p. 371.

[21] MONS. A. PELLIZZARI, *Ord. Trev.*, p. 230.— A. PASTRO, *ibid.*, p. 978.— Cfr. también: MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 29.— MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 505.

[22] MONS. A. PELLIZZARI, *Ord. Trev.*, p. 229.

[23] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 30.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN. *op. cit.*, c. II, p. 33.

[24] MONS. A. PELLIZZARI, *Ord. Trev.*, p. 230.— MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. II, pp. 47-48.

[25] SAC. L. TODESCO.— S. SERENA, *El Seminario de Padua*, c. XVI, p. 279. Padua, 1911.

[26] MONS. A. MARCHESAN, op. cit., c. III, pp. 56-58.

[27] Testimonio de Margarita Sanson: Cfr. MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 31.

[28] MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 58.

[29] Testimonio de Margarita Sanson: Cfr. GENOVEVA CIROTTO, *Ap. Trev.*, p. 293.

[30] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. III. pp. 60-64.— La fecha de ingreso del Santo en el Seminario de Padua nos la indica él mismo en una carta del 25 de noviembre de 1850, dirigida a un primo suyo en Venecia: «Te mando estas pocas líneas —así escribía— para que sepas que el día 13 de noviembre de 1850 he entrado en el Seminario de Padua y me encuentro bien». (Arch. G. PAROLIN de Riese).

[31] Testimonio del Sac. G. Grespan, condiscípulo del Santo: Cfr. MONS. E. BACCION, *Ap. Trev.*, pp. 93-94.— Cfr. también: MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 30.— MONS. A. PELLIZZARI, *ibid.*, p. 321.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 167.— MARIA SARTO, *ibid.*, f. 38.

[32] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. III, p. 65.

[33] *Status Clericorum ann.* 1850-1851: Biblioteca del Seminario de Padua.

[34] *Ibid.* En los ejercicios escolásticos otoñales de aquel primer año de estudio (1850-1851), leídos en el Seminario el 18 de diciembre siguiente, el seminarista Sarto destacaba «*ut decet diligentissimun scholae principem*» (*ibid.*).

[35] Testimonio del Santo: Cfr. MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 951; JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, p. 372 B.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 618.— MONS. L. PAROLIN, Ap. Trev., p. 544.— VICTORIA GOTTARDI-PAROLIN, *Ap. Trev.*, p. 655.— A. GIACOMELLI, *Ord. Trev.*, pp. 864-865.— AANA GIACOMAZZI, *ibid.*, p. 890.

[36] Testimonio de Margarita Sanson: Cfr. MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 39. Cfr. también ANA SARTO, *ibid.*, f. 120.

[37] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. III, p. 72.

[38] MARÍA y ANA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 30, 120.— ANGEL PAROLIN, *Ap. Trev.*, p. 229.

[39] JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, p. 372.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IV, pp. 78-79.

[40] Testimonio del Santo: Cfr. MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 288.

[41] «*In omnibus super coeteros eminet*» (Cfr. *Status Clericorum*, ann. 1853-1854: Biblioteca del Seminario de Padua).

[42] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IV, p. 89.— Por una carta del Rector del Seminario de Padua de fecha 10 de noviembre de 1854 sabemos que nuestro seminarista había querido frecuentar los cursos teológicos de la Regia Imperial Universidad de Padua, porque en ésta, con la Teología, se enseñaban las lenguas orientales, a cuyo estudio deseaba ardientemente entregarse de un modo particular.

Dada la extraordinaria superioridad de su ingenio, parece lógico pensar que este deseo de dedicarse al estudio de las lenguas orientales le habría nacido del deseo de conocer los Libros Santos en su texto original. Tanto más, teniendo en cuenta que él no debía ignorar que los Reglamentos del Seminario, promulgados en el año 1671 por el obispo B. Gregorio Barbarigo, habían recomendado el estudio de las lenguas hebraicas, siríaca y caldea, para que el alumno pudiera conocer los Libros de la Sagrada Escritura en la lengua en que fueron escritos. (Cfr. *Institutiones Seminarii Patavini*, 1795).

De todos modos es interesante constatar cómo el futuro Pío X, que 55 años más tarde debía fundar —como veremos— el famoso Instituto Bíblico de Roma (1909), donde tanta importancia tiene el estudio de las lenguas orientales, sintiese ya en la flor de su juventud la importancia del estudio de los Libros de las Sagradas Escrituras en el mismo texto inspirado por Dios.

[43] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 30.— MONS. A. PELLIZZARI, *ibid.*, p. 231.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, ff. 165-167.— MONS.G.B. PREVEDE-

LLO, *ibid.*, p. 128.— MONS. E. BECCEGATO, *ibid.*, p. 596.— Cfr. también: testimonio de Mons. P. Zamburlini, arzobispo de Udine y de Mons. A. Gazzetta, Canónigo de Padua, que fueron condiscípulos de nuestro Santo: Cfr. MONS G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 42. MONS. G.B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 632.

[44] Arch. de los Rectores del Seminario de Padua: Carpeta «Convittori II».

[45] Los dos primeros, los recibió el 22 de diciembre de 1885 (Cod. ms. 1100 de la Biblioteca del Seminario de Padua) los otros dos, el 6 de junio de 1857. (MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IV, p. 94).

[46] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IV. pp. 94-96.

[47] Cod. ms. 1100 de la Biblioteca del Seminario de Padua.

[48] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 39.— MONS. A. PELLIZZARI, *Ord. Trev.*, p. 231.— PROF. SAC. L. BAILO, *ibid.*, p. 491.— Cfr. También: ANTONIO PAROLIN, *ibid.*, p. 873.

[49] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 39.

[50] ID., *ibid.*, f. 40.

CAPITULO II

[1] MARIA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 41, 121; *Ord. Trev.*, p. 407.— Cfr. también: MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.*, p. 106.— S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 182-183.

[2] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c.p. 107.

[3] V. PIVATO, *Ord. Trev.*, p. 732.— JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI *Ap. Trev.*, páginas 373-374.

[4] S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, pp. 174-175.— A. RINALDI, *ibid.*, pp. 189-190.— LUCIA PONTAROLLO, *ibid.*, p. 218.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 732.— G. PILOTTO, *ibid.*, p. 743.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 718.

[5] MARIA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 42: *Ord. Trev.*, p. 408.— L. ANDRETTA, *ibid.*, pp. 718-719.— S. PILOTTO, *ibid.*, p. 176.— G. BEGHETTO, *ibid.*, p. 166.

[6] D. PILOTTO, *Ord. Trev.*, p. 180.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 726.— V. CECCATO, *ibid.*, página 213.— G. PILOTTO, *ibid.*, p. 750.— G. BEGHETTO, *ibid.*, p. 166.— Cfr. también: MARIA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 42, 121; *Ord. Trev.*, p. 408.

[7] V. CECCATO, *Ord. Trev.*, p. 213.— S. PILOTTO, *ibid.*, p. 181.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 193.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 722.— Cfr. también: LUCIA SARTO, *ibid.*, p. 417.

[8] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 417.— S. PILOTTO, *ibid.*, p. 181.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 213.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 722.— G. PILOTTO, *ibid.*, p. 750.

[9] Testimonio del mismo Don Constantini: Cfr. MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.* página 104.— Cfr. también: S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 178-179.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 724.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 732.

[10] G. PILOTTO, *Ord. Trev.*, pp. 744-745.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 725.— MONS. A. POZZI, *ibid.*, p. 118.— MONS. G. BOTTIO, *ibid.*, p. 390.— Cfr. también: MARIA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 41, 121: *Ord. Trev.*, p. 409.

[11] G. BEGHETO, *Ord. Trev.*, p. 166.— Cfr. también: L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 720.— LUCIA PONTAROLLO, *ibid.*, p. 218.— ANGEL PAROLIN, *Ap. Trev.*, pp. 177-178.— MONSEÑOR F. CAVALLIN, *ibid.*, p. 195.

[12] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V. p. 115.

[13] ID. *ibid.*, p. 113.— Cfr. también: LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, pp. 407-408.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 721.

[14] Siendo todavía seminarista, el Santo se había confeccionado una pequeña colección de Santos Padres, los cuales, junto con la Sagrada Escritura, eran el objeto más apreciado de sus estudios (MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IV, p. 95).

Pero sabemos que también estudiaba de manera particular la Suma de Santo Tomás y el Derecho Canónico.

Mons. G. Jeremich, Rector del Seminario Patriarcal de Venecia, evocando sus antiguos recuerdos de seminarista, aseguraba: «El Cardenal Sarto recordaba a menudo complacidamente a nuestros clérigos sus nueve años pasados en Tombolo, porque decía que durante ellos había tenido tiempo y había encontrado la manera de profundizar en el estudio de toda la Suma de Santo Tomás y de familiarizarse con las Decretales de Graciano, llevado en primer lugar por el deseo de predicar verdades sólidas y no palabras altisonantes, y en segundo lugar por su gusto personal por las disciplinas jurídicas que sirven para ver claro en la vida (Mem. mss.: Arch. Postul.).

[15] MARIA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 39-42; *Ord. Trev.*, pp. 407-408.— A. RINALDI, *Ord. Trev.*, p. 194.— S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 182-183.— L. ANDRETTA, *ibid.*, pp. 725-726.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V., p. 114.

[16] G. BEGHETO, *Ord. Trev.*, p. 168.— S. PILOTTO, *ibid.*, p. 183.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 194— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 721.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 737.— Cfr. también: LUCIA SARTO, *ibid.*, pp. 408-409.

[17] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 42.— G. BEGHETTO, *Ord. Trev.*, p. 166.— S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 176-177.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 190.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 213.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 733.

[18] MARIA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 41. *Ord. Trev.*, pp. 407-408. S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 177-179.— G. BEGHETTO, *ibid.*, pp. 165-166.— S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 177-179.— A. RINALDI, *ibid.*, pp. 191-192.— V. CECATTO, *ibid.*, p. 213.— LUCIA PONTAROLLO, *ibid.*, p. 219.— G. PILOTTO, *ibid.*, p. 744.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 722.— MONS. A. POZZI, *ibid.*, p. 105.

[19] LUCIA PONTAROLLO, *Ord. Trev.*, pp. 219-220.— Cfr. también: LUCIA SARTO, *ibid.*, pp. 407-408.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 213.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 192.— G. BEGHETTO, *ibid.*, p. 166.— S. PILOTTO, *ibid.*, p. 182.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 720.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 733.

[20] A. RINALDI, *Ord. Trev.*, pp. 190-191.

[21] S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, p. 179.

[22] L. ANDRETTA, *Ord. Trev.*, pp. 722-723.

[23] MARIA y AANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 41-42, 121.— S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, pp. 179, 183.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 215.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 725.

[24] A. POZZI, *Ord. Trev.*, p. 118.— A. RINALDI, *ibid.*, pp. 192-193.— Cfr. también: A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V. pp. 120-124.

El Obispo estimaba de tal manera la aptitud de don Sarto para iniciar

en los estudios clásicos a los muchachos que aspiraban el estado sacerdotal, que su deseo habría sido tenerlo en el Seminario para confiarle una cátedra elemental (Carta de Monseñor F. Zinelli, Obispo de Treviso, con fecha de 17 de noviembre de 1862, en el archivo de la Curia Episcopal).

[25] V. PIVATO, *Ord. Trev.*, p. 734.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 192.

[26] Testimonio de Filomena Costantini, sobrina de don Antonio Costantini, Párroco de Tombolo: Cfr. A. MARCHESAN, *op. cit.*, pp. 113-114.— Cfr. también: S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, pp. 581-582.— LUCIA PONTAROLLO, *ibid.*, pp. 219-220.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 733.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 720.— G. PILOTTO, *ibid.*, pp. 744-746.— MARIA y ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 42, 121.

El gran afecto que Don Sarto sentía hacia su Párroco se puso de manifiesto a la muerte de éste, acaecida el 30 de marzo de 1873. Don Sarto era entonces Párroco de Salzano. Avisado de que don Costantini estaba a punto de morir, acudió inmediatamente a Tombolo para saludarle por última vez. Mas al oír, entrando en el pueblo, la campana que anunciaba su fallecimiento, experimentó tal emoción que, con las lágrimas en los ojos, exclamó: «No he podido verlo vivo y no tengo valor para verlo muerto», y con el corazón roto regresó a Salzano (MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V, pp. 109-110.— Cfr. también: LUCIA PONTAROLLO, *Ord. Trev.*, pp. 218-219).

[27] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 417.— S. PILOTTO, *ibid.*, p. 181.— L. ANDRETTA, *ibid.*, pp. 722-723.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 213.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 736.— G. PILOTTO, *ibid.*, pp. 748-749.

[28] Testimonio de Margarita Sanson: Cfr. LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, pp. 405-406.

[29] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V., p. 114.

[30] V. CECCATO, *Ord. Trev.*, p. 213.— Cfr. también: LUCIA SARTO, *ibid.*, p. 418.

[31] LUCIA PONTAROLLO, *Ord. Trev.*, p. 221.

[32] G. BEGHETTO, *Ord. Trev.*, p. 168.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 719.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 194.— LUCIA PONTAROLLO, *ibid.*, p. 219.— V. PIVATO, *ibid.*, p. 737.— MARIA MARTINI, *ibid.*, p. 201.— Cfr. también: MONS. A. POZZI, *ibid.*, p. 106.— JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, pp. 374-375.— MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, p. 1245.— Cfr. también: MONS. A. POZZI, *ibid.*, p. 106.

[33] MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, p. 1245.

[34] S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, p. 175.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 276.— G. BEGHETTO, *ibid.*, p. 169.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 190.

[35] A. RINALDI, *Ord. Trev.*, 219.

[36] S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, p. 182.— V. CECATTO, *ibid.*, pp. 213-214.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 1239.

[37] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V, pp. 124-125.

[38] ID., *op. cit.*, p. 130.

[39] ID., *op. cit.*, c. VI, pp. 135-136.

[40] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 409.— S. PILOTTO, *ibid.*, pp. 175-176.— Cfr. también: MONS. A. POZZI, *ibid.*, pp. 106—107.— G. PILOTTO, *ibid.*, p. 751.— G. BEGHETTO, *ibid.*, p. 169.— A. RINALDI, *ibid.*, p. 190.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 213.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 726.

[41] S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, p. 176.

[42] MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.*, p. 103.

[43] A. RINALDI, *Ord. Trev.*, p. 195.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 721.— V. PIVA-

TO, *ibid.*, p. 735.— G. PILOTTO, *ibid.*, pp. 747-748.— Cfr. también: MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 43.

[44] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. V, p. 133.

CAPITULO III

[1] A. BAGAGLIO, *Ord. Trev.*, p. 343.— Cfr. también: A. BOTTACIN, *ibid.*, p. 317.— MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 48.

[2] MARIA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 48, 147: *Ord. Trev.*, p. 410.— A. BOTTACIN, *Ord. Trev.*, p. 318.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, p. 330.— L. BOSCHIN, *ibid.*, página 361.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 334-335.— Cfr. también: MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, p. 145.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 175.

[3] MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, p. 146.

[4] MONS. G.B. PREVEDELLO, *Ord. Trev.* p. 66.

[5] MARIA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f, 48; *Ord. Trev.*, p. 411.— L. BOSCHIN, *Ord. Trev.*, pp. 361-362.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 346-347.— A. PAROLIN, *ibid.*, p. 876.— A. BOTACCIN, *ibid.*, p. 319.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, pp. 332-333.

[6] MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, p. 1188.— MONS. E. BACCHION, *ibid.*, páginas 510-511.

[7] SAC. G. LUISE, Coadjutor del Santo, *Ord. Trev.*, p. 686.— L. BOSCHIN, *ibid.*, páginas 362-363.— LUCIA SARTO, *ibid.*, p. 410.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, p. 334.— A. BOTTACIN, *ibid.*, p. 318.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 344-346.— MONS. E. BACCHION, *ibid.*, p. 548.— MARIA y ANA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 48-50, 125.— Cfr. también: PROFESOR E. BACCHION, *Pío X*, c. II, pp. 63-64, Padova 1925.

[8] MARIA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 49-125: *Ord. Trev.*, p. 410.— MONSEÑOR G. PREVEDELLO, *Ord. Trev.*, p. 154.— A. BOTTACIN, *ibid.*, p. 318.— MONS. E. BACCHION, *ibid.*, pp. 508-514.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, p. 334.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 344-347.

[9] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 410.— Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, página 812.

[10] A. RAGAZZO, *Ord. Trev.*, p. 379.— MONS. E. BACCHION, *ibid.*, p. 96.— MONSEÑOR G.B. PREVEDELLO, *ibid.*, pp. 134-135.

[11] MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 151.— A. RAGAZZO, *ibid.*, p. 379.

[12] LUCIA SARTO, *ibid.*, p. 410.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, p. 330.— A. BOTTACIN, *ibid.*, página 315.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 342.— MONS. G.B. PREVEDELLO, *ibid.*, p. 130.— MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, p. 149.

[13] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VI, p. 145.— Cfr. también: A. BOTTACIN, *Ord. Trev.*, pp. 316-317.

[14] PROF. E. BACCHION, *op. cit.*, c. I, pp. 28-29.

[15] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 49.— LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 410.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 347.

Oí decir a los ancianos del pueblo que Don Sarto admitía a los niños a la Primera Comunión a una edad mucho menor de la acostumbrada y que quería que los niños frecuentaran la Comunión. (MONS. E. BACCHION, Ord. Trev., p. 509).

Los niños celebraban entonces su Primera Comunión entre los 10 y 14 años. Sin embargo, el Santo los admitía a ella entre los 8 y los 9 años (MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, folio 48).

[16] PROF. E. BACCHION, *op. cit.*, c. V., pp. 34-35.

[17] MARÍA, ANA y LUCÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 48, 126: *Ord. Trev.*, pp. 410-413.— L. BOSCHIN, *ibid.*, p. 360.— A. BOTTACIN, *ibid.*, pp. 317-318.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, p. 319.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 344-345.— SAC. G. LUISE, Capellán del Santo, *ibid.*, pp. 151-153.— Cfr. también: MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, pp. 151-153.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 173.

El israelita Mosé Vita-Jacur, de Padua, el cual poseía extensos campos en Salzano y una fábrica de seda que empleaba a cerca de 300 muchachas de la Parroquia, tenía tanta estima y veneración hacia Don Sarto, que no dudó en confiarle la educación de dos pequeñas sobrinas (PROF. E. BACCHION, *op. cit.*, c. II, pp. 64-65.— Cfr. también: MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 50.— MONS.G.B. PAROLIN, *ibid.*, f. 728). Y esa estima y veneración pasaron como herencia a la familia Jacur, la cual mantuvo siempre con nuestro Santo cordialísimas relaciones de inalterada amistad, incluso cuando fue elevado al Sumo Pontificado (Cfr. A. ALBERTI, *Leone Romanin-Jacur*, pp. 171-177, Roma 1930).

[18] L. BOTTACIN, *Ord. Terv.*, p. 315.— E. SCANFERLATO, *ibid.*, pp. 330-331.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 342.

[19] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 411.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 349.

[20] A. PAROLIN, *Ord. Trev.*, p. 966.— MONS. E. BECCEGATO, *ibid.*, p. 631.— MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, p. 101.

[21] ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 147: *Ord. Trev.*, p. 421.

[22] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 414.— L. BOSCHIN, *ibid.*, p. 370.— A. BOTTACIN, *ibid.*, pp. 320-321.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 347.— Cfr. también: MONS. G. PREVEDELLO, *ibid.*, p. 749.

[23] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 413.— L. BOSCHIN, *ibid.*, p. 366.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 352.

[24] Testimonio del Santo: Cfr. JOSEFINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, pp. 412-413. Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, p. 1245.

[25] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 50.— Cfr. también: A. BAGAGLIO, *Ord. Trev.*, página 349.

[26] A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 351.

[27] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 50.

[28] MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 167.

[29] L. BOSCHIN, *Ord. Trev.*, p. 368.

[30] GENOVEVA CIROTTO, *Ord. Trev.*, pp. 390-391.— P. CUCCAROLLO, *ibid.*, p. 939.— Cfr. también: MONS. BOTTIO, *ibid.*, pp. 394-395.

[31] E. SCANFERLATO, *Ord. Trev.*, p. 599.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 347.

[32] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VI, p. 156.

[33] ANA y LUCÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 147: *Ord. Trev.*, p. 421.

[34] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 419.— Cfr. también: Testimonio de Anto-

nia Sarto: MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, pp. 551-552.— L. BOSCHIN, *ibid.*, p. 366.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 349-350.— A. BOTTACIN, *ibid.*, p. 321.

[35] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 411.

[36] SAC. G. LUISE, *Ord. Trev.* p. 659.

[37] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 48-49.— L. BOSCHIN, *Ord. Trev.*, p. 371.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, p. 350.

[38] LUCIA SARTO, *Ord. Trev.*, pp. 410-411.

[39] ID., *Ibid.*— ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 122.

[40] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 52.— A. GIACOMELLI, *Ord. Trev.*, p. 865.— ISABEL MIOTTO-SARTO, *ibid.*, pp. 489-490.

[41] A. PAROLIN, *Ord. Trev.*, pp. 878-879. La tarde de aquel mismo día, desde Treviso, Don Sarto participaba a un primo suyo de Venecia su salida de Salzano:

«Esta mañana he partido definitivamente de Salzano. No te describo mi tristeza por la amarga separación después de una convivencia de ocho años. He salido de allí esta mañana dos horas antes de amanecer sin ver a nadie» (Carta del 16 de setiembre de 1875: *Archivo G. Parolin*, de Riese).

[42] L. BOSCHIN, *Ord. Trev.*, p. 364.— A. BAGAGLIO, *ibid.*, pp. 348-349.— A. RAGAZZO, *ibid.*, p. 381.

CAPITULO IV

[1] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VII, p. 186.

[2] MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, pp. 609-610.— MONS. G. TRABUCHELLI, *Ord. Trev.*, p. 997.— PROF. A. BOTTERO, *ibid.*, p. 773.

[3] MONS. E. BECCEGATO, *Ord. Trev.*, p. 606.— MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, p. 610.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VII, p. 188.

[4] SAC. G. SANTINON, *Ord. Trev.*, p. 449.— MONS. P. SETTIN, *ibid.*, p. 1047.— MONS. E. BECCEGATO, *ibid.*, p. 630.— MONS. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 174.

[5] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VII, p. 190.— SAC. L. FERRARI, *Pío X: Dalle mie memorie*, p. 37. Vicenza, 1922.

[6] MONS. P. SETTIN, *Ord. Trev.*, p. 1048.— MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, p. 610.

[7] MONS. P. TRABUCHELLI, *Ord. Trev.*, p. 998.

[8] MONS. G. SANTINON, *Ord. Trev.*, p. 449.

[9] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 42.— MONS. E. BECCEGATO, *Ord. Trev.*, p. 606.— MONS. A. ROMANELLO, *ibid.*, pp. 37-38, 88.— MONS. G. PREVEDELLO, *ibid.*, p. 135.— MONS. G. TRABUCHELLI, *ibid.*, p. 997.— MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, p. 609.

[10] MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, pp. 1251-1252.— A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, páginas 39-40.— SAC. G. SANTINON, *ibid.*, p. 451.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, folio 204.

[11] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 38.— MONS. E. BACCHION, *ibid.*, p. 529.— MONS. P. SETTIN, *ibid.*, p. 1048.— PROF. A. BOTTERO, *ibid.*, p. 773.— MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, p. 610.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 175.

[12] Era tanta la pasión de Mons. Sarto por la belleza de la Música Sacra que, como descanso de su trabajo cotidiano, en setiembre de 1882 intervino con una amplia representación de la Curia Episcopal de Treviso en el Congreso Internacional de Canto Litúrgico de Arezzo, con ocasión del centenario del famoso monje aretino Guido (*Archivo Curia Episc. de Arezzo*).

[13] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.* p. 38.

[14] ID., *ibid.*, p.92.

[15] SAC. L. FERRARI, *Pío X*, c. V. p. 44. S. Benigno Canavese, 1924.

[16] MONS. E. BECCEGATO, *Ord. Trev.*, p. 629.— MONS. A. ROMANELLO, *ibid.*, p. 85.

[17] MONS. G. MILANESE, *Cenni biografici di Pio X*, p. 11, Treviso 1903.

[18] MARÍA y ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 41-42, 121.— S. PILOTTO, *Ord. Trev.*, p. 183.— V. CECCATO, *ibid.*, p. 215.— L. ANDRETTA, *ibid.*, p. 725.

[19] MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 174.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VII, pp. 203-204.— SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 44.

[20] Testimonio de Mons. G. Bressan: Cfr. MONS. G.B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, p. 27.— Cfr. también: MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, pp. 25-27.

[21] ISABEL MIOTTO-SARTO, *Ord. Trev.*, p. 949.— Cfr. también: A. ROMANELLO, *ibid.*, p. 79.— MONS. A. PELLIZARI, *ibid.*, p. 239.— MAGDALENA BIASETTO, *ibid.*, pp. 251-252.— LUCÍA SARTO, *ibid.*, p. 414.— G.B. NOVELLI, *ibid*, pp. 1301-1303.— SAC. L. FERRARI, *Pío X*, c. V, pp. 43-44.

[22] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 29.

[23] Testimonio del Sac. G. Grespan, que fue condiscípulo del Santo en el Instituto de Castelfranco Veneto: Cfr. MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 306.

[24] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 27.

[25] ID., *ibid.*, pp. 25-26: Cfr. también: MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 459.— Cfr. también: Prof. A. BOTTERO, *Ord. Trev.*, p. 759.

[26] No se pueden leer sin un sentimiento de admiración y sin emocionarse las frases que, con fecha 3 de agosto de 1879, escribía a un primo suyo de Venecia, cuando más insistentemente corría la voz de que iba a ser nombrado obispo auxiliar de Treviso.

«Un poco de humo, querido primo, un poco de humo, al que ya sabes el poco caso que hago. Diles a todos que me siento suficientemente pequeño para no aspirar a ese oficio, porque mi experiencia de cuatro años de Curia me han hecho conocer las espinas, los peligros y las responsabilidades inherentes a dicho cargo, las cuales no se ven compensadas por la vanagloria de un Pectoral, porque todo se esfuma cuando se piensa con S. Felipe Neri: "Y después?... ¿y después?... después la muerte"» (Museo «Pío X» de Riese). Cfr. también: SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, pp. 1498-1499.

[27] MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 175.

[28] ID. *ibid.*

[29] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 44.— MONS. A. PELLIZZARI, *ibid.*, p. 234.— MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VII, pp. 212-214.

[30] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, pp. 216-217. Cfr. también: MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 175.

[31] Carta del 1º de diciembre 1879: Cfr. MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, *ibid.*, pp. 212-213.

[32] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, pp. 40-42.— MONS. E. BECCEGATO, *ibid.*, pp. 605-606.— PROF. A. BOTTERO, *ibid.*, pp. 780-781.— MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, pp. 144-145.

[33] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit., ibid.*, pp. 212-123.— Cfr. también: MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 79.

[34] MONS. A. PELLIZZARI, *ibid.*, p. 239.— MAGDALENA BIASETTO, *ibid.*, pp. 251-252.— LUCIA SARTO, *ibid.*, p. 414.— ISABEL MIOTTO-SARTO, *ibid.*, p. 949.— G.B. NOVELLI, *ibid.*, p. 1301-1303.

[35] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit., ibid.*, p. 215.— MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.*, pp. 118-119.— SAC. L. FERRARI, *ibid.*, p. 1494.

Tres días después, el «Berico» —diario católico de Vicenza— resumiendo el vigoroso discurso de Mons. Sarto, escribía:

«El clarísimo orador compendió, en el espacio de un discurso, tal y tanta sabiduría filosófica y teológica, que consiguió hacer un profundo comentario a la sapientísima encíclica *Aeterni Patris*, de León XIII, sobre el estudio de las obras de Santo Tomás de Aquino (4 de agosto de 1879), demostrando la evidente necesidad que tienen los sacerdotes de alcanzar la ciencia de Dios en la inagotable fuente del Doctor Angélico; cualquier palabra nuestra es impotente para expresarlo, y no nos queda más que hacer votos para que el doctísimo discurso sea publicado» (2 de mayo de 1880, n. 36, p. 2).

A las felicitaciones de bien merecida admiración que en aquellos días le llegaban de todas partes, Mons. Sarto, con su incomparable humildad, respondía: «¡No seáis así! Solamente he leído los índices de las obras de Sto. Tomás y he hecho con ellos un esquema» (MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.*, p. 119).

Pero no cabe ninguna duda de que Mons. Sarto conocía a fondo la Suma del Doctor de Aquino, como ya hemos dicho en el capítulo II.

[36] MONS. A. PELLIZZARI, *Ord. Trev.*, pp. 238-239.— MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 1240.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 204.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 703.

[37] MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.*, p. 111.— MONS. E. BECCEGATO, *ibid.*, p. 629.— G.B. NOVELLI, *ibid.*, pp. 1301-1303.— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *op. cit., ibid.*, pp. 215-216.

[38] SAC. L. FERRARI, *Pío X: De mis memorias*, p. 17.— Cfr. también: MONS. A. POZZI, *Ord. Trev.*, p. 11.

[39] SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, pp. 1496-1497.

[40] ID., *ibid.*— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Ron.*, p. 627.— Era tanto lo que el obispo, Mons. G. Callegari, estimaba a Mons. Sarto que, cuando en 1883 fue transferido a la diócesis de Padua, quiso llevarlo allí él mismo, pero encontró un obstáculo insuperable en la humildad del Santo. (Cfr. *Cartas del Card. G. Sarto, Patriarca de Venecia, al obispo de Padua, Mons. G. Callegari*, p. IX, Padua 1949).

[41] MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.* p. 46.

[42] SAC. L. FERRARI, *Pío X*, c. V. p. 40. S. Benigno Canavese, 1924.— Cfr. también: MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 41.— MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, p. 609.

[43] Testimonio del Prof. L. Olivi, de la Universidad de Modena: Cfr. SAC. L. BAILO, *Ord. Trev.*, p. 494.

[44] MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, pp. 1200-1201.— MONS. A. ROMANELLO, *ibid.*, páginas 46-47.— MONS. A. PELLIZZARI, *ibid.*, p. 235.— PROF. A. BOTTERO, *ibid.*, p. 786.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 176.— A. NOVELLI, *ibid.*, p. 1283.— SAC. L. FERRARI, *ibid.*, p. 1498.— SAC. G. LUISE, *ibid.*, p. 695.— MONS. R. PILOTTO, *Ap. Trev.*, p. 544.

[45] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, pp. 227-230.— MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, p. 568.— MONS. L. CHIODIN, *Ord. Venet.*, p. 404.— Cfr. *Cartas del Cardenal José Sarto al Obispo de Padua José Callegari*, pp. X-XI. Padua, 1949.

[46] *Cartas cit., ibid.*

[47] *San Lucas*, XIII, 33.

CAPITULO V

[1] SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 181.— SAC. A. GANDINI, *ibid.*, p. 209.— MONS. G. SCAINI, *ibid.*, p. 407.— Cfr. también: MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 233.

[2] Carta de 5 de marzo de 1885: Cfr. MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, p. 236.

[3] Primera Carta Pastoral de 18 marzo 1885.

[4] Relación del Santo sobre el estado de la Diócesis a León XIII con fecha 8 de agosto 1885: *Proc. Ord. Rom.*, f. 728 bis I-II.

[5] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, p. 249.

[6] Carta de 24 de julio de 1885 a don G. Bressan, de Treviso (MONS. G. BRESSAN, *Memorias, mss.— Cfr. también:* MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, p. 442.— SAC. G.B. VIANELLO, *ibid.*, p. 531.

[7] Carta Pastoral, n. 264.

[8] MONS. A. BESUTTI, *Ord. Mant.*, p. 205.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1351.— MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 969.

[9] MONS. A. BONI, *Ord. Mant.*, p. 231.— MONS. A. TRAZZI, *ibid.*, p. 193.— SAC. C. PEDRINI, *ibid.*, p. 67.— MONS. G. SARTORI, *ibid.*, p. 66.

[10] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 969.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 237.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1344.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 67.— MONS. A. TRAZZI, *ibid.*, p. 194.— Cfr. también: F. ZELADA-CASTELLI, *Ord. Mant.*, pp. 161-162.— SAC. V. BINI, *Ap. Mant.*, p. 257.— SAC. E. MAMBRINI, *ibid.*, p. 288.

[11] MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1344-1345.— MONS. A. BONI, *Ord. Mant.*, página 232.— MONS. A. BESUTTI, *ibid.*, p. 205.— Cfr. también: Carta del Santo a don G.B. Rosa. Rector del Seminario, con fecha 29 de noviembre de 1894.

[12] MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1417.

[13] SAC. D. BALZO, *Supplem. Ord. Mant.* PP. 52-53.— SAC. A. PESENTI, *Ord. Mant.*, p. 177.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1424-1425.— Cfr. también: «*Il Cittadino di Mantova*»: 8 agosto 1903.

[14] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 46.— MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*,

folios 968-969.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1343-1344, 1362.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 67.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, pp. 148-149.— A. GANDINI, *Ap. Mant.*, p. 183.— A. RESTANI, *ibid.*, p. 387.

[15] Carta Pastoral n. 408.

[16] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 970.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, páginas 73-74.— SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 75.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, p. 155.— SACERDOTE G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 22.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1403.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 634.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, pp. 56-58.

[17] SAC. C. PEDRINI, *Ord. Mant.*, p. 52.— MONS. G. SARTORI, *Ibid.*, p. 80.— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, ff. 640-641.— SAC. E. MAMBRINI, *Ap. Mant.*, p. 293.

[18] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 60.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1409.— MONS. A. BESUTTI, *Ord. Mant.*, p. 205.— SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 175.— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 634.

[19] SAC. E. MAMBRINI, *Ap. Mant.*, p. 291.

[20] Carta n. 584.— Cfr. también: *Synod. Dioec. Mant.*, c. IV, pp. 13-15.

[21] Carta Pastoral n. 501.

[22] SAC. A. MAMBRINI, *Ap. Mant.*, p. 291.

[23] Testimonio del Santo: Cfr. MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, p. 111.— Cfr. también. MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 73.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, p. 152.— MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 259.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1362.

[24] MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, ff. 242-243.— Cfr. también: MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1363.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 74.— MONS. A. TRAZZI, *ibid.*, p. 96.— SEÑOR MODESTO DE LA INMACULADA, *ibid.*, p. 93.— Cfr. también: Carta pastoral de 12 de octubre de 1885, n. 584.

Mons. Sarto comprendiendo la suma importancia de la enseñanza del Catecismo, había lamentado siempre la multiplicidad de textos, no todos claros y precisos y habría querido disponer de un *texto único*, fácil y popular. Por ello, cuando en el otoño de 1899 se inauguró en Piacenza el I Congreso Catequístico Nacional, no dejó de colaborar en él con su voto y con la propuesta de un *texto único de Catecismo.*

Eran tan convincentes las razones que aducía, y tan atinadas sus observaciones, que el Congreso decidió hacer propia la propuesta del Obispo de Mantua y presentarla al Santo Padre (Cfr. *Actos y Documentos del I Congreso Catequístico celebrado en Piacenza del 24 al 26 de septiembre de 1899*, pp. 67-69; 281-284. Piacenza, 1890).

[25] Ya seminarista en Padua, era tanta la pasión que demostraba por el estudio de la música sacra, que los Superiores le confiaron la dirección de la Capilla Musical del Seminario (MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IV, p. 96.— Cfr. también: MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, ff. 164-165).

[26] Arch. Musical del Seminario de Mantua.

[27] SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 219.— SAC. A. GANDINI, *ibid.*, p. 154.— SAC. E. MANBRINI, *ibid.*, p. 293.

[28] Cfr. *Synod. Dioec. Mant.*, c. XXXI, pp. 100-101.

[29] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, p. 286.

[30] Cfr. *Cartas del Card. Sarto, Patriarca de Venecia, a Mons. G. Callegari, Obispo de Padua*, pp. 38-39, Padua 1949.

[31] Arch. Ing. Sartor, sobrino segundo de Pío X. El maestro L. Perosi, que debía alcanzar fama mundial, se encontró por primera vez con el Emmo. Sarto en Mantua dos meses antes: el 25 de julio de 1894, cuando acababa de ser nombrado Maestro de la Capilla Musical de la Basílica de San Marcos de Venecia. El futuro Pío X intuyó en seguida su genio y desde aquel momento lo tuvo como apasionado colaborador en la reforma de la música sacra, tanto en Venecia como en Roma (Testimonio de Monseñor L. Perosi con fecha 4 de agosto de 1904).— Cfr. también: MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, pp. 285-286.

[32] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1025.— G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 85.— SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 175.— MONS. A. TRAZZI, *ibid.*, p. 199.— MONS. A. BESUTTI, *ibid.*, p. 210.— Cfr. también: SAC. G. SANTINON, *Ord. Trev.*, p. 482.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, F. 713.

[33] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, p. 276.

[34] Ver Cap. VIII.

[35] Cfr. Cartas Pastorales del 19 de agosto de 1886, n. 640; del 1.º de diciembre de 1887; del 31 de enero de 1888, n. 61: del 1892, n. 434; del 5 de septiembre de 1894.

[36] Carta Pastoral n. 160.

[37] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 58.— MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 238.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1355.— MONS. A. TRAZZI, *Ord. Mant.*, pp. 195-196.— MONS. E. MARTINI, *ibid.*, p. 153.— MONS. G. SARTORI, *ibid.*, p. 74.— SAC. C. PEDRINI, *ibid.*, p.55.

[38] Cfr. Constituciones ab Ilmo et Revmo DD. Iosepho Sarto Sanctae Mantuane Ecclesiae Episcopo promulgatae in Synodo Diocesana diebus X, XI, XII, mensis Septembris anno 1888 habita. Mantuae, 1888.— Cfr. también: G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 74.— MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, pp. 256-258.

[39] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, p. 260.

[40] Ver Cap. V.

[41] Carta Pastoral n. 501.

[42] Cfr. *Documentos y actas del I Congreso Católico Italiano de Venecia* (12-16 de junio de 1874), part. II, pp. 95-115. Bolonia, 1875.

[43] Cfr. *Actas del II Congreso Católico Italiano de Florencia* (22-26 de septiembre de 1875), pp. 116-117, Bolonia, 1875.

[44] Es conocida la gran participación de Mons. Sarto en la fundación de la Unión Católica Italiana de Estudios Sociales, surgida bajo sus auspicios en Padua el 29 de diciembre de 1889 por obra de Mons. G. Gallegari, Obispo de aquella Diócesis, del ilustre Prof. G. Tonilo, profesor de la Universidad de Pisa y del conde Medolago Albani de Bérgamo (Cfr. *Actas y Documentos del II Congreso Católico Italiano de los estudiosos de Ciencias Sociales* (26-28 de agosto de 1896, pp. 26-28, Padua, 1897).

[45] MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, pp. 80-81.— SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 174.— SAC. A. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 200.— SAC. V. BINI, *ibid.*, p. 268.

[46] SAN JUAN, XVII, 19.

[47] Cfr. *Tit.* II, p. 7-8.

[48] *Actas y Documentos del VIII Congreso Católico Italiano* (21-23 de octubre de 1890), part. I, pp. 87-88. Bolonia, 1890.

[49] *Ibid.*, p. 93.— «El discurso del Obispo de Mantua despertó tal aten-

ción y tuvo tanto eco que el Comité Permanente dispuso su impresión, y lo remitió en homenaje a todos los obispos de Italia, que respondieron con palabras de aprobación y promesas de apoyo». (DOCT. A. VIAN, *Juan Bautista Paganuzzi*, c. IV, p. 107. Roma, 1950).

[50] *Actas y Documentos del IX Congreso Católico Italiano de Vicenza* (14-17 de septiembre de 1891), v. I, p. 164. Bolonia, 1891.— «La palabra de Mons. el Obispo de Mantua, escuchada con religiosa y profunda atención, fue coronada por vivísimos y prolongados aplausos» (*ibid*).

[51] MONS. A. BESUTTI, *Ord. Mant.*, p. 206.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *ibid.*, p. 255; *Ap. Mant.*, p. 219.— SAC. E. MAMBRINI, *Ap. Mant.*, p. 291.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, página 210.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 79.— SR. MODESTO DE LA INMACULADA, *ibid.*, p. 95.— SAC. G. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, p. 52.

[52] Cfr. ACTA PII X, v. II, p. 250. ACTA AP. SEDIS, an. II, p. 577.

[53] MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 70.

[54] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, pp. 244-248.— Cfr. también: MONSEÑOR G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 53.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1364-1367.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 75.— SAC. A. SCALORI, *ibid.*, p. 128.— SAC. C. PEDRINI, *ibid.*, p. 55.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 667.

[55] MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, pp. 69-70.

[56] SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 174.— SAC. V. SCALORI, *ibid.*, p. 129.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1400.— MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f, 239.

[57] Carta al Clero, de 5 de septiembre de 1894.— Cfr. también: Carta al Clero, de 18 de marzo de 1885, 29 de julio de 1886, n. 649; de 28 de julio de 1887; de 25 de agosto de 1894, n. 536. Cfr. también: MONS. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 972.— SAC. E. MARTINI, *Ord. Mant.*, p. 152.

[58] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 59.— SAC. A. ANGELINI, *Ord. Mant.*, p. 118.— SAC. V. SCAROLI, *ibid.*, p. 127.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, p. 151.— MONS. A. BONI, *ibid.*, p. 234.— MONS. V. BINI, Suplem. Ord. Mant., p. 16.— SAC. D. BALZO, *ibid.*, pp. 50-51.— MONS. TRAZZI, Ord. Mant., p. 118.— MONS. A. BESUTTI, *ibid.*, p. 206.— SAC. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, página 210.

[59] MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1408-1409.— MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, folio 1023.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ord. Mant.*, p. 221.— Cfr. también: Testimonio del Sac. F. Nolli, Párroco de Quistello (Mantua): DOCT. L. PICCHINI, *Ap. Ven.*, página 833.

[60] MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 75.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, p. 154.— MONSEÑOR A. BESUTTI, *ibid.*, p. 207.— Cfr. también: PROF. A. BOTTERO, *Ord. Trev.*, páginas 818-819.

[61] MONS. A. BESUTTI, *Ord. Mant.*, p. 204.— Cfr. también: SAC. D. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, p. 49.— SAC. A. RESTANI, *Ap. Mant.*, p. 387.

[62] SAC. A. ANGELINI, *Ord. Mant.*, p. 118.— SAC. V. SCALORI, *ibid.*, p. 127.— SAC. E. MARTINI, *ibid.*, p. 151.— MONS. A. BONI, *ibid.*, p. 234.— SAC. V. BINI, *Supplem. Ord. Mant.*, p. 16.— SAC. D. BALZO, *ibid.*, pp. 50-51.

[63] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 45.— MONS. G. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 240.— SAC. A. PESENTI, *Ord. Mant.*, p. 176.— Cfr. también: SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, pp. 1506-1507.— CONTE M. PASSI, *ibid.*, p. 264-265.

[64] MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1355.— Cfr. también: SAC. A. CAVIOCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 210.— MONS. V. BINI, *ibid.*, p. 259.— MONS. A. TRAZZI. *Ord. Mant.*, p. 118.— MONS. A. BESUTTI, *ibid.*, p. 206.

[65] MOND. G. B. ROSA. *Ord. Rom.*, f. 1035.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, ff. 271-272.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1422-1423.— SAC. A. GANDINI, *Ap. Mant.*, páginas 190-194.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, pp. 75-83.— SAC. A. ANGELINI, *ibid.*, p. 118.— SAC. A. RESTANI, *ibid.*, p. 256.

[66] SAC. D. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, p. 61.

[67] SR. MODESTO DE LA INMACULADA, *Ord. Mant.*, p. 600.— MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1032.— Cfr. también: MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1418-1419.

[68] MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 634.— SAC. E. MARTINI, *Ord. Mant.*, p. 155.— Cfr. también: MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1403.— SAC. D. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, p. 58.

[69] MONS. A. TRAZZI, *Ord. Mant.*, p. 198.

[70] MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1040.

[71] MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 73.— MONS. A. TRAZZI, *ibid.*, p. 195.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1403.— MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, ff. 236-239.

[72] SAC. A. GANDINI, *Ap. Mant.*, p. 200.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1364.— SAC. E. MARTINI, *Ord. Mant.*, p. 156.

[73] Carta al Clero del 19 de agosto de 1887, n. 563.— Entre las relaciones presentadas al I Congreso Católico Italiano de Estudiosos de Ciencias Sociales, celebrado en Génova el mes de octubre de 1892, hallamos una, en la cual, con referencia al Brasil —la tierra a que se dirigían con preferencia los emigrantes italianos—, se repiten al pie de la letra las observaciones y las recomendaciones de Mons. Sarto. Prueba evidente de que la Carta del 19 de agosto de 1887 del Obispo de los mantuanos, no se había convertido en letra muerta, sino que podía servir de orientación segura a cuantos se interesaban por un problema social que importaba tanto a la Iglesia como a la Patria (Cfr. *Actas del I Congreso Católico Italiano de los Estudiosos de Ciencias Sociales*, p. 206. Padua, 1897).

[74] Así declaraban en los Procesos los testimonios mantuanos.

[75] SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 47.

[76] SAC. C. PEDRINI, *Ord. Mant.*, p. 59.— MONS. G. SARTORI, *ibid.*, p. 83.— SAC. E. MAMBRINI, *ibid.*, p. 151.— SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 174.— SAC. D. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, p. 61.— Cfr. también: SAC. G. SANTINON, *Ord. Trev.*, páginas 479-480.

[77] MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 803.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 243.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 713.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ord. Mant.*, p. 221.— SAC. D. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, p. 51.

[78] SAC. E. MARTINI, *Ord. Mant.*, p. 156.— Cfr. también: SAC. C. PEDRINI, *Ord. Mant.*, p. 60.— MONS. G. SARTORI, *ibid.*, p. 83.— MONS. A. BONI, *ibid.*, p. 234.— MONS. G. SCAINI, *Ap. Mant.*, p. 409.— MONS. V. BINI, *ibid.*, p. 278.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1.454.— MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1.057.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 269.

[79] SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 41.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1425-1426.— Cfr. también: Carta del 20 de marzo de 1889 a Mons. G. Callegari, Obispo de Padua (Cod. 1100 de la Biblioteca del Seminario de Padua).

[80] MONS. A. TRAZZI, *ibid.*, p. 198.

[81] MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1416.— ID. *ibid.*, p. 1435.— SAC. E. MARTINI, *Ord. Mant.*, p. 155.

[82] MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1038.

[83] S. MATT, XXV, pp. 35-36.

[84] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 101.

[85] ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 148.— SR. MODESTO DE LA INMACULADA, *Ord. Mant.*, página 100.— A. GREGORI, *ibid.*, p. 109.— SAC. A. PESENTI, *ibid.*, p. 178.— MONSEÑOR A. BESUTTI, *ibid.*, p. 209.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 220.

[86] MONS. A. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 75.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *ibid.*, p. 219.— JOSEFINA PAROLIN, *Ap. Trev.*, p. 387.— MONS. G. SCAINI, *Ap. Mant.*, p. 414.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 81.— SAC. D. BALZO, *Suplem. Ord. Mant.*, pp. 64-65.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, páginas 226-227.— Cfr. también JOSEFINA PAROLÍN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, p. 410.

[87] MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1415-1416.— MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, folio 1032.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 148.

[88] ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 132.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1415.

[89] MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 978.

[90] SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 38; *Ord. Trev.*, pp. 1499-1500.— Cfr. también: MONS. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 65.— SAC. A. ANGELINI, *ibid.*, p. 119.— FEDRA ZELADA-CASTELLI, *ibid.*, p. 165.— SAC. G. SANTINON, *Ord. Trev.*, p. 458.

[91] COND. A. MAGNAGUTTI, *Ap. Mant.*, pp. 172-173.— MONS. G. SARTORI, *Ord., Mant.*, p. 86.— A. GREGORI, *ibid.*, p. 107.— SAC. SCALORI, *ibid.*, p. 126.— MONSEÑOR A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1437.— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, folio 664.— SAC. E. MAMBRINI, *Ap. Mant.*, p. 299.— SAC. A. RESTANI, *ibid.*, p. 386.

[92] MARIA y ANA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 58, 128.— A. GREGORI, *Ord. Mant.*, p. 108.— MONS. G. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 236.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1338-1339.— SAC. G. SANTINON, *ibid.*, p. 457.

[93] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 74.— MONS. A. BESUTTI, *Ord. Mant.*, p. 178.

[94] MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 633.— MONS. G. B. ROSA, *ibid.*, f. 1024.

[95] Testimonio mss. de Mons. A. Boni: Arch. Postulaz. Cfr. también: MONSEÑOR A. BESUTTI, *Ord. Mant.*, p. 204.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1339.— A. GANDINI, *Ap. Mant.*, p. 200.

[96] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 93.— MONS. G. B. ROSA, *Ord. Roma.*, folio, 1024.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 633.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 236.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 225.

[97] Carta Pastoral de 15 de noviembre de 1886.

[98] MONS. G. BRESSAN, *Memorias mss.:* Arch. Postulac.— Cfr. también: MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 100.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 153.— MONS. G. B. ROSA, *ibid.*, folio 1036.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 373.— MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 85.

[99] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 59.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, pp. 634-635.

[100] SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 225.— SR. MODESTO DE LA INMACULADA, *Ord. Mant.*, p. 101.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 713.

[101] SAC. V. BINI, *Ap. Mant.*, p. 253.

[102] MONS. G. BRESSAN, *Memorias mss.*— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, pp. 1408-1409.— MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1032.— SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ord. Mant.*, página 217.

[103] MONS. A. MARCHESAND, *op. cit.*, p. 290.

[104] Carta del 4 de junio de 1893: Cfr.: *Cartas del Cardenal Sarto, Patriarca de Venecia, al Obispo de Padua G. Callegari*, p. 2. Padua, 1949.

[105] A una carta de Mons. Callegari que le preguntaba si estaba dispuesto a aceptar el Patriarcado de Venecia, rogándole que respondiese enseguida, porque tenía que informar a la Santa Sede, Sarto respondía con el siguiente telegrama: *¡Lo único que me faltaba! Cartas citadas*, p. XIX.— Cfr. también: MONS. G. B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 975.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1453.— MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 62-63.

[106] *Cartas citadas*, p. 1.

[107] Carta del 23 de mayo de 1893.— Cfr. también: *Cartas citadas*, p. 2.— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 646.

[108] Carta del 17 de junio de 1893.— Cfr. también: *Cartas citadas*, p. 3.

[109] LEONIS XIII ACTA, v. XIII, p. 173. Roma, 1894.— Cfr. también; MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IX, p. 297.

[110] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, pp. 60-61.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, folio 647.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1367.

[111] *Carta citada*, p. 4.— Cfr. también: SR. MODESTO DE LA INMACULADA, *Ord. Mant.*, pág. 94.

[112] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IX, pp. 294-295, 301-306.— Cfr. también: SAC. A. GANDINI, *Ap. Mant.*, p. 191.— SAC. A. MONDINI, *ibid.*, p. 240.

[113] El célebre P. Bernardino de Portogruaro, Ministro General de la Orden de Menores, cuya causa de beatificación está hoy introducida, cuando oyó que Mons. Sarto había sido creado Cardenal y preconizado Patriarca de Venecia, no dudó en escribir a una distinguida familia veneciana: «*Recibidlo con honor, porque será nuestro futuro Papa*» (P. I. BESCHIN, de los Menores, *Vita del Servo di Dio G. Bernardino da Portogruaro, Min. Gen. dei Frati Minori e Arcivesc. Tit. di Sardica*, v. II, c. XII, p. 503, Treviso 1927).

[114] M. SCADUTO, S. I., *Episodi della politica eclesiastica di Crispi:* Cfr. «*La Civiltà Cattolica*» di Roma, an. 1495, v. IV, p. 20.— Cfr. también: *Lettere del Card. Sarto, Patriarca di Venezia, a Mons. G. Callegari, Vescovo di Padova*, pp. 10-12, Padova, 1949.

[115] MONS. G.B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 706.— DTT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 439.— MONS. G. JEREMICH, ibid., p. 129.— SAC. A. FROLLO, *ibid.*, p. 600.

[116] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. IX, pp. 321-322.— Carta del Card. Sarto a Mons. G. Callegari, obispo de Padua, con fecha 8 de octubre de 1894 (*Cartas citadas*, pp. 18-19).

[117] DOCT. A. VIAN, *Una pagina della vita di Pio X:* Cfr. *L'Osservatore Romano*, 6-IX-1944.

CAPITULO VI

[1] *La Difesa* de Venecia, 24/25-XI-1904.

[2] MONS. A. MARCHESAN. Testimonio ocular de la triunfal entrada del Emmo. Sarto. en Venecia, *op. cit.*, c. X, p. 337.

[3] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, pp. 343-344.

[4] Carta Pastoral de 5-IX-1894.

[5] IDEM.

[6] El último Patriarca, el Cardenal Domingo Agostini, había muerto el 31 de diciembre de 1891 y el Emmo. Sarto —como hemos dicho— entró en Venecia el 24 de noviembre de 1894.

[7] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 86.— SAC. R. SAMBO, *Ord. Ven.*, p. 692.— SAC. C. VALLÉE, *ibid.*, p. 437.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 944.— COND. M. PASSI, *Ord. Trev.*, pp. 294-295.— MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 824.

[8] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 108.— DAC. R. SAMBO, *ibid.*, p. 706.— ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 151.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 703.

[9] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 821.— MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 85.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 100.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1458.

[10] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 308.

[11] *Tract. 29 in Joann.*

[12] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, pp. 98-99: *Ord. Ven.*, pp. 75-77.— MONSEÑOR F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 361.— MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 830: *Ord. Rom.*, ff. 309-315.— MONS. L. CHIODIN, *Ord. Ven.*, p. 245.— SAC. G. VALLÉE, *ibid.*, p. 435.— DOCTOR A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1026.

[13] MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, p. 1456.— SAC. R. SAMBO, *Ord. Ven.*, p. 693.— MARIA PIA PAGANUZZI, *ibid.*, p. 1367.

[14] MONS. G. MENEGAZZI, *Ap. Ven.*, p. 302.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 379.— MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 77.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 159.— MONSEÑOR L. CHIODIN, *ibid.*, p. 245.— SAC. R. SAMBO, *ibid.*, p. 694.— Doctor A. VIAN, *ibid.*, página 952.— G. SPADARI, *ibid.*, p. 1103.

[15] MONS. F. PANTALEO, *Ord. Ven.*, p. 149.

[16] MONS. F. SILVESTRINI, *Ord. Ven.*, 1456.

[17] SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, p. 850.— Cfr. también: MONS. G. JEREMICH, *ibid.*, p. 535.

[18] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 77.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 361.

[19] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 142.; *Ord. Ven.*, p. 43.— MONS. C. MENEGAZZI, *Ap. Ven.*, p. 221.— SAC. G. B. VIANELLO, *ibid.*, p. 535.— SAC. G. VALLÉE, *Ord. Ven.*, p. 434.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1456.— MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *ibid.*, página 1492.

[20] MONS. F. SILVESTRINI, *Ord. Ven.*, p. 1456.

[21] *I Cor* XIII, 1.

[22] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 823.— MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, pp. 157-158.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1456.— MONS. G. CISCO, *ibid.*, pp. 1613-1614.

[23] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, pp. 90-92.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 360.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, pp. 448-449.— Sac. S. ZANON, *ibid.*, pp. 590-591.

[24] Cfr. *Ord. Ven.*, pp. 1044-1056.

[25] En la reforma de los estudios, el Cardenal Sarto estaba plenamente convencido de que los sacerdotes, más que en tiempos anteriores, debían tener un sólido conocimiento del derecho canónico. Por eso, en 1902 obtuvo de León XIII la facultad de poder instituir una cátedra jurídico-canónica con derecho a conferir grados académicos. Así el seminario de Venecia tuvo la prerrogativa de otorgar títulos en Derecho Canónico a los

sacerdotes de varias diócesis, especialmente de Italia del Norte. (MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 534.— Cfr. también MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, p. 385).

[26] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 95-96.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 360.— MONS. G. B. VIANELLO, *ibid.*, p. 534.— P. F. S. ZANON, *ibid.*, p. 501.— MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, p. 158.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1455.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 310.

[27] SAC. P. MAGRI, *Ord. Ven.*, pp. 772-773.

[28] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 97.

[29] MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, pp. 395-396.

[30] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 69.

[31] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 71-72.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 158.— MONS. L. CHIODIN, *ibid.*, pp. 243-244.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, 1455.— MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *ibid.*, p. 1492.— MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 360.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 311.

[32] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, P. 89.— MONS. F. PETICH., *ibid.*, p. 357.— MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, p. 159.— SAC. R. SAMBO, *ibid.*, p. 1456.— MONSEÑOR G. CISCO, *ibid.*, p. 1574.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 308.

[33] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 137.

[34] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 326.— Cfr. también: *Synod. Dioec. Ven, anno 1898 celebrata ab Emmo Card. J. Sarto, Venetiarum Patriarcha*, p. 194: Append, X, página 41.— MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, p. 366.

[35] *1 Pdr* II, 9; cfr. MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, pp. 473-474.— SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, p. 1509.

[36] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 85.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 321.

[37] MONS. G. CISCO, *Ord. Ven.*, p. 1572.— SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, p. 854.— MONS. G. B. VIANELLO, *ibid.*, p. 534.

[38] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 72-73.— Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 313.

[39] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, pp. 170-171.— MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 383.— MONS. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 314, 334.— Cfr. también MONS. F. SILVESTRINI, *Ord. Ven.*, p. 1483: *Ap. Ven.*, pp. 469-470, 485.— SAC. G. BONALDO, *Ord. Ven.*, pp. 1711-1712.— SAC G. VALLEE, *ibid.*, p. 441.

[40] DOCTOR A. VIAN, *Ord. Ven.*, P. 957: *Ap. Rom.*, p. 1014.

[41] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 90.— MONS. G. B. VIANELLO, *Ap. Ven.*, p. 549.— DOCTOR A. VIAN, *Ap. Rom.*, pp. 1014-1016.— MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 367.

[42] MONS. G. CISCO, *Ord. Ven.*, p. 1588.— MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 159.— Cfr. también: MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, pp. 174-175.

[43] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 78.— COND. E. DONA DALLE ROSE, *ibid.*, página 1556.— MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, p. 485.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 326.— Cfr. también: MONS. A. CARON, *ibid.*, p. 475.

[44] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 142.

[45] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 69.— MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 99.— G. B. TESSARI, *ibid.*, p. 415.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 449.— DOCT. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 851.— CONDESA E. DONA DALLE ROSE, *ibid.*, p. 1555.— M. PASSI, *Ord. Trev.*, p. 293.

[46] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 120.— MONS. G. MENEGAZZI, *ibid.*, pp. 304-305.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 383.— MONS. L. CHIODIN, *Ord. Ven.*, p. 252.— MONS. G. CISCO, *ibid.*, p. 1582.— SAC. G. BONALDO, *ibid.*, p. 1075. MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.* f. 334.

[47] SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, p. 856.

[48] DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1025.— MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 115.— MONS. L. CHIODIN, *ibid.*, p. 252.— SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, p. 1506.— MONSEÑOR E. PASETTO, *Ord. Rom.*, f. 1630.

[49] DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, pp. 851-852.

[50] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 120.— MONS. G. MENEGAZZI, *ibid.*, p. 304.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 368.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 452.— MARIA WALTER-BAS, *ibid.*, p. 496.— MONS. L. CHIODIN, *Ord. Ven.*, p. 252.— MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 186.

[51] SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, pp. 1505-1506. p. 98.

[52] MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 279.— SAC. G. VALLÉE, *Ord. Ven.*, p. 439.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 395.

[53] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 136.— MONS. C. MENEGAZZI, *ibid.*, p. 311.— MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *Ord. Ven.*, p. 1527.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, página 1032.— Cfr. también: SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 49.— COND. M. PASSI, *Ord. Trev.*, p. 431.

[54] Ver Cap. V.

[55] La Basílica de San Marcos —admiración del mundo— fue consagrada el 8 de octubre de 1094. La conmemoración ocho veces secular del fausto acontecimiento fue celebrada con grandiosas manifestaciones religiosas, que culminaron en las solemnidades del 25 de abril de 1895, fiesta del Evangelista San Marcos.

Aquel día el Emmo. Sarto pronunció una homilía magistral, en la cual recordaba que cuando la política mide las reverencias que hay que hacer ante Dios o se desenvuelve fuera de Dios o —peor— contra Dios, no se reduce a otra cosa que a una imposición violenta de cualquier dictador o cualquier partido.

Fue una amonestación, no sólo para Venecia, sino para Italia y para todas las naciones del mundo. (Cfr. MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, pp. 354-355).

[56] *S. Marc.*, XI, 17.— Los mismos sentimientos, dictados por su corazón lleno de celo por el decoro y la santidad del templo de Dios, expresaba al concluirse el Congreso de Música Sacra celebrado en Cornuda, en la Diócesis de Treviso, cinco meses después (14 octubre de 1905).

Después de hablar de la importancia litúrgica de la Música Sacra, concluía censurando ciertos sones y cantos verdaderamente indignos de la Iglesia, y diciendo que si Cristo volviera en persona al mundo, flagelaría otra vez a los profanadores de su Templo (MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, p. 284).

[57] Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 332.— DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, pp. 856-857.— MONS. G. CISCO, *ibid.*, p. 1582.

[58] Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 332.— DOC. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, pp. 856-857.— MONS. G. CISCO, *ibid.*, p. 1582.

[59] *La Visita Pastoral: Carta al clero y al pueblo*, de 21 de mayo de 1895. Venecia, 1895.

[60] «El Patriarca Sarto, como nos aseguran sus más íntimos familiares de Venecia, estudiaba con particular atención los errores divulgados entonces por el tristemente famoso teólogo francés Alfredo Loisy. Conocía los escritos de este extraviado teólogo y aun en los coloquios privados —atestiguaba su maestro de cámara— destacaba y reprobaba con energía sus afirmaciones contrarias a la integridad de la fe» (MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 378).

«Se impresionaba —añade uno de sus secretarios privados— ante la aparición y el desarrollo de ciertas ideas nuevas, que tan peligrosas consideraba para la integridad de la fe y contra las cuales estimaba que había que proceder urgentemente». (MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, pp. 873-874).

[61] Ver Cap. V.

[62] ACTA PII X, v. IV, pp. 47-114.

[63] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 117; *Ord. Ven.*, p. 78.— SAC. G. DE BIASCO, *ibid.*, pp. 557-558.— SAC. G. VALLÉE, *Ord. Ven.*, p. 435.— SAC. A. FROLLO, *ibid.*, página 594.— SAC. R. SAMBO, *ibid.*, p. 693.— DOCT A. VIAN, *ibid.*, p. 952.— MONSEÑOR E. HOENNING O'CARROLL, *ibid.*, pp. 1492-1493.— MONS. G. CISCO, *ibid.*, p. 1574.

[64] SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, pp. 1509-1510.

[65] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, pp. 235-236.

[66] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 85-86, 124.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 960.— MONS. F. BRUNETTI, *Ibid.*, p. 160.— DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *ibid.*, p. 265.— DOCTOR F. SACCARDO, *ibid.*, p. 852.— CONDE F. PELLEGRINI, *ibid.*, p. 284.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, p. 1162.

[67] DOCT. A. VIAN, *Ord. Ven.*, p. 973.

[68] Id., *ibid.*, p. 960: *Ap. Rom.*, p. 1025.— MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, página 115.— MONS. L. CHIODIN, *ibid.*, p. 252.— DOCTOR A. TAGLIAPIETRA, *ibid.*, p. 264.— MONS. G. PESCINI, ibid., p. 418: *Memorias mss.*, Arch. Postul.

[69] DOCT. G. B. GASTALDIS, *Ord. Ven.*, p. 233.

[70] PROF. F. PELLEGRINI, *Ord. Ven.*, p. 284.— DOCT. E. SORGER, *ibid.*, pp. 193-194.— DOCT. A. TAGLIAPIETRA, *ibid.*, pp. 264-265.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, pp. 852-853.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 958.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 315.

[71] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 396.

[72] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 119.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 367.— DOCTOR E. SORGER, *Ord. Ven.*, pp. 204-208.— DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *ibid.*, p. 334.— DOCTOR E. SACCARDO, *ibid.*, pp. 852-854.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, pp. 958-959.— DOCTOR L. VALSECCHI, *ibid.*, pp. 1435-1456.— Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, página 823.— SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, pp. 53-56.

[73] Entre las ofensas inferidas al sentimiento religioso de los venecianos por la necedad y el espíritu sectario de la administración municipal de aquel tiempo, figuraba la prohibición de montar los puentes de barcas, que para facilitar la afluencia del pueblo a los dos santuarios del Smo. Redentor, en la Giudecca, y de Nuestra Señora de la Salud, junto al Canal Grande, se instalaban cada año con ocasión de las dos solemnidades: el tercer domingo de julio y el 21 de noviembre.

Es preciso conocer lo que representaban el templo del Smo. Redentor, y, todavía más, el de Nuestra Señora de la Salud, construidos por los venecianos como recuerdo y acción de gracias por haber sido librados de la

peste —el primero el año 1577 y el segundo el 1631—, para comprender la indignación de la población, suscitada por el acuerdo de la Municipalidad radical-masónico-socialista que entonces dominaba Venecia.

[74] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 145; *Ord. Ven.*, pp. 96-97.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 523.— Cfr. también: SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, pp. 56-58.

[75] Los testimonios del Proceso Ordinario y Apostólico de Venecia están repletos de recuerdos de este acontecimiento, del cual hablaron todos los diarios católicos y no católicos de Italia: con entusiasmo, los primeros; con melancolía y mal disimulada envidia, los segundos (Cfr. *La Difesa* de Venecia, 29-30 de julio de 1895).

[76] SAC. F. S. ZANON, *Ord. Ven.*, pp. 753-754.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 978.

[77] Actas del XIX Congreso Eucarístico celebrado en el mes de agosto de 1897 en Venecia, pp. 11-19. Venecia, 1898.

[78] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 94-95.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 167. DOCTOR A. VIAN, *ibid.*, p. 964.

[79] Actas cit., pp. 20-99.

[80] SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, p. 1505.— Cfr. también: Actas cit., p. 345.

[81] Actas cit., p. 118.

[82] *Ibid.*

[83] *Ibid.*

[84] *Ibid.*

[85] *Ibid.*

[86] SAC FROLLO, *Ord. Ven.*, p. 593.

[87] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 94-95.— MONS. C. MENEGAZZI, *ibid.*, página 224.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 885.— CONDE F. PELLEGRINI, *ibid.*, p. 287.— DOCTOR A. VIAN, *ibid.*, p. 964.— MONS. L. CHIODIN, *ibid.*, p. 252.— MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 831.

[88] SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, p. 852.— SAC. A. FROLLO, *Ord. Ven.*, p. 594.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1460.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 964.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 1148.— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 661.

[89] DOC. A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1032.

[90] MONS. G. BRESSAN, *Memorias mss.* (Arch. Postulación).

[91] El Card. Santo celebró el Sínodo Diocesano en agosto de 1898 (MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. X, p. 361).

[92] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 70.— MONS. G. JEREMICH. *Ord. Ven.*, p. 89.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1457.— MONS. F. PETICH. *Ap. Ven.*, pp. 368-369.

[93] Ver Cap. V.

[94] *La Difesa* de Venecia, de 25 de noviembre de 1895.

[95] Ver Cap. V.

[96] Cfr. *Il Domani d'Italia*, de 7 de noviembre de 1900, periódico fundado por Murri.

[97] Cfr. LEON XIII, Enc. *Graves de Communi*, del 18 de enero de 1901. Instrucciones de la S.C. de Asuntos Eccl. Extraordinarios, de 27 de enero de 1902 (Acta Sanctae Sedis, v. XXXIV, pp. 401-413).— Cfr. también: Carta Apostólica de León XIII del 24 de agosto de 1901, al Congreso Católico de Tarento (LEONIS XIII ACTA, volumen XXI, pp. 142-143, Roma, 1902).

[98] DOCT. A. VIAN, *Relación de la Asamblea de la Obra de los Congresos*

Católicos, del 29 de julio de 1900 (Cfr. *La Difesa* de Venecia, de 31 de julio de 1900).

[99] *La Difesa* de Venecia: 31 de julio de 1900.

[100] Encíclica de LEON XIII *Graves de Communi*, de 18 de enero de 1901: *Leonis XIII Acta*, v. XXI, pp. 10-11. Roma, 1902.

[101] Cfr. *S. Luc.*, XVI, p. 8.

[102] ID., XI, 41.

[103] *Actas y Documentos del I Congreso Católico Italiano de los Estudiosos de Ciencias Sociales* (26-28 de agosto de 1896), pp. 99-102. Padua, 1897.

[104] DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.* p. 1031.— M. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, ff. 310-311.

[105] DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *Ap. Ven.*, p. 335.— SAC. C. CESCA, *ibid.*, p. 659.— DOCT. A. VIAN, *Ord. Rom.*, pp. 1024-1030.— MONS. F. PETICH. *Ord. Ven.*, p. 284.— DOCTOR A. DE BIASI, *ibid.*, p. 1118.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1462.— Cfr. también: *La Difesa* de Venecia: 7 de mayo de 1895.

[106] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 96.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, pp. 995-996.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1484.

[107] MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, pp. 172-173.— MONS. G. JEREMICH. *ibid.*, p. 122.— SAC. G. VALLÉE, *ibid.*, p. 442.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 977.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 396.

[108] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 138; *Ord. Ven.*, p. 101.— DOCT. A. VIAN, *Ord. Ven.*, p. 959.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, p. 1129.— DOCT. L. VALSECCHI, *ibid.*, páginas 1436-1437; *Ap. Ven.*, pp. 721-722.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1.687.— Cfr. también: *La Difesa* de Venecia, del 27 de agosto de 1902.

[109] MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, pp. 157-158.— MONS. L. CHIODIN, *ibid.*, página 254.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 888.— DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *Ap. Ven.*, página 334.— MONS. G. JEREMICH, *ibid.* p. 100.— SAC. C. CESCA, *ibid.*, p. 659.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1035.

[110] DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 892.— Cfr. también: MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 120.— JOSEFINA CASTAGNA-VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1000.

[111] G. B. TESSARI, *Ap. Ven.*, p. 416.— SAC. C. CESCA, *ibid.*, p. 739.— MONSEÑOR G. MENEGAZZI, *ibid.*, p.304.— DOCT. L. VALSECCHI, *ibid.*, p. 739.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1034.— MONS. C. CISCO, *Ord. Ven.*, p. 1586.

[112] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 146.

[113] ID., *ibid.*, p. 171.— DOCT. A. VIAN, *Ord. Ven.*, p. 979.— Cfr. también: MONSEÑOR F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 167.— SAC. G. VALLÉE, *ibid.*, p. 441.— MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 368.— MONS. G. SANFERMO, *ibid.*, p. 1319.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 655.

[114] MONS. C. CISCO, *Ord. Ven.*, p. 1589.

[115] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. XI, p. 409.

[116] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 333.

[117] MONS. MILANESE, *op. cit.*, pp. 27-28.

[118] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 133.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 177.

[119] SAC. G. VALLÉE, *ibid.*, p. 448.— MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 395.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 657.

[120] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 74.— Cfr. también: CONDESA MARIA PIA PAGANUZZI, *Ord. Ven.*, p. 1278.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, pp. 1039-1040.

[121] MONS. A. MARCHESAN, *Ord. Trev.*, pp. 1253-1254.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, páginas 1034-1035.

[122] MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f, 655.

[123] ID., *ibid.*, f. 657.

[124] ANA GIACOMAZZI, *Ord. Trev.*, p. 893.— Cfr. también: MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 116.

[125] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 120.

[126] MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 284.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, p. 1158.— MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, p. 469.— Cfr. también: SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, página 850.— SAC. G. VALLÉE, *Ord. Ven.*, p. 438.

[127] MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 384.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, p. 1158.— SAC. G. VALLÉE, *ibid.*, p. 438.— MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, p. 469.— Cf. también: SAC. A. CHIACCIOLE, *ibid.*, p. 850.

[128] DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 850.— Cfr. también: ANA SARTO, *Ord. Rom.*, folio 154.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 418.— MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 171.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1039.— DOCT. L. PICCHINI, *Ord. Rom.*, pp. 840-841.

[129] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 76.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 304.— MONSEÑOR F. ZANOTTO, *ibid.*, f. 181.— MONS. C. CISCO, *Ord. Ven.*, p. 1571.— JOSEFINA CASTAGNA-VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1001.

[130] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 175.— DOCT. A. VIAN, *Ord. Ven.*, p. 983.

[131] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 75.— MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 83.— SAC. G. VALLÉE, *Ord. Ven.*, p. 426.

[132] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f, 100.— Cfr. también: ANA GIACOMAZZI, *Ord. Trev.*, página 893.— MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 170.

[133] MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 401.— SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, p. 855.

[134] DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *Ap. Ven.*, p. 337.— DOC. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, página 876.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, pp. 892-893.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, pp. 1162-1163.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 425.— CONDE M. PASSI, *Ord. Trev.*, p. 295.— ANA GIACOMAZZI, *ibid.*, pp. 890-891.

[135] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1038.

[136] Ver Cap. V.

[137] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 130.— MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, páginas 395-396.

[138] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 130.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 177.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 81. Cfr. también: F.A. FORBES, *Life of Pius X*, c, IV, p. 82. Londres, 1917. CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 100.— ID., Cfr. *La Croix de Belgique*, Bruselas, 5 agosto 1928.

[139] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 146.

[140] MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, p. 148.— COM. A. CADEL, *ibid.*, p. 1246.— MONS. G. MENEGAZZI, *ibid.*, p. 226.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 989.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, p. 1149.— E. NORFO, *ibid.*, p. 1230.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1482.— SAC. A. CHIACCIOLE, *Ap. Ven.*, p. 857.— ANA GIACOMAZZI, *Ord. Trev.*, p. 897.— Cfr. también: CARD. R. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 860.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 664.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1045.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 73.

[141] MONS. C. MENEGAZZI, *Ap. Ven.*, p. 313.— SEN. F. CRISPOLTI, *Da Pio X a Pio XI*, página 90. Milán, 1939.

[142] SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 10.— MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *Ord. Ven.*, páginas 1536-1537.— Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 315.— MONSEÑOR L. CHIODIN, *Ord. Ven.*, p. 245.

[143] *Pío X.* Cfr. «Nuova Antologia», Roma, 1935, p. 341. Cfr. también: *Ord. Rom.* folio 2149.

[144] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 96.

[145] A. PAROLIN, *Ap. Tre.*, pp. 251-252.— MONS. A. ROMANELLO, *ibid.*, p. 62.— MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 1212.— MONS. G. BRESSAN, *Memorie mss.*: Arch. Postul.— MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 384.— PROF. F. PELLEGRINI, *ibid.*, p. 287.— DOCTOR A. VIAN, *ibid.*, p. 966.— DOCT. C. CANDIANI, *ibid.*, p. 457.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, página 872.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 167.

[146] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, pp. 96-97.— MONS. G. PETICH, *ibid.*, p. 384.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 966.— DOCT. C. CANDIANI, *ibid.*, pp. 457-458.— PROFESOR F. PELLEGRINI, *ibid.*, p. 287.— MONS. G. BRESSAN, *Memorias mss.*, Arch. Postul.

[147] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, pp. 173-174.

[148] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 975.

[149] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 75.— MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, pp. 383-384.— MONS. G. JEREMICH, *ibid.*, pp. 159-160.— DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *Ord. Ven.*, p. 268.— DOCT. A. VIAN, *Ap. Rom.*, p. 1034.— SAC. L. FERRARI, *op. cit.*, p. 50.

[150] MONS. F. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, p. 158.— MONS. L. CHIODIN, *ibid.*, p. 245.— DOCTOR F. PANTALEO, *ibid.*, p. 149.— DOCTOR F. SACCARDO, *ibid.*, p. 855.— DOCT. E. SORGER, *ibid.*, p. 201.

[151] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 119; *Ord. Ven.*, p. 85.— MONS. G. MENEGAZZI, *ibid.*, p. 303.— DOCT. E. SORGER, *Ord. Ven.*, pp. 194-195.— DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *ibid.*, p. 267.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 854.— DOCT. A. DE BIASI, *ibid.*, páginas 1130-1131.— DOCT. L. PICCHINI, *ibid.*, p. 841.— M. PASSI, *Ord. Trev.*, p. 283.

[152] MONS. J. BRUNETTI, *Ord. Ven.*, p. 177.— Cfr. también: MONS. F. PETICH, *Ap. Ven.*, p. 369.— DOCT. A. FRATTIN, *Ord. Ven.*, p. 212.— SAC. R. SAMBO, *ibid.*, páginas 701-702.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 872.— DOCT. L. VALSECCHI, *ibid.*, página 1437.

[153] MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 98.— SAC. G. VALLÉE, *ibid.*, p. 442.— MONS. F. BRUNETTI, *ibid.*, p. 172.— DOCT. A. VIAN, *ibid.*, p. 977.— Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 396.

[154] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 89.

[155] Testimonio del Santo: CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 860.— Cfr. también: MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 301.

[156] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 860.— Ahora se explica el dolor y el llanto del Cardenal Sarto al saber la muerte de León XIII y la respuesta que dio a Mons. G. Jeremich, que intentaba consolarle: «Tú no sabes cuánto me quería». (MONSEÑOR G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 122).

[157] MONS. G. BRESSAN, *Memorias mss.*: Arch. Postulación.

[158] *La Difesa*, de Venecia, 14-15 de julio de 1902.

[159] *La Difesa*, de Venecia, 27-28 de abril de 1903.

[160] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. XI, pp. 431-432.

[161] MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, pp. 143-144.— MONS. F. PETICH, *ibid.*, p. 390.— DOCTOR F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 855.

El Patriarca quiso una más abierta y solemne protesta contra la insolente frase del ministro Nasi en el periódico católico de la ciudad *La Difesa*, del 28-29 de abril de 1903.

CAPITULO VII

[1] Cuando el Cardenal Sarto abrió el telegrama que le comunicaba la muerte de León XIII, estalló en llanto, y le dijo a Mons. G. Jeremich, que había sido su Ayuda de Cámara y que intentaba consolarlo: «Tú no sabes cuánto me quería». (MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 122).

[2] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 82.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 336.— ANA GIACOMAZZI, *Ord. Trev.*, p. 894.— MONS. F. PETICH, *Ord. Ven*, p. 387.

[3] *La Difesa*, de Venecia, 27 de julio de 1903.

[4] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 338.

[5] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 74.

[6] MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 468.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1014.— Cfr. también MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 101.

[7] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 928.— Testimonio del Card. A. Aiuti: Cfr. MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, pp. 457-458.

[8] *San Juan*, XVIII, 14.

[9] Testimonio del Card. A. Ferrari, arzobispo de Milán: Cfr. MONS. G.B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, ff. 665-666.

[10] Testimonio de Mons. G. Bresan, conclavista del Santo: Cfr. MONS. L. PAROLIN, *Ord. Trev.*, p. 585.— Testimonio del Card. A. Aiuti: Cfr. MONS. F. SILVESTRINI, *Ap. Ven.*, pp. 457-458.— Cfr. también MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 101.

[11] Testimonio del Santo: Cfr. MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 32.— Cfr. también: MONS. G.B. PAROLIN, *ibid.*, ff. 665-666.— MONS. G. GASONI, *ibid.*, f. 251.— MONS. G.B. MENEGAZZI, *Ap. Ven.*, p. 309.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 76.— Cfr. también: MONS. L. PAROLIN, *Ord. Trev.*, pp. 584-585.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 338.

[12] *Analecta Ecclesiastica: Diarium Curiae Romanae, ibid.*, 9. 359.

[13] CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X: Impressioni e Ricordi*, p. 17, Padua 1949.

[14] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 76.

[15] *Analecta Ecclesiastica: Diarium Curiae Romanae, ibid.*, p. 360.

[16] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, ibid.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 862.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 538.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 339.

[17] MONS. P. CENCI, *Il Card. R. Merry del Val*, c. IV, pp. 119-122. Turín 1933.

[18] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 863.— IDEM., *op. cit.*, pp. 20-23.

[19] Mons. Merry del Val, escribiendo en aquellos días a un antiguo

compañero de estudios, Mons. José Broadhead, decía: «Tenemos un Papa santo. Parece muy prudente y muy sagaz; es amabilísimo y tiene un trato encantador» (MONS. P. CENCI, *op. cit.*, c. IV, p. 129).

[20] ID., *ibid.*

[21] Cfr. ACTA PII X, v. I, p. 60.— Cfr. también: CARD. R. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, páginas 37-38.

[22] R. BAZIN, *Pío X*, c. IX, p. 122. Florencia, 1928.— Cfr. también ACTA PII X, v. I, pp. 60, 423-424.

[23] Carta del cardenal G.B. Nasalli Rocca di Cornecliano, arzobispo de Bolonia, de fecha 29 de octubre de 1949 (Arch. Postul.).

[24] MONS. P. CENCI, *op. cit.*, c. IV, p. 138.

[25] ID., *ibid.*, pp. 135-136.

[26] *San Mateo*, X, 16-24.

[27] CARD. R. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, pp. 24-27.

[28] ID., *ibid.*, pp. 31-32.— Cfr. también: ID., *Ord. Rom.*, folios 872-873.

[29] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, pp. 30-31.

[30] Testimonio del Sen. V.E. Orlando entonces Ministro de Estado; Cfr. también: CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 33.— Cfr. también COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1334.

[31] *Efesios*, I, 10.

[32] *Atti del XIX Congresso Eucaristico (5.° italiano) celebrato in Venezia nell'agosto 1897*, pp. 118-119, Venecia 1898.

[33] *San Mateo*, V, 3-12.

[34] ACTA PII X, v. I, p. 3.

[35] *Ibid.*, p. 8.

[36] Bonifacio VIII, Bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302 (Cfr. *Les Registres de Boniface VIII*, t. III, p. 888, París 1906).

[37] ACTA PII X, *Ibid.*, pp. 56-59.

[38] *Ibid.*, p. 7.

[39] *Ibid.*, p. 5.

[40] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 918.— Cfr. también: CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2037.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1332.

[41] SAC. L. FERRARI, *Vita popolare di Pio X*, c. XXVI, p. 188, S. Benigno Canavese 1924.

[42] Cfr. *Analecta Ecclesiastica: Diarium Curiae Romanae, ibid.*, p. 357.

[43] *Ibidem.*

[44] Constitución *Commissum Nobis*, 20-I-1904 (ACTA PII X, v. I, pp. 289-292).

CAPITULO VIII

[1] CARD. D. MERCIER, arzobispo de Malinas, *Lettera Pastorale per la Quaresima del 1915*, p. 8, Roma 1916.— E. J. GRELLIER, obispo de Laval, *Lettera Postulatoria* del 2 de junio de 1923 (Archiv. Postul.).

[2] Cfr. *Il Programma dei Modernisti*, p. 6, Roma 1907.

[3] J. RIVIERE, *Dict. de Théol. Cath.*, t. X, c. 2012, París 1929.

[4] *Il Programma dei Modernisti, cit.*, p. 6.— Cfr. también *Il Giornale d'Italia* de Roma, 15-X-1907.

[5] Para convencerse, basta echar una mirada al contenido doctrinal del modernismo que —como veremos— se puede reducir a los siguientes puntos:

1) La existencia de Dios no es demostrable, y mucho menos la Revelación. 2) La religión no tiene ningún enunciado racional, sino que dimana del sentimiento. 3) Los dogmas son símbolos de la verdad que expresan los sentimientos del hombre. 4) Jesucristo es Dios porque la conciencia de los primitivos cristianos le ha atribuido un origen divino. 5) Los Libros Sagrados de la Biblia son una compilación de escritos fragmentarios pertenecientes a diversos momentos históricos, y las profecías no son más que adaptaciones posteriores a hechos consumados. 6) Los Sacramentos son simples expresiones del sentimiento humano. 7) La Iglesia es una sociedad como cualquier otra sociedad humana y sus dogmas están en contradicción con la ciencia.

Los mayores defensores de este complejo de herejías fueron, en Francia, Alfredo Loisy (1857-1900), entonces profesor del Instituto Católico de París; en Inglaterra, Jorge Tyrrell (1861-1909), un irlandés tardíamente convertido del protestantismo al catolicismo; en Alemania, Hermann Schell (1850-1906), profesor de la Universidad de Wurzburg, todos ellos con una más o menos nutrida falange de discípulos y admiradores, deseosos de aplausos y de celebridad.

Pero el más destacado paladín del modernismo fue Loisy, por su crítica demoledora contra la divina autoridad del Evangelio. (Cfr. *L'Evangile et l'Eglise*. París 1902; *Autour d'un petit livre*, París 1903; *Les Evangiles Synoptiques*, París 1907).

[6] Podemos rastrear trazos del Modernismo —si no su mismo origen— en los errores que amenazaban en los pontificados de Gregorio XVI y de Pío IX.

La famosa encíclica *Mirari vos*, de 15 de agosto de 1852, de Gregorio XVI y el *Syllabus* de Pío IX (8 de diciembre de 1864) contra los errores de su tiempo pueden ser considerados como las grandes etapas del Modernismo que ya desde la mitad del siglo XIX se proponía renovar la doctrina de la Iglesia, según las aspiraciones y el pensamiento laico moderno, para invadir más tarde todos los campos de la doctrina católica.

[7] *Un allarme dell'Episcópato contro il riformismo religioso*, Génova, 1895.

[8] Cfr. Capítulos V y VI.

[9] *San Lucas*, XV, 18.

[10] ACTA S. SEDIS, año XXXVI, p. 353.— Este sacerdote de la Diócesis de Châlons, había sido ya censurado a causa de sus errores heréticos por el Cardenal B. Richard, Arzobispo de París (17 enero 1903); pareció someterse a la condena promulgada por orden de Pío X al Santo Oficio el 16 de diciembre de 1903, pues dos meses más tarde, el 28 de febrero de 1904, escribió al Papa una declaración.

Pío X leyó la declaración y, el 7 de marzo siguiente, respondió al Cardenal Arzobispo de París en estos términos:

«He recibido del Reverendo Alfredo Loisy una carta fechada en Belle-

vue el 28 de febrero pasado, en la que hace un llamamiento a mi corazón. Pero él no ha escrito una carta con su corazón. Si bien es cierto que son un consuelo las declaraciones que en ella hace de querer vivir y morir en comunión con la Iglesia católica; de no querer contribuir a la ruina de la fe en su país; de estar dispuesto, para pacificar los espíritus, a apartarse de la enseñanza y a suspender la publicación de sus nuevos trabajos que tiene ya preparados y de someterse en todo lo que pueda al juicio emitido por el Santo Oficio, todas estas declaraciones quedan destruidas por la explícita protesta de no poder renunciar al resultado de sus trabajos.

»Deseo que vuestra Eminencia le manifieste en mi nombre que, para aceptar como sinceras todas sus declaraciones, es necesario que, confesando todos sus propios errores, se someta plenamente y sin restricciones al juicio que pronuncie el Santo Oficio contra sus escritos.

»Podrá también añadirle que la Iglesia, lejos de intimidarle para que mantenga silencio, tendrá gran alegría de que pueda manifestar la pureza e integridad de su retractación poniendo en práctica el precepto de San Remigio a Clodoveo: *Incende quod adorasti et adora quod incendisti*». (Mons. M. Clement, *Vie du Card. B. Richard, Arzobispo de París*, pp. 309-310, París 1922).

Pío X no se había equivocado.

Tiempo después, otro Papa, con una condena más solemne, confirmará cuanto Pío X había intuido y dicho con claridad (Cfr. ACTA AP. SEDIS, XXIV (1932), p. 237).

[11] Encíclica *Iucunda sane*, del 12 de marzo de 1904. ACTA PII X, v. I, p. 199).

[12] *Ibíd.*, p. 204.— Bastaría esta sola encíclica, escrita por Pío X siete meses después de su elección al Pontificado, para demostrar el seguro conocimiento que poseía acerca de las doctrinas modernistas y cuán perfectamente conocía lo que celaban en su interior los nuevos inventores de las más absurdas negaciones.

[13] Encíclica *Pieni l'animo* a los Obispos de Italia del 28 de julio de 1906. ACTA PII X, v. III, p. 164).

[14] *Ibid.*, pp. 268-269.

[15] «Marcher sans crainte, parler sans colère, agir avec calme». (A. Loisy., *Mémoires pour servir à l'Histoire Religieuse de Notre Temps*, v. II. p. 259. París, 1931).

[16] ACTA PII X, v. V, p. 76.— Dos teólogos franceses, G. Letourneau y P. Bouvier, habían presentado al Cardenal Richard, Arzobispo de París, un elenco de 33 proposiciones extraídas de las obras de Loisy (Cfr. MONS. CLEMENT, *op. cit.*, p. 408).

El Cardenal lo transmitió a la Sagrada Congregación del Santo Oficio y ésta al Papa, el cual lo sometió inmediatamente a examen de una comisión Cardenalicia especial (Cfr. A. MICHELITSCH. *Der neue Syllabus Pius X*, p. 75. Graz-Vienne 1908).

A estas 33 proposiciones se añadieron las otras 32 tomadas de los escritos de diferentes modernistas que estaban muy en candelero. Así se obtuvo el elenco de 65 proposiciones, que negaban:

1) La autoridad y el magisterio de la Iglesia (Prop. 1-8).— 2) La inspiración y la historicidad de la Sagrada Escritura (Prop. 9-19).— 3) La revela-

ción, los dogmas y la fe (Prop. 20-26).— 4) La divinidad de Jesucristo (Prop. 27-38).— 5) Los Sacramentos (Prop. 39-51).— 6) La constitución divina de la Iglesia (Prop. 52-57).— 7) El carácter y el valor de la doctrina cristiana (Prop. 58-65). (Cfr. ACTA PII X, ibid., pp. 77-84).

De estas 65 proposiciones, 28 repiten errores ya condenados por la Iglesia y 37 son originales del Modernismo y su condena respondió a la imperiosa necesidad de conservar contra la demolición de la crítica racionalista el origen del dogma católico, llevando el principio inicial hasta el pensamiento mismo de Jesucristo.

[17] El Card. N. Canali, que por aquel tiempo era Sustituto Secretario de Estado, aseguraba que las «directrices y las medidas para contener el movimiento modernista habían sido todas obra del Papa» (*Ord. Rom.*, f. 20557.

Mons. G. Pescini, Secretario particular de Pío X, atestiguaba que «la lucha grandiosa emprendida y conducida con tanta energía y eficacia contra el Modernismo era personalmente dirigida y sostenida por Pío X, a pesar de tantas y tantas oposiciones y protestas» (*Ap. Rom.*, p. 874).

Así, un escritor francés, corresponsal del periódico *Le Temps* de París en Roma, podía asegurar al mundo intelectual que el único y verdadero autor de la enérgica lucha contra el Modernismo era el mismo Papa, y que era una leyenda mezquina la que hablaba de malévolos consejeros (*sombres conseillers*), cuando en realidad no se trataba más que de abnegados y fieles colaboradores. (Cfr. C. PRATI, *Papes et Cardinaux dans la Rome Moderne*, p. XXX, París 1925).

[18] Cfr. *La Tribuna* de Roma, del 19 de julio de 1907.— *L'Humanité* de París, de 23 de julio de 1907.— *Il Giornale d'Italia* de Roma, del 24 de julio de 1907.— *Lettera aperta a Pio X: Quello che vogliamo*, Milán, Tip. Industriale, 1907.— Cfr. también: A. LOISY, *op. cit., ibid.*, p. 554.

[19] Cfr. A. LOISY, *op. cit.*, pp. 558-560.

[20] *Hebr.*, XIII, 8.

[21] La condena del modernismo —téngase muy en cuenta—, fue decretada por el propio Pío X, el cual preparó cuidadosamente el bosquejo de la encíclica *Pascendi*. (CARD. N. CANALI, Proc. *Ord. Rom.*, f. 2055).

[22] ACTA PII X, v. IV, pp. 48-50.

[23] *Conc. Vatic. I*, Can. I.

[24] ED. LE ROY: *Qu'-est-ce qu'un dogme?*, París, 1905; *Dogme et critique*, París, 1907.

[25] Cfr. A. LOISY, *Les Evangiles Synoptiques*, I, p. 252. París, 1907.

[26] Al ver lo que dicen los Modernistas acerca de las Sagradas Escrituras, se comprende con cuánta razón, un día de julio de 1907, Pío X le dijera —con agudeza y al mismo tiempo con dolor— a un entusiasta exaltador de los descubrimientos arqueológicos en Asiria y en Babilonia: «De la Sagrada Escritura, de los Libros inspirados, quedarán, entre una cosa y otra, solamente las encuadernaciones» (Cfr. L. PASTOR, *Tagebücher, Briefe, Einnerungen*, p. 478, Heidelberg 1950).

[27] ACTA PII X, *ibid.*, pp. 70-71.— G. Tyrrell, ocultándose bajo los seudónimos de *E. Engels* y de *H. Burton*, después de haber reducido la religión a un hecho extrarracional y el Cristianismo a una manifestación histórica del sentimiento religioso individual y colectivo, afirmaba que la Iglesia no

es más que el consenso de la masa de los fieles. (Cfr. *Religion as a factor of life*, Londres, 1902. *The Church and the future*, Londres, 1903).

[28] Los modernistas sostenían que era imposible conciliar la filosofía escolástica con la filosofía moderna y que «La Iglesia y el Estado no podían entenderse en un lenguaje medieval». (A. LOISY, *Mémoires*, v. I, pp. 494-495.— *Il Programma dei Modernisti*, p. 8. Roma, 1907-1908.— Cfr. también: G. TYRRELL, *Medievalism*, Londres, 1908).

Así aboliendo la filosofía escolástica, los modernistas borraban de un solo trazo una de las más fúlgidas glorias del genio y del pensamiento cristiano.

[29] Los métodos de los modernistas, y de un modo especial los empleados al describir la historia de los orígenes de la Iglesia, fueron indicados por el propio Pío X cuando en su encíclica *Iucunda sane*, del 12 de mayo de 1904, escribía: «Suprimido el orden sobrenatural, la historia de los orígenes de la Iglesia debe necesariamente concebirse no según la entendieron los autores de los documentos, sino según mejor parezca». (PII X ACTA, v. I, p. 200), esto es —añadimos nosotros—, olvidando el elemento sobrenatural, el cual no es menos real y positivo que el elemento natural y humano y no tiene menor derecho a participar en el campo de una ciencia —como es la historia— que se precia de ser positiva, esto es, de exponer toda la realidad.

[30] Durante los últimos años del pontificado de León XIII, en América del Norte se había propagado una tendencia de pensamiento, que sostenía que algunas verdades de la Iglesia deberían presentarse bajo un aspecto menos rígido y más conforme con los nuevos tiempos, dando a las virtudes *naturales* un valor que respondiera mejor a las necesidades de la vida moderna, mientras que las virtudes llamadas *pasivas* —como la humildad que aplasta al orgullo, el espíritu de pobreza que enseña el desprendimiento de las cosas terrenas, y la mortificación de los sentidos que es un freno para las pasiones— debían ser consideradas como virtudes de tiempos remotos superados, como si la doctrina de Jesucristo no fuese ya una doctrina universal para cualquier tiempo, sino una doctrina circunscrita a un ambiente concreto y a un determinado período de tiempo. (Cfr. A. J. DELATTRE, S.I., *Un catholicisme américain*, Namur 1898).

Esta tendencia, conocida entonces con el nombre de *Americanismo*, fue condenada por León XIII el 22 de enero de 1899 (ACTA LEONIS XIII, v. XIX, pp. 5.20).

[31] Ya poco antes, Pío X había escrito al Episcopado de Francia, protector del Instituto Católico de París:

«Es cosa muy dolorosa ver salir de las filas del clero, especialmente del joven clero, ciertas novedades de pensamiento llenas de errores y peligros acerca de los mismos fundamentos de la doctrina católica. ¿Cuál es la causa? Sin duda el soberbio desprecio de la antigua sabiduría, el desprecio de la filosofía escolástica que la Iglesia de tantas maneras ha consagrado. (Carta *Sub exitum*, del 6 de mayo de 1907; ACTA PII X, volumen V. pp. 39-40).— Cfr. también: Carta apostólica *In praecipuis laudibus*, del 23 de enero de 1904 (*ibid.*, v. V, pp. 135-138).— Encíclica *Pieni l'animo*, del 28 de julio de 1906 (*ibid.*, v. III, p. 167).— Motu proprio *Sacrorum Antitistum*, del 1 de septiembre de 1910 (ACTA AP. SEDIS, año II, pp. 656-657); *Praeclara inter*

del 29 de junio de 1914 (*ibid.*, año VI, pp. 333-336); *Doctoris Angelici*, del 29 de junio de 1914 (*ibid.*, pp. 336-341).— Cfr. también: Carta al Obispo de San Gall en Suiza, del 6 de febrero de 1906 (*ibid.*, v. III, pp. 22-23); al Arzobispo de los Angeles de Méjico, del 27 de enero de 1910 (ACTA AP. SEDIS, año II, página 176); al P.E. Hugon, O.P., del 16 de julio de 1913 (*ibid.*, año V, p. 487).

[32] ACTA PII X, v. IV, pp. 102-103.— Ya desde el 22 de febrero de 1905, Pío X había escrito a Mons. L. Pèchenard, rector del Instituto Católico de París:

«Es necesario que los sacerdotes estén bien instruidos no sólo en Teología, sino también en filosofía, en derecho, en letras y en ciencias naturales, especialmente hoy que quiere hacerse un arma contra la Iglesia de las conquistas de la ciencia, diciendo, que la antigua sabiduría de la doctrina católica ha cumplido ya con su destino y que mañana la ciencia podrá demostrar como *verdadero* lo que hoy se tiene por *falso*». (PII X ACTA, v. II, pp. 49-50).

[33] Con estos Consejos de Vigilancia, Pío X no hizo más que poner en vigor unas medidas que ya había tomado en el siglo XVI San Carlos Borromeo y en el siglo XIX (noviembre de 1849), el Episcopado Umbro, para defender a sus diócesis de los errores del protestantismo y del liberalismo (*ibid.*, pp. 110-111).

[34] Para la fundación de este Instituto Católico Internacional, Pío X llamó a los Cardenales Mariano Rampolla, Pedro Maffi, de Pisa, y Deseado Mercier, de Malinas, señalando para el cargo de secretario al famoso historiador L. Pastor. Los trabajos duraron dos años, pero el proyecto por circunstancias no previstas por el Comité Promotor, no pudo ser continuado. (Cfr. L. PASTOR, *Tagebücher, Briefe, Einnerungen*, páginas 482-502. Heidelberg, 1950).

Más tarde, otro Papa, Pío XI, hacía suya la idea de Pío X y el 28 de octubre de 1936 fundaba la Academia Pontificia de las Ciencias, con residencia en el palacete de Pío IV, en los jardines del Vaticano. (Com. B. NOGARA, *Proc. Ap. Rom.*, páginas 179-180).

[35] Cfr. *Le Temps* de París, 16-IX-1907.— *Il Giornale d'Italia* de Roma, 15-X-1907.— *Crítica* de Roma, 20-V-1908.— CARD. D. MERCIER, Arzobispo de Malivas, *Carta Pastoral para la Cuaresma de 1915*, pp. 7-8, Roma 1916.— Cfr. P.G. DAL—GAL, *Il Beato Pío X*, c. VIII, pp. 389-395, Padua 1951.

Algunos de los más ilustres profesores de la Universidad de Roma, después de haber leído y admirado la *Pascendi*, concluían «O no se cree en el catolicismo o hay que suscribir lo que ha dicho Pío X». (Testimonio del Sen. L. Romanin-Jacur: Cfr. MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 536).

[36] Alocución consistorial del 16 de diciembre de 1907. (Cfr. ACTA PII X, v. IV, página 122.

Es muy significativo lo que, pasados los años, cuando ya habían perdido virulencia doctrinas que parecían imperecederas, escribía acerca de la *Pascendi* Loysi, el máximo representante del modernismo, reconociendo la evidencia de los hechos: «El acto es de Pío X: el espíritu del Papa es el que anima al documento en cada una de sus partes». (Cfr. *Mémories*, p. 506).

[37] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2055.

[38] Los modernistas, para deshonra del pensamiento humano, poniendo en evidencia una vez más la aberración de sus mentes, no menos que la espantosa tragedia de sus almas, intentaron responder a la *Pascendi* con libelos de extrema violencia. (Cfr. A. LOISY, *Simples réflexions sur le décret du St. Office «Lamentabili» et sur l'Encyclique «Pascendi»*, París, 1908 *Quelques lettres sur des questions actuelles et sur des évènements récents.* París, 1908.— J. DE BONNEFOY, *Le Catholicisme de demain*, París, 1908.— G. TYRRELL, *Mediaevalism*, Londres, 1908.— J. SCHNITZER. *Internationale Wochenschrift f., Wiss, Kunst und Technik*, de Munich, t. II (1908), pp. 65-84; 129-140,— ANON., *Il programma dei Modernisti: Riposta a la Enciclica «Pascendi» de Pio X.* Roma, 1908.— Cfr. también: SAC. G. SAUBAT. *Ap. Rom.*, p. 563).

Pero, entonces, respondía con gran acierto a los modernistas un eminente jurista italiano, el Sen. V.E. Orlando:

«Los modernistas deben persuadirse de que la obra de un Papa no puede juzgarse con los criterios de un racionalismo que, durante siglos, desembocó siempre en la herejía. Un juicio de este tipo sería tan lógico como aprobar la obra de un rey, en cuanto ayude a la proclamación de la República». (*Proc. Apost. Rom.*, p. 775).

[39] Salmo XXXVI, 18.

[40] Carta del Episcopado piamontés, de 23 de junio de 1923. (Arch. Postul).

[41] Carta Pastoral del año 1915 citada, p. 8.

[42] Carta Pastoral al clero y al pueblo del Patriarcado de Venecia, 5-IX-1894.

[43] Encíclica *E supremi apostolatus*, 4-X-1903 (ACTA PII X, v. 1, p. 10).

[44] ACTA PII X, v. IV, p. 78, 100-101.

[45] Enc. *Communium rerum*, del 21 de abril de 1909. (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año 1909, pp. 48-49).

[46] Motu Proprio *Sacrorum Antistitum*, de 1.º de septiembre de 1910. (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año 1910, pp. 655-672.— El juramento antimodernista no es substancialmente más que la Profesion de fe prescrita por el Sumo Pontífice Pío IV, puesta al día por Pío IX con los decretos dogmáticos del Concilio Vaticano y aumentada por Pío X con la condena de los errores modernistas.

En cuanto a este juramento, hubo una excepción que bien merece una explicación. Pío X, acogiendo un ruego del cardenal A. Fischer, arzobispo de Colonia, dispensaba con fecha 31 de diciembre de 1910, del juramento antimodernista a los sacerdotes que enseñaban en las escuelas del Estado, para librarles de las graves consecuencias con que les amenazaban los nacionalistas alemanes, no excusándoles, sin embargo, del mismo si llegaran a ocupar cargos u oficios eclesiásticos. (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año 1911, pp. 18-20.— Cfr. también: RVDO. G. SAUBAT, *Ord. Rom.*, f. 1301.— CARD. A. SILJ, *ibid.*, f. 607.— *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1911, v. II, páginas 105-107.— E. ROSA, S. I., *Il Giuramento contro gli errori del modernismo.* Roma, 1911).

Por lo demás, no era la primera vez que los autores del nacionalismo alemán atacaban violentamente a la Iglesia. Basta recordar la algazara que suscitaron poco tiempo antes con artificiosos pretextos contra la encí-

clica *Editae saepe*, del 26 de mayo de 1910, en ocasión del centenario de San Carlos Borromeo, hasta el punto de pretender, con increíble audacia, que Pío X retirase la encíclica. (Cfr. *L'Osservatore Romano* del 16 de junio de 1910.— *La Civiltà Cattolica*, de Roma, 1910, páginas 101-102.— CARD. R. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, ff. 876-877.— Cfr. también: P. RADZIWIL, *Lettres au Général de Robilant*, v. IV, pp. 114-115. Bolonia, 1934).

Un hecho semejante había sucedido bajo León XIII cuando este Pontífice publicó la encíclica sobre el B. Pedro Canisio. (CARD. R.MERRY DELVAL, *ibid.*, f. 877).

47 Enc. *Communium Rerum*, ibid., p. 351.

48 Enc. *Iucunda sane*, del 12 de marzo de 1904 (ACTA PII X, v. I, p. 199).— Alocución consistorial del 16 de diciembre de 1907, ibid., v. IV, pp. 120-123.— Alocución a los estudiantes de la Universidad Católica, del 10 de mayo de 1909. (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año 1909, pp. 461-464).

Un autorizado sacerdote francés, muy íntimo de nuestro Santo, afirmaba: «He sido testigo de sus inmensos sufrimientos y he comprendido que se proponía salvar la fe a toda costa». (P.G. SAUBAT, *Ap. Rom.*, p. 476).

49 Encíclica *Communium rerum*, (ACTA AP. SEDIS. 1909, p. 476).

50 Carta al Card. A. Capecelatro, Arzobispo de Capua, del 26 de junio de 1907. (Cfr. *Summ. ex offic.*, *De scriptis S.D. Pii X*, p. 5.)

51 Carta a Mons. G.M. Radini-Tedeschi, Obispo de Bérgamo, del 23 de noviembre de 1909. (*ibid.*, p. 6).

52 Carta a Mons. G. Bonomelli, Obispo de Cremona, del 15 de octubre de 1911. (*ibid.*).

53 Carta del 10 de julio de 1912 al mismo obispo. (*ibid.*).

54 CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, ff. 2055-2056.— Cfr. también: CARD. R. MERRY DEL VAL, *ibid.*, ff. 905-906.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1066.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 390.

55 G.B. NOVELLI, de la Tipografía Vaticana, *Ord. Trev.*, pp. 1311-1312.

56 MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1065.— Este testimonio nos recueda el del Cardenal Secretario de Estado de Pío X, el Emmo. Rafael Merry del Val, el cual nos asegura que el Santo Pontífice promovió extraordinariamente la labor misional entre los infieles y que, para conquistar para la Iglesia, «también a la parte intelectual del pueblo japonés, no cejó hasta lograr la fundación de la Universidad Católica de Tokio, que confió a la Compañía de Jesús». (*Ord. Rom.*, f. 906).

57 SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, pp. 1663-1664.

58 Carta pastoral del 5 de septiembre de 1894. Cfr. P.G. DAL-GAL, *Il Beato Pio X Papa*, c. V, p. 153, Padua 1951.

59 MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, pp. 111-112.— MONS. G. PESCINI, *Memorias, ms.* (Arch. Postul.).— CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2056.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1337.

60 MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, p. 1078.

61 SAC. G. SAUBAT, *Ap. Rom.*, p. 477.— Cfr. también: SAC. P. DE TOTH, *ibid.*, página 1089.

62 Alocución consistorial del 16 de diciembre de 1907. (ACTA PII X, v. IV, p. 122).

63 MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, ff. 1001-1002.— Cfr. también: MONS. G. PAROLIN, *ibid.*, f. 683.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1024.

[64] SUMM. EX OFFICIO, *De scriptis S.D. Pii PP. X* cit., p. 31.

[65] *Ibid.*, pp. 14-15.

[66] *La Cultura Sociale*, de Don R. Murri: 16 de agosto de 1902, pp. 237-239.— Cfr. también: *Carta del Card. Sarto al Obispo de Padua* del 3 de septiembre de 1902, p. 29. Padua, 1949.

[67] *Ibid.*, p. 14.

[68] MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *Ord. Ven.*, pp. 1516-1517.

[69] CARD. R. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 886-887.— MONS. G. PAROLIN, *ibid.*, folio 719.— Cfr. también: MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 138.— MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1420.

Murri, después de muchos errores, tornaba a Dios. El 12 de marzo de 1944 acababa su vida reconfortado por los Sacramentos de la Iglesia y rodeado de las oraciones de los que estaban presentes; oraciones que él iba rezando juntamente con ellos. Expiró en brazos de esa infinita misericordia divina que «perdona gustosamente». (Cfr. *La Civiltà Cattòlica* de Roma, año 1944, v. II, p. 58).

[70] MONS. C. CASTELLI, arzobispo de Fermo, *Carta pastoral* de 1910, n. 15, p. 8. Roma, 1910. Es interesante recordar que el mismo Pío X había querido releer y corregir las pruebas de imprenta de esta pastoral. (Carta escrita al autor por el archivero de la Curia Arzobispal de Fermo, de 5 de abril de 1953).

[71] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1022.

[72] A. LOISY, *Mémoires*, v. III. p. 27.

[73] ACTA PII X, v. I, p. 59.

[74] *Ibid.*, pp. 12-13.

CAPITULO IX

[1] *La Separazione dello Stato dalla Chiesa in Francia: Esposizione documentata.* Docum. III-XI, pp. 154-179. Roma, Tip. Vaticana, 1905.

[2] *Ibid.*, Doc. XII, pp. 182-183.

[3] *Ibid.*, Doc. XIII. pp. 184-185.

[4] *Ibid.*, Doc. I, pp. 141-143.

[5] Cfr. B.E. GUEYDAN, *Les Rois de la République*, p. 74. París, 1925.

[6] *La Separazione dello Stato dalla Chiesa in Francia*, c. I, pp. 10-11.

[7] Igualmente Pyrat, en la Cámara Francesa, el 4 de mayo de 1877, cuando tomó la palabra para lanzar invectivas contra la invasión clerical y las «maniobras ultramontanas». (Cfr. A. ROBERT-G. COUGNY, *Diction. des Parlamentaires despuis 1er Mai 1889*, v. III, p. 98, París, 1890).

[8] Cfr. *La Separazione dello Stato dalla Chiesa in Francia*, c. I, pp. 10-17.

[9] ACTA PII X, v. I, pp. 433-434.

[10] *Ibid.*, p. 435.— La ley que prohibía a las congregaciones religiosas la enseñanza en las escuelas de todos los grados, era promulgada tres meses después: el 7 de julio de 1904. El 4 de septiembre del mismo año, Combes, en un discurso pronunciado en Auxerre, se enorgullecía de haber cerrado ya 13.904 escuelas sobre un total de 16.904 y de estar presto a cerrar

otras 500 de las 3.000 que quedaban. Es digno de ser notado que el mismo día en que enviaba su dimisión al Presidente de la República, obtuvo del mismo la firma de los decretos que ordenaban la clausura de otras 500 escuelas. Y así esta infausta ley, mientras destruía en Francia toda enseñanza congregacional, consumaba casi totalmente la destrucción de los Institutos religiosos que por la sana educación de la juventud fueron siempre un factor de patriotismo, de civilización y de progreso. *(La Separazione dello Stato dalla Chiesa in Francia.* capítulo III, pp. 42-43).

[11] ACTA PII X, *Ibid.*

[12] Cfr. *La Separazione dello Stato dalla Chiesa in Francia*, c. I, p. 11.

[13] *Ibid.*, Doc. I, p. 142.

[14] *La Separazione dello Stato dalla Chiesa in Francia*, c. IX, pp. 115-123.

[15] *Ibid.*, Doc. XLVII, p. 267.

[16] *Ibid.*

[17] *Ibid.*, c. IX, p. 123.

[18] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2048.

[19] Alocución a los Cardenales de Roma, en 18 de marzo de 1904. (Cfr. ACTA PII X, v. I, p. 433).

[20] ACTA PII X, v. II, pp. 184-192.

[21] *Ibid.*, p. 192.

[22] *Ibid.*, p. 193.

[23] La Ley que proclamaba la separación de la Iglesia y el Estado se promulgaba dos días más tarde. (Cfr. *Journal Officiel de la République Française*, París, 11 de diciembre de 1905, pp. 7205-7209).— Cfr. también: MONS. A. GIOBBIO, *La denunzia del Concordato e la separazione dalla Chiesa in Francia.* Roma, 1907.— El autor de la ley de la separación había sido el ministro Arístides Briand. (Cfr. *La Petite République* de París, de 24 de septiembre de 1904).

[24] A. DEBIDOUR, *L'Eglise Catholique et l'Etat sous la Troisième République* (1870-1906), v. II, p. 438. París, 1906-1909.

[25] *L'Univers* de París, del 8 de febrero de 1905.— Cfr. también: *La Justice Sociale* de Lyon, del 10 de febrero de 1906.

[26] G. BELLAIGUE, *Pie X et Rome: Notes et Souvenirs* (1903-1914), pp. 57-61. París, 1916.

[27] Com. C. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1333.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1670. Cfr. también: Conde M. PASSI, *Ord. Trev.*, p. 431.

El 3 de noviembre de 1919, *L'Unità Cattolica* de Florencia, evocaba de esta manera este gravísimo momento de la vida de Pío X y de la historia de Francia:

Francia había formulado protestas definitivas. Era preciso decidirse: o aceptarlas o rehusarlas.

Una noche se vio a Pío X descender solo, precedido por sus guardias suizos y de algunos domésticos, con una antorcha encendida, a lo largo de la llamada «Scala dei Morti» y entrar en San Pedro. Se acercó a la tumba del Apóstol: se arrodilló y oró largo rato, con el rostro escondido entre las manos. Luego, volvió a subir silenciosamente hasta sus aposentos. A la mañana siguiente la decisión estaba tomada: *rehusar.*

[28] ACTA PII X, v. III, pp. 24-39.

[29] *Ibid.*, pp. 24-25.

[30] *Ibid.*, pp. 25-26. Cfr. también: Alocución consistorial de 27 de marzo de 1905. (ACTA PII X, v. II, p. 66).

[31] ACTA PII X, v. III. p. 26.

[32] Enc. *Immortale Dei*, de 1 de noviembre de 1885.

[33] ACTA PII X, *Ibid.* p. 28.

[34] *Ibid.*, p. 30.

[35] Así escribía Noblemaire en la *République Française*. (Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1907, v. I, p. 19).

[36] ACTA PII X, *ibid.*, pp. 31-32.

[37] *Ibid.*, p. 35.

[38] *Ibid.*, p. 36.

[39] Alocución Consistorial del 21 de febrero de 1906 (Cfr. ACTA PII X. v. III, p. 47).

[40] Testimonio de los mismos obispos en una carta de 3 de junio de 1923 (Arch. Postul.).— Cfr. también: CARD. MERRY DEL VAL, *Pío X: Impressioni e Ricordi*, p. 51. Padua, 1949.— CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, ff. 2021-2022.— COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1332.

[41] MONS. P. CENCI, *Il Card. R. Merry del Val*, c. V, p. 184. Roma-Turín, 1933. Cfr. también: *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1906, v. I, p. 741.

[42] ACTA PII X, v. I, p. 14.

[43] Por medio de este régimen exclusivamente laical, llamado irónicamente «asociaciones del culto», el Gobierno francés se colocaba «al nivel de quien en la vía pública expolia al viandante y después le dice: "¡Cuidado!... sepárate de mí"» (MONS. G. BONOMELLI, *Carta pastoral para la Cuaresma de 1906*, p. 14. Cremona 1906).

[44] *Le Figaro* de París, de 26 de marzo de 1906.

[45] *La Croix* de París, de 28 de marzo de 1906.

[46] Carta pastoral del Card. Richard, Arz. de París, de 2 de mayo de 1906.— (Cfr. MONS. M. CLÉMENT, *Vie du Card. B. Richard*, Arch. de París, p. 440. París, 1922).

[47] MONS. M. CLÉMENT, *op. cit.*, p. 440.— Cfr. también: CARD. P. GASPARRI, *Ord. Rom.*, f. 1818.

[48] Cfr. CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, ff. 2050-2051.— Cfr. también: CARD. P. GASPARRI, *ibid.*, f. 1820, y MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1155.

Tras una larga y laboriosa sesión, el Emmo. Card. D. Ferrata —uno de los cardenales que con mayor fervor había sostenido la tesis de la oportunidad de acuerdos en el intento de salvar lo posible de los bienes de la Iglesia de Francia para asegurar el ejercicio del culto, amenazado por el artículo 4.º de la ley de separación—, conmovido por una afirmación de Pío X que excluía toda duda, se dirigió al Papa y le dijo: «Padre Santo, hemos expuesto nuestro punto de vista. Pero, si Vuestra Santidad es de otro parecer, yo me someto con la humildad de la fe de la mujer más humilde, porque el Papa tiene luces especiales». (P.G. DAL-GAL, *Il Beato Pio X Papa*, c. VIII, p. 447, nota 3).

[49] CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2050.

[50] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 351.— MONS. G. BRESSAN, *Memorias mss.*— CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2049.— Cfr. también: MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 680.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 538.

[51] ACTA PII X, v. III, pp. 181-182.

[52] *Ibid.*, pp. 181-182.

[53] PIO XII, Alocución del 3 de junio de 1951, para la beatificación de Pío X, al pueblo romano y a los peregrinos de todas las partes del mundo.

[54] ACTA PII X, *ibid.*, pp. 182-183.

[55] *La Petite République* de París, 24-IX-1904.

[56] C. BELIN (Aventino), *Le Gouvernement de Pie X*, c. IX, p. 278, París, 1911.— Cfr. también: CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 911.— Por cinco veces Briand había enviado a Pío X la ley del Culto y otras tantas veces fue rechazada por el Papa (SAC. G. SAUBAT, *Ord. Rom.*, f. 1302).

[57] SAC. G. SAUBAT, *Ord. Rom.*, f. 1303.

[58] MONS. M. CLÉMENT, *op. cit.*, p. 460.— Cfr. también: *L'Osservatore Romano* de 22 de diciembre de 1906.— *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1907, v. II, páginas 227-230.

[59] Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1906, v. III, pp. 608-612.

[60] Cfr. MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 483.— El obispo de Nevers, recogiendo más tarde el sentimiento de todo el clero francés, escribía:

«Pío X nos ha liberado de la esclavitud y no ha dudado ni por un momento en liberar a la Iglesia de Francia, aun a precio de su total expoliación. ¡Sea por siempre bendito por no haberse dejado detener por los sacrificios que ello imponía! El ha reunido en torno a sí a todo el Episcopado francés en una magnífica unidad. Si nos han despojado de nuestros bienes, han tenido, sin embargo, que retroceder y destruir las cadenas con las que pretendían esclavizarnos». (Carta pastoral por el Jubileo sacerdotal de Pío X, Nevers, 1908).

[61] El Gobierno, al darse cuenta de que había lanzado a Francia al desorden religioso y social, el 2 de enero de 1907 se apresuraba a votar una ley que concedía el uso gratuito de las iglesias, por medio de un contrato administrativo, entre los prefectos de los departamentos y los obispos o entre los alcaldes de los Municipios y los párrocos. Pío X había autorizado provisionalmente este contrato y en las diversas diócesis se obtuvieron satisfactorios resultados. Pero el Gobierno, entonces en plena anarquía legal —como confesaba al mismo Briand—, contradiciéndose y manifestando una vez más su ánimo irreductiblemente adverso hacia la Iglesia, prohibía poco después esta tentativa de conciliación. (MONS. M. CLÉMENT, *op. cit.*, pp. 464-465).

[62] Encíclica *Une fois encore*, de 6 de enero de 1907. (ACTA PII X, v, IV, páginas 7-17).

[63] *Ibid.*, pp. 9-10.

[64] Pío X dictó disposiciones para que fueran celebradas a perpetuidad misas por los difuntos en sustitución de los legados usurpados por el Gobierno francés, en virtud de la ley de 1905. (Carta a los Cardenales franceses, 17-V-1908.— ACTA PII X, v. IV, p. 138.— Cfr. también MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 406).

[65] Pii X Acta, v. IV, p. 12. Cfr. también la alocución consistorial de 15 de abril de 1907. (ACTA PII X, volumen IV, pp. 26-28).

[66] *Ibid.*, pp. 15-17.

[67] M. CLÉMENT, *op. cit.*, p. 442.— Cfr. también: CARD. N. CANALI, *Ord.*

Rom., f. 2053.— CARD. P. GASPARRI, *ibid.*, ff. 1819-1823.— Cfr. también: *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1907, v. I, pp. 348-349.

[68] C. BELLAIGUE, *Pie X et Rome: Notes et Souvenirs* (1913-1914), pp. 21-22, París 1916.

[69] MONS. M. CLÉMENT, *op. cit.*, p. 442.

[70] CARD. R. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 911.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, ff. 2051-2052.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1353.— El obispo de Tarbes y Lourdes confesaba: «Después de la ruptura del Concordato, estamos mejor ahora que antes. Mis diocesanos me proporcionan tales recursos que superamos las necesidades de la diócesis». (MONS. E. BACHION, *Ap. Trev.*, p. 129).

El Propio Pío X podía afirmar «que el clero francés, pese a la confiscación de sus bienes, gracias a la largueza de los católicos, estaba, en general, en condiciones mejores que el clero italiano». (MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 129).

[71] «En una audiencia privada, Pío X me hizo esta confesión: Habrás leído en los periódicos las noticias de Francia. Muchos han criticado la decisión que me costó tanta pena. He rezado mucho y he ordenado muchas plegarias antes de tomar esa decisión; pero ahora estoy contentísimo, porque he defendido y he salvado la libertad de la Iglesia y estoy convencido de que el porvenir me dará la razón». (MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 535).— Cfr. también: MONS. O. TRABUCHELLI, *ibid.*, pp. 1012-1013.— Pío X no se había equivocado en su visión sobrenatural: había visto profundamente.

[72] SEN. E.V. ORLANDO, *I miei rapporti di governo con la Santa Sede*, p. 12. Mián, 1944.

[73] Cfr. también: *Proc. Ap. Rom.*, pp. 657-658.

[74] Carta postulatoria de 3 de junio de 1923. (Arch. Postul).

[75] ACTA PII X, v. IV, pp. 306-307.

[76] Alocución a los peregrinos franceses de 22 de septiembre de 1904. (ACTA PII X, volumen I, pp. 437-438).— Alocución consistorial de 21 de febrero de 1906 (*Ibid.*, volumen III, p. 47) y de 16 de diciembre de 1907. (*Ibid.*, v. IV, pp. 273-275).

[77] Alocución consistorial de 19 de noviembre de 1911. (Cfr. ACTA AP SEDIS, año III, p. 657).

[78] «Quizás yo no lo vea —decía Pío X a un personaje—, pero Francia volverá a reanudar sus relaciones con la Santa Sede». (Testimonio de G. Pasquali, ayuda de cámara de Pío X, *Ord. Rom.*, f. 1513).— El presagio de Pío X debía cumplirse cuando Briand —el ministro que había redactado la ley de la separación—, en 1921, nombraba un nuevo embajador cerca del Vaticano. (Cfr. E. VERCESI. *Il Pontificato di Pio X*, c. VII, pp. 113-114. Milán 1935).

CAPITULO X

[1] Encíclica *Aeterni Patris*, de 4 de agosto de 1879.

[2] Enciclicas *Diuturnum Illud*, de 29 de junio de 1881; *Immortale Dei*, de 1 de noviembre de 1885; *Sapientiae christianae*, de 10 de enero de 1890.

[3] Encíclica *Arcanum*, de 10 de febrero de 1880.

[4] Encíclica *Rerum Novarum*, de 15 de mayo de 1891.

[5] Carta *Saepenumero* los Cardenales De Luca, Pitra y Hergenroether, de 18 de agosto de 1883.— A propósito de la apertura de los Archivos Vaticanos, decretada por León XIII en 1881 y realizada en 1883, es interesante conocer el pensamiento de Pío X, pues una vez más nos manifiesta la sabiduría de sus criterios.

Hablando el 17 de octubre de 1903 con el famoso historiador de los Papas, L. Pastor, le dijo:

«No hay que tener miedo a la verdad. Ha hecho usted bien, en su excelente obra, en señalar las debilidades humanas de los Papas, porque esas debilidades son como nubes delante del sol, el cual no pierde por eso su esplendor». (Cfr. *Historiches Jahrbuch*, XXIV, pp. 916-917).

[6] Motu Proprio *Romanis Pontificibus*, de 17 de diciembre de 1903 (Acta Pii X, v. I, pp. 113-116).

[7] Encíclica *E supremi apostolatus*, de 4 de octubre de 1903 (Cfr. Acta Pii X, v. L, p. 9).

[8] *Ibid.*

[9] *Ibid.* pp. 182-184.

[10] Carta al Cardenal Ferrata, Prefecto de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, 16-I-1905. (ACTA PII X, v. II, pp. 142-143).

[11] *Ibid.*

[12] *Ibid.*—Cfr. también Encíclica *Pieni l'animo*, a los obispos de Italia, 28-VII-1906. (ACTA PII X, v. III, pp. 166-167).— Constitución Apostólica *Susceptum inde*, 25-III-1914 (ACTA AP. SEDIS, año VI, pp. 213-215).

[13] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, pp. 876-877.— Cfr. también CARD. G. DE LAI, *Ord. Rom.*, f. 546.

[14] Carta de la Sagrada Congregacion de Obispos y Regulares, 10-V-1907. (Cfr. ACTA PII X, pp. 43-51).— *Programma e ordinamento scolastico, educativo e disciplinare dei Seminari d'Italia*, Roma 1908. Cfr. también Carta de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, 16-VII-1912. (ACTA AP. SEDIS, año IV pp. 491-498).

[15] Carta de la Sagrada Congregación Consistorial, 16-VII-1912 (ACTA AP. SEDIS, Año IV, p. 498).

[16] *Ibid.*, p. 491.

[17] Constitución Apostólica *In praecipuis*, 29-VII-1913. (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año V, pp. 297-300).

[18] Carta autógrafa al Revmo. Mons. D. Spolverini, Rector del Pontificio Seminario Romano Maggiore al Laterano (Cfr. C. SICA, *Cenni storici del seminario Pontificio Romano*, p. 122, Roma 1914).

[19] Repitiendo advertencias ya hechas muchas veces, Pío X escribía en su Motu Proprio *Sacrorum Antistitum*, de 1 de septiembre de 1910: «No se debe pensar que los Seminarios deban ser abiertos solamente para el estudio o solamente para la piedad. Para tener sacerdotes bien preparados son necesarias dos cosas: la cultura de la mente y la virtud del alma» (ACTA AP. SEDIS, año 1910, p. 666).

[20] ACTA PII X, v. I, p. 8.

[21] *Ibid.*, p. 9.

[22] Ses. XXIII, can. 18.

[23] ACTA PII X, v. II, p. 93.— La misma recomendación hacía al Arzobispo de Fermo el 30 de julio de 1907 (*Summ. ex Offic.*, p. 7); al Cardenal Arzobispo de Ferrara y al Episcopado de la Región Flaminia el 15 de noviembre de 1909. (ACTA AP. SEDIS, año I, p. 807); al obispo de Fano el 10 de enero de 1910 (*Ibid.*, año II, p. 51); al Episcopado de la Región Emiliana el 18 de mayo de 1910 (*Ibid.*, año II, pp. 562-563); al Cardenal Arzobispo de S. Paolo y al Episcopado de Brasil el 18 de diciembre de 1910 (*Ibid.*, p. 311); al Cardenal D. Mercier, arzobispo de Malinas el 1 de mayo de 1911 (*Summ. ex Offic.*, ibid.); al Arzobispo de Caracas y al Episcopado de venezuela el 8 de diciembre de 1910 y el 5 de diciembre de 1913 (ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 23-26; año V, p. 547); al Arzobispo de Lima y a los obispos de Perú el 23 de enero de 1913 (*Ibid.*, año V, p. 30).

[24] ACTA PII X, v. III, p. 167.

[25] *Ibid.*, pp. 165-168.— Cfr. también Encíclica *Iucunda sane*, 12-III-1904 (ACTA PII X, v. I, p. 208).— Carta al Cardenal Vicario, 5-V-1904 (ibid., p. 259).— Encíclica *Pascendi*, 8-IX-1907 (*ibid.*, p.97) —Motu Proprio *Sacrorum Antistitum*, 1-IX-1910 (ACTA AP. SEDIS, año II, pp. 666-668).— Carta al Cardenal arzobispo de Esztergom, en Hungría, 20-X-1910 (*ibid.*, pp. 855-856).— Carta al arzobispo de Caracas, 8-XII-1910 (*ibid.*, año IV, pp. 23-26).— Cartas circulares de la Sagrada Congregación Consistorial, 16-VII-1912 y 17-X-1913 (*Ibid.*, v. IV, pp. 491-498; v. V, pp. 455-457).— Cfr. también Alocución consistorial, 17-V-1914 (*Ibid.*, v. VI, p. 261).

[26] ACTA PII X, v. I, p. 10.

[27] *Ibid.*, pp. 257-258.

[28] Carta de fecha 27 de diciembre de 1904 (ACTA PII X, v. I, pp. 418-422).

[29] Encíclica *Pieni l'animo*, 28-VII-1906 (ACTA PII X, v. III, p. 172).

[30] Encíclica *Il fermo proposito*, a los obispos de Italia, 11-VI-1905 (ACTA PII X, v. II, p. 129).— Cfr. también Decretos de la S.C. Consistorial de 18-XI-1910 y de 20-VI-1914 (ACTA AP. SEDIS, año II, p. 910; año VI, p. 349).

[31] Carta al Cardenal Vicario, 5-V-1904 (ACTA PII X, v. I, p. 259).

[32] Encíclica *Iucunda sane*, 12-III-1904 (ACTA PII X, v. I, pp. 208-209).

[33] Encíclica *Il fermo proposito*, 11-VI-1905 (ACTA PII X, v. II, pp. 129-130).

[34] ACTA PII X, v. IV, pp. 237-264.

[35] CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X: Impresioni e Ricordi*, pp. 62-63, Padua 1949.

[36] ACTA PII X, *Ibid.*, p. 238.

[37] *Ibid.*, pp. 239-247.

[38] *Ibid.*, pp. 248-258.

[39] *Ibid.*, pp. 258-263.

[40] Encíclica *Pieni l'animo*, 28-VII-1906 (Cfr. ACTA PII X, pp. 163-164).

[41] *Ibid.*, p. 165.

[42] ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 694-695.— Cfr. también Alocución a los estudiantes de las Universidades Católicas, 10-V-1909 (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año I, pp. 462-463).

[43] MONS. A. PELIZZARI, *Ord. Trev.*, p. 239.— MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1025.— MONS. G. PESCINI, *Ibid.*, f. 394.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ibid.*, f. 646.— MONS. F. CASONI, *Ibid.*, f. 274.— MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, 395.— MONS. F. SILVESTRINI, *ibid.*, p. 1471.

[44] ACTA AP. SEDIS, año VI, pp. 260-261.

[45] Ver Capítulos V y VI.

[46] ACTA AP. SEDIS, v. I, pp. 75-87.

[47] *Ibid.*, p. 77.

[48] *Ibid.*, pp. 75-78.

[49] *Ibid.*, pp. 78-87.

[50] *Ibid.*, pp. 71-72.— El Motu Proprio de 22 de noviembre de 1903 inauguraba una serie de decisiones prácticas para la restauración de la música sacra, que debían llegar a más cuidadas ediciones de canto litúrgico confiadas a los Benedictinos de Solesmes (Cfr. ACTA PII X, v. I, pp. 242-245) y a la fundación de la Escuela Superior de Música Sacra, inaugurada en 1910 y que distribuyó por todo el mundo Maestros de todas las nacionalidades, para la genuina interpretación de los textos de canto gregoriano (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año III, pp. 654-655).

[51] CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X: Impresioni e Ricordi*, p. 81.— Cfr. también *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1904, p. 606.

[52] CARD. G. LERCARO, arzobispo de Bolonia, *Per una più attiva partecipazione della famiglia di Dio ai misteri liturgici*, p. 5, Bolonia 1953.

[53] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, pp. 82-83.— Con la Constitución *Divino afflatu* de 1 de noviembre de 1911, Pío X continuó la reforma litúrgica con la del Breviario Romano, otorgando a la liturgia dominical su antigua preeminencia y a la «feria» su puesto de honor especialmente en el Adviento y en la Cuaresma. (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año III, pp. 633-651).

[54] CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X: Impressioni e Ricordi*, p. 92.

[55] *Ibid.*, pp. 94-95.

[56] Motu Proprio *Arduum sane munus*, 19-III-1904 (ACTA PII X, v. I, pp. 219-222).

[57] CARD. P. GASPARRI, *Ord. Rom.*, f. 1796.— Cfr. también *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1943, p. 178.

[58] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 92.

[59] IDEM., pp. 95-95.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 94.

[60] ACTA AP. SEDIS, año VIII, p. 466.

También la reforma de la Curia Romana, que pasó casi íntegramente al Código de Derecho Canónico, señala a Pío X como un gran legislador.

Especialmente después de los tristes acontecimientos que llevaron en 1870 a la supresión del poder temporal de los Papas, la Curia Romana pedía un nuevo ordenamiento de los diferentes Dicasterios, más adecuado al tratamiento de las causas y de los asuntos relativos al gobierno de la Iglesia.

«Ya cuando era obispo, Pío X se había lamentado de la lentitud con la que en Roma se despachaban los asuntos. El inconveniente provenía de que no estaban bien determinadas las competencias de cada una de las Sagradas Congregaciones (MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, pp. 881-882). Con la Constitución *Sapienti Consilio* de 29 de junio de 1908, llevó a cabo la necesaria reforma, determinando con precisión la competencia de cada Dicasterio, separando la materia administrativa de la estrictamene judicial y regulando con normas concretas el funcionamiento de las Sagradas Congregaciones, de los Tribunales y de los diferentes Oficios (cfr. ACTA PII X, v,.

IV, pp. 146-161.— Cfr. también *Romana Curia a B. Pio X sapienti consilio reformata*, Roma 1951).

[61] Ver Capítulo VI.

[62] Carta Apostólica *Scripturae sanctae*, 23-II-1904 (ACTA PII X, v. I, p. 176).

[63] ACTA PII X, v. I, p. 177.

[64] Carta Apostólica *Vigilantiae*, 30-X-1902.

[65] ACTA PII X, v. I, pp. 176-179.— Con el Motu Proprio *Praestantia Sacrae Scripturae* (18-XI-1907) Pío X declaraba obligatorias las sentencias emitidas por la Comisión Bíblica, dándoles el mismo valor que los decretos doctrinales de las Sagradas Congregaciones Romanas (ACTA PII X, v. IV, pp. 233-236).

[66] ACTA PII X, v. III, pp. 72-76.— Cfr. también la Carta de la Sagrada congregación Consistorial, 16-VII-1912 (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año IV, p. 497).

[67] ACTA PII X, v. IV, pp. 117-119.

[68] Carta Apostólica *Vinea electa*, 7-V-1909 (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año I, pp. 457 y ss.).

[69] Para dirigir este ateneo bíblico Pío X llamó a valiosos profesores de la Compañía de Jesús, que dieron a este Instituto Bíblico un desarrollo tan grande que superó todas las esperanzas que en esta tarea había puesto el Papa, tanto por el número de alumnos como por la calidad de la producción científica, muy apreciada por los orientalistas de todo el mundo e incluso por los centros intelectuales protestantes e israelitas.

[70] Carta Apostólica *Quum, arcano*, 11-II-1904 (ACTA PII X, v. I, pp. 169-173).

[71] ACTA AP. SEDIS, v. XXXVIII, p. 67.— Cfr. también MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1053-1056.— CARD. MERRI DEL VAL, *ibid.*, f. 893.— CARD. G. DE LAI, *Ibid.*, f. 587.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, f. 575.— CARD. T. BOGGIANO, *ibid.*, f. 851-852.

[72] MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1058-1062.— COM. G. FORNARI, *Ibid.*, f. 1344-1345.— CARD. MERRY DEL VAL, *Ibid.*, f. 894.— Comentando el interés e incluso la pasión que Pío X ponía en la construcción de nuevas iglesias, el Cardenal Merry del Val recuerda:

«Cuando cambiaba impresiones con los arquitectos, examinaba todos los detalles del proyecto que le presentaban y los estudiaba con la máxima atención; siempre tenía presente el desarrollo del ministerio sacerdotal, por eso insistía en que junto a la iglesia hubiera una casa parroquial y que hubiese una escuela cercana, así como lugares adecuados para las reuniones parroquiales y las labores anejas.

»Pío X no estimuló novedades de estilo en la construcción de iglesias, especialmente en Roma; mostró siempre una señalada preferencia por los mejores modelos de arquitectura clásica, insistiendo en que se copiaran en todo lo posible. Tómese como modelo —decía— alguna de las antiguas basílicas. Hay tan espléndidas iglesias por aquí cerca y las hay en tantas otras regiones, que es difícil superarlas; mejor es copiar las antiguas, con las debidas proporciones, más que desperdiciar el tiempo en construir feas novedades de un estilo excéntrico e indefinido» (*Pio X: Impresioni e Ricordi*, p. 77. Padua 1949).

[73] Para infundir nuevo vigor a la vida parroquial de Roma, Pío X reor-

denó completamente las Oficinas del Vicariato, señalándoles objetivos bien definidos y precisos, haciendo de ellos un centro propulsor y directivo de toda la vasta actividad apostólica de la Urbe (ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 5-22).— Cfr. también MONS. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1053-1060.

[74] ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 437-438.— Cfr. también MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1060-1062.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1339-1345.— CARD. MERRI DEL VAL, *ibid.*, f. 894.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 368-369.— PRINC. L. BARBERINI, *ibid.*, f. 1729.— MONS. G. RESPIGHI, *ibid.*, f. 1762.— «Este trabajo ingente de la reforma de la vida parroquial de Roma no fue solamente querido personalmente por el Papa, sino que él mismo lo seguía directamente y sin descanso, como yo mismo lo sé bien por mis contactos con Mons. Faberi, que fue el principal ejecutor de las directrices del Papa» (SAC. G. SAUBAT, *Ap. Rom.*, p. 469). Con toda razón Pío X ha sido considerado como «uno de los Papas que más se han interesado por el bien moral y religioso del pueblo romano» (L. JOSI, *Ord. Rom.*, f. 742).

[75] Ver Capítulos V y VI.

[76] ACTA PII X, v. I, p. 11.

[77] Pío X explicó el Evangelio y el Catecismo durante ocho años seguidos, desde 1903 a 1911 (MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 79).

[78] Primera Encíclica de 4 de octubre de 1903 (ACTA PII X, v. I, p. 11).

[79] ACTA PII X, v. II, pp. 69-84.

[80] *Ibid.*, pp. 70-71.

[81] *Ibid.*, pp. 79-80.

[82] Esta es una disposición totalmente particular de Pío X, que no cesará de recomendarla:

Así escribía el 20 de agosto de 1910 al arzobispo de Milán con ocasión de un Congreso Catequético que iba a celebrarse en esa ciudad: «Hermosas y santas son todas las demás Cofradías, pero la de la Doctrina Cristiana es absolutamente necesaria, pues bien llevada ofrece a los párrocos estupendos colaboradores seglares, con cuya cooperación podrán llevar a cabo esta labor y cualquier otro trabajo de celo pastoral, haciendo así a la parroquia ejemplar» (Archiv. Curia Arz. Milán).

[83] ACTA PII X, v. II, pp. 81-82.

[84] Ver Capítulos III, V y VI.

[85] Encíclica *Editae saepe*, 26-V-1910 (ACTA AP. SEDIS, año II, pp. 368-369).

[86] Ver Capítulo V, nota 24.

[87] Carta a su Vicario, el Cardenal P. Respighi, 18-X-1912 (ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 690-692).— Cfr. también Carta al Card. B. Richard, arzobispo de París, 8-XII-1903 (ACTA PII X, v. I. pp. 101-102).

Este texto único de Catecismo, conocido con el nombre de Catecismo de Pío X, fue compilado por una Comisión de teólogos bajo la dirección personal del Papa, que se interesó tanto por este trabajo que se podía decir que era su verdadero autor (MOSS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 91.— Cfr. también MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1002).

[88] Entre los Congresos Catequísticos que se celebraron en diversas ciudades de Italia son de recordar el de Milán, en el año 1910, y el de Brescia, en 1912, donde se acordó la necesidad de un ordenamiento parroquial

del Catecismo en forma de verdadera escuela, según la mente de S. Carlos Borromeo.

[89] A. Arnauld (1612-1694), Doctor por la Sorbona, fue propagador de esta doctrina derivada de los errores Cornelio Jansenio (1585-1638), con su Tratado *De la fréquente Communion*, publicado en 1643 y que se hizo tan popular como una novela en Francia, en Holanda, en Bélgica y también en Italia.

[90] Ses. XXII, c. VI.

[91] ACTA PII X, v. II, p. 254.— Con el decreto *Post editum* (7-XII-1906), Pío X dispensaba a los enfermos y a los impedidos del estricto ayuno natural, para que pudiesen recibir con frecuencia la Comunión (ACTA AP. SEDIS, año II, p. 898).

[92] ACTA AP. SEDIS, año II, pp. 577-578.

[93] MARÍA, ANA y LUCIA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 84, 141.

[94] SUMA TEOLOGICA, q. 80, a. 9.

[95] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 361.

[96] SR. MODESTO DELL'INMACULATA, *Ord. Mant.*, p. 95.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 361.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 888.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2079.— A. SILLI, *ibid.*, f. 770.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, f. 570.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1506.

Hablando un día con Mons. A. M. Chesnelong, obispo de Valence, Pío X, que conocía la oposición que su Decreto sobre la Comunión de los niños había levantado en Francia, le dijo: En Francia se critica ásperamente la Comunión precoz que hemos decretado, pero hemos de decir que por medio de ella, entre los niños habrá santos y Ud. lo verá. (Testimonio de Mons. Chesnelong: Arch. Post.).

Un párroco francés de la diócesis de Aire se complacía en señalar los efectos saludables de la Comunión a los niños. Decía al Cardenal Merry del Val que el 90% de los pequeños llegaban a la primera Comunión en estado de inocencia, mientras que antes esto no sucedía (Cfr. SAC. F. SAUBAT, *Ord. Rom.*, f. 1301).

[97] Alución *Je vous remercie*, 14-VIII-1912 (Cfr. ACTA AP. SEDIS, v. IV, p. 261).— Cfr. H. BORDEAUX, de la Academia de Francia, *Images Romaines*, c. IV, pp. 127-131, París 1950.

A propósito de esto, Mons. G. Pescini, Secretario Particular de Pío X, recordaba que durante unos cuantos años fueron llegando al Papa innumerables cartas de niños y de familias de todo el mundo católico agradeciendo a Pío X su Decreto sobre la Comunión de los niños. A veces ocurrían episodios conmovedores, como la conversión de alguno de los padres impresionados por la manera con que sus hijos se acercaban a recibir la Comunión, en una actitud tal, que no parecía propia de su edad (*Ord. Rom.*, f. 362).

[98] ACTA AP. SEDIS, año 1911, pp. 587-588.— Además de estos Congresos Eucarísticos aquí señalados, durante el pontificado de Pío X se celebraron los de Bogotá y Malta en 1913 y el grandioso de Lourdes en 1914.

CAPITULO XI

[1] Cfr. Encíclica *Rerum novarum*, 15-V-1891.

[2] Ver Capítulos V y VI.

[3] Cfr. Encíclica *Graves de communi*, 18-I-1901; *Istruzioni della S.C. degli Affari Eccl. Straordinari*, 27-I-1902 (Cfr. ACTA AP. SEDIS, v. XXXIV (1901-1902), pp. 401-402).

[4] Carta Apostólica del 24 de agosto de 1901 al Congreso Católico de Tarento (ACTA LEONIS XIII, v. XXI, pp. 142-143).

[5] Ver Capítulos V y VI.

[6] *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1903, p. 703.

[7] Encíclica *Quod apostolici muneris*, 28-XII-1878; *Rerum novarum*, 15-V-1891; *Graves de communi*, 18-I-1901.

[8] Carta de 6 de noviembre de 1903 a la Presidencia del XIX Congreso de los Católicos de Italia (ACTA PII X, v. I, p. 52).

[9] Ver Capítulos VI y VIII.

[10] DOCT. A. VIAN, *op. cit.*, c. IV, pp. 221-222.— Cfr. también PROF. A. BOTTERO, *Ord. Trev.*, p. 810.

[11] ACTA PII X, v. I, p. 118.

[12] Ver Capítulo VI.

[13] Ver la nota n. 7 anterior.

[14] ACTA PII X, v. I, p. 118.

[15] *Ibid.*, pp. 124-125.

[16] Carta Circular del Cardenal Secretario de Estado a los Ordinarios de Italia, 28-VII-1904 (ACTA PII X, *ibid.*, pp. 312-317).— Después de 30 años de gloriosos y tristes acontecimientos declinaba esta gran organización de las fuerzas católicas de Italia.

Su entonces Presidente, el inolvidable Conde G.B. Paganuzzi de Venecia, que había entregado a la causa de la Iglesia toda su vida de estudioso y de creyente, acudió inmediatamente a los pies de Pío X y le dijo estas palabras, que honran su memoria: Si el desgarro de mi corazón pudiese anticipar aunque no fuera más que un solo instante el triunfo de la Iglesia, lo ofrezco todo. No sabría decir más (Testimonio de DON L. ORLONE: Cfr. CONDESA MARIA PIA PAGANUZZI, *Ord. Ven.*, p. 1276).

[17] Carta al card. D. Svampa, arzobispo de Bolonia, 1-V-1905 (Cfr. ACTA PII X, v. II, pp. 53-55).— Cfr. también Encíclica *Pieni l'animo*, a los obispos de Italia, 28-VII, 1906 (ACTA PII X, v. III, p. 173).

[18] Encíclica *E supremi apostolatus*, 4-X-1903 (ACTA PII X, v. I, p. 6).

[19] ACTA PII X, v. II, pp. 113-118.

[20] *Ibid.*, pp. 118-119.

[21] *Ibid.*, pp. 119-120.

[22] *Ibid.*, p. 120.

[23] *Ibid.*, p. 121.

[24] *Ibidem.*

[25] *Ibid.*, pp. 121-122.— El empeño que puso Pío X en dar una solución cristiana a los problemas económico-sociales está patente por el interés especial que desplegó para promover con todos los medios la Scuola di Studi Sociali de Bérgamo, dirigida por el Conde Stanislao Medolago-

Albani. Las cartas de Pío X dirigidas a este estudioso de sociología cristiana pueden considerarse como un verdadero tratado de Sociología y de Acción Católica (CARD. A. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2085).

[26] *Ibid.*, pp. 122-123.

[27] *Ibid.*, p. 123.

[28] Cfr. *Ibid.*, pp. 123, 127.

[29] Estas tres grandes Uniones Católicas, nacidas en 1906, fueron el resultado del asiduo trabajo de cuatro hombres eminentes, a quienes Pío X había confiado la reorganización del movimiento católico italiano: G. Toniolo, Profesor de Economía Política en la Universidad de Pisa; el Conde Stanislao Medolago-Albani y el Prof. Nicolò Rezzara, de Bérgamo, así como el Com. P. Pericoli, Presidente de la Sociedad de la Juventud Católica Italiana (Pío X, *Lettera al Card. G. Callegari, Vescovo di Padova, in data 5 Diciembre 1904*: Cod. 1100 de la Biblioteca del Seminario de Padua).

[30] PRINC. C. GIUSTINIANI-BANDINI, *Ord. Rom.*, ff. 1670-1671.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 893.

[31] *Carta allos Ordinarios de Italia, del Cardenal Secretario de Estado, 28-VII-1904* (cfr. ACTA PII X, v. I, pp. 315-316).

[32] ACTA PII X, V. I, p. 13.

[33] Pío X sabía que lo que conquista las mentes y los corazones no son las palabras violentas y las discusiones agrias, sino la verdad presentada con claro discernimiento y con objetiva serenidad, por eso deseaba firmemente que la prensa católica no atacase nunca a las personas, especialmente si estaban constituidas en cualquier dignidad eclesiástica. No dejó nunca de elevar su voz con advertencias solemnes ni incluso de tomar medidas enérgicas contra los periodistas que con falta de comprensión olvidaban que la polémica, para ser persuasiva y eficaz, no debía estar nunca disociada de la caridad (Cfr. CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2045-2046.— Cfr. también MONS. G. PESCINI, *Memorie mss.*, Archiv. Postul.).

[34] ACTA PII X, v. II, pp. 128-129.

[35] Ver Capítulo VI.

[36] Primera Carta Enciclica de 4 de octubre de 1903 (ACTA PII X, v. I, pp. 13-14).— Cfr. también *Motu Proprio*, 18-XII-1903 (ACTA PII X, *Ibid.*, p. 118).

[37] Encíclica *Rerum novarum*, 15-V-1891.

[38] M. SANGNIER, *Discours* 1891-1896, 1906-1909, París 1910.

[39] Con fecha 4 de enero de 1905, el Cardenal Merry del Val, Secretario de Estado de Pío X, escribía al Cardenal Richard, arzobispo de París: «Su Santidad alaba a Vuestra Eminencia por la protección que otorga a los jóvenes de *Le Sillon*, y desea que continúe animándolos para que sigan en su trabajo, para su progreso y para un provecho mayor. El Pontífice está seguro de que también todo el Episcopado de Francia otorgará su propia benevolencia y protección a la Sociedad *Le Sillon*» (Cfr. ACTA AP. SEDIS, año III (1905), pp. 15-16.— Cfr. también *L'Univers* de París, 13-III-1905).

[40] Cfr. E. BARBIER, *Les idées du Sillon: Etude Critique*, París 1906: *Histoire du catholicisme libéral en France*, v. IV, 371-455, París 1912.— R. HAVARD DE LA MONTAGNE, *Histoire de la Démocratie chrétienne*, pp. 160-163, París 1948.

Se intentó hacer comprender a Sangnier que tomaba un camino falso; pero Sangnier, en vez de dar marcha atrás, prefirió dar al movimiento un

tono político, creyendo que así lo sustraía al juicio del Episcopado y de la Iglesia (P.G. SAURAT, *Proc. Ap. Rom.*, pp. 480-481).

[41] ACTA AP. SEDIS, año 1910, pp. 607-633.

[42] *Ibid.*, pp. 609-610.

[43] *Ibid.*, p. 612.

[44] *Ibid.*, p. 613.

[45] *Ibidem.*

[46] *Ibid.*, p. 613-614.

[47] *Ibid.*, p. 615.

[48] *Romanos*, XIII, 1.

[49] Cfr. Encíclicas de León XIII *Diuturnum illud* (29-VI-1881) e *Immortale Dei* (1-XI-1885).

[50] Cfr. ACTA AP. SEDIS, *ibid.*, pp. 615-617.

[51] Cfr. *Ibid.*, pp. 617-618.

[52] *Ibidem.*

[53] Encíclica *Diuturnum illud*, 29-VI-1881.

[54] ACTA AP. SEDIS, *ibid.*, p. 619.

[55] Cfr. *Ibidem.*

[56] *Ibid.*, pp. 619-620.

[57] Cfr. *Ibid.*, p. 620.

[58] *Ibidem.*

[59] *Ibid.*, p. 622.

[60] *Ibid.*, p. 628.

[61] Primera Encíclica de 4 de octubre de 1903 (ACTA PII X, v. I, p. 13).

[62] ACTA PII X, *Ibid.*, p. 124.— Ver también p. 259.

[63] Encíclica *Communium rerum*, 21-IV-1909 (ACTA AP. SEDIS, año 1909, p. 365).

[64] Carta al Conde Stanislao Medolago-Albani, Presidente de la Unión Económica Social Católica, 19-IV-1904 (ACTA PII X, v. I. pp. 216-217).

[65] Carta al mismo, 19-IV-1909 (ACTA PII X, v. I, p. 205).

[66] Encíclica *Jucunda sane*, 12-IV-1904 (ACTA PII X, v. I, p. 205).

[67] Carta al Conde Stanislao Medolago-Albani, 22-XI-1909 (Arch. Postul.).

[68] *Romanos*, I, 16.

[69] Carta al Conde Medolago-Albani, 15-IV-1910 (ACTA AP. SEDIS, año 1910, pp. 223-224).

[70] Arch. Postul.— Insistiendo en la sinceridad y lealtad cristianas, de las que deben estar animadas las asociaciones católicas, Pío X escribía al Preboste de Casalpusterlengo, de Lombardía, con fecha 20-X-1912:

«La verdad no necesita adornos, nuestra bandera debe ser una bandera desplegada. Solamente con la lealtad y con la franqueza podremos hacer algún bien, atacados por nuestros adverdarios, pero respetados por ellos, de manera que conquistemos su admiración y quizá incluso que retornen al bien» (Arch. Postul.).

[71] P. J. BIEDERLACK, *Il movimento operaio cattolico in Germania:* Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1911, v. III, pp. 513-534.

[72] Encíclica *Singulari quadam*, 24-IX-1912 (ACTA AP. SEDIS, año 1912, pp. 657-662).

[73] ACTA AP. SEDIS, *Ibid.*, p. 658.

[74] *Ibid.*, pp. 658-659.
[75] *Ibid.*, p. 659.
[76] *Ibid.*, pp. 659-660.
[77] *Ibid.*, pp. 660-661.
[78] *Ibid.*, pp. 661-662.
[79] ACTA AP. SEDIS, año VI, pp. 261-262.
[80] El 13 de octubre de 1874, Pío IX respondiendo a varias preguntas que le habían llegado acerca de si era lícito a los católicos formar parte del Parlamento italiano, afirmó que «era absolutamente imposible, porque la elección de los Diputados no era libre; porque no era admisible el juramento incondicionado con el que se sancionarían los expolios hechos a la Iglesia, los sacrilegios cometidos, la enseñanza anticatólica y todas las cosas que se llevarían a cabo en el futuro». (Cfr. E. CLERICI, *Pío X: Vita e Pontificato*, p. 286, Milán 1928).

Tres años más tarde, deplorando que hubiera quienes sostenían que el único medio eficaz e indispensable para defender los sagrados derechos de la Iglesia era participar en las elecciones políticas y ocupar escaños en el Parlamento, en un Breve de 29 de enero de 1877 dirigido al Presidente de la Sociedad de la Juventud Católica Italiana, advertía que eso no sería más que «una ventaja incierta y tanto más dudosa cuanto que había que combatir no ya contra un error de las mentes, sino contra la voluntad hostil del mayor número de los votantes encendidos en odio contra la religión» (ACTA PII X, v. VII, p. 1, pp. 208-283).— Cfr. también Carta de 21 de enero de 1878 (*Ibid.*, pp. 471-472).

[81] Carta al Cardenal Lucido M. Parocchi, 14-V-1895 (Cfr. ACTA LEONIS XIII, v. XV, pp. 220-221, Roma 1896).— Después de 1870, el *Non expedit* se convirtió en una de las formas de protesta con la que la Santa Sede afirmaba no poseer una sólida y segura garantía de su soberana independencia y libertad. La famosa Ley de Garantías de 13 de mayo de 1871, que reconocía a la Santa Sede privilegios y garantías pensadas —decía Pío IX— con la intención de que para el Papado hiciese las veces de aquel Principado Civil del que por medio de una larga serie de maquinaciones había sido expoliado (Enc. de 15 de mayo de 1871), no podía garantizar la independencia y la soberana libertad del Papa, porque era una ley unilateral, nunca aceptada por la Santa Sede. Por eso, era natural que la Santa Sede protestase contra la violación de su libertad y de sus derechos inmutables e imprescriptibles.

[82] El lema «Ni elegidos ni electores», de D. Giacomo Margotti —campeón del periodismo católico italiano— resurge en 1860 como protesta conta las ilegalidades perpetradas contra los católicos que entonces habían sido elegidos Diputados, haciéndoles imposile cualquier acción en el Parlamento.

[83] Circular del Conde Medolago-Albani, 3-XII-1904 (Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1904, v. IV, pp. 762-763).

[84] Esta era la consigna dada por *L'Osservatore Romano* el 11 de junio de 1880, reafirmada más tarde, en 1896, en el batallador *Osservatore Cattolico* de Milán, de Don David Albertario, decidido defensor de las libertades de los católicos italianos.

[85] Aun cuando los católicos no podían participar directamente en la

vida política como Diputados del Parlamento, no estaban ausentes de los grandes problemas de la misma, no dejaban de hacer sentir su influencia extraparlamentaria. Muchos proyectos de ley, inspirados en criterios anticlericales, naufragaron en aquel tiempo, porque fuera del Parlamento, la masa de los católicos que iba de éxito en éxito en las elecciones administrativas comarcales y provinciales, elevaba protestas y movía a la opinión pública.

[86] MONS. A. MARCHESAN *Ord. Trev.*, p. 1214.— Los puntos principales de la lucha anticlerical de los Gobiernos de aquel tiempo eran: la escuela laica, para descristianizar la juventud; el matrimonio civil previo al religioso, para arrebatar al Matrimonio su valor de Sacramento; el divorcio, para disolver la familia.

[87] Quienes vivieron la vida italiana de aquel tiempo tienen que recordar los movimientos insurreccionales que turbaron a Italia durante los primeros ocho años del pontificado de Pío X. En los bloques masónicos, dueños de una gran parte de las Comunas, en los conventículos del descreimiento y del laicismo radical, se lanzaban las más horrendas blasfemias contra Dios, contra la Iglesia y contra el Papa, acompañadas de agresiones sangrientas contra el clero (Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, años 1904-1911).

[88] Encíclica *Il fermo proposito*, a los obispos de Italia, 11-VI-1905 (ACTA PII X, v. II, pp. 124-125).

[89] *Ibid.*, p. 125.

[90] Cfr. *Ibidem.*

[91] *Ibid.*, pp. 125-126.

[92] *Istruzioni date ai Vescovi per le elezioni politiche in Italia dal Cardinale R. Merry del Val, Segretario di Stato di Pio X* (Arch. Postul.).— El 13 de agosto de 1912, el mismo Cardenal Merry del Val, insistiendo en el pensamiento del Papa, escribía al Cardenal P. Maffi, arzobispo de Pisa:

«El Santo Padre no quiere de ninguna manera, por las importantes razones que Vuestra Eminencia comprende, la formación de un partido católico político, y quedan excluidas, por consiguiente, las candidaturas de los católicos en cuanto tales» (*Disquisitio Sect. Hist. S. RR. C.*, p. 99, Roma 1950).

[93] *Ibid.*— Cfr. también CARD. MERRI DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 924.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, ff. 2040-2041.

[94] ACTA PII X, *Ibid.*, p. 125.

[95] *Summ. ex offic.*, p. 12.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 878.

[96] «En cuanto a la Cuestión Romana, el Cardenal Sarto pensaba del mismo modo que el Papa, pero alimentaba una cierta simpatía por la idea de una entente entre la Santa Sede y el Gobierno italiano» (MONS F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 395).

[97] «Recuerdo que un dia dije al Papa que si el Gobierno italiano hubiese deseado tratar acerca de la Cuestión Romana, yo pensaba que él no habría accedido. El Papa me respondió: «¡Oh, nada de eso!», dándome a entender que habría tratado de ello gustosamente» (MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 87).

[98] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2046.— Cfr. también DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 881.

[99] Carta al Conde Stanislao Medolago-Albani, 21-V-1909 (Arch. Postul.).

[100] G. ASTORI, *Il Beato Pio X e Mons. G. Bonomelli: Note storiche con documenti inediti* (Cfr. «Vita e Pensiero» de Milán, año 1951, pp. 645-651).

[101] *Summ. ex offic.*, p. 13. «En la audiencia que tuve con Pío X el 22 de febrero de 1912, para saber qué orientación debía seguir la Dirección de la Acción Católica de Padua en la cuestión del Poder Temporal de la Iglesia, después del hecho nuevo de la participación de los católicos en las elecciones políticas, claramente autorizada por él mismo, el Papa se limitó a aconsejar que los católicos italianos dejasen de lado la Cuestión por razones de oportunidad, añadiendo: "No habléis de lo Temporal; cuando se saca a relucir lo Temporal, los anticlericales se convierten en leones"» (MONS. BELLINCINI, *Memoria mss.*, 23-XII-1951, Arch. Postul.).

[102] Cfr. M. SCADUTO, S.J., *Episodi della vita politica di Francesco Crispi: Tentativi di riconciliazione con la Santa Sede* (Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1945, pp. 14-24, 223-224).

[103] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 977.— Cfr. también MONS. G. PESCINI, *Ibid.*, p. 413.

[104] Cfr. Alocución de León XIII al Sacro Colegio de Cardenales, 13-XII-1890 (Cfr. ACTA LEONIS XIII, v. X, p. 377, Roma 1891).

[105] Cfr. CONDE G. DALLA TORRE, *Ap. Rom.*, p. 430.

[106] Cfr. *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1913, v. IV, pp. 739-745.— Cfr. también *L'Osservatore Romano*, 25-II-1939.

[107] Encíclica *Il fermo Proposito*, a los obispos de Italia, 11-VI-1905 (ACTA PII X, v. II, . 125).

[108] Archiv. Ing. G. Sartor, sobrino segundo de Pío X.

[109] ACTA PII X, v. I, pp. 6-7.

[110] *Ibid.*, v. II, pp. 67-68.

[111] *Ibid.*, pp. 197-204.

[112] *Ibid.*, v. III, p. 232.

[113] *Ibid.*, v. II, pp. 56-58.

[114] Capítulo VIII, nota 4.

[115] ACTA PII X, v. III, pp. 42-43.

[116] *Ibid.*, v. I, pp. 250-252; v. III, p. 140; v. V, pp. 52-53. ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 526-527; año VI, pp. 173-176.

[117] *Ibid.*, v. III, pp. 159-160.

[118] ACTA AP. SEDIS, año IV, pp. 521-525.

[119] Encíclica *Il fermo proposito*, 11-VI-1905 (ACTA PII X, p. 114).

[120] Carta de 11 de junio de 1911 a Mons. D. Falconio, Delegado Apostólico en los Estados Unidos de América (ACTA AP. SEDIS, año III, pp. 473-474).

[121] ACTA AP. SEDIS, año V, pp. 89-93.— Cfr. también *L'Osservatore Romano*, 23-VI-1911.

[122] *La Civiltà Cattolica* de Roma, año 1914, p. 96.

[123] *Dict. de Droit Canonique*, v. III, letra C, col. 1439, París 1942.

[124] El Cardenal Merry del Val murió el 26 de febrero de 1930, dejando un recuerdo imperecedero por su espléndido trabajo y por sus virtudes poco comunes.

Están en curso los Procesos Informativos para su Causa de Beatificación y Canonización (Cfr. P.G. DAL-GAL, *Il Cardinale R. Merry del Val, Segretario di Stato del Beato Pio X*, Roma, Ediciones Paulinas 1954).

CAPITULO XII

[1] Cfr. *La fama di santità del S. di D. Pio X nel pensiero del mondo cattolico: Lettere Postulatorie*, p. 18, Roma 1939.

[2] Creado Cardenal el 16 de diciembre de 1935, murió en París en 1942.

[3] Cfr. *Revue Pratique d'Apologétique*, 1-IX-1914.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X: Impressioni e Ricordi*, pp. 43-46.

[4] Arch. de la Postul.

[5] *Proc. Ord. Rom.*, ff. 1660-1661.

[6] *Proc. Ord. Ven.*, p. 1684.

[7] R. BAZIN, *Pie X*, c. IX, pp. 83-84, París 1928.

[8] Cfr. *La Croix de Bélgique*, 5-VIII-1928.

[9] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 80.

[10] Esto dicen todos los testimonios de los Procesos Ordinarios y Apostólicos.

[11] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, ff. 871-872.

[12] IDEM, *Ibid.*, f. 872.— Cfr. CARD. G. BISLETI, *Ord. Rom.*, ff. 1837-1838.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, ff. 1138-1139.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, f. 562.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 538.— MONS. C. RESPIGHI, *ibid.*, f. 1766.— A. SILLI, *ibid.*, ff. 784-785.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 81.

[13] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 426.

[14] A. SILLI, *Ord. Rom.*, f. 785.

[15] G. LORETI, *Ord. Rom.*, f. 1543.

[16] MONS. G. BRESSAN, *Memorie mss.*, Arch. Postul.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 255.— CARD. G. BISLETI, *Ibid.*, f. 1837.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 225.

[17] G. LORETI, *Ord. Rom.*, f. 1534.— A. VENIER, *ibid.*, f. 1444.

[18] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 81.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 426.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ibid.*, f. 1137.— CARD. R. SCAPINELLI, *ibid.*, f. 1600.— A. SILLI, *ibid.*, f. 766.— A. VENIER, *ibid.*, f. 1438.— F. SENECA, *ibid.*, ff. 1644-1645.

[19] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 939.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, f. 578.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1159.— A. SILLI, *ibid.*, f. 766.

[20] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 426.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1164.— MONS. G. GASONI, *ibid.*, f. 255.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 930.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2017.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, f. 583.— A. SILLI, *ibid.*, f. 732.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1483.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1399.— MONS. A. CARON, *ibid.*, f. 515.— MONS. F. ZANOTTO, *ibid.*, f. 211.

[21] A. SILLI, *Ord. Rom.*, f. 784.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1164.— L. JOSI, *ibid.*, ff. 744-745.

[22] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1037.

[23] MONS. G. PESCINI, *Memorie mss.*, Arch. Postul.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 562.— A. SILLI, *ibid.*, f. 766.— G. LORETI, *ibid.*, f. 1542.— PRINC. MARIA G. GIUSTINANI BANDINI, *ibid.*, f. 1687.— F. ROSA, *Ibid.*, f. 829.— DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Rom.*, p. 879.— G.B. TESSARI, *Ap. Ven.*, p. 426.

[24] MONS. F. CAVALLIN, *Ap. Trev.*, pp. 180-181.— MONS. A. ROMANELLO, *Ord. Trev.*, pp. 65-67.— G. BEGHETTO, *ibid.*, p. 167.— MONS. E. BACCHION, *Ibid.*, pp. 531-532.

[25] CARD. G. BISLETI, *Ord. Rom.*, f. 1863.

[26] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ap. Rom.*, p. 1160.— A. SILLI, *Ord. Rom.*, f. 766.— CONT. MARIA WALTER-BAS, *Ap. Ven.*, p. 503.

[27] MONS. A. TAIT, *Ord. Rom.*, f. 1229.

[28] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 923.— MONS. G.B. PAROLIN, *ibid.*, f. 717.

[29] LUCÍA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 408.— L. BOSCHIN, *ibid.*, p. 367.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 111.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, p. 824.

[30] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 922.— MONS G. PESCINI, *ibid.*, ff. 400-401.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1158-1159.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 273.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 707.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1518.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 153.

[31] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 412.— Cfr. también MARÍA SARTO, *ibid.*, f. 99.

[32] ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 153.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 90.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, p. 921.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, p. 911.— MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 449.— MONS. F. ZANOTTO, *ibid.*, f. 209.

[33] *Proc. Ord. Rom.*, f. 922.

[34] MONS. G. PESCINI, *Memorie mss.*, Arch. Postul.— MONS. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1160.— P.G. ERCOLE, *ibid.*, f. 1127.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 705.— COM. PIO FOLCHI, *Ap. Rom.*, p. 250.

[35] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 824.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1153.

[36] SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, f. 1703.

[37] Cfr. CARD. A. CAPECELATRO, *Le Virtù Cristiane*, p. 203, Roma 1913.

[38] SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, pp. 1691, 1693.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 396.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1169.— CARD. A. SILJ, *ibid.*, ff. 606-607.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1084.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1408.— MONS. L. PAROLIN, *Ap. Trev.*, p. 591.

[39] *Isaías*, LXIII, 3.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1696.— MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 522.— Cfr. también Carta del Beato al Conde Apponyi, 9-XI-1910 (Arch. de la Secretaría de Estado).

[40] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 111-112.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ap. Rom.*, p. 911.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 423-433.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2109.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1408.— F. ROSA, *ibid.*, f. 827.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1695.— DOCT. F. SACCARDO, *ibid.*, p. 901.

[41] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 877.— Cfr. *L'Osservatore Romano*, 24-IX-1910.

[42] Esto dicen todos los testimonios de Riese, de Salzano, de Treviso, de Mantua y de Venecia.

[43] CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 578.— A. SILLI, *ibid.*, f. 766.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 255.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1159.

[44] *San Mateo*, XI, 29.

[45] *Proc. Ord. Rom.*, f. 928.— Cfr. también MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 118.— MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 277.

[46] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1164.

[47] *Summ. ex offic.: De Scriptis S.D. Pii PP. X*, pp. 4-5, Roma 1950.

[48] *Ibid.*, p. 5.

[49] *Ibidem.*

[50] MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1079.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 153.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 425-426.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 928.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1037.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1483.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 682.— COM. B. NOGARA, *Ap. Rom.*, p. 182.

[51] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 425.

[52] IDEM, *ibid.*, f. 399.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1079.

[53] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 425.

[54] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 351.— MONS. G. BIANCHI, *ibid.*, f. 989.

[55] MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *Ord. Ven.*, p. 1536.

[56] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 928.

[57] Testimonio de su Exc. V.E. Orlando: Cfr. R. MERRY DEL VAL. *Pio X: Impressioni e Ricordi*, pp. 32-33, Padua 1949.

[58] CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, pp. 30-32, 59.

[59] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, ff. 928-929.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1037.

[60] MONS. E. HOENING O'CARROLL, *Ord. Rom.*, f. 1536.

[61] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 928.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1164.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2106.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1397.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1483.— PRINC. M.C. GIUSTINANI BANDINI, *ibid.*, f. 1689.

[62] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 420.— Cfr. CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 871.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1038.

[63] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 420.— Cfr. MONS. G. BIANCHI, *ibid.*, f. 1989.

[64] Carta de 8 de septiembre de 1908 (*Summ. ex offic.*, p. 4).

[65] Carta de 3 de agosto de 1909 (*Ibidem*).

[66] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 431.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 932.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 549.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1397.— CARD. C. CACCIA DOMINIONI, *ibid.*, f. 1585.— CARD. O. CAGIANO DE AZEVEDO, *ibid.*, f. 1610.— G. PAQUALI, *ibid.*, f. 1591.— F. SENECA, *ibid.*, f. 1655. Tan persuadido estaba el Santo de lo que decía, que expresiones como ésta se repiten incluso en algunas de sus cartas, como en las de 1 de septiembre de 1908, 29 de mayo, 18 y 26 de octubre de 1911, 20 de febrero de 1912, 19 de diciembre de 1913 (*Summ. ex offic.*).

[67] CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 588.

[68] MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, ff. 514-515.— MONS. F. CAVALLIN, *Ap. Trev.*, p. 192.

[69] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 426.

[70] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2106.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1084.— PRINC. MARIA C. GIUSTINIANI BANDINI, *ibid.*, ff. 1693-1694.

[71] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 917.

[72] MONS. F. RIDOLFI, *Ord. Trev.*, p. 1481.— Cfr. MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 426.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 929.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 548.— Cfr. también CARD. D. SCAPINELLI DI LEGUIGNO, *Ord. Rom.*, f. 1621.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1069.

[73] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 442.— Cfr. también Cartas del Santo a los Mons. F. Gasoni y V. Ungherini, de 4 de mayo de 1912, y de 4 de enero y 23 de julio de 1913 (*Summ. ex offic.*, p. 6).

[74] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1037.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 274.

[75] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 929.— Cfr. CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2106.

[76] CARD. MERRY DEL VAL,*Ord. Rom.*, f. 929.— Cfr. también IDEM, *op. cit.*, p. 103.

[77] MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, d. VIII, p. 256.

[78] CARD. R. SCAPINELLI DI LEGUIGNO, *Ord. Rom.*, f. 1621.

[79] Testimonio de Mons. G. Rumeau, obispo de Angers: Cfr. CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 929.

[80] Carta al Card. P. Coullié, arzobispo de Lión, 30-VII-1912 (*summ. ex offic.*, p. 5).

[81] Carta de 23 de julio de 1907 (*ibid.*).

[82] Carta de 29 de septiembre de 1910 (*ibid.*).

[83] Carta de 25 de junio de 1914 (Arch. Secr. Estado).

[84] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 869.

[85] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 112.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, ff. 378-379.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 899.— CARD. V.A. RANUZZI, *ibid.*, f. 581.— CARD. C. CACCIA DOMINIONI, *ibid.*, f. 1582.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1157.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1078.

[86] MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *Ord. Ven.*, p. 1515.— De ningún otro Papa la Secretaría de Estado —sin incluir el trabajo de la Secretaría particular del Pontífice— conserva tantos autógrafos como la de Pío X. (Testimonio del Archivero de la Secretaría de Estado, *Proc. Ord. Rom.*, f. 255).

[87] MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 713.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 405.

[88] MONS. G. B. PAROLIN *Ord. Rom.*, ff. 668, 713.

[89] MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 710.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 923.

[90] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1016.

[91] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 841.

[92] CARD. G. BISLETI, *Ord. Rom.*, f. 1838.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1164.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1459.

[93] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 342.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 917.— A. VENIER, *ibid.*, f. 1450.

[94] A. SILLI, *Ord. Rom.*, f. 785.— A. VENIER, *ibid.*, f. 1436.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1520.— G. LORETI, *ibid.*, f. 1534.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1397.

[95] CARD MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 917.— A. VENIER, *ibid.*, f. 1450.—

G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1515.— G. LORETI, *ibid.*, f. 1542.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1037.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 671.

[96] *Summ. ex offic.*, p. 6.

[97] *Ibidem.*— Cfr. también MONS. P. SETTIN, *Ord. Trev.*, pp. 1070-1071.

[98] *Summ. ex offic., ibid.*

[99] SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1666.

[100] MONS. A. ZAMPINI, *Ord. Rom.*, f. 1257.— V. STARMUSCH, *Ord. Ven.*, pp. 1651-1652.

[101] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1398.

[102] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 918; *Pio X: Impressioni e Ricordi*, p. 53.— CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2055.

[103] CARD. E.A. BAUDRILLART, Cfr. *Revue Pratique d'Apologétique* de París, año XVIII, septiembre 1914.

[104] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 52.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1160.— CARD N. CANALI, *ibid.*, f. 2081.— COM. G. FORMARI, *ibid.*, f. 1337.

[105] Pastoral para la Cuaresma de 1915.

[106] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 887.— Cfr. también CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2059.

[107] IDEM, *ibid.*, f. 916.— Cfr. también MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1068.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 405.— A. VERNIER, *ibid.*, f. 1450.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1514.— ANA SARTO, f. 148.

[108] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 101.

[109] *Ibidem.*

[110] ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 146.— MONS. L. PAROLIN, *Ord. Trev.*, p. 581.

[111] SAC. V. BINI, *Supplem. Proc. Ord. Mant.*, pp. 18-19.— MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1020.— Cfr. también MONS. L. PAROLIN, *Ord. Trev.*, p. 581.

[112] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 102.— MONS. R. SANS DE SAMPER, *ibid.*, p. 1161.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 401.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 913.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 549.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1045.— MONS. A. CARON, *ibid.*, f. 449.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1485.— MONS. E. HOENNING O'CARROLL, *Ord. Ven.*, p. 1529.— Cfr. también F. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 827.— MONS. A. CARON, *ibid.*, f. 522.— SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, p. 1548.— P.G. SAURAT, *Ap. Rom.*, p. 538.

[113] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, ff. 402-403.— Cfr. también CARD. N. CANALI, *ibid.*, ff. 2032-2033.

[114] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 402.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, ff. 703-704.

[115] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 916.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ap. Rom.*, p. 1161.— MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1033.— MONS. G. PESCINI, *Memorias mss.* (Archiv. Postulac.)

[116] Cfr. MONS. E. PUCCI, párroco de Roma, *Ricordo di Pio X:* cfr. *L'Avvenire de Bolonia*, 27 agosto 1942.

[117] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, pp. 98-99.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ap. Rom.*, p. 1162.

[118] Su Excelencia V.E. ORLANDO, *Ap. Rom.*, p. 783.

[119] DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 895.— Cfr. también CARD. C. KASPAR, de Praga, *Carta Postulatoria de 25 de noviembre de 1934* (Arch. Post.).— Cfr. también CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2037.

[120] Hon. P. Siliprandi, *Ai miei amici politici di Bozzolo* (Mantua): *Commentario*, pp. 33-34, Mantua 1904.— Cfr. también Mons. F. Brunetti, *Ord. Ven.*, p. 177.

[121] Mons. G. Bressan, *Ap. Rom.*, p. 105.— Mons. R. Sanz de Samper, *ibid.*, p. 1161.— Card. N. Canali, *Ord. Rom.*, f. 2059.— Sac. L. Orione, *Ord. Ven.*, pp. 1690-1691.— Mons. G. Pescini, *Ord. Rom.*, f. 401.— Princ. Maria C. Giustiniani Bandini, *ibid.*, f. 1693.— Mons. G. B. Parolin, *ibid.*, f. 711-712.— Mons. G.B. Rosa, *ibid.*, f. 1037.

[122] Card. Merry del Val, *Ord. Rom.*, f. 925.— Card. G. de Lai, *ibid.*, f. 548.— Card. A. Silj, *ibid.*, f. 607.— Card. N. Canali, *ibid.*, f. 2110.— Mons. F. Faberi, *ibid.*, ff. 1066-1078.

Una prueba que excluye toda duda es el testimonio del mismo Santo, que con fecha 18 de diciembre de 1912 escribía al Revmo. Sac. Ciceri:

«Para gobernar la Iglesia el Papa está amorosamente ayudado por muchos Eminentísimos Cardenales, pero ninguno de ellos hace en nombre propio cosa alguna que no le haya sido ordenada y no haya estado decidida con pleno acuerdo. Muchos van propalando que son tres los Cardenales que mandan, se trata de esos seres incalificables que nunca faltan en la Iglesia, los cuales, para sustraerse a la obediencia del deber, quieren convencer a su conciencia de que no están obligados, porque no es el Papa el que manda (*Summ. ex offic.*, p. 3).— Cfr. también la carta de 10 de noviembre de 1909 al obispo de Mantua (*Summ. ex offic.*, p. 2).

[123] Card. G. de Lai, *Ord. Rom.*, f. 548.— Princ. Maria C. Giustiniani Bandini, *ibid.*, f. 1693.

[124] Card. R. Scapinelli di Leguigno, *Ord. Rom.*, f. 1618.

[125] *Pio X, op. cit.*, pp. 42-43.— Cfr. también Idem *Ord. Rom.*, f. 877.— Card. P. Gasparri, Cfr. *L'Osservatore Romano*, 15-XI-1934.

[126] *Proc. Ord., Rom.*, f. 728 bis, IV.

[127] Mons. G. Bressan, *Ap. Rom.*, p. 114.— Mons. G. Pescini, *Ord. Rom.*, f. 399.— Mons. R. Sanz de Samper, *ibid.*, f. 1162.— Mons. G. Bianchi, *ibid.*, f. 1989.— Mons. A. Zampini, *ibid.*, f. 1257.— A. Silli, *ibid.*, f. 785.— G. Pasquali, *ibid.*, f. 1513.— Card. R. Scapinelli di Leguigno, *ibid.*, f. 1619.— F. Seneca, *ibid.*, f. 1647.— Com. G. Fornari, *ibid.*, f. 1392.— Mons. A. Canon, *ibid.*, f. 501.— Sac. L. Orione, *Ord. Ven.*, p. 1692.

[128] Mons. G. Pescini, *Ap. Rom.*, p. 849.

[129] Mons. F. Zanotto, *Ord. Rom.*, ff. 205-206.— Card. N. Canali, *Memorie mss.*: Arch. Post., sobre H, fasc. 10.

[130] Mons. G. B. Parolin, *Ord. Rom.*, f. 707.— Card. Merry del Val, *ibid.*, f. 883.— Idem, *op. cit.*, p. 87.— Card. N. Canali, *Ord. Rom.*, f. 2068.

[131] Card. Merry del Val, *Ord. Rom.*, f. 399.

[132] A. Silli, *Ord. Rom.*, f. 763.

[133] Mons. G. B. Parolin, *Ord. Rom.*, f. 710.

[134] Mons. G. Bressam, *Ap. Rom.*, p. 115.— Card. Merry del Val, *Ord. Rom.*, f. 930.— G. Pasquali, *ibid.*, f. 1620.

[135] Giuseppina Parolin, *Ord. Trev.*, pp. 416-417.

[136] Doct. F. Saccardo, *Ord. Ven.*, p. 876.

[137] Ana Sarto, *Ord. Rom.*, f. 153.— Mons. G. Pescini, *ibid.*, f. 419.— Card. Merry del Val, *ibid.*, f. 930.— G. Marzi, *ibid.*, f. 1483.— A. Venier, *ibid.*, f. 1451.

[138] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1165.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, ff. 1325-1326.— MONS. A. TAIT, *ibid.*, f. 1226.

[139] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1326.

[140] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 418.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1164.— F. ROSA, *ibid.*, f. 754.

[141] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 418.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, ff. 1164-1165.— Cfr. también G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1520.

[142] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 419.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1165.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 716.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1620.

[143] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 914.

[144] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 870.— MONS G. PESCINI, *ibid.*, f. 419.

[145] MONS. G. PESCINI,*Ap. Rom.*, p. 914.

[146] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1400.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 88.— G. MARZI, *Ord. Rom.*, f. 1472.

[147] MONS. G. PESCINI, *Memorie mss.*— CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 89; IDEM, *Ord. Rom.*, f. 870.

[148] COM. B. NOGARA, *Ap. Rom.*, p. 178.— Cfr. también G. BRESSAN, *ibid.*, p. 88.— CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 90.

[149] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 90.

[150] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2068.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 683.— Cfr. también cartas del Santo: al Doct. F. Saccardo de Venecia (29-V-1909), a la princesa Sciarra (31-VII-1912), al Canciller de la Curia episcopal de Foligno (1-IV-1914). Arch. Secr. Estado.

[151] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 883.

[152] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 87.

[153] Testimonio del Santo: MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 193.

[154] MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 707.

[155] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 886.

[156] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 101.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 153.— LUCÍA SARTO, *Ord. Trev.*, p. 419.— L. BOSCHIN, *ibid.*, p. 368.— A. PAROLIN, *Ap. Trev.*, p. 257.— SAC. L. PAROLIN, *ibid.*, p. 568.— GIUSEPPINA PAROLIN, *ibid.*, p. 398.— VITTORIA GOTTARDI-PAROLIN, *ibid.*, p. 662.

[157] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 81.— CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 930.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, p. 400.

[158] *Proc. Ord. Rom.*, f. 102.

[159] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 871.— A. SILLI, *ibid.*, f. 765.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 254.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1326.

[160] *Proc. Ord. Rom.*, f. 728 bis, IV.

[161] MONS. E. BECCEGATO, *Ord. Trev.*, p. 629. Ver Cap. XIV.

[162] Testimonio de Angelo Sarto: cfr. A. DE PAOLI, *Ord. Ven.*, pp. 1392-1393.

[163] Testimonio de Ana Sarto: Cfr. A. GREGORI, *Ord. Mant.*, p. 110.

[164] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 349.

[165] Sen. G. DI BAGNO, *Ord. Mant.*, pp. 139-140.— Cfr. también MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, ff. 399-400.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 254.

[166] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 85.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 140.— MONS. F. ZANOTTO, *ibid.*, f. 188.— CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X...*, p. 105.

[167] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1326.

[168] *Ibidem.*

[169] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, ff. 102-1021.

[170] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 400.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 667.— El sobrino de G.B. Parolin permaneció durante todo el pontificado de Pío X en la diócesis de Treviso. Benedicto XV, inmediato sucesor del Santo, fue quien, a propuesta del Card. Merry del Val, lo llamó a Roma y lo nombró Canónigo de S. Pedro (CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, pp. 105-106).

[171] MONS. G. JEREMICH *Ord. Ven.*, p. 103.— Cfr. también MONS. L. PAROLIN, *Ord. Trev.*, p. 570.

[172] *Summ. ex offic.*, p. 26.

[173] CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, p. 105.

[174] E. PAROLIN, *Ord. Trev.*, p. 610.

[175] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 400.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 136.

[176] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 930.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, ff. 2016-2017.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, f. 1326.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1017.— MONS. A. CARON, *ibid.*, f. 514.

[177] MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1016.

[178] MONS. E. BACCHION, *Ord. Trev.*, p. 532.

[179] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 357.— DON G. BIANCHI, *ibid.*, f. 1989.

[180] SAC. L. PAROLIN, *Ap. Trev.*, pp. 572-573.— PETRONILA DAL FIOR, *ibid.*, p. 444.— VITTORIA GOTTARDI PAROLIN, *ibid.*, pp. 662-663.— Cfr. también Carta del Santo a su sobrino Battista De Bei de Salzano, 10-IX-1905 (*Summ. ex offic.*, pp. 31-32).

[181] E. MIOTTO-SARTO, *Ord. Trev.*, pp. 948-949.

[182] MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, p. 142.

[183] *Salmo XI*, 8.

[184] *Eclo.* XXXI, 8.

[185] Princ. M.C. GIUSTINIANI BANDINI, *Ord. Rom.*, f. 188.

[186] Sen. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, ff. 1710-1711.

[187] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 1506.

[188] Cfr. Cartas del Santo, al obispo de Piacenza, 20-IX-1908; al obispo de Rimini, 6-X-1910; al Arcipreste de Ostiglia (Mantua), 6-XII-1910; al arzobispo de Montreal, 3-IV-1911; al Sac. Don Fabiani, 20-VI-1911 (*Summ. ex offic.*, p. 18).

[189] MONS. G. PESCINI, *Ord. Ven.*, f. 111.— A. SILLI, *ibid.*, f. 784.— MONS R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1165.— COM. G. FORNARI, *ibid.*, ff. 1385-1386.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, ff. 889, 911.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, ff. 1068-1069.

[190] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 912.— Cfr. también A. SILLI, *ibid.*, f. 784.

[191] CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 578.

[192] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, ff. 894-895.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, pp. 1682-1683.— COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, ff. 1359-1362, 1368.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, ff. 327-328.— L. JOSI, *ibid.*, ff. 741-742.— A. SILLI, *ibid.*, f. 780.

[193] Cfr. *Monumento a Pio X nella Patriarcale Basilica Vaticana*, pp. 95-97, Roma 1929.

[194] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, ff. 1366-1367.

[195] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 396.

[196] CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, ff. 580-581.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 911.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 396.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1067.— A. SILLI, *ibid.*, f. 779.

[197] Cond. MARIA DE CARPEGNA, *Ord. Rom.*, f. 1718.

[198] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2096.

[199] MONS. F. FABERI, *Ord. Rom.*, f. 1067.

[200] MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 1506.

[201] A. VENIER, *ibid.*, ff. 1446-1447.

[202] MONS. ARBORIO MELLA DI S. ELIA, Camarero Secreto Participante, *Ord. Rom.*, ff. 1333-1335.— Cfr. también MONS. A. TAIT, *ibid.*, ff. 1224-1225.— MONS. A. CARON, *ibid.*, ff. 484-485.

[203] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ap. Rom.*, p. 1153.

[204] MONS. G. PESCINI, *Ap. Rom.*, p. 885.— Cfr. MONS. A. CARON, *ibid.*, p. 504.

[205] P.G. ERCOLE, *Ord. Rom.*, f. 1114.— Cfr. también SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1693.

[206] CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 581.— Cfr. también G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1514.— A. VENIER, *ibid.*, f. 933.— Princ. M.C. GIUSTINIANI BANDINI, *ibid.*, f. 1687.— Cfr. también MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1441.— MONS. G.B. ROSA, *Ord. Rom.*, f. 1023.— MONS. G. JEREMICH, *Ord. Ven.*, p. 108.

[207] MONS. G. PESCINI, Memorie mss. (Arch. Post.).

[208] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 912.— CARD. G. DE LAI, *ibid.*, f. 547.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1066.

[209] MONS. E. PASSETTO, *Ord. Rom.*, f. 1637.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1694.

[210] MONS. A. TAIT, *Ord. Rom.*, ff. 1230-1231.

[211] Cfr. *L'Illustrazione Italiana*, Septiembre de 1914, p. 195.

[212] MONS. G. RESPIGHI, *Ap. Rom.*, p. 973.

[213] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 80.— CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 912.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, ff. 341-342.— A. SILLI, *ibid.*, f. 764.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 267.— A. VENIER, *ibid.*, ff. 1438-1450.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1642.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1512.— F. SENECA, *ibid.*, f. 1647.— Cfr. también MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1149.— A. SILLI, *ibid.*, f. 778.— SAC. L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1681.

[214] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1149.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1066.— G. LORETI, *ibid.*, f. 1542.

[215] CARD. R. SCAPINELLI DI LEGUIGNO, *Ord. Rom.*, f. 1621.— MONS. A. TAIT, *ibid.*, f. 1224.

[216] DON L. ORIONE, *Ord. Ven.*, p. 1684.— MONS. L. PAROLIN, *Ord. Ven.*, p. 578.

[217] Carta postulatoria (Arch. Post.).

[218] Ver capítulo I.

[219] Ver capítulo III.

[220] MONS. E. BECCEGATO, *Ord. Trev.*, p. 629.

[221] Ver capítulo IV.

[222] Primera carta pastoral al clero y al pueblo de Mantua. 18 marzo 1885.

223 MONS. A. RIZZI. *Ord. Trev.*, p. 1403.
224 MONS. G. SARTORI, *Ord. Mant.*, p. 70.
225 SAC. G. CAVICCHIOLI, *Ap. Mant.*, p. 225.
226 MONS. A. RIZZI, *Ord. Trev.*, p. 1404.
227 MONS. F. PETICH, *Ord. Ven.*, p. 394.
228 DOCT. A. VIAN, *Ord. Ven.*, p. 376.— M. PIA PAGANUZZI, *Ibid.*, p. 1278.
229 Cfr. primera encíclica, 4 octubre 1893.— Cfr. ACTA PII X, v. I, p. 15.
230 ACTA PII X, v. I, p. 31.
231 MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 406.— MONS. R. SANZ DE SAMPER, *ibid.*, f. 1153.— A. SILLI, *ibid.*, f. 783.— CARD. N. CANALI, *ibid.*, f. 2078.— MONS. F. FABERI, *ibid.*, f. 1066.— MONS. E. PASETTO, *ibid.*, f. 1636.— DOCT. F. SACCARDO, *Ord. Ven.*, p. 890.

También nosotros, no sin una emoción especial, hemos recitado más de una vez, juntamente con el Santo, el *Angelus*.

232 CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 870.— MONS. G. B. PAROLIN, *ibid.*, f. 702.— A. SILLI, *ibid.*, f. 779.
233 ACTA PII X, v. L, pp. 115-116.
234 ID. pp. 147-166.
235 CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 909.
236 MONS. P. SETTIN, párroco de Riese, *Ord. Trev.*, pp. 1053-1055.— El título de esta breve historia: *Il Santuario delle Cendrole nella Parrochia di Riese*, Roma, Tipografía Vaticana, 1910.— Cfr. MONS. P. SETIN, *Ord. Trev.*, pp. 1054-1055.— MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 1242.— MONS. G. B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 712.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 274.
237 Archivo del Prof. Gastone Andreazza, de Padua.
238 MONS. G. PESCINI, *Memorias ms.*: Archiv. Postul.— A. SILLI, *Ord. Rom.*, f. 764.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1479.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1512.— F. SENECA, *ibid.*, f. 1647.

CAPITULO XIII

1 Testimonio de Mons. L. Pisanello: Cfr. SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, p. 1558.— MONS. A. MARCHESAN, *ibid.*, p. 1261.— M. WALTER-BAS, *Ord. Ven.*, p. 505.— PROF. A. BOTTERO, *Ord. Trev.*, pp. 759-760.— MONS. G.B. PAROLIN, *Ord. Rom.*, f. 614.
2 *La Difesa* de Venecia, 5-6 agosto 1903.— MONS. A. MARCHESAN, *op. cit.*, c. XII, p. 488.— CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, p. 20.
3 MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 122.
4 MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 431.— Cfr. también CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 932.
5 ACTA AP. SEDIS, X, 38.
6 V. STARMUSCH, *Ord. Ven.*, p. 1650.
7 CARD. O. CAGIANO DE AZEVEDO, *Ord. Rom.*, ff. 1609-1610.
8 Testimonio de P. Pacifico Monza, Min. Gen. de los Menores: Cfr. A. FAGGIN, *Ord. Ven.*, pp. 1188-1189.

[9] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1171.

[10] Arch. Post.— Cfr. también CARD. V. A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 587.

[11] Arch. Post.

[12] MONS. R. SANZ DE SAMPER, *Ord. Rom.*, f. 1171.

[13] *Ibid.*, ff. 1171-1172.

[14] SAC. A. CHIACCHIOLE, *Ap. Ven.*, pp. 856-857.

[15] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 121.

[16] Arch. Post.— Cfr. también MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, 2. 121.

[17] P.G. SAUBAT, *Ord. Rom.*, ff. 1306-1307.

[18] COM. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1405.

[19] MONS. E. BACCHION, *Ap. Trev.*, pp. 162-163.

[20] Arch. Post.

[21] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, f. 1404.

[22] V. STARMUSCH. *Ord. Ven.*, p. 1655.— Cfr. también G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 122.— Es sabido que el Santo en sus últimos años padecía fuertes ataques de uremia con dolores agudísimos en los pies, que él soportaba con serenidad, sin interrumpir las audiencias ni el despacho de los asuntos de la Iglesia, incluso gastando bromas acerca de los cuidados y de las precauciones que los médicos le prescribían (MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 375.— DOCT. A. AMICI, *ibid.*, f. 1424.— PROF. E. MARCHIAFAVA, *ibid.*, f. 1702.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 922.— MONS. F. FAVERI, *ibid.*, f. 1062.

[23] CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, f. 2015.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 428.— Uno de los secretarios particulares de Pío X declaraba: «Toda esta correspondencia fue ordenada en fascículos, mes por mes y año por año y fue entregada por Mons. Bressan al Sumo Pontífice Benedicto XV» (MONS. G. PESCINI, *ibid.*).

[24] COM. G. FORNARI, *Ord. Rom.*, ff. 1382-1383.

[25] MONS. A. TAIT, *Ord. Rom.*, ff. 1218-1219.

[26] A. SILLI, *Ord. Rom.*, ff. 790-791.

[27] *Lucas*, V, 13.

[28] SAC. L. ALFI, *Ord. Rom.*, ff. 1249-1250.

[29] Arch. Post.

[30] *Ibidem.*

[31] G. NOVELLI, *Ord. Trev.*, p. 1318.

[32] P. G. SAUBAT, *Ord. Rom.*, f. 1303, *Ap. Rom.*, pp. 651-652.

[33] MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 277.— MONS. G.B. ROSA, *ibid.*, f. 1044.

[34] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 431.

[35] CARD. A.V. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 587.

[36] MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 520.

[37] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 105.— Cfr. también SAC. D. SPARGAGLIONE, *Don Orione*, pp. 206-208.

[38] A. GREGORI, *Ord. Mant.*, p. 107.

[39] SAC. V. SCALORI, *Ord. Mant.*, p. 128.— Cfr. también MONS. MARCHESAN, *op. cit.*, c. VIII, p. 268.

[40] *Proc. Ap. Rom.*, p. 123.

[41] G. NOVELLI, *Ord. Trev.*, p. 1317.

[42] DOCT. A. VIAN, *Ord. Ven.*, pp. 984-985.

[43] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 373.

[44] Testimonio del Card. L. Luçon: Cfr. CARD. N. CANALI, *Ord. Rom.*, ff. 2024-2025.

[45] MARÍA SARTO, *Ord. Rom.*, ff. 90-91.— Cfr. ANA SARTO, *ibid.*, f. 157.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 373.— A. SILLI, *ibid.*, f. 789.— VITTORIA GOTTARDI, *Ap. Trev.*, p. 681.— Testimonio de M. Passi: Cfr. DOCT. L. TAGLIAPIETRA, *Ord. Ven.*, p. 276.

[46] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, ff. 898-899.

[47] IDEM, *Pio X...*, p. 109.

[48] *Ibidem*, p. 110.

[49] DOC. A. VIAN, *Ord. Ven.*, p. 985.— MONS. A. CARON, *Ord. Rom.*, f. 498.

[50] MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 374.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 899.

[51] CARD. MERRY DEL VAL, *op. cit.*, pp. 111-112.— Cfr. también MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 374.

[52] CONT. M. PASSI, *Ord. Trev.*, p. 438.

[53] Ver Capítulo XIV.

CAPITULO XIV

[1] Testimonio de F.A. Forbes: Cfr. G. GALLONI, S.J., *Pío X*, c. XI, p. 156, Turín-Roma 1921.

[2] ACTA AP. SEDIS, año VI (1914), pp. 253-254.

[3] ACTA PII X, v. I, p. 16.

[4] Ver cap. XIII.

[5] SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, f. 1704.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, p. 576.— MONS. F. GASONI, *ibid.*, f. 263.— A. SILLI, *ibid.*, f. 776.— CARD. T. BOGGIANI, *ibid.*, f. 852.— PRINC. M.C. GIUSTINIANI-BANDINI, *ibid.*, f. 1685.— MONS. A. CARON, *ibid.*, p. 497.— MONS. F. ZANOTTO, *ibid.*, ff. 191-192.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1474.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1508.— Cfr. también MONS. G. JEREMICH, *Ap. Ven.*, p. 254.

[6] Testimonio del Santo: *Proc. Ap. Trev.*, pp. 452-453.— Cfr. también MONS. F. GASONI, *Ord. Rom.*, f. 263.

[7] ACTA AP. SEDIS, VI (1914), p. 373.

[8] CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *Ord. Rom.*, f. 581.— MONS. G. RESPIGHI, *Ap. Rom.*, p. 974.

[9] Testimonio del Santo: MONS. G. BRESSAN, *Proc. Ap. Rom.*, p. 129.

[10] SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, f. 1704.

[11] MONS. F. ZANOTTO, *Ord. Rom.*, f. 198.— MONS. G. RESPIGHI, *Ap. Rom.*, p. 974.

[12] ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 141.— SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *ibid.*, f. 1705.

[13] MONS G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 129.— SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, ff. 1709-1710.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, ff. 582-583.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 374.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1509.— SAC. L. FERRARI, *Ord. Trev.*, pp. 1523-1524.

[14] SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, f. 1704.

[15] MONS. G. JEREMICH *Ord. Ven.*, p. 107.— ANA GIACOMAZZI, *Ord. Trev.*, p. 893.— MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 91.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 899.— MONS. F. ZANOTTO, *ibid.*, f. 198.

[16] SEN. PROF. E. MARCHIAFAVA, *Ord. Rom.*, f. 1704.

[17] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, pp. 130-131.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, ff. 380, 383.— MARIA SARTO, *ibid.*, f. 91.— ANA SARTO, *ibid.*, f. 142.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 900.— Cfr. también ACTA AP. SEDIS, VI (1914), pp. 421-422.

[18] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 140.— MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 91.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 903.— Cfr. también ACTA AP. SEDIS, VI (1914), pp. 421-422.

[19] CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X...*, p. 120.— Cfr. también GIUSEPPINA PAROLIN-SALVADORI, *Ap. Trev.*, p. 421.

[20] MONS. A. ZAMPINI, *Ord. Rom.*, ff. 1266-1257.— MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 140.— ANA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 142.— CARD. V.A. RANUZZI DE BIANCHI, *ibid.*, ff. 577-578.— G. MARZI, *ibid.*, f. 1475.— G. PASQUALI, *ibid.*, f. 1512.

[21] CARD. MERRY DEL VAL, *Ord. Rom.*, f. 904.— MONS. G. PESCINI, *ibid.*, f. 384.

[22] MARIA SARTO, *Ord. Rom.*, f. 92.

[23] *Proc. Ord. Rom.*, f. 1705.

[24] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 148.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, f. 385.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 905.

[25] MONS. G. BRESSAN, *Ap. Rom.*, p. 148.— MONS. G. PESCINI, *Ord. Rom.*, ff. 585-586.— CARD. MERRY DEL VAL, *ibid.*, f. 905.

[26] Cfr. también *Proc. Ap. Rom.*, pp. 657-658.

[27] El 21 de agosto de 1914.

[28] Cfr. también *Proc. Ap. Rom.*, p. 657.

[29] Septiembre de 1914.

[30] *Il Giornale d'Italia*, 22-VIII-1914.

[31] Cfr. también *Proc. Ord. Rom.*, f. 836.

[32] CARD. MERRY DEL VAL, *Pio X...*, Pp. 28-29.

[33] *Proc. Ord. Rom.*, f. 728 bis, IV-V.

[34] Cfr. *Le Temps*, 21-VIII-1914.

[35] La tumba del Santo se encontraba a la derecha nada más entrar en las Grutas Vaticanas por la pequeña escalera bajo la estatua de S. Andrés Apóstol, era una urna de mármol, simple y sencilla, sin adornos y pobre, coronada de un tímpano; en el centro del tímpano estaba esculpido el monograma de Constantino, y debajo simplemente el nombre: PIUS PAPA X.

Una inscripción grabada en una pequeña piedra, sobre el pavimento delante de la tumba, sintetizaba así el carácter, las virtudes y la actividad pontificia del grande y santo papa:

PIUS PAPA X
PAUPER ET DIVES
MITIS ET HUMILIS CORDE
REIQUE CATHOLICAE VINDEX FORTIS
INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO
SATAGENS
PIE OBIIT DIE XX AUG. A.D. MCMXIV

[36] MONS. G. CASCIOLI, Archivero del Capítulo de los Canónigos vaticanos.

[37] *Proc. Ord. Rom.*, ff. 432, 936.— El Card. Merry del Val, Arcipreste de la Basílica Vaticana, para que los fieles pudiesen encontrar fácilmente el punto exacto correspondiente a la tumba de nuestro Santo, hizo incrustar en el pavimento de la Basílica una pequeña cruz de metal con las palabras: *Pius Papa X.*

[38] El día 20 de cada mes —día de la muerte del Santo— el Card. Merry del Val iba a celebrar Misa junto a la tumba del Santo Pontífice. La última Misa la celebró el 20 de febrero de 1930, seis días antes de su inesperada y piadosa muerte.

[39] *Proc. Ord. Rom.*, f. 938.

CAPITULO XV

[1] P.G. DAL-GAL, *Il Beato Pio X Papa*, c. XII, pp. 632-634, Padua 1951.

[2] *L'Osservatore Romano*, 4/5 de junio de 1951.

[3] *Positio super Miraculis S.D. Pii PP. X*, pp. 39-54, 55-67, Roma 1949.

El otro milabro para la Beatificación del Siervo de Dios ocurrió en 7 de diciembre de 1928 en Francia con la curación *instantánea, perfecta y definitiva* de Sor María Francisca Deperras, de la Visitación de Dôle (Diócesis de St. Claude), que estaba a punto de morir por un osteosarcoma en el fémur izquierdo, con una prognosis declarada por los médicos como desesperada (*Ibid.*, pp. 3-28; 29-37.— Cfr. también P.G. DAL-GAL, *op. cit.*, pp. 634-637).

[4] *Positio super Mirac. B. Pii PP. X:* Sum. Mirac. I, p. 10, Roma 1953.

[5] *Ibid.*, II, pp. 12-13.

[6] *Ibid.*, p. 10.

[7] *Ibid., Relat. iudicii medico-legalis Commis. Medic. S. RR. C.*, p. 15.

[8] *Ibid.*, p. 37.

[9] *L'Osservatore Romano*, 18/19 de enero de 1954.

[10] A. MANZONI, *La Pentecoste.*

[11] *Mateo*, XVI, 18.

INDICE

FUENTES PRINCIPALES 7

CRONOLOGIA DE LA VIDA DEL SANTO 9

ONCE AÑOS DE PONTIFICADO 11

I. LOS PRIMEROS AÑOS 17

Hogar humilde 17
El niño de genio vivo, pero bueno 18
La vocación sacerdotal 19
En la escuela de Castelfranco 20
Momentos de emoción 20
En el Seminario de Padua 21
El primer luto 22
Las vacaciones 22
Hacia el sacerdocio 23

II. EL CAPELLAN DE TOMBOLO 25

En Tómbolo 25
En contacto con el pueblo 27
Caridad operativa 28
Una broma profética 30

III. EL PARROCO DE SALZANO 33
Al trabajo 33
Fervor en las obras 34
Todo corazón para su pueblo 36
Una olla que vuela 37
El cólera de 1873 38

IV. EL CANONIGO DE TREVISO 41

En Treviso 41
Director espiritual del Seminario 41
Canciller episcopal 43

Vicario capitular 45
Obispo 47

V. EL OBISPO DE MANTUA 49

En la ciudad de los Gonzaga 49
El Seminario 50
La visita pastoral 52
Catecismo y Doctrina cristiana 53
La música en las iglesias de la Diócesis 54
Una Pastoral famosa 57
El Sínodo 59
Acción católico-social 60
Enérgicos requerimientos a los católicos italianos 61
El Obispo apostólico 64
El corazón que tuvo 70
Una vida sencilla y modesta 72
Cardenal y Patriarca de Venecia 73
Una predicción misteriosa 75

VI. EL PATRIARCA DE VENECIA 77

De Mantua a Venecia 77
Catecismo y predicación sagrada 78
Seminario y clero 82
Buen Pastor 85
La reforma de la música sacra 87
Una grave denuncia 91
Una victoria clamorosa 93
Un triunfo eucarístico 95
La comunión de los niños 98
Movimiento católico 99
La cuestión social 101
Padre de los pobres 103
Sencillez y nobleza 106
«Nuestra Patriarca» 108
Su último discurso a los venecianos 111

VII. SUMO PONTIFICE 115

En la Cátedra de San Pedro 116
El Cardenal Secretario de Estado 118
La impresión del Cuerpo Diplomático 120
Su programa 122
La abolición del veto en los Cónclaves 126

VIII. LA LUCHA CONTRA EL MODERNISMO 129

El modernismo 129
Primeras advertencias 131
Condena de los 65 errores modernistas 135

La Encíclica «Pascendi» 136
Causas y remedios contra la herejía modernista 148
El juramento de la fe 151
El corazón de Pío X ante los Modernistas 156

IX. LA SEPARACION DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA EN FRANCIA 161

Tristes presagios 161
El dolor de Pío X 164
Un pretexto mezquino 165
La separación del Estado y de la Iglesia 167
La Encíclica de la condena 169
Los catorce Obispos de la «separación» 174
Las asociaciones del culto 175
La gran negativa 177
La palabra de la reivindicación 180
El himno de acción de gracias 185
La voz de la esperanza 186

X. INICIATIVAS Y REFORMAS 189

De León XIII a Pío X 189
La formación del clero joven 190
El canto y la música litúrgica 199
La codificación de las leyes de la Iglesia 202
Los estudios bíblicos 204
La vida parroquial de Roma 205
La enseñanza del Catecismo y de la Doctrina Cristiana .. 207
Los Decretos eucarísticos 212

XI. LA RESTAURACION DEL REINADO SOCIAL DE JESUCRISTO 217

Ordenamiento de la Acción Católica Italiana 217
El movimiento democrático de «Le Sillon», en Francia .. 228
Las organizaciones obreras de Alemania 235
Hacia la conciliación del Estado italiano con la Iglesia .. 242
Pío X y la paz universal 252

XII. SUS VIRTUDES CARACTERISTICAS 255

El hombre y el Santo 255
Sencillez 257
Su mansedumbre 259
Su humildad 262
Su finura de espíritu 265
Bondad delicadísima 268
Firmeza inquebrantable 271
Nada para sí 273
Sus parientes 275

«Pauper et dives» 280
Su íntima unión con Dios 285
Siempre con María 286

XIII. AMADO DE DIOS Y DE LOS HOMBRES 291

El don de hacer milagros 291
El brazo paralítico 293
«¡Mamá, estoy curada!» 293
Tuberculosos que desaparece 294
Los ciegos ven 296
Un cáncer que desaparece 296
Los sordos oyen 297
«Sí, sí... no morirá» 298
Los paralíticos andan 298
El pequeño sordomudo 300
La media del Papa 300
Bendiciones a distancia 301
Lee en lo secreto de los corazones 306
Predice el futuro 308
El «Guerrone» 310

XIV. AURORA DE LLANTO Y MEDIODIA DE GLORIA 315

Días de dolor 315
La guerra europea 316
Su última exhortación 318
El holocausto supremo 320
Testimonios elocuentes 323
El Testamento:«¡es un santo!» 325
En la paz de las Grutas Vaticanas 326

XV. LA GLORIFICACION 329

La beatificación 329
Hacia la canonización 331
29 de mayo de 1954 334

NOTAS 337

INDICE 403

Reformatado by:

https://alexandriacatolica.blogspot.com.br

Esta primera edición de
PIO X EL PAPA SANTO
se acabó de imprimir
el día 14 de mayo de 1985,
festividad de San Matías, Apóstol,
en Offirgraf, S.A.
San Sebastián de los Reyes
Madrid